LA BATALLA DE GUAYATACOCHA

Secretos olvidados

Una novela de

Nicholas Asheshov



Planeta

LA BATALLA DE GUAYATACOCHA

—Secretos olvidados—

Una novela de

Nicholas Asheshov

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por los autores en este libro.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La batalla de Guayatacocha
© 2025, Nicholas Asheshov

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista
Diseño de portada e interiores: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

Derechos reservados
© 2025, Editorial Planeta Perú S. A.
Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 703, Magdalena del Mar
Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: junio 2025
ISBN: 978-612-332-118-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2025-04113

Digitalizado por:
CreaLibros.com

Lima-Perú, junio 2025

A María del Carmen Leiva

Capítulo 1



Fue el mismo presidente Moldado quien terminó una semana de silencio mencionando el documental lupaqa a unos reporteros en Palacio de Gobierno.

—Nada que ver con nosotros. No podemos impedir que la gente envíe sus películas caseras a las Naciones Unidas. Está en la guía telefónica, bajo la «n» de *nadies*…

—Presidente, ¿qué hará cuando reciba una notificación oficial? —preguntó un reportero.

—Usted no entiende. No haré nada, salvo arrojarla a la basura. Las Naciones Unidas no pueden inmiscuirse en nuestros asuntos internos. El presidente Reagan y la señora Thatcher dicen lo mismo a diario, dos veces los viernes. Estos nativos nos pertenecen. Son peruanos. Nacieron y crecieron aquí, como usted o como yo. Pueden decir Naciones Unidas hasta quedarse roncos, y seguirá significando cero. Nada —ríen.

—Pero, presidente, ¿qué le dirá al mundo? —preguntó otro periodista.

—¿Sobre…?

—La nueva tribu.

—¿Qué nueva tribu? Indios son indios. No es culpa de ellos. Son de la tribu Perú y punto —dijo Moldado, y se instaló sobre el asiento trasero de cuero de un Mercedes de Palacio.

—Señor, estos selváticos dicen que llegaron aquí primero. Que su pedazo de Perú les pertenece. Están recurriendo al papa.

—Ah —dijo Moldado—, a Melanie le gusta ese tipo de cosas. —La puerta se cerró, el auto se puso en marcha.

En Palacio, el tema de los lupaqas había brotado de debajo de las piedras. En reunión de gabinete, un ministro preguntó qué debía decir.

—¡Oh, vamos! —dijo Moldado—. Lo de siempre. La Amazonía está hasta la coronilla de foráneos, cerbatanas, serpientes, cárteles, benefactores, abrazadores de árboles, oenegés, misioneros y cubanos.

Moldado había ascendido a la presidencia con la viada de un petardo parlanchín. Había desarrollado un conjunto de marcas de fábrica criollas. Una de ellas consistía en resistir a que le impusieran un momento democrático con un periodista. Un toque amistoso terminaría con el guardaespaldas empujándolo al auto con un «muévase, jefe». Esto lo parodiarían los narradores de noticias al final de un informativo.

—¿Qué pasa con estos lupaqas de la televisión? Su líder es notable —preguntó un reportero en uno de esos paseos.

—No tengo tiempo para la TV —dijo Moldado.

Al día siguiente, el presidente mostró más interés.

—Melanie me dice que, para ser indios, esta tribu parece bastante prometedora.

—Les damos la bienvenida, sean quienes sean, al primer nivel de nuestra gran familia peruana.

Un par de días después, anunció:

—Bajo la conducción de nuestra primera dama, estamos enviando una misión gubernamental a estos lupaqas. Melanie le mostrará a la cacique la ciudad, le convidará una hamburguesa, una Inca Kola, irán a comprar zapatos adecuados, le enseñará a usar un baño. Primeros pasitos. Hay que empezar por el comienzo. No es culpa de ellos. Melanie sabe cómo hacer que los nativos se sientan en casa.

El Comercio recogió el tema en la columna del director: «Muchos pudimos ver la otra noche un documental de primera que nos introdujo a un pueblo desconocido y altamente desarrollado de nuestras selvas y tierras altas al este de Cusco. La lideresa de esta tribu lupaqa, Kura Ocllo II, tiene un Ph. D. y habla varios idiomas europeos. Hasta llegar a su actual posición como Inka, ella fue catedrática en Berlín. Si, al igual que el presidente, ustedes no han visto la película, Panamericana la está pasando de nuevo el domingo por la mañana. El presidente Moldado ha hecho sonrojar de vergüenza a todo peruano cuando dijo que su esposa le iba a enseñar a esta líder «como usar el baño». Moldado ha vuelto a ponerse en evidencia como un burro cualquiera asociado a una esposa que pretende ser antropóloga. Corre la voz que esta seudoacadémica le está torciendo el brazo a la Fuerza Aérea para que la lleve a este Shangri-La amazónico. ¡Dios sabe qué tipo de desastre va a causar!

* * *

Los 22 minutos de documental sobre la tribu amazónica perdida lupaqa, producido y distribuido mundialmente por National Geographic, le trajo a Kura Ocllo II más que confort.

—Es una película de la vida real. A nuestra gente le encanta —le dijo a Q'orianka, su jefa de gabinete.

Q'orianka, de 18 años, era parte de la nueva ola de hombres y mujeres jóvenes que Kura estaba formando para manejar la tribu. Tenía el cuerpo y la relajada serenidad de una cazadora, los largos dedos prensiles de los niños que han crecido con los pies descalzos. Un cabello grueso, lacio, negro, brillante, se enrollaba en dos trenzas sobre su cabeza, sostenido por palillos tallados, con incrustaciones de plata. Sus cejas, finas para tratarse de una muchacha en flor, les prestaban a sus ojos negros una calma animal, como si estuviera observando, lista para abalanzarse. Para dar el salto no desperdiciaría ni un gruñido. Asintió con la cabeza.

Había consenso respecto de que la película era una versión poderosa y reflexiva acerca de una historia de éxito en lo que todos consideraban una selva peligrosa como impenetrable. Mostraba las habilidades de la tribu para la cacería, para la ingeniería práctica y para la investigación biológica, todo realizado por personas disciplinadas, educadas, de buena apariencia, que utilizaban los más recientes arcos y flechas olímpicos, con velocidad y precisión mortales. El documental evocaba la historia de los lupaqas como primos mayores de los incas, un reino con raíces Tiahuanaco-Wari, entremezcladas con docenas de pueblos antiguos. Hasta la Conquista, la Amazonía había sido un floreciente megamundo con civilizaciones neotropicales con, como en el caso de los maya en

Centroamérica, complejos asentamientos tan sofisticados como los de Europa y China.

Hoy, a finales del siglo XX, los lupaqas controlaban una zona no mapeada de las selvas y montañas meridionales del Perú, que iba desde el otro lado de la frontera con Brasil hasta los glaciares andinos. Habían logrado eludir lo peor de los desastres de la Conquista, prosperaron en su rico medioambiente y pudieron evadir la extinción por enfermedad y esclavitud, ocultándose al igual que las hojas de un antiguo cedro que evoluciona a la vista de todos. Para mantenerse fuera del alcance del mundo y a la vez participar en él, los lupaqas registraron nacimientos en Cusco, Paucartambo, Puerto Maldonado, para asegurarse documentación que permitiera a sus hábiles jóvenes asistir a las mejores universidades del norte global, donde fueron bienvenidos por su calmada destreza, su memoria fotográfica y su gran capacidad de concentración.

La estrella de la película era, por supuesto, la Inka Kura Ocllo II, una joven de gran impacto, alta, esbelta, en una sencilla *cushma beig*e de algodón silvestre, que colgaba hasta una pulgada por encima de sus rodillas, sus tostadas pantorrillas cruzadas por lazos de cuero de jabalí, un par de ojotas, flanqueada por dos perros pastores alemanes grises. La muchacha sostenía un largo báculo negro adornado con bandas de oro, plata y cobre incrustadas con piedras semipreciosas. El espeso pelo negro de Kura, recogido en un moño sujeto por ornamentos de oro y plata unidos por una ancha hebilla de madera, que añadía un par de pulgadas a su altura. Sus ojos eran negros y separados, con un toque de verde, dedicados a sentir como los cazadores, antes que a mirar. En el documental, ella es una presencia fantasmagórica que evoca una Amazonía de

arañas, reptiles, halcones y dioses jaguares, un efecto obtenido, diría más tarde el fotógrafo del National Geographic, por el uso de un «filtro amarillo-rojizo».

Las cadenas de televisión de todo el mundo difundieron con gusto esta primicia de un cuidado mundo perdido. *The New York Times* tituló en primera de su edición dominical: «Avanzada tribu amazónica emerge de la prehistoria, reclama independencia». El *Daily Mail* publicó, en primera plana, la foto de la guapa selvática Kura Ocllo con un titular a doble página: «Ricas amazonas emergen de fabulosa ciudad perdida en el trópico húmedo».

Kura, de 29 años, había cedido el año anterior su puesto como profesora de Biología Cuántica en el Instituto Max Planck, Berlín, para convertirse en la escobita nueva que conduciría a su tribu de cazadores más allá de su extemporáneo paraíso. En la película, ella aparece sosteniendo con ambas manos una *shushupe* de seis pies que se retuerce en la orilla de un río turbulento, y su mensaje a las cámaras es «Estamos salvando a la Amazonía. Si desaparece, todos desaparecemos con ella».

La televisión y los diarios de América del Sur no se daban abasto. Para ellos, la noticia no era únicamente la Inka Kura Ocllo, la flamante estrella amazónica, sino la política: «Tribu amazónica perdida exige independencia». El tabloide limeño *Correo* se lanzó directo a la piscina: «Nueva tribu selvática: "¡Somos independientes!"».

De Palacio siguió saliendo un sonoro silencio.

—Una civilización emerge totalmente operativa luego de mil años en las profundidades de un mundo olvidado, ¿y eso es todo?

¿Nuestros 15 minutos? —dijo Kura—. Esperaba un poco más que un educado aplauso.

Estaba sentada con Q'orianka y otros de su equipo alfa, entre ellos quien había sido el Inka Sayri, en los jardines del palacio de Lupaqa, una amplia construcción tiahuanaco, con salones de granito, aposentos, jardines con terrazas y patios de muros calefactados, canales de agua, nubes de colibríes, tangaras y bandadas de bullangueros loros. Conjuntos de enormes árboles de cedro y caoba dominaban las sombras ocultas de un empinado y ancho valle, detrás del cual se elevaban los nevados picos de la cordillera Lupaqa. El antiguo Inka Sayri, de 48 años, un ingeniero de Cambridge autodenominado pesimista de línea dura, conocía a Kura y sabía que su reclamo de independencia agitaría la madre de todos los avisperos. Él había pensado que ella sería demasiado técnica y algo autoritaria. Pero he allí que ella estaba demostrando ser una pensadora práctica, capaz de detectar la ruta más directa a través de una maraña de posibilidades cambiantes. El objetivo del documental había sido promover la independencia lupaqa, y estaba funcionando. Los diarios y la TV de la capital habían destacado las reacciones de otros países. El docudrama estaba creando una heroína amazónica, algo que el mundo podría necesitar.

Capítulo 2



De la capital partió una señal afirmativa a la cabina de Radio Lupaqa a través del nuevo enlace de radio SSB, conectado a un banco en Cochabamba. Era martes. Los lupaqas podían esperar para el viernes o el sábado una visita de la primera dama Melanie Moldado. El mensaje había sido escueto. No decía si habría uno, dos, tres o más helicópteros.

—El canal de Cochabamba parece estar funcionando —dijo Zara, de 16 años, jefa de Comunicaciones en la Central Lupaqa. Estaba hablándole a Larry Shiels, un exmarine de Estados Unidos, casado con Sacha, la princesa lupaqa que dos años antes lo había salvado de la ejecución. Este afroamericano, alto como un basquetbolista, estaba ayudando a poner en forma la organización militar de la fuerza de defensa lupaqa, formada por rápidos arqueros-cazadores de la selva y un contingente de morochucos de las partes altas. Era para prevenir visitas indeseadas, como bandas de la cocaína, taladores ilegales y senderistas.

El banco de Cochabamba era en parte propiedad de un delegado lupaqa. La banda SSB y sus códigos eran seguros, a unos pocos clics del tráfico financiero del banco. ¿El mensaje era una obertura política? ¿O la punta de lanza de una invasión? Zara dijo que la

respuesta lupaqa debía ser: «NO vengan. Inka Kura Ocllo II no está, repetimos, NO está disponible». La cazadora selvática olió problemas, sintió el ácido aliento del espectro del desastre. Shiels sintió lo mismo. Él había pasado por Vietnam, Camboya y media docena más de las ideas brillantes de Washington.

Larry sintió que el mensaje se entendería si hubiera algún contenido adicional; por ejemplo, un operativo contra la posibilidad de un levantamiento. Decidió que la tersa redacción apuntaba a una visita autopromocional de Melanie. Aun así, Shiels vaciló. El aterrizaje de un helicóptero diplomático estaba fuera de su campo. Había buenos motivos para que los soldados no tomen decisiones políticas. Sin embargo, no quería ser un tonto oficioso. Tendría que estar listo para el número de helicópteros que fueran.

—¿Me permites una sugerencia de una humilde soldado? —dijo Zara, y no esperó una respuesta—. Si estuvieran llegando muchos helicópteros, lo hubieran dicho. No solo «Melanie. Problema resuelto».

Larry asintió con la cabeza. Sabía por experiencia que la seguridad no era la especialidad de los militares.

—Podemos montar cualquier cosa desde una guardia de honor hasta una defensa agresiva —dijo.

Un teletipo traqueteaba. Zara se acercó y arrancó un télex.

—Lo voy a leer yo. No quiero fatigar tus cansados ojos. —Los entrenamientos le habían hecho ver a todo el mundo que Larry tenía la vista 20/20 de un francotirador.

Kura dijo:

—Vayan y denle la bienvenida a la primera dama sin mí.

Larry respiró hondo. Ahora le tocaba a él decidir dónde aterrizaría Melanie.

—En Guayatacocha, obviamente —dijo en voz alta. Las maniobras militares ya estaban en marcha alrededor de la inhóspita laguna y sus glaciales aguas.

—Bueno, Larry. No tengo tiempo para más conversación —dijo Zara—. Necesito terminar ese código seguro para las operaciones internacionales.

Zara era alta, incluso para una lupaqa, y llevaba la tradicional *cushma* de algodón marrón claro de las mujeres, con cuello redondo, no en «v» como usaban los hombres. La versión ligera de una sola pieza para uso selvático era amplia en la cintura. Colgaba por encima de sus rodillas, las mangas caían holgadamente hasta sus codos. Su cabello negro era una sola trenza envuelta en un nido en la cima de su cabeza, mostrando su cuello largo, todavía delgado de adolescente. Sus mejillas pintadas, con un pequeño círculo rojo de achiote con un borde negro que la identificaba como un alto miembro de palacio. Larry la vio salir, sus piernas musculosas, sus pies descalzos, las caderas ondulantes, junto con su perro pastor y cruzar así el arroyo empedrado. Desapareció por un antiguo portal, detrás del cual una antena se elevaba casi 30 metros por encima de un enorme y grueso árbol.

La visita de Melanie llegaba en un momento de «nueva tensión», como la llamaban los diarios de Lima. El Gobierno peruano había evitado todo comentario serio sobre el documental y la movida de la tribu que declaraba unilateralmente su independencia. La Inka Kura Ocllo estaba en Washington, a donde había volado con Sayri y un puñado de académicos lupaqas, en uno de los biplanos Antonov de

la Real Fuerza Aérea Lupaqa. Habían volado hacia el este, sobre la frontera Perú-Brasil, hasta Cobija y Santa Cruz de la Sierra. Esta ruta a través de Bolivia, el corazón occidental de América del sur, era menos trabajosa que sobre los Andes vía Cusco, y le evitaba ser detectada en Lima.

Sayri había organizado el viaje de relaciones públicas como una secuela al lanzamiento del documental, y para introducir a Kura a un conjunto de *think tanks,* senadores, gente del Congreso, el Pentágono, la DEA, la CIA, más un par de estudios de abogados y empresas consultoras. Los nombres habían sido elegidos por Skip, el estratega político, a quien tenía sin cuidado la asordinada respuesta a la película en Lima. Dijo que la reacción internacional había levantado el nivel de «la dinámica del alcance» de Kura y, por tanto, era propaganda positiva para la declaración de independencia unilateral.

* * *

Con Q'orianka, el reemplazo de Kura, Larry trazó un croquis sobre la llegada de Melanie, con el problema de no saber si «helicóptero» significaba un Alouette de cuatro asientos o un Hip de 24 asientos lleno de generales y fotógrafos. Iban a guiar a los visitantes hasta el frío distrito andino al filo del reino en Guayatacocha, cerca de la aldea lupaqa de Tastayoq. El acceso era por helicóptero, un vuelo de media hora desde la pista de Matria, en el valle de Cosñipata.

Los lupaqas hacía tiempo habían aprendido que no tenían nada que ganar en el contacto con los forasteros. Cuando fue el Inka,

Sayri había sido firme en que el reino se mantuviera como un misterio. Había sido obsesivo en lo de proveer o sustituir mapas incorrectos en bibliotecas oficiales, infiltrando mapas confusos e inexactos a las autoridades militares y de transporte, que a su vez vendían estas falsificaciones con sus pueblos de papel, caminos y ríos engañosos a contrabandistas de droga, quienes también se los pasaban a los mineros ilegales del oro, a los cárteles de la coca, a los madereros. Sobre todo, se ocupaba de que ingresaran a los archivos de mapas de las oficinas gubernamentales de salud, transporte y educación ostentando sellos de apariencia oficial. El Banco Mundial, los militares de Estados Unidos y la NASA pagaban los precios más altos por estas obras de Sayri.

Esta desinformación sistematizada siguió funcionando, incluso luego de que Larry, un par de años antes, hiciera un aterrizaje forzoso en un valle lupaqa que, en los mapas de apariencia oficial, figuraba como una escarpada cordillera. La caja negra de Larry fue inmediatamente silenciada. La rápida entrega de Sayri a la Cruz Roja en Lima de la identificación de los tripulantes, incluida la de Larry, evitó preguntas. Shiels fue borrado de los registros a medida que la tribu lo fue adoptando. Aun así, su llegada a Lupaqa de la nada reavivó las inquietudes sobre esta falla en la antigua y cuidadosa geoconfusión del reino. En Lupaqa, aceptaron la necesidad de acción. La propuesta de «Independencia ahora», planteada por Kura había puesto de lado a Sayri, que no lo lamentaba. Él se inclinó ante la marea que llegaba y se unió a la campaña de Kura para reemplazarlo.

Durante la bonanza del caucho, a fines del siglo XIX y hasta la Gran Guerra, los lupaqas, aconsejados por Maynard Keynes, un

promisor joven especulador de la City, y mandarín del Tesoro y académico de Cambridge, se transformaron en una corporación tribal social. Entonces como ahora América del sur cubría una multitud de vaguedades, no todos pecados. Para comienzos del siglo XX, la mayoría de los indígenas de la Amazonía occidental habían sido aplastados, esclavizados y torturados hasta volverse sombras en desaparición, secretos olvidados de la antigua Amazonía. En las cabeceras del principal sistema mundial de agua fresca, los lupaqas habían logrado mantener a raya a los arrogantes y despiadados cárteles del caucho, al organizarse en unidades de tipo guerrillero, con armas compradas y robadas a las bandas de pequeños gánsters del Caribe y la costa peruana. Se asociaron a un puñado de avispados jóvenes mercenarios de Estados Unidos y Europa que pirateaban caucho de los barones de las óperas de Manaos, Belén e Iquitos. Cuando cayó el precio del caucho antes de la Gran Guerra, los lupaqas volvieron a su terruño, ahora ya con sus sólidas conexiones financieras y científicos e instituciones académicas en Londres y en Nueva York. Se convirtieron en provincianos comunes y corrientes, y pasaron a registrar a sus hijos como peruanos o a veces brasileños o bolivianos. A la vez, adquirieron minas y haciendas en Lima, Arequipa, Cusco, Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra y Río Branco en el territorio de Acre, hoy un estado con todas las de la ley.

La bonanza del caucho pasó al olvido y la Amazonía regresó a su faz de mundo impenetrable de pueblos perdidos, causas perdidas, ciudades perdidas, exploradores perdidos. En los años 70, proyectos de carreteras, hidroeléctricas y aeropuertos en Río de Janeiro, Lima, Quito y La Paz empezaron a traer corporaciones agrícolas y

petroleras. Cuando aún gobernaban los predecesores de Inka Sayri, la tribu empezó a vislumbrar que su discreta distancia estaba cada vez más amenazada. Primero los sacerdotes buscones, luego las bandas de caucheros torturadores y ahora los sombríos burócratas con sus miles de buldócers y motosierras

* * *

En la laguna donde iba a aterrizar la primera dama, un frondoso escarpado aportaba una barrera natural a la cual volvían aún más efectivas las historias, ciertas algunas, de grupos aislacionistas machiguengas y mashcos que en un pasado reciente habían matado a intrusos a pedradas. Esta era una lóbrega frontera, una de varias en el corazón de Lupaqa.

Inka Kura no hizo nada por cambiar eso. Ella alentó a los nobles vecinos para que mantuvieran viva la reputación de la zona y así mantener a raya a sus enemigos comunes, los cárteles de la cocaína y de la madera.

Este aislamiento de los anchos valles centrales y de las tierras bajas decidió hacia dónde sería orientado el aterrizaje de Melanie. Para Larry, la visita de alto nivel aportaba una oportunidad para ejercitar a las tropas lupaqas en la paciencia que era, les dijo, el rancho diario para un soldado.

Capítulo 3



Viernes, antes del alba en el tibio bosque de un hondo valle, al filo de un reino lupaqa incógnito. Fue más tarde de lo que habían planeado los pilotos, aunque antes de lo que habían predicho los asistentes de Melanie. La expedición Melanie-Lupaqa estaba pasando la noche en una cabaña amazónica, en la base tropical de las severas alturas del macizo Tres Cruces. Habían llegado vía Fuerza Aérea la tarde anterior.

Los lupaqas consideraban a los redondeados montes de Tres Cruces, tachonados de apachetas megalíticas, como los hitos occidentales montañosos de su reino, al sur de los glaciales, a partir de donde los forasteros no eran bienvenidos. Las apachetas eran las piedras angulares de su mundo. Para los lupaqas, los monumentos eran a la vez señales hacia el futuro y defensoras del pasado. Cada agosto, durante el Año Nuevo andino, desde las heladas lomas de Tres Cruces aparecía el sol en la alta oscuridad del cielo tres horas antes del alba, el reflejo de una ilusión atmosférica. Esto ocurría varias veces después del solsticio de invierno. Para los lupaqas, este sol nocturno era un holograma sagrado que les aseguraba la eternidad.

La cabaña selvática donde el equipo de Melanie estaba pasando la noche ofrecía casa y comida para los observadores de aves, acostumbrados a madrugar, y como un negocio aparte, cultivaba orquídeas para los coleccionistas. Al alba, los lugareños guiaban a los visitantes hacia un cercano claro, donde una bandada de gallitos de las rocas escarlata realizaba un elaborado ritual de apareamiento.

El equipo de Melanie estaba aquí gracias a Matria, la pista de aterrizaje que era la base operativa de la expedición a Lupaqa. Un desvío sin señalización desde el camino de cascajo y barro que venía del Cusco y conducía a la pista utilizada de cuando en cuando por la policía, los militares y, a veces, los misioneros. La mantenían unos modestos cocaleros, para los cárteles. Los lupaqas habían empezado a aterrizar allí con sus biplanos Antonov. Construida por el Ejército un par de decenios atrás, a diferencia de las habituales pistas ganadas al monte para trasportar cocaína, esta sí aparecía en las cartas aeronáuticas.

A este valle lo recorría una trocha para camiones que empezaba en Tres Cruces, a los 3800 metros de altura, 160 kilómetros al oeste de Cusco. Diez pesadas horas habían conducido por el mismo camino, medio milenio antes, a las plantaciones de coca del valle de Cosñipata, cuando el reino de los lupaqas era vecino del Imperio inca. El territorio lupaqa estaba tierra adentro, y como todos los Andes tropicales, tenía dos zonas diferenciadas: el borde en las frías alturas y la cálida y húmeda selva amazónica. Las dos regiones lupaqas, radicalmente distintas, estaban conectadas por serpenteantes ríos y su propio sistema de senderos y puentes de piedra, que articulaban la red de caminos inca.

Melanie y su equipo solo conocían sobre los lupaqas lo que les había enseñado el documental. Asumían que se iban a encontrar con la clásica mezcla de gente de las alturas y de las tierras bajas, característica de la Amazonía y de los Andes, con patrones lingüísticos que mezclaban el castellano, el quechua y los dialectos arawak del trópico húmedo.

La primera dama había planeado hacerse acompañar por un locutor de la televisión, una curadora de museo, un par de congresistas, un fotógrafo y un equipo de video. El único transporte que le pudo sacar al sistema para ir de Matria a Lupaqa fue solo un Bell Huey, al que pudieron subir ella, un equipo gubernamental de medios compuesto de tres personas, y cuatro miembros de la policía de asalto, fungiendo de su seguridad personal.

Había intentado hacerse de un helicóptero portatropa Mi-17 soviético con sitio para 25. Pero el general Zapata, un ministro con aspiraciones presidenciales, se había hecho el sueco. Zapata era un hombre de la ley y el orden, un populista con el dedo en el gatillo y cabeza de las fuerzas policiales. Su dedicación pública era a las bandas criminales de las ciudades. Perú se había convertido en el primer productor de cocaína en el mundo. El Ejército recibía su tajada. La droga, la minería y la tala de maderas tropicales afectaban directamente a los lupaqas, que enfrentaban crecientes incursiones en su tierra. Zapata se oponía a cualquier grupo disidente como «una banda de narcoterrucos».

El Mi-17 nunca se materializó.

* * *

Los pilotos del Huey habían decolado en un bimotor Beechcraft A80 de la Fuerza Aérea, una nave de reconocimiento enviada unos días antes para hacer un plano a vuelapluma. Ese paseo matinal era para chequear el punto de aterrizaje de Melanie y hacerle una señal a los lupaqas en tierra: ese era el día.

Un cuarto de hora después, el Beechcraft le estaba dando a los pilotos de helicóptero una pasada a baja altura con vista de los cerros meridionales de Lupaqa con sus picos nevados, glaciares, páramos y bosques. La primera bruma del día cubría las lagunas. El piloto del avión señaló los puntos de interés. Detectaron grupos de mujeres y niños avanzando hacia una laguna rodeada de bosque. El lado sur estaba cubierto de pastizales, puna e ichu. El capitán del helicóptero hizo notar un círculo de pasto despejado con 20 metros de diámetro, con una «x» de tres metros quemada al centro.

—¡Helipuerto! —exclamó el piloto por entre el rugido de los motores. Los grupos de tierra los estaban saludando.

»Vayan orientándose. Ya volvemos —dijo—. He marcado las coordenadas sobre mi mapa. Sugiero que hagan lo mismo. La línea L-Z está algo así como 310 a 314 grados hacia ese pico alto. Las nubes se despejarán en una hora. —Hizo una pausa al voltear hacia el claro quemado—. ¿Ese acantilado vertical, como dos clics? Esos son 85 grados del círculo.

Inclinó la nave hacia el sur, alzó la punta para evitar un boscoso acantilado.

Una vez en tierra, en Matria, el piloto volteó hacia sus pasajeros:

—Un consejo hasta de un conejo. He oído a los policías de Melanie hacer comentarios fuera de foco.

—¿Como cuáles? —dijo el capitán del Huey.

—Como «Les vamos a inculcar un poco de respeto a esos indios de mierda».

Los cuatro policías estaban dando vueltas, fumando. Los pilotos del Huey les lanzaron la mirada del caso.

—Diablos —dijo el capitán—, salidos directo de una película B. Le hablaré a Melanie. Le diré que los deje aquí. ¿Dónde diablos está ella?

En eso apareció un bus turístico que traía a Melanie y su gente de vuelta de observar pájaros. Fueron saliendo.

A los 15 años, Melanie Moldado había comprendido que no se volvería esa figura de pasarela que había imaginado para su futuro. Nacida en Lima en una familia francesa, en la universidad comprendió que la ruta para una mujer ambiciosa era la política. Cuidada y bien vestida, se casó con Mauricio Moldado cuando este obtuvo una curul en el Congreso de Lima.

—Señora, los indios están listos, esperándola, mujeres y niños. Debemos reducir nuestro número. Permítame sugerirle que no necesitamos a esos guardaespaldas —dijo el capitán del Huey.

Melanie se llevó las manos a la cadera, a la francesa.

—¡Imposible! Tenemos que impresionar a los nativos. ¡Es al Perú a quien deben su lealtad!

—Señora, no podemos volar con sobrepeso. Estamos trepando a más de 3000 metros.

—Se equivoca, capitán. Soy yo quien está a cargo. Iremos en el número acordado, o no iremos. ¡Usted, señor, será responsable si fracasa esta vital misión!

—Señora, no estoy discutiendo con usted. No voy a despegar con exceso de peso.

—¡Esto será informado al más alto nivel! —gritó Melanie—. Dejaré en tierra a uno de mis escoltas oficiales, en señal de protesta.

—Señora —dijo el capitán—, tenemos que aprovechar el clima. Aborde, le ruego. —Un último intento—. Deberíamos llevar solo a uno de los tombos.

Melanie sacudió la cabeza. Se dio una media vuelta enfadada, un clásico *remake* de sus pucheros franceses registrados en los noticieros nocturnos de la TV. La lista final fue tres policías. El capitán se dio vuelta y caminó hasta el Huey. Se habían librado de uno de los problemas.

* * *

Melanie tropezó y se hirió el tobillo. «¡*Merde*!». Un chillido de dolor y preocupación por entre el rugido de los rotores.

—Lo siento, señora —le dijo al oído un tombo desde atrás. Las turbinas del helicóptero se volvieron un rugido ensordecedor.

—¡Dejen las malditas armas aquí! —dijo ella—. ¡Láncenlas de vuelta, desembarquen a los policías, reemplácenlos con *cornflakes*!

El retumbar de los rotores aporreaba su apretada incomodidad. Mermaba su autoconfianza, en medio de la turbulencia y el tartamudeo de las máquinas. Los oídos le reventaban. No debió haber tomado esa segunda taza de café con leche. Esperaba que hubiera dónde hacer pila. Vislumbraba lampos de luz en las claraboyas y las nucas de los pilotos recortadas contra la burbuja de la carlinga, ocupados estudiando sus planos e instrumentos.

Había hecho calor en Matria. Al ascender el helicóptero, bajó la temperatura. Melanie sintió escalofríos por los fríos chiflones. Los pilotos habían mencionado alturas de 3000 metros. ¿Por qué su equipo no la había preparado? Hasta la camarógrafa llevaba una chompa. Quizás los nativos podrían prestarle algo abrigador. También un par de medias de lana. Tenía los pies helados. El helicóptero se estabilizó y los oídos volvieron a molestarla. Tragó saliva, sacudió la cabeza. El copiloto se volteó y apuntó hacia abajo con el dedo. Estaban bajando a tierra.

Capítulo 4



Un tiempo antes de la visita de Melanie, el emérito Inka lupaqa había trotado por el puente Condori sobre el profundo pozo del río, camino de reunirse con su sucesora. Esta sería su primera audiencia con Inka Kura Ocllo II desde su regreso del extranjero, después de que ella lo hubiera apartado del liderazgo con su impulso a favor de la independencia. En la madurez, Sayri aún se movía con pulcritud y rapidez como el atleta internacional que había sido de estudiante, jugador de *cricket* y *squash* de primera clase. Hoy parecía conservar el talento de los jugadores particularmente bien dotados para anticipar cómo y hacia dónde se moverían las cosas. Con su 1.78 de estatura, era unos centímetros más alto que la mayoría de los varones lupaqas y, con sus pómulos altos y sus labios grandes, parecía lo que era: un Inka. La niebla del amanecer absorbía el trueno invisible del río Lupaqa en las profundidades. El rocío del río llovía sobre la oscuridad gris. Las rocas repiqueteaban, golpeaban y crujían en su interminable camino desde las cumbres, los glaciares del techo del mundo, en lo alto del horizonte occidental. Al este se extendía el interminable Amazonas, a un aventurado viaje en canoa río abajo.

Sólido bajo la pisada de los pies de Sayri, el puente temblaba, como siempre; era la plúmbea atracc ión de la gravedad, la ley de las montañas. Esta obra de ecoingeniería situada entre dos acantilados de granito absorbía en su diseño los choques inherentes al cañón. Durante eras antes de la Conquista, los puentes colgantes de lianas sobre el abismo habían unido el sur con el norte. Diseñado por un par de estudiantes de ingeniería lupaqa de Stanford, utilizando física y algoritmos, este puente estaba construido con finos y largos postes de cedro y chonta entrecruzados como flexibles palillos de fósforos, atados con lianas gruesas como cuerda, suspendidos de un único y alto cable de aleación de acero. El puente había sido el primer proyecto de obras públicas de Inka Sayri, puesto en duda, luego aplaudido. Una rueda Pelton hidroeléctrica flotante había sido una segunda fase planeada, que Sayri había dejado pasar y luego cancelado. ¿Qué harían con la electricidad? ¿Iluminar el palacio? Tenían suficiente para cargar las baterías de automóvil que alimentaban las radios y las operaciones de extracción de oro. El progreso era un paso atrás.

Hoy, Thor, el perro pastor de Sayri, corría con media docena de niños y niñas paje. Detrás, jóvenes armados con arcos, flechas, machetes y puñales formaban un espectáculo, moviéndose desde el puente hacia los terrenos del palacio. Un par de arroyos corrían a través de amplios jardines que unían estanques y pequeñas lagunas con cascadas sobre piedras de granito finamente talladas. Alrededor y a lo largo de los arroyos florecían kantus, fucsias amazónicas y grandes matas de helechos. De los troncos y ramas de una antigua colección, con mil árboles y arbustos subtropicales, colgaban bromelias y orquídeas, que florecían en armonioso desorden. Se

extendían kilómetros en cada dirección, arriba, abajo y a los lados, formando el corazón del reino. Gran parte de Lupaqa era salvaje, habitada por grandes mamíferos: tapires, jaguares, osos de anteojos y manadas de pecaríes, así como cientos de monos y mamíferos más pequeños, además de aves, mariposas, escarabajos, arañas, ciempiés, serpientes, ranas y sapos. Hacia arriba y hacia el oeste, se fundía con el bosque templado que desembocaba en las frías praderas ondulantes de la puna y en los lagos. Por encima de ellos se alzaban los glaciares, el hogar de los dioses. Los extremos inferiores de los jardines del palacio se desplomaban sobre los ríos y cochas del mundo acuático de la Amazonía, que discurrían por los barrancos y cañones de los pliegues más orientales de los Andes.

Cuando Sayri era Inka, decía a la gente que el suyo era el segundo mejor puesto del mundo. El mejor puesto era el de jardinero jefe de los jardines del palacio, con su abundancia natural de la flora y la fauna más ricas del mundo, donde mamíferos, aves e insectos se fundían en una explosión de universos de microbios, los patrones de las interminables cadenas de galaxias de las que hablaban los astrofísicos. Los jardines se encontraban entre los restos de generaciones anteriores, durante los seis o siete mil años previos a 1492. Los reptiles, los peces y el micromundo de hongos, la red de micelio, hacían de cada hoja del reino lupaqa un planeta. Cuando el sol salía a lo largo del día, estas hojas daban sombra a cientos de kilómetros de carreteras, caminos, murallas antiguas, terrazas y patios campestres. Por encima de la Catedral subterránea, unos kilómetros aguas arriba en una elevación al otro lado, un único muro cincelado recorría 50 yardas en línea recta a 67.3º alineado con la aparición del sol sobre el horizonte oriental en el solsticio de

invierno. Cada año, con las primeras luces de ese día de finales de junio, el sol inundaba como un foco el patio del tamaño de una cancha de tenis al pie de un anfiteatro donde miles de lupaqas, venidos desde las frías tierras altas hasta las cálidas aguas del río, aplaudían a su Inka. Llorarían de placer al ver a su Hijo del Sol sentado solo con sus mantos ceremoniales, su tocado de oro, plata, cientos de esmeraldas, miles de brillantes cristales y piedras semipreciosas. Un estruendo de 49 caracolas anunciaba el Inti Raymi, la Fiesta del Sol, que daba la bienvenida al Año Nuevo. Grupos de danzantes ataviados con sus mejores y más coloridas faldas tejidas, ponchos, sombreros y túnicas brincaban al son de la música de sus propios distritos con gaitas andinas, quenas, tambores, violines y, hoy, saxofones, trompetas y acordeones.

La celebración del Inti Raymi, similar a la de sus primos incas, fue uno de los temas del documental lupaqa, protagonizado por Kura como la «Hija del Sol». La película la mostraba con un halcón en la muñeca, sentada en un antiguo trono, con la cara pintada de negro y rojo, mientras que con la otra mano agarraba la vara de plata, que significaba el poder del cargo. Hizo una demostración de las reverencias y costumbres tradicionales que Sayri había desmontado durante su mandato. Kura había sacado a Sayri del palacio con su modernísimo programa «Independencia ya». Alta, solemne y decidida, la bailarina, la científica, Kura Ocllo II era respetada, temida y obedecida. La película dejaba claro que era ella quien imponía la ley.

Al acercarse al palacio, Sayri oyó delante suyo una llamada por entre la niebla. Un escuadrón fue enviado para acompañar a los visitantes. Una joven saltó y se abalanzó hacia Sayri, con los brazos

en alto, abiertos. Thor gruñó, con los pelos de punta, y luego ladró, gimoteó, movió la cola y saltó hacia adelante al reconocer a la chica, que se detuvo unos pasos delante de Sayri con una sonrisa de oreja a oreja. Miskitani se inclinó, aún riendo, y se acercó con sus manos extendidas. Sobre las mejillas de su ahijada había pintados unos frescos círculos negros del tamaño de un florín con un amplio centro rojo. Contra la bruma del río, lucía un ligero chaleco con un par de rayas de cuero negro y rojo en los hombros.

En Lupaqa, el medio se había convertido en el mensaje establecido por Inka Kura, como en épocas cortesanas anteriores. Años atrás, Sayri había rebajado el tono de la pompa palaciega, para democratizar las formalidades de antaño. Ahora habían vuelto.

—Ahí está Júpiter, listo para ti —dijo Miski, cogiendo la mano a Sayri. Señaló a un apuesto semental palomino que Sayri le había enviado a Kura, un tiempo atrás acompañado de su ahijada. Los pajes de Sayri se mezclaron con los de Kura Ocllo en alegres saludos. Montó en Júpiter, saludó y se puso en marcha. El rugido del río retrocedió, sustituido por el canto de los pájaros del bosque bajo. Los senderos estaban limpios, la veintena de niños delante y detrás parloteaban alegremente. En la subida en zigzag por las terrazas del valle hasta el palacio, la gente estaba de pie junto a sus puertas vitoreando el desfile.

Kura había aceptado con elegancia los regalos de Sayri para que se uniera a su séquito, y a Jupy, el incomparable caballo de paso, el corcel más distinguido del reino. La ofrenda no dejaba lugar a dudas. El antiguo Inka volvía a formar parte del club de palacio. A su llegada, Júpiter fue conducido a los establos por un par de mozos. Sayri tuvo tiempo de darse un baño caliente, una zambullida helada

y cambiarse el atuendo por el suave algodón salvaje y lana de alpaca bebé a los que tenía derecho un noble de rango.

Capítulo 5



Inka Kura Ocllo II estaba sentada en un trono del jardín, uno entre los doce repartidos por el palacio para uso del trasero real. Sus dos perros, un cachorro Fila y un pastor alemán estaban a su lado. Un sol mañanero destacaba las islas de flores trompeta y los arbustos de fucsia andina de brillantes colores. Las gotas de lluvia del amanecer brillaban sobre los jazmines que colgaban de las ramas de cerezos silvestres, uncas, nogales, cedros, caobas y mutuyes. Extensiones de helechos endémicos cubrían zonas despejadas entre viejos árboles del bosque, alrededor de estanques y de un pequeño lago, con sus orillas bordeadas de totora. Un cóndor volaba planeando desde su nido en lo alto de las heladas paredes rocosas de la cordillera hasta su búsqueda matutina de carroña fresca en las enmarañadas orillas de los lagos y en las playas de arena caliente de los ríos de las selvas de las tierras bajas. Un halcón peregrino revoloteaba en la suave brisa del valle, atento al movimiento de los polluelos en un nido expuesto a una serpiente incauta sobre una roca caliente o a una bandada de patitos en los juncos.

Según las formalidades desarrolladas en los pasados meses, Kura era la primera en llegar. Así, los visitantes se inclinaban y buscaban asiento según las indicaciones de los niños uniformados. Kura estaría

sentada, aparentemente despreocupada. Hoy había llegado unos minutos antes que Sayri, el único programado, aunque él no lo sabía. Ella había decidido no decírselo de antemano para mantenerlo un poco desconcertado. De hecho, Sayri había supuesto que se refugiaría detrás de un parapeto de charla para subordinados. La encontró sentada en un cojín colocado sobre una manta de algodón color lúcuma en el trono de granito.

El joven personal de Kura Ocllo había cambiado el palacio. La gente de Sayri de mediana edad y las administraciones anteriores se habían jubilado. La política sobre la juventud se había extendido rápidamente a los cantones y distritos más alejados.

Sayri podía ver que era una idea de primera. Kura estaba dando a los jóvenes de más allá de las tierras altas y las selvas nebulosas una oportunidad temprana de integrarse en el nuevo redil lupaqa. El impulso de dar responsabilidades a los jóvenes había creado un revuelo en Kura, cuyo alcance Sayri estaba empezando a comprender.

Miski se arrodilló y se inclinó sobre la manta tejida en el suelo frente al trono inka.

—Mi señora, Inka Kura Ocllo, aquí está el señor Sayri.

Se levantó y señaló a Sayri una silla eduardiana de respaldo recto, a unos pasos de la Inka, quien giró cortésmente y lo miró con calma. Con una reverencia, Miski se alejó para unirse a sus compañeros. Sayri hizo una breve reverencia y se sentó donde le indicaron.

—Sayri, señor Sayri, don Inka, don Sayri —dijo Kura, hablando despacio, separando cada palabra. No sonreía, no tenía prisa. La silla de Sayri estaba colocada sobre una plataforma de piedra, de modo

que estaban a la misma altura. Lo necesitaba junto a ella, ni por debajo ni por encima. Sayri estaba sentado en posición de firmes, en silencio.

—Tenerte aquí delante, Sayri, me alivia —dijo Kura—. Pensé que, por un tiempo, te mantendrías alejado, que nos dejarías guisar en nuestro propio jugo. Si murieras, seguiríamos adelante como siempre lo hemos hecho. Que nos dejaras sería un agujero que nosotros mismos habríamos creado.

El destino del reino lupaqa estaba en buenas manos, pensó Sayri.

—Gracias, en primer lugar, por Miski. Es una joya. Y por Júpiter. Gestos considerados, bien expresados, apreciados y comprendidos —continuó Kura. Había terreno que recuperar entre ellos—. Usted y yo, don Sayri, tenemos que asegurarnos de que nos vean juntos.

Fue un buen comienzo, pensó Sayri. Era una mujer que lideraba desde el frente. En una reunión que podría haberse centrado en palabras de cortesía o en un abierto desacuerdo, ella le estaba diciendo dos cosas: una, que él seguiría órdenes; dos, que ella le agradecería cualquier sugerencia.

Se inclinó un poco hacia delante. Quería, necesitaba su aprobación. Era temprano en el día, temprano en su reinado. Quería ayudar a esta mujer, no hacía mucho una niña. Ella lo había separado del trono lupaqa, un anacronismo. Él había abolido los rituales que ella había reinstaurado. Era de otra generación, con una visión polvorienta de la mayoría de las cosas, empezando por la independencia. Su joven sucesora iba al grano. Sayri sabía que él mismo se habría ido por las ramas con la excusa de los hechos, las cifras, las decisiones, las personas.

Kura Ocllo fue al meollo de la cuestión. Una bandada de periquitos verdes volaba a baja altura, graznando entre ellos.

—Mi claque —miró Kura a los cientos de pájaros que charlaban sobre ellos en los árboles—. Nuestra portátil. Como nosotros, llevan aquí mil años.

Sayri asintió y sonrió.

—Cuando te vi entrar en el jardín, supe que aparecerías, que de un modo u otro estarías conmigo —dijo Kura mirándolo con calma. Como siempre, los jardines, parques y bosques, cuidados con esmero hoy como lo habían estado siglos atrás, susurraban y brillaban. Sayri disfrutó de la voz tranquila, suave y poderosa de Kura. El toque de alemán a través de sus labios por su estancia en Berlín daba a sus palabras una ligera corteza de *mittel Europa kultur*. Se sintió aliviado, animado, no solo esperanzado, al sentarse con aquella joven dueña de sí misma en los viejos jardines de piedra, rodeado del aire cálido y fragante del clima alto amazónico.

Kura Ocllo II tenía una cosa más que contarle a Sayri.

—He aquí un chisme que te llega directo de la fuente. ¿Te diste cuenta de que fue a Miski a quien envié a saludarte? Fue más que una cortesía hacia ti. Era mi manera de decirte que ella se ha vuelto muy importante para mí. Aquí en las nubes de los dioses me he vuelto un poco solitaria, una reclusa. Quiero mucho a mi marido, pero él es gran duque en Alemania. Su castillo no está lejos de los vientos polares del Mar del Norte. Yo soy una inka en los cálidos jardines del trópico. Cuando llegó tu ahijada, esta vivaz sílfide de nuestros bosques apareció en mi vida, gracias a ti y a *lady* Úrsula, y nos hemos convertido en las mejores amigas. Mi madre cuida de mi pequeño Egi y, con sus nuevas hermanas, primas y tías, ha

encontrado un mundo de emociones y, sobre todo, de amor incondicional. No puede creer en su suerte. El frío de Alemania ha desaparecido. Gracias a los dioses, se está convirtiendo en un auténtico indio amazónico. En cierto modo, yo también estoy volviendo a mis raíces, quizás de forma poco convencional. La querida Miski me está abriendo un nuevo mundo de felicidad. Como Inka, estoy por encima de todo reproche y voy a disfrutar de cada minuto. Por supuesto, es un secreto de Estado. Sin embargo, no cortaré la cabeza de ningún antiguo Inka que comparta un trozo de conversación de almohada con su compañera de vida.

Como despedida de la reunión, la historia no podría haber sido más atractiva. Kura, en su búsqueda de ayuda para hacer del mundo un lugar mejor, no se andaba con medias tintas. Sayri se levantó, sonriente.

—Enhorabuena, Inka, de todo corazón. *Lady* Úrsula, si puede, te hará una visita no oficial. Tal vez ella pueda fomentar tu apego por esta afortunada muchacha que bien merece tu interés y afecto. Úrsula, te informará más detalles sobre la historia de esta chica corajuda.

—No puedo esperar. Cuando te dirijas a casa, irás montado en Júpiter y *lady* Úrsula podrá volver a toda prisa por el mismo camino.

Sayri y Kura estaban solos, apartados. Sayri observó que la finca estaba en mejores condiciones, más fresca, ordenada y rebosante que cuando él había estado al mando.

—Pareces cómodo —dijo ella. Era su señal.

—Lo estoy —dijo él—. Los jardines son preciosos. Los pájaros parecen resueltos, ocupados. Tienes buen aspecto.

Hizo una pausa.

—Cuando subí del puente, pude sentir el cambio.

—Y ahora que me dices que estás cómodamente instalada en tus arreglos domésticos, aún más.

Kura Ocllo II sonrió con placer, casi riendo, aliviada como una tímida novia ante la descripción de Sayri, su aceptación. Sabía que, cuando el señor Sayri, que no era un palo en el barro, se lo contara a su esposa, la vivaracha *lady* Úrsula se reiría a gritos, encantada, quizás con un toque de envidia..., al oír que la poderosa Inka, distante, devastadoramente valiente e inteligente, había mostrado un lado humano.

Los dos líderes, uno del pasado y otro del presente, del reino amazónico Lupaqa, habían utilizado este reencuentro con buenos resultados. Habían confirmado lo que ambos esperaban. Las hachas estaban enterradas.

—Está sucediendo, Sayri. Acabaremos con la guerra revolucionándola. Nuestros sistemas neolíticos protegerán la Amazonía.

La condesa Úrsula contaría a Kura unos días más tarde la historia de Miski, algo que había advertido a su ahijada que se guardara para sí misma. La advertencia, sensata sin duda, no era necesaria. A Miski no le gustaba pensar en sí misma como una guerrera curtida en mil batallas. El incidente había ocurrido un par de años antes.

Miski, de solo 15 años, regresaba de su aldea en el río Pichis de las montañas de Vilcabamba. Se había hecho cargo de la familia tras la muerte del padre. Había tardado más de lo esperado. Llevaba retraso en volver a Lupaqa; desde allí regresaría a McGill, Montreal, donde cursaba su primer año de Licenciatura en Química. Más

importante aún, se había perdido el viaje desde el pueblo con un par de primos varones mayores. Estaba sola y tenía prisa. Una combinación peligrosa en el bosque. Los barcos de pasajeros y carga eran pequeños, lentos e infrecuentes. Miski decidió que debía cortar por lo sano. En lugar de continuar río arriba hasta el Mapacho, donde podría remontar en canoa y trotar por este seguro valle agrícola y regresar por las crestas de Tres Cruces, tomaría un atajo por el Camisea. Su pueblo le había advertido que no fuera al bajo Camisea, donde habían visto a forasteros instalando campamentos de exploración petrolífera. Miski, a sus 15 años, no creía que el mundo fuera un mal lugar. Era rápida, estaba bien entrenada y armada con una daga, un punzón y un machete. Había mucho tráfico fluvial que entraba y salía de los nuevos campamentos. Allí se escabullía, cogía una canoa por el Camisea y recuperaba un par de días perdidos. Los viajeros más veteranos del Amazonas reconocerán la ilusión. Aunque su vida la había convertido en una joven jaguar, en una experimentada cabeza de familia de la selva, en una académica en ciernes, seguía siendo una joven vulnerable.

La gente de la orilla le aseguró que no había problema. Para coger una canoa y remontar el Camisea, tendría que cruzar un par de kilómetros por senderos forestales. Su camino pasaba por un caserío de viviendas prefabricadas, como en los campamentos mineros. Aceleró el paso cuando oyó silbidos y gritos desde tabernas techadas con palma. Vio a un trío de jóvenes cruzar desde una de ellas a lo que resultó ser el camino de Camisea.

No había duda sobre sus intenciones. Una chica, una presa.

—Uno vino delante de mí, dos detrás —le diría a *lady* Úrsula. Miski había visto las caras maliciosas de los hombres. Empezó a

correr, sacó el machete de su cinturón... Miró hacia el bosque, podría haberse metido en él. Se habría enredado como una mosca en una telaraña. El hombre que tenía delante estaba más lejos. Giró sobre sí misma cuando el más cercano le agarró el pelo trenzado por detrás, como si fuera una aldaba. Giró sobre un pie, levantó el machete. Con ambas manos se lo clavó con toda su fuerza en la frente. Volvió a levantar el machete y se lo clavó en la nuca, mientras él caía gimiendo, chorreando sangre y sesos—. Igual como defenderse de cualquier animal.

—Su relato era tranquilo —contó Úrsula a Kura—. De un cazador a otro.

Tomó un trago de la limonada.

—«Fue terrible», me dijo mientras le tomaba la mano.

El hombre no había gritado al desplomarse casi encima de Miski. Ella había saltado hacia atrás para evitarlo. Tras el horrible golpe, oyó a un hombre gritar: «¡Agárrala, asesina!».

Giró y vio que la cara del segundo hombre pasaba de la lujuria al miedo. Borracho, sin pensar con claridad, al ver a su amigo. Se abalanzó, torpe, y luego se congeló, dándose cuenta de que no tenía ninguna posibilidad contra este puma salvaje. Levantó los brazos para protegerse del machete de la chica. Estaba demasiado cerca. Miski volvió a usar su machete. Oyó al hombre gritar. No notó los efectos de su golpe.

El tercer hombre, más pesado, más tambaleante, se acercó, miró a Miski a los ojos, su machete goteaba sangre, sus instintos de lucha estaban claros. Se volvió, gritando: «¡Ayuda! ¡Asesinato!», mientras volvía al campamento.

—Me di vuelta y corrí —continuó Miski.

Aterrorizada, Miski corrió hacia el sendero que oscurecía. Por detrás oyó nada más que pájaros e insectos. Sabía que tenía que lavarse la sangre, dejar de llorar, detener la respiración agitada. Descansar.

—Estaba oscureciendo. Encontré un arroyo, me limpié la sangre. Nunca me había sentido tan sola.

En un recodo del camino, en un claro, vio y oyó a dos madres que recogían la ropa tendida en unos arbustos, con niños pequeños en las piernas.

Miski tomó aire, se acercó y les habló en machiguenga. Las mujeres se asustaron al principio, observando el estado de Miski, sus ropas húmedas y ensangrentadas, sus latidos, sus ojos desorbitados. Al cabo de un momento se relajaron, la acariciaron, la ayudaron a lavarse. Le ofrecieron ropa limpia de su lavandería. La llevaron a su casa.

Las mujeres le dieron algo de comer, de beber. Se quejaron de los recién llegados y de sus terribles costumbres. Sus hombres no estaban. Se alegraron de la compañía, de la distracción. «Traeré a mi hermano», se ofreció una mujer. «Él te mostrará un camino seguro».

—Así es como escapé —le dijo Miski a Úrsula. El jefe de la aldea la escoltó a través del paso hasta un pueblo lupaqa. Más tarde, Sayri, en reconocimiento de su ayuda, envió a los aldeanos escopetas y cartuchos, ropa para los niños, cacerolas y cuchillos de cocina y gruesos fajos de billetes...

Kura, devastada, nunca llegaría a conversar del incidente con Miski ni a abrazar a su joven heroína.

Capítulo 6



Mientras Melanie temblaba en la parte trasera de un helicóptero maloliente camino a la primera visita oficial de Perú a Lupaqa, Inka Kura Ocllo, con Sayri y una docena de académicos lupaqas, estaban en Washington haciendo la ronda de políticos, abogados, diplomáticos y grupos de presión, presentando su candidatura a la independencia.

—Nadie quiere la historia sórdida —dijo Skip mientras tomaba un café—. No quieren eso de que los europeos eran los malos y los indios llevaban sombreros blancos. Limítense a la versión de Hollywood. Nada de los horrores de la Conquista, de azotar, crucificar o torturas en la plaza. Nada de lloriqueos sobre los curas, las violaciones de la bonanza cauchera.

En el tibio salón del Hay Adams, cerca de la Casa Blanca, había reunido a una docena de asesores del Congreso de Orientación Latina, funcionarios del Tribunal Supremo, empleados del Ministerio de Justicia, del departamento de Estado, Agricultura, DEA y CIA. Skip abrió la reunión con comentarios ligeros sobre los incas, la Conquista y la importancia de la Amazonía. Kura tomó el relevo:

—Los lupaqas somos pacíficos, bien educados, anticomunistas y antigubernamentales. Vivimos en las estribaciones amazónicas y

andinas desde hace cientos de generaciones, miles de años, desde antes de los tiempos. Luchamos contra Sendero Luminoso y los cárteles de la droga. Ayudamos a nuestros vecinos. Nuestros principales ingresos proceden de la investigación medicinal de plantas y venenos, financiada por universidades de Estados Unidos y Europa. Tenemos un par de pequeñas minas de oro aluvial en las colinas. Necesitamos que les digan a Perú y Brasil que nos dejen en paz. A cambio, salvaguardaremos nuestra parte de la selva tropical y les enseñaremos a hacer lo mismo en otros lugares.

* * *

A la Inka no se le había escapado nombrar a un reemplazante formal antes de emprender el vuelo. Dejar su reino en manos de jóvenes era un deliberado movimiento para reforzar la confianza del equipo. Había, en cualquier caso, medio centenar de manos veteranas a un paso de distancia. Y ahí estaba Larry. Kura y Q'ori se habían tomado la molestia de celebrar una ceremonia formal de traspaso a la que asistieron todos: cocineros, caballerizos, maestros, jardineros, fabricantes de arcos y flechas, adiestradores de perros, mozos de cuadra, adiestradores de serpientes, médicos, investigadores de insectos, reparadores de tejados, canteros y carpinteros. Kura había promovido la presencia de los curanderos, cuyo trabajo combinaba el estudio de las hierbas, la espiritualidad y la investigación. Eran los encargados de inaugurar reuniones ceremoniales como esta, que le recordaban los viejos tiempos. El curandero jefe ofició mientras Kura entregaba su vara, la ornamentada chonta tradicional tallada. A

Q’orianka con una fórmula de palabras elaborada para la ocasión en una combinación de machiguenga y piro. Sopló humo de tabaco y roció aguaflorida, escupida como una niebla sobre sus rostros. La vara medía metro y medio, estaba recubierta de adornos de oro y plata y pesaba doce kilos. La llevaban los jóvenes del equipo de Kura mientras ella realizaba su jornada. Venía con un ligero soporte de madera, llevado aparte por otro niño para mantenerla vertical.

Kura quería empujar a Q’orianka hacia la experiencia del liderazgo, junto con Miski y un puñado de otros. Sayri había expresado su preocupación.

—Q’ori aún no tiene 19 años —le dijo a Kura—. Una sugerencia, si me permites. Quizá quieras considerar a Sacha como tu reemplazo. La princesa admira la forma en que has llevado adelante nuestro reino. Estoy de acuerdo en que puede ser un poco pomposa. Pero ¿qué hay de malo en un toque de arrogancia para una suplente? —Sacha estaba casada con Larry Shiels, el estadounidense cuyo aterrizaje forzoso en helicóptero en Lupaqa un par de años antes había catalizado la campaña independentista de Kura, que acabó derrocando a Sayri.

»No me gusta dejar a la joven Q’ori sola, al mando. Incluso con Larry a sus espaldas —continuó.

Al viajar con Kura, Sayri dejaba un doble vacío en la cima. Kura consideró brevemente el consejo y decidió que esa preocupación carecía de importancia práctica. Su propio objetivo era subrayar el cambio de estilo del nuevo régimen. Esta era una oportunidad perfecta. Se culparía a sí misma por no haber previsto que Melanie querría hacer valer su peso. Sobre todo, si se sentía desairada. Era un remordimiento que se llevaría a la tumba.

Capítulo 7



No había duda de dónde querían los lupaqas que aterrizaran. Por entre las luces y las sombras del sol matinal, el capitán pudo ver a los niños saludando, saltando, arreados por madres, tías y hermanas mayores por el anillo exterior de un amplio círculo de pasto, marcado con una «x» en un campo que bordeaba el lago. Un niño les hacía señas con un par de trozos de tela blanca.

—Me gusta esta gente —dijo el capitán a su copiloto a través de los auriculares, mirando las cartas de navegación. Recordaría el comentario días después desde su cama, mientras respiraba el aire húmedo a kilómetros de distancia, entre acogedores pájaros cantores del bosque y niños que jugaban alrededor de una enfermería lupaqa.

—Esto es mejor que llevar generales a sus almuerzos —dijo el copiloto. Ambos miraron con aprecio hacia un oscuro valle boscoso con cascadas más allá de la bruma matinal de las tierras bajas tropicales.

—No hay mejor que nuestro Perú —dijo el capitán.

Desde la orilla más alejada de Guayatacocha, había pastos agrestes, boscosas laderas empinadas y acantilados. Por entre las últimas nieblas de la mañana, los pilotos podían ver dispersas

llamas, alpacas, ovejas y acantilados que conducían a glaciares, estos últimos la corona de la cordillera Lupaqa en noble conferencia. Ambos con máscaras de oxígeno, el capitán miró a su copiloto, apreciando los picos nevados a 10 000 pies de altura. El helicóptero, que se movía lentamente, ofrecía una vista única de este mundo imponente, del agua que caía sobre las rocas en los arroyos, los patos amistosos, los puntos en el lago, los grupos móviles de mujeres, niños y perros que daban vueltas alrededor del perímetro. Observaron un grupo de jinetes en un claro al borde de un bosque junto al lago.

—Están organizados. Odio cuando los niños corren en todas direcciones —dijo el copiloto.

—Llévala derecho hacia abajo. No hay necesidad de confundir las cosas —dijo el capitán.

El Huey aterrizó en medio de la parcela marcada y el chico les hizo señas para que entraran. Los rotores se detuvieron y la puerta del fuselaje se abrió. El aterrizaje de un helicóptero para entregar a un visitante distinguido es un acontecimiento en cualquier lugar. El primero en salir fue uno de los policías con su uniforme verde y su gorra de béisbol reglamentaria, con un AK47 colgado del cuello como un gánster. La multitud permanecía obediente fuera del círculo. No hacía señas a nadie. Un segundo policía se le unió. Observaron a las bandadas de niños y perros de campo que correteaban, jugaban, se acercaban. Muchos llevaban pastores alemanes a su lado. Melanie observó, sorprendida, que eran de pura raza, obviamente bien adiestrados. El destacamento de policía saludó y sonrió.

—Vigila a esos malditos perros —dijo el mayor.

El camarógrafo de televisión y la reportera estaban ocupados tomando fotos del helicóptero, de los niños y de las montañas. La primera dama hablaba dentro del Huey con el fotógrafo del Gobierno.

—Haz que las mujeres y los niños salten y que se apresuren para que pueda darles un abrazo. ¿Están limpios?

—Encantadores —dijo el fotógrafo.

—No dejes que esos policías se interpongan —dijo Melanie. El tercer policía estaba junto a la puerta, esperando como hacen los policías.

—¿Has visto a la señora jefa? —preguntó Melanie a la fotógrafa.

—Todavía no —dijo la joven.

—Que vengan los chicos —Melanie llamó. Al policía—: No me vengas con «normas».

—No se permite la presencia de civiles a menos de 10 metros de un vehículo policial fuera de un entorno urbano. Estamos en una guerra potencial, señora.

—¡Por el amor de Dios! Capitán, dígale a este hombre que las mujeres y los niños pueden venir a jugar dentro si quieren. Estamos aquí para hacer amigos. Ganar corazones y mentes.

El capitán saltó de la cabina al suelo.

—Sargento, únase a sus colegas.

—Mis instrucciones, señor...

—Yo estoy al mando. Reúnase con sus hombres.

El sargento trotó lentamente hasta donde estaban los otros dos policías en el perímetro. El fotógrafo del Gobierno hizo señas a un primer grupo de mujeres y niños.

—Muy bien, Melanie, puede salir —dijo, haciendo una señal al camarógrafo. Otros dos fotógrafos salieron trotando de entre la multitud, con *jeans*, chompas y gorras de béisbol. Eran periodistas locales. Ambos llevaban la insignia de Lupaqa News en el chaleco y «Lupaqa» en la espalda.

Melanie cogió una mano, bajó de un salto y sonrió. Se inclinó hacia delante, con los brazos abiertos de alegría, y las mamás y los emocionados grupos de niños se abalanzaron sobre ella:

—¡Hola, Melanie! Bienvenida a Lupaqa, Melanie.

Fue un momento precioso. Todo el mundo se alegraba de verse. Incluso los policías sonreían. En medio de todo eso, Melanie llamó al capitán.

—Ve a buscar todas las cosas.

—Sí, señora. Me sentiría más cómodo si supiera a quién la estoy entregando.

Como si nada, se acercó una mujer amerindia montada a pelo en un poni alazán. A su lado trotaba un niño descalzo. Ambos llevaban círculos negros y rojos pintados en las mejillas. La chica era erguida, segura de sí misma, dominante y llamativa. Llevaba *jeans* y una chaqueta de esquí roja sobre una chompa de alpaca a rayas. Los niños la saludaban gritando: ¡Miski! ¡Miski!

Con un arco de metro y medio en la mano izquierda y un carcaj a la espalda, Miski se centró en Melanie. El niño, Tonyo, de 12 años, sonreía y saludaba. Llevaba el arco colgado del hombro. Melanie los vio acercarse, cogidos de la mano de dos niños. El poni de Miski se detuvo; ella pateó una pierna hacia delante, como una trapecista, y tocó tierra. En ese mismo movimiento, se inclinó ante Melanie.

—Primera dama Melanie Moldado, presumo.

Melanie se sobresaltó. La chica se había dirigido a ella en francés, fluido y fácil.

—Sí. *Oui. Bonjour, mademoiselle*.

Miski continuó en francés:

—Bienvenida al reino lupaqa, *madame*. Soy Miskitani Mara Huamanhuilca, asistente personal de Kura Ocllo II, líder de nuestra nación. Inka Kura se encuentra actualmente de viaje en el extranjero. Ella le pide que perdone su ausencia. Cuando salió de Lupaqa hace unos días, no sabía que usted planeaba honrarnos con su visita. Nos ha pedido que organicemos una bienvenida por parte de los escolares de este distrito. Después de la ceremonia, la llevaré a conocer a Q'orianka, encargada de gobierno.

Miski dio media vuelta y señaló un tambo distante en un claro del bosque a casi un kilómetro de distancia, al otro lado del lago.

—Q'orianka está deseando saludarla y hablar de nuestros intereses mutuos. Agradece su visita y le desea que pase un día agradable con nosotros.

Melanie estaba furiosa, sentía que la estaban maleteando. Mantuvo una cara fotogénica. No se había imaginado que Inka Kura Ocllo no estaría interesada en hacer de nativa agradecida de la nueva Eva Perón de Sudamérica. Melanie se encontró en un Lupaqa sin Inka. Su personal limeño, normalmente servicial, había rehuido este plan de primera plana para visitar a la glamorosa Inka del documental. No se le había ocurrido que los jefes de las tribus amazónicas pudieran estar en otro lugar que no fuera sentados en sus mugrientas chozas esperándola. Melanie no se anduvo con chiquitas y sacó lo mejor de sí, asintiendo con la cabeza, sonriéndole

a los niños saltarines y sonriendo para las cámaras. Sin duda, las imágenes le ayudarían a subir unos puntos en Lima.

—A los niños de Tastayoc les gustaría darle la bienvenida a su casa con unas canciones y un baile, si le parece bien, señora.

—¡Asombroso! —dijo Melanie, aplaudiendo. Lo decía en serio. Había visto docenas de estos espectáculos de bienvenida, algunos mejores que otros, pero siempre encantadores. Estaba impresionada ante esta joven, dueña de sí misma, suave, hablando un francés fino, sin pelos en la lengua. ¿Qué era esta tribu, perdida en las altas y frías montañas húmedas y salvajes, los ríos peligrosos y las selvas perdidas del Amazonas?

—*Merci,* Miski *ma chère*. Desde el fondo de mi corazón. Estoy tan impresionada con usted y los niños encantadores, las mamás amistosas. Vámonos. El helicóptero va a recoger regalos de mi marido, el presidente. Volverá en una hora.

Esto desencadenó un alboroto. Los pilotos volvieron a subir al Huey. Todos, incluida Melanie, corrieron hacia el perímetro. Melanie mantuvo agarrados a media docena de niños, haciéndoles las preguntas habituales sobre nombres, profesores, mascotas, hermanos, hermanas. El fotógrafo repartía caramelos, el séquito de medios de comunicación trabajaba, corriendo hacia delante, a un lado u otro. Los policías se habían quedado a un lado. Al cabo de unos instantes, el Huey se alejó a toda velocidad. La ceremonia de bienvenida se había organizado en un prado junto al lago, a pocos metros de distancia. Ante la mirada de Melanie, los policías se quedaron en el perímetro del lugar de aterrizaje. Miski miró a los policías y sus armas, debatiendo qué hacer. Su doble trabajo de hoy era la seguridad y la diplomacia. En aquel ambiente alegre, la

diplomacia parecía la mejor primera opción, ya que los hombres no abandonaban la zona de aterrizaje. Acompañó a Melanie unos pasos hasta la única silla de lona en el claro de la orilla. Los niños cantaban y bailaban. Las cámaras rodaban. Melanie sonrió y aplaudió. No tuvo que fingir alegría. La quena, las guitarras, el arpa andina, los charangos y los tambores eran mejores que la mayoría. Alguien al mando tuvo la sensatez de hacerla corta, para que ella tuviera tiempo de charlar con las madres. Había olvidado su fastidio e incomodidad. Miski se mantuvo a unos metros de la primera dama. Terminado el canto, se acercó:

—Señora, tenemos una mula fuerte para llevarla donde Q'orianka. Quiere reunirse con usted a solas. Dejaremos a los niños aquí. —Y añadió—: Aunque nos van a seguir de todas maneras.

Miski había perdido el nerviosismo inicial, en parte gracias a la soltura de Melanie, a su cortés diplomacia.

—Después de su conversación, querrá entregar usted misma los regalos a los niños.

Melanie volvió a quedar impresionada.

—Miski, *ma chère*. Me parece muy bien. *Merci*. Le estamos agradecidos a usted, a Q'orianka y, por supuesto, a Inka Kura Ocllo. Podemos desplazarnos cuando quiera.

No en vano Melanie era primera dama.

—Una cosa, señora Melanie —dijo Q'orianka mirando hacia los policías de la zona de aterrizaje—. Como explicamos claramente en nuestras comunicaciones con su personal, los fusiles automáticos están prohibidos en Lupaqa. No quería retrasar la recepción, pero sus hombres y sus armas deben quedarse aquí. Si quieren

acompañarla, deben entregar sus armas mientras dure su visita con nosotros.

—Entiendo —dijo Melanie—. El piloto tenía razón. Los policías eran unos inútiles inservibles —dijo, con menos confianza—. Veré lo que dicen.

—Que quede claro, señora —dijo Miski—. En el reino lupaqa, las armas automáticas están prohibidas. Yo soy la responsable de hacer cumplir esto hoy. Doña Q'ori no la recibirá si la acompañan hombres armados.

Una adolescente se acercó, con una impresionante mula de color blanco perla a su lado, la brida de cuero reluciente de plata, la silla de montar cubierta con una gruesa manta de alpaca negra. Melanie, siempre atenta a las oportunidades, se sintió alentada por la idea de una foto de primera plana.

—Señora, mi mula se llama Atahualpa. Ponga el pie aquí. —Ahuecó las manos para levantar a Melanie.

—Todo va bien. Está a salvo, como en su casa.

Sin quedarse atrás, la primera dama puso un pie en las manos de la niña y montó. Los niños aplaudieron, los fotógrafos hicieron clic, las cámaras de vídeo zumbaron. La niña subió con un saltó por detrás. Aparecieron dos policías con AK47 en el pecho.

—Estamos aquí, justo detrás de usted, señora. No se preocupe. Estará perfectamente a salvo.

Miski estaba de pie a un lado de Atahualpa. Por encima de la charla, repitió, contundente: —*Madame*, diga a sus hombres que no pueden traer esos automáticos. Q'orianka no nos recibirá. No puedo permitir que abandonen la zona de desembarco con sus armas.

Melanie giró en la silla de montar.

—Escuchen, imbéciles. Dejen sus estúpidas armas con su compañero. Luego alcáncennos. Solo vamos hasta allí.

Señaló el tambo a lo lejos. A casi un kilómetro de distancia, a tiro de piedra del tambo de Q'ori, se había reunido una guardia de honor informal de media docena de jóvenes, un par de ellos en ponis. Pastores alemanes y mastines se arremolinaban alrededor. Los adolescentes vestían *jeans*, chompas y gorras de béisbol. Habrían parecido chicos de ciudad de no ser porque llevaban armas tradicionales, atlatls para arrojar lanzas con los dedos, hondas huaracas, boleadoras de largas púas de cuero y bolas de piedra; más algunos arcos y flechas. Atahualpa podía ser «seguro como una casa», pero como hacen las mulas, marchaba al ritmo de su propio tambor. Con un caballo, un jinete guía al animal cada paso del camino. Con una mula, le dices a dónde quieres ir y lo dejas en sus manos. La chica que iba detrás de Melanie hizo lo esperado, soltó la rienda de Atahualpa.

El Huey que regresaba rugió en lo alto. Atahualpa nunca había oído un helicóptero. Tampoco lo habían oído los niños, ni la mayoría de los adultos. La mula decidió que era su señal. Melanie sintió que el animal temblaba. En su mente, durante meses, a cámara lenta, mientras se disponía a dormir, vería a los niños y a los adultos apartarse mientras Atahualpa pegaba un salto, de cero a ocho kilómetros por hora, un cohete, diez kilómetros por hora a velocidad de crucero antes de que se agotara el segundo, como si sus velas desplegadas al máximo hubieran recibido por detrás una ráfaga de viento ganadora de la carrera. La timonel, con sus muslos morenos y delgados hundidos en los flancos musculosos de Atahualpa, se

inclinó hacia delante, apoyando a Melanie, que se había agarrado a muerte a la silla de montar.

En los Andes, las mulas y los caballos no llevan bridas. No hay bocados entre los dientes. Parada-arranque, izquierda-derecha se manejan con un cuero de guía, un apretón de rodilla. Es uno mismo o el animal quien manda. Una mula de paso con pedigrí como Atahualpa que se dirigiera a la batalla siempre estaría al mando.

La chica se deslizó, con el objetivo de detener al animal por la fuerza. Se torció un tobillo con la caída, y se fue al suelo. Melanie estaba sola. Se inclinó hacia adelante, lanzando a la mula a todo galope. Los niños encantados gritaban a través del estruendo del helicóptero.

—¡Ya, Atahualpa! ¡Vamos, chica! ¡Vamos! ¡Vamos!

Detrás de la mula jadeaban los dos policías, sudando en el aire poco oxigenado, con armas en los brazos. Atahualpa tenía una ventaja de diez cuerpos y una visión clara de los últimos metros. Para ella, la pista de montaña, llena de baches, zigzagueante y sinuosa, era una carrera recta hasta la meta, con sus compañeros de la Guardia de Honor. Para los policías de la ciudad, era una pesadilla de montaña. Miski se subió a su poni y corrió a toda velocidad por terrenos accidentados, arbustos y árboles, con la esperanza de adelantarse a la mula. El camino entre el helipuerto y el tambo rodeaba el lago, cruzaba en zigzag un barranco y pasaba junto a un campo de patatas. Melanie se agarraba a la crin de Atahualpa y a la silla de montar, debatiéndose entre aferrarse o abandonar. La mula estaba decidida a llegar al claro con los jóvenes, los caballos y los alegres ladridos de los perros. La escena, como si estuviera dirigida, estaba siendo grabada desde varios ángulos. Desde los

camarógrafos del tambo de Q'ori, a unos cien metros más allá por el camino; desde atrás, por el equipo oficial de medios de comunicación, y por el dúo de prensa lupaqa en la pista de aterrizaje. El video de la carrera de la mula, posteriormente empalmado y editado, fue asombroso.

Miski vio que su camino estaba bloqueado por rocas, un barranco y un precipicio. Consideró las opciones. La tropa de perros de Q'ori y la caballería juvenil se encargarían de la situación en el tambo. ¿Debía continuar, cabalgar hasta allí para ayudar? ¿Desarmar a los dos policías? ¿O dejárselo a Q'ori? Miski dudó, miró a ambos lados del lago y giró, volviendo al galope a la zona de aterrizaje.

A un par de cientos de metros por encima del tambo de Q'ori, en un macizo de bosque antiguo, observaba una figura alta con un par de prismáticos Carl Zeiss AG 8 x 25. El ex sargento de los marines estadounidenses Larry Shiels, comandante informal de las Fuerzas de Defensa Lupaqa, desplazó su mirada de la preocupada Miski a Q'ori, que no sabía si debía estar preocupada o riéndose. Con el objetivo a la vista, un feliz Atahualpa había optado por un paso ligero. Los perros ladraban y los mastines daban la bienvenida a su brioso colega. Los dos policías resollaban detrás.

Capítulo 8



Larry había elegido su mirador de modo que tuviera una vista de buitre tanto de la zona de aterrizaje como del tambo donde Q'ori, en reemplazo de Inka Kura Ocllo II, esperaba para recibir formalmente a Melanie. Una familia local le había instalado un refugio con techo de paja de cuatro metros y un par de bancos, más alimentos y agua.

Al otro lado del lago, a través de los árboles, Larry podía ver los campamentos de la Caballería de las Tierras Altas de Morochuco, alma y corazón de su Fuerza de Defensa montada, junto con los escuadrones de ballesteros, arqueros, lanceros de atlatl. Estas eran sus primeras maniobras conjuntas. Su misión hoy era permanecer tranquilos, sin ser observados por los visitantes que llegaran, listos para salir a desfilar. En teoría, y hasta en acción. Con la orientación de Larry, Miski había puesto al comandante de campo Amaru al mando del escuadrón de caballería, los perros y sus adiestradores, en un claro a unos doscientos metros del helipuerto, oculto por una hilera de árboles. El helicóptero no los habría visto a su llegada. Era tarea de Amaru mantenerlos a todos alerta, a la espera, alineados de forma ordenada. El asunto de la primera dama se había convertido en un útil ejercicio de entrenamiento. Del lado de Larry, el plan consistía en que Q'ori se reuniera con Melanie para hablar de

la cultura lupaqa, de sus esperanzas de independencia, y luego que los niños de la guardería siguieran cantando y bailando en un almuerzo en la orilla. Los hornos de tierra estaban calentando montones de piedras. Un plan perfecto.

A través de antenas repetidoras, Shiels podía hablar con Zara en la caseta de radio, las pistas de aterrizaje y los refugios administrativos del puerto fluvial. Había un receptor VHF en la cocina de la residencia de Larry-Sacha, otro en la caseta de vigilancia de Sayri y otro en la clínica de la Catedral. Larry había convencido a Kura de que esta red era una necesidad militar, modelándola a partir de un sistema de guardacostas con un Canal 16 abierto. Hasta ahora, su uso como servicio de mensajería había servido para recoger chismes. El Inka, contrario a la red al principio con el argumento de que eran un pueblo cara a cara, ahora la habían adoptado para impulsar su campaña de independencia.

Larry había pedido a todos los que tuvieran un receptor que mantuvieran un oído atento durante la visita de Melanie. El desastre, cuando se produjo, demostró que debería haber puesto uno en manos de Miski. No lo había hecho, deliberadamente. Se trataba de un ejercicio de entrenamiento. Quería que Miski tomara sus propias decisiones de seguridad sin recurrir a una voz en su oído. Un par de días antes, en el palacio, le dijo:

—Tú eres la que manda. Recuerda. Todos te obedecen, especialmente el enemigo. Nunca vaciles. Busca la garganta. Si cometes un error, mala suerte. Kura y yo te respaldaremos.

Hoy, mientras veía a Melanie luchar por mantenerse a bordo de la mula, Shiels se preguntaba cómo se reflejaría el incidente en Lupaqa. Desde luego, a Melanie no le haría mucho bien. Si Kura lo

hubiera aplazado formalmente, habría producido un espectáculo más adulto que esta confusión. Q'ori y Larry habían planeado la recepción centrada en los niños como la menos propensa a salir mal. Acoger a Melanie aquí, en las tierras altas, en el extremo más frío del reino, significaba que iría y vendría en unas pocas horas, con un rápido viaje en helicóptero desde Matria, un traslado sin complicaciones y con poca exposición. La recepción sería en el campo.

Para Larry, ofrecía un práctico ejercicio de prueba para la fuerza de defensa juvenil, los arqueros de talla mundial, los lanzadores de boleadoras, los manipuladores de serpientes y arañas, los envenenadores, las cerbatanas, los confiados jinetes y las mujeres. Como otras armas antiguas, las boleadoras son una herramienta formidable hecha de cuerdas de cuero y bolas o piedras de hierro, diseñada para inmovilizar las patas de un animal, aún más eficaz para los cuatreros. Larry estaba preocupado por Miski. Su responsabilidad, establecida el día anterior, era el helicóptero. Había corrido tras Melanie y la mula en lugar de quedarse con el Huey. Por fin estaba regresando. Él había intentado transmitirle la más antigua de las máximas militares: si algo puede salir mal, saldrá mal. Seguir con el plan A es tu mejor opción.

Cuando llegó la noticia de la visita de la primera dama, el Consejo Privado Lupaqa había acordado guardar silencio sobre la ausencia de Kura y dejar que Melanie persistiera. Proporcionaría un ensayo en vivo de bajo riesgo para manejar la visita de extranjeros al incipiente reino independiente. Larry había pedido que las tropas lo utilizaran para aprender «disciplina y paciencia». Todos estuvieron de acuerdo, incluida Kura desde Washington. Hasta Sayri vio que no

podía hacer daño. Shiels había dirigido el grupo de la primera dama al distrito elegido, lo cual les daría a los peruanos, como mucho, una pincelada sobre el alcance del reino. Habían elegido Guayatacocha porque, entre otros atributos, era indistinguible de cualquier otra parte del altiplano central de Perú y sería una excursión fácil de un día. En las múltiples sesiones informativas celebradas durante los meses siguientes a los acontecimientos de aquel viernes, los responsables de Lupaqa llegaron a la conclusión de que habría sido mejor atraer al grupo de Melanie a una zona selvática y húmeda del reino, de difícil acceso. A un rincón de la selva donde reinan los bichos y las serpientes, lejos del elegante distrito de la Catedral de Lupaqa. Se habrían marchado poco después de llegar, quizá para no volver jamás.

Kura había creído que podía controlar cómo el Perú y el resto del mundo recibirían a la reaparecida primera nación. La catástrofe y sus consecuencias demostrarían lo equivocada que estaba. Todo el mundo, además de las cámaras de vídeo y fotográficas, asistiría horrorizado e incrédulo al desarrollo de una secuencia de conmociones en las horas siguientes.

Capítulo 9



Atahualpa había temblado y se había estremecido con el ruido del helicóptero. Había sido el preludio, cualquier niño de campo lo hubiera podido decir, que iba a haber un gran salto. Podía ser hacia delante, hacia atrás o hacia uno de los lados. Los niños volaban en todas las direcciones. Bajo el estruendo del helicóptero que se acercaba, Miski estaba a media docena de metros, demasiado lejos para correr y saltarle a la cabeza a Atahualpa. Se deslizó sobre su poni y se abrió paso entre los niños, muchos asustados por el estruendo que se cernía sobre ellos. La carrera de la mula hacia campo abierto había sido dispuesta. Melanie, valiente pero desacertada, se aferraba con todas sus fuerzas a la montura y a la fina crin. El paso de la mula era suave en comparación con la sacudida de una mula de montaña estándar a velocidad de crucero. En las imágenes que circularon más tarde, parecía más decidida que asustada. En su esfuerzo por mostrarse tranquila, por hablar francés con Melanie, Miski había descuidado su trabajo principal. No había desarmado a los policías. Se limitó a hacer que se apartaran y se comprometieran a quedarse atrás. A partir de ahí, había hecho un lío de la simple cuestión de acompañar a Melanie a través de unos 800 metros de campo abierto. Otro paso en falso fue intentar cortarle el

paso a la mula. Ella era de la selva, no de estas tierras altas. Vio, demasiado tarde, que se quedaría bloqueada por un barranco. Se detuvo para ver cómo Atahualpa y Melanie trotaban a unos juguetones ocho kilómetro por hora hacia la Guardia de Honor, que había formado parte del ejercicio de adiestramiento diseñado. Los perros y sus adiestradores estaban practicando, aprendiendo a no moverse de su sitio sin perder la concentración. Miski vio, como todos, a los dos policías, lentos, preocupados, molestos, luchando por alcanzar a Melanie y a la mula. Al igual que Q'ori y Larry, ella habría visto sus rifles automáticos. Había sido tarea de Miski confiscar las armas. Ella estaba en el peor lugar para un comandante: en medio de la nada. Tenía que tomar una decisión. ¿Retroceder hasta el camino, alcanzar y desarmar a los policías? Una buena opción. ¿O dejárselos a Q'ori? Tomó la decisión correcta. Su estación oficial era el helicóptero. Dudó un momento, según el análisis posterior de las grabaciones del tambo de Q'ori y de la zona de aterrizaje realizadas por los equipos de cámaras de Lupaqa y Lima, que habían estado documentando la descarga de las cajas con regalos del presidente. Es posible que percibiera una conmoción, pero no pudo oír ni ver a los perros ladrar y luego correr gruñendo hacia los dos guardaespaldas. Las películas de tambo mostraban a los policías volviéndose hacia los perros, apuntando, disparando. Miski podría haber oído los disparos, ráfagas claras. No habría visto a tres perros girar, saltar, desplomarse, retorciéndose contra los policías. Tampoco habría oído el grito de dolor de un niño de 13 años, uno de los adiestradores.

Q'ori contó más tarde lo que Shiels, horrorizado, desde su posición en la ladera boscosa también vio a través de sus

prismáticos. Los miembros adolescentes de la Guardia de Honor habían estado preparando sus boleadoras, arcos y flechas. Al oír los disparos, apuntaron y soltaron las boleadoras contra los policías, haciéndolos caer en un montón. La película mostró más tarde a un policía con la cara roja ahogándose mientras un joven tiraba bruscamente de las cuerdas de las boleadoras. Las dos armas automáticas habían caído con los hombres. Q'ori había corrido hacia el tumulto y había agarrado por el cañón primero una ametralladora y luego la otra, arrojándolas a la maleza, fuera de su alcance.

Una flecha atravesó a un policía en el muslo. Una arquera saltó hacia delante, se la sacó bruscamente, desgarrándole la carne. Gritó.

Comenzaba el desastre.

Las piernas de ambos policías estaban enredadas en las boleadoras. Los otros perros hacían su trabajo, atacando a los intrusos, clavando sus dientes, sus mandíbulas en brazos, muñecas, tobillos. Melanie se había deslizado hasta el suelo, con la cara tan blanca como la mula. Miraba, impotente, gritando. Los policías chillaban tanto de miedo como de dolor. Sin apenas darse cuenta del alboroto, Miski había recorrido al galope los cientos de metros que la separaban del helicóptero. Debió de ver a los dos pilotos en el suelo, junto a la puerta del fuselaje, y al tercer policía armado cerca. Tuvo que determinar su próximo movimiento en los últimos segundos de su llegada y preparó un puñado de flechas, como cualquier cazador, como cualquier soldado. Tonyo, que nunca había abandonado el helicóptero, estaba de pie a unos metros detrás del rotor trasero, según dijeron los pilotos más tarde. El camarógrafo lupaqa del Huey había notado la conmoción, aunque no pudo verlo. Cuando Miski se

acercó, con el arco en la mano, él estaba a menos de 15 metros, y fue cuando ella frenó y saltó. El siguiente medio minuto está filmado.

Miski, arco y flechas en mano, le grita al tercer policía armado. Levanta el arco, tensa la cuerda y le apunta a la cabeza. El audio registra su voz fuerte. «¡Arma al suelo, señor! ¡Ahora!». La película muestra el kalashnikov levantado del policía apuntando a Miski. Este no vacila. La boca del cañón destella. Un solo disparo.

El arco y las flechas de Miski caen. La sangre brota de su garganta, se derrama sobre su chompa. Tiene la boca y los ojos abiertos. Cae hacia delante, no levanta los brazos para bloquear la caída.

Una flecha de Tonyo se clava en el brazo izquierdo del policía asesino. La cabeza del hombre cae hacia delante mientras se agarra a la flecha. La caída de la cabeza del hombre le salva de una segunda flecha letal, que se clava por detrás. El policía herido suelta el arma, se agarra la flecha en el brazo, grita de dolor y tropieza contra el Huey.

El capitán se levanta de un salto y se dirige a la puerta del fuselaje del helicóptero para tomar la radio. La flecha de Tonyo zumba a un centímetro de su oreja. El piloto se detiene, gira con las manos en alto.

El copiloto se inclina sobre Miski. Sus ojos sin vida y su boca están muy abiertos. Le da la vuelta, la pone boca arriba, le levanta la cabeza, le pone la gorra debajo y le toma el pulso en el cuello. Le cierra los ojos y comienza a sollozar, convulsionando visiblemente.

En la película, Tonyo patea al policía, le arranca el kalashnikov del cuello, le apunta a la cabeza. El policía lo mira resignado. Tonyo tira

el arma fuera de cámaras. Saca un cuchillo de su cinturón, salta hacia él, toma el brazo del hombre y utiliza el cuchillo para sacarle la flecha. El hombre grita. En el audio, Tonyo grita: «¡Túmbate, cobarde!».

Larry había estado observando con los prismáticos. Tuvo la tentación de correr hacia él, pero sabía que no podía moverse. Llamó a la cabina de radio. Su voz era firme:

—Alerta SOS, Alerta SOS. Número Cien informando. Emergencia grave en la recepción del helicóptero de la primera dama Melanie. Disparos. Al menos una persona herida. Grave. Necesidad médica inmediata. Llame a la doctora Ingrid. Doctora Ingrid. Urgente. Herido en la pista de aterrizaje. Confirme. Confirme.

* * *

Al apresurarse a ordenar el combate de perros, Q'ori había dejado su receptor de radio sobre la mesa del tambo donde había estado esperando para recibir a la primera dama. Volvió corriendo los pocos metros para rescatarlo, y estaba a punto de emprender el camino de vuelta al claro donde Melanie estaba rodeada de perros y adolescentes, cuando oyó que Larry la llamaba:

—Emergencia, Número Treinta y tres. Responda.

—Aquí Treinta y tres, Cien.

—Treinta y tres, bajo ningún concepto permitas que salga el helicóptero. Detengan todo. Miski está herida. El helicóptero debe llevarla con la Dra. Ingrid. ¿Me copias, Treinta y tres?

Tras un segundo aturdido, Q'ori dijo:

—Sí, adelante, Cien. Debo detener el helicóptero.

—Correcto. Melanie y sus hombres deben ser detenidos. Miski está muy mal.

—Detendré a Melanie y a sus hombres. Las tropas de Amaru rodearán el helicóptero.

Q'ori había estado corriendo, VHF en mano. Llegó al claro y observó el desastre. Perros muertos y heridos, Melanie gritando, dos policías en el suelo gimoteando, uno con una herida grave. Un niño lupaqa sangrando y llorando.

El líder adolescente de la Guardia de Honor estaba atendiendo al niño herido. Q'ori observó que solo era un rasguño. Melanie y los dos policías no iban a escapar a ninguna parte.

Q'ori saltó sobre Atahualpa, que estaba de pie como si no tuviera nada que ver con el problema. Empujó a la mula a galope tendido por el sendero por el que Melanie había trotado momentos antes. El picnic de la escuela se había derrumbado en una pesadilla deformada en malévola realidad. Oyó en su mente la voz urgente de Larry. El americano no hacía gestos urgentes. Q'ori agradeció a los dioses por tener la mula y no un poni tropezón. Los últimos tramos de la carrera fueron empinados cuesta arriba desde la orilla del lago hasta la zona de aterrizaje. Una vez fuera del barranco, espoleó a la mula a galope tendido. Presintió el desastre por la quietud de las figuras agazapadas alrededor de lo que debía ser Miski.

Uno de los pilotos estaba de pie junto a la puerta del fuselaje. El tercer policía estaba tumbado boca abajo, con los brazos extendidos. El arco de Tonyo estaba tenso, con la flecha puesta. No miró a Q'ori. Amaru y sus jinetes habían galopado desde el bosque. Oyó los cascos de los ponis detrás de ella, los jóvenes que la habían estado

acompañando en la reunión de tambo que nunca llegó a celebrarse. Amaru desmontó antes que ella y se arrodilló junto a Miski. Una niña acunaba la cabeza de Miski en su regazo, sollozando, acariciándole la cara, el pelo.

Q'ori saltó de la mula. Miski tenía los ojos abiertos, sangre seca a ambos lados de la boca. Los ojos eran blancos. No hay nada más inmóvil que un cadáver.

—¡Miski! ¡Miski! ¡Despierta! ¡Despierta! —suplicó Q'ori. Se arrojó encima del cuerpo, sollozando.

Larry observaba a través de sus prismáticos. La caballería de Amaru había rodeado el helicóptero. Un minuto después, vio a Q'ori sentada en el suelo sosteniendo el cuerpo de Miski, meciéndose. No necesitaba oír sus sollozos. Pulsó el canal de Amaru.

—Cuarenta y siete, Amaru, aquí Cien. ¿Está viva?

No hubo respuesta.

—Cuarenta y siete, ¿cuál es el estado de Miski? —llamó de nuevo.

Unos segundos más tarde,

—Cuarenta y siete, aquí, señor.

Silencio, zumbido de onda aérea. Un momento, un murmullo. Luego una declaración clara.

—Miski, señor, está muerta. Un disparo.

Vio a Amaru agacharse, agarrar la cabeza de Miski, poner la oreja en su boca, intercambiar palabras con Q'ori.

—Cuarenta y siete. Aquí Cien. Dime. Cambio.

Una pausa. Pudo oír los sollozos de Q'ori a través del auricular abierto.

—Cien, aquí Cuarenta y siete. Miski lleva muerta muchos minutos.

—Gracias, Amaru.

—En espera, Cuarenta y siete.

Shiels necesitaba actuar.

—Necesito hablar con Treinta y tres. El helicóptero no debe moverse. Pásame a Q'ori.

Observó a través de sus prismáticos cómo Q'ori cogía el auricular de Amaru.

—¿Q'ori? Aquí Cien. ¿Me recibes?

—Sí, Cien. Aquí Q'ori. —Su voz era ronca.

—Arresten a Melanie y a sus hombres. Haz que los prisioneros se quiten las botas, córtales los cinturones. Córtales la cintura de los pantalones. No permitan, repito, no permitan que nadie entre en el helicóptero. Esposen a los pilotos si es necesario. Filmen todo. Lo siento, debemos filmar y fotografiar a Miski. Van a venir más helicópteros. Cambio. —Una pausa.

Larry llamó a Zara en la caseta de radio.

* * *

Melanie estaba temblando de miedo y confusión. Su paseo en mula por un barranco la había arrancado de su capullo. Estaba en una pesadilla, en el país de los indios, siendo empujada. Sin sonrisas. Sus guardaespaldas estaban sangrando, flechados, mutilados por perros feroces, por jóvenes indios despiadados con flechas y puñales de verdad. ¿Cómo se había metido en este infierno? Dulces niños,

perros voraces, disparos, gritos, ira. Sus hombres habían disparado a los perros. A un niño.

—Levántate. Camina —dijo Huchu, de 16 años, con una vara de madera negra entre las manos, dirigiéndose al policía.

—Usted también, señora.

Huchu notó que el policía herido por la flecha extraída no podía caminar.

—Alístense.

Apretó la cincha de la silla del poni.

—Levántenlo.

Una mortificada, temblorosa y magullada Melanie con el policía menos herido luchó, gimiendo, para colocar al de la pierna flechada sobre la silla de montar. Un momento antes todo había sido sonrisas felices.

—¡Volvamos al helicóptero!

Huchu, Melanie y el policía que podía caminar echaron un vistazo a los AK47 tirados entre los matorrales.

—Ni se te ocurra —dijo Huchu. Sus manos acariciaron el bastón de madera negra, grueso y pesado.

Capítulo 10



Como todas las guerras, empezó en pequeño.

Una nota al fondo de la primera página rezaba: «Nuevo resbalón de Melanie», y el titular, a tres columnas, sentenciaba: «Primera dama viaja por helicóptero a ver a nativos». Esto fue el viernes por la mañana.

Las primeras alarmas vinieron de Zara, en la caseta de Radio Lupaqa. Accionó una serie de interruptores, pulsó un puñado de botones, habló con otros Sparks, la fraternidad de expertos de radio. Emitieron el reportaje a caño abierto. El mensaje de Radio Lupaqa salió al aire y de inmediato fue captado por la policía, los misioneros dominicos que tenían la concesión católica de la región, los bautistas en representación de los protestantes, los agentes de la DEA y las redes de la aviación comercial, unos tropezando con otros. Radioprogramas del Perú unificó la cacofonía. Era un minuto a minuto en vivo: vida, muerte, selva tropical, mundo perdido, *sturm und drang*, telenovela de verdad. La capital se ralentizó. Directores, gerentes, ministros se encorvaban sobre las radios de sus secretarias. La televisión de la sala de juntas estaba encendida. Ministerios y bancos pararon.

El documental de National Geographic sobre los lupaqas se repitió todo el día, justificando su presupuesto en una tarde. Se habló mucho de la presencia de Inka Kura Ocllo en Washington en el momento del asesinato de Miski y del secuestro, como lo llamaba el Gobierno, de la primera dama. El viernes por la noche, los medios de comunicación de la capital no paraban de hacer ruido con la historia: «Policías de Palacio disparan y matan a una joven india, a unos perros y hieren a un niño», «Nativos detienen a primera dama. Capturan helicóptero policial».

El general Zapata, el áspero jefe de Policía, ministro del Interior, se posicionó: «Los excesos son inevitables». No tenía pelos en la lengua en lo que respecta a la ley y el orden. A un año de las elecciones presidenciales, Melanie sería su vicepresidenta. Buena plancha. El marido de Melanie, el presidente Moldado, era economista agrícola, le gustaba sentarse en las mesas de los comités y creía tener dotes para las finanzas. Melanie esperaba llevarse 20 o 30 millones de dólares. Como todos. El *consigliere* financiero de los Moldado, un banquero de Tel Aviv, fue menos específico. «Da igual que te cuelguen por una oveja que por cordero». Flotando en los bordes de la excitación estaba Inka Kura Ocllo II, la glamorosa princesa amazónica. Los comentaristas de la capital hicieron mucho ruido al descubrir que estaba alojada en el Hay Adams, frente a la Casa Blanca, «negociando la independencia».

El clip, repetido sin cesar en la película promocional, mostraba a Kura con los pies descalzos inmovilizando a una serpiente del grosor de una muñeca, mientras la historia de la «detención en la selva de la primera dama de Perú» se difundía por todo el mundo en las

noticias de la noche. Las emisiones mostraban un drama real, clips de acción nítidos, secuencias de soldados Kalashnikov, prisioneros, jóvenes amerindios con arcos y flechas, cerbatanas, caballos al galope, jaurías furiosas y soldados prisioneros esposados en un paraje boscoso, con picos nevados que se alzaban detrás. La esposa del presidente, en *jeans* y una blusa a la moda, con la cara manchada, sudorosa, embarrada, acosada y angustiada. Entre los muertos había dos perros pastores alemanes, un mastín Fila y un cachorro que murió ante las cámaras en brazos de su dueño, el adolescente lupaqa herido, con cara de piedra, acariciándole la oreja mientras la lengua del perro dejaba de moverse. Las fotos de los perros fueron portada en Londres junto con las de Melanie y Q'orianka. Imágenes más pequeñas en ediciones posteriores habían llegado a decir «La Guerra». Melanie, con los hombros caídos, las manos intentando explicar lo inexplicable, cansada y enfadada con titulares como «¡Les dije que no dispararan!». Una foto muy utilizada mostraba a la primera dama custodiada, escoltada por dos nativas armadas con hondas y machetes.

¿Cómo es posible que una modesta misión de relaciones públicas se convirtiera en un desastre tan espectacular? Cientos de noticiarios de televisión en hora punta, miles más de portadas de periódicos atiborradas con fotos que intentaban incorporar llamas y Machu Picchu con la primera dama Melanie y sus jóvenes captores amazónicos. *The New York Times* titulaba en portada bajo el doblez: «Los amazónicos peruanos buscan la independencia y capturan a la esposa del presidente».

Políticos y generales en Lima alimentaron con pisco y *whisky* su furia, indecisión y confusión. El incidente fue juzgado

internacionalmente como una victoria política para el reino. Sayri lo vio como una victoria temprana que daría coletazos.

—Lo tengo bajo control. Los indios son culpables de secuestro y agresión en primer grado. Serán castigados. He enviado helicópteros con tropas para traer de vuelta a la primera dama —les dijo Zapata a la televisión y la radio de la capital.

La Guerra Melanie había comenzado.

* * *

Melanie, nacida en Perú y criada en Francia, había estado muy ocupada recortando y pegando en su portafolio sus propios trozos de territorio desde que Moldado se había vuelto presidente. Atribuyó ese éxito electoral a sus esfuerzos, no sin justicia. Era ella quien poseía la tranquila conciencia del político profesional que no considera estar haciendo algo malo, solo dirigir el país.

Mucho antes de la ceremonia de investidura presidencial, no había aceptado el lúgubre despacho de la primera dama en la parte trasera de Palacio. Lo redecoró, lo cedió a un puñado de esposas políticas en ciernes y a una periodista de Palacio que apreciaba un trabajo de adentro. Melanie fue nombrada asesora de oficio del Ministerio de Cultura, donde pronto ocupó la mayor parte de un piso del edificio.

Poseía un modesto diploma en antropología de la Universidad de Estrasburgo, por lo que tenía lo que incluso sus enemigos consideraban un derecho razonable a un puesto en Cultura, aunque sus miras estaban puestas en visiones más concretas. El Ministerio

de Vivienda y Obras Públicas gestionaba un gran número de contratos de construcción. Había organizado un despacho, un teléfono y un par de secretarias en el piso de la suite ministerial.

El principal trabajo de las jóvenes era mantener informada a Melanie. Con dos preciados teléfonos anexos a la propia central telefónica del ministro, y un presupuesto independiente para mobiliario y decoración, recibía un flujo de memorandos sobre los próximos contratos de construcción, carreteras y alcantarillado.

Como una pata más de su silla, desde el principio se había centrado en los militares. Se había hecho amiga de un general de la Fuerza Aérea, con sobrepeso y muchas ganas de conservar la oficina que había dirigido para el gobierno anterior. Estaba enclavado en un rincón de adquisiciones, especializado en piezas de repuesto y mantenimiento de equipos no estadounidenses. A cambio de la seguridad laboral, el general, que no se andaba en chiquitas, entregó a la primera dama un Mercedes de la Fuerza Aérea, un chofer, un par de guardaespaldas uniformados, además de una ración de gasolina oficial, lo bastante generosa como para que pudiera redondear su remuneración.

Un banco de Lima le depositaba 10 000 dólares mensuales para que compartiera los memorandos internos del Ministerio de Obras Públicas y proporcionara información sobre las decisiones presidenciales y, si lo solicitaba, añadían boletos de avión internacionales en primera clase, además de hoteles.

Melanie era una chica muy ocupada que había trabajado duro para llegar hasta allí y no iba a perderse ni un minuto. Sus sueños incluían ser embajadora en Bruselas y la Unión Europea, hacerse amiga de Fidel Castro, oficinas de adquisiciones en Hong Kong y

Singapur, un yate en Mallorca, un apartamento en los Champs Elysées.

Melanie no era esbelta y reflexiva, sino delgada e irascible. Cuando vio la película de Lupaqa en la que aparecía la poderosa Kura Ocllo, desarrolló en su mente una nueva ensoñación de pantalla ancha en la que ella misma aparecía como la esposa presidencial admirada por la glamorosa Inka.

Melanie sería una leyenda en su época, la Evita Perón de hoy, en la portada de ¡Hola! En esta fantasía, sería ella quien pronunciaría discursos ante unas Naciones Unidas admiradas, recibiría doctorados *honoris causa* de Stanford, Oxford y La Sorbona.

En medio del sueño, comprendió que, en realidad, tenía que hacer algo. Un primer paso sería hacerse amiga de la princesa amazónica, convertirse en su protectora y llevarla al mundo. En su mente, la formidable cualidad de estrella inteligente que desprendía Kura se fundiría con su propio brillo.

Capítulo 11



A casi un kilómetro, saliendo del lago por un borde boscoso, Larry Shiels observó con prismáticos la escena del helicóptero. Se obligó a esperar, a no llamar por radio a Q'ori y Amaru. Podía sentir, ver, que los chicos estaban averiguando qué había pasado, qué podían hacer al respecto.

Había cometido el error de pensar que la inocua visita de Melanie de hoy caería por su propio peso. No pasaría nada. En los últimos 20 minutos había muerto una chica, de un disparo. Dos policías con heridas de flecha lupaqa. La primera dama de Perú detenida acusada de asesinato. Por no hablar de un niño herido y un montón de perros muertos.

Larry había llamado a Zara al palacio en cuanto confirmó la muerte de Miski.

Había llamado a Ingrid, la doctora jefa del hospital, la otra extranjera del reino, y a Sacha, su mujer, para preguntarles quién debía dar la noticia a Kura.

—Puede que me haya extralimitado en mis funciones. Les dije que detuvieran a la mujer, a sus guardaespaldas y a los pilotos. Deberíamos usar el helicóptero para sacarlos. Necesitamos órdenes.

No tengo autoridad para detener a nadie. Tú o alguien del Consejo tiene que aprobarlo —dijo Larry.

Sacha dio el visto bueno para arrestar a Melanie y sus hombres. Zara copió a Larry el mensaje de Sacha informando a Kura. Pasaron tres minutos. La respuesta llegó de inmediato, dirigida a Q'ori y Sacha, con copia a Shiels:

CONSERVEN A MISKI EN GLACIAR. RESPALDO EL ARRESTO DE MOLDADO Y GUARDAESPALDAS. DEBEN SER PROCESADOS POR LA MAGISTRADA NUESTRA POR CARGOS DE ASESINATO. PERÚ ENVIARÁ REFUERZOS. EVITAR ENFRENTAMIENTO ARMADO. FILMAR, FOTOGRAFIAR TODO.

FIRMADO KURA OCLLO.

Larry sabía que en cuestión de horas podían esperar la llegada de helicópteros militares y pelotones con tropa de asalto. Q'orianka y Amaru no serían capaces de prever, y mucho menos de manejar, lo que se avecinaba. La caballería lupaqa dispararía flechas a los asesinos con cascos a prueba de balas autorizados a «acribillar a los indios».

Fin de la independencia lupaqa. Aniquilada antes de dejar la cuna. Las repúblicas sudamericanas tenían 200 años de experiencia en el trato con los nativos. Aquí estaba él, Larry Shiels, al mando. No había previsto nada de esto.

Mirando hacia abajo, a su izquierda, por el camino entre el tambo de Q'ori y a lo largo del estrecho barranco, vio cuatro figuras, tres caminando, una tumbada en un poni. Melanie, momentos antes alegre y llena de entusiasmo, estaba encorvada, desaliñada, conmocionada, tropezando entre las piedras y las zanjas. Un policía

cojeaba, el otro estaba agachado, aferrado a la silla de montar, cabizbajo por el dolor. A la cabeza de este rebaño a pie iba Huchu, alerta con arcos, flechas y un garrote negro. Tardarían un cuarto de hora en llegar al helicóptero. La chica del garrote podría hacerlos caer al barranco con un par de empujones. Eran prisioneros de guerra lejos de casa.

Larry llamó a Q'ori ordenándole confiscar el helicóptero, y meter a Melanie y a los policías esposados dentro. Luego poner a sus propios guardias en la cabina con los pilotos y llevarlos abajo donde la magistrada.

De vuelta en zona de aterrizaje, Larry pudo ver al policía número tres boca abajo. Un piloto estaba de pie junto al fuselaje, cabizbajo. Un muchacho, probablemente Tonyo, estaba de pie, arco y flecha en ristre, vigilándolos.

Larry supuso que el otro piloto estaba en la cabina, pidiendo ayuda por radio. No había nada que hacer, salvo decidir cómo actuar cuando llegara un nuevo helicóptero, quizá dos, con tropa. Lo más urgente era el helicóptero número uno, el Huey de Melanie.

Kura se había superado a sí misma. Demasiado lista con su peliculita, su politiqueo. Debería haber estado aquí.

Larry enderezó la espalda, apretó los talones y saludó a los dioses en las cumbres heladas. Contuvo la respiración, esperando escuchar el zumbido, el latido de helicópteros de tropa que entrarían.

Nada. Todavía.

Enfocó sus prismáticos hacia el Huey. Un piloto apareció en la puerta del fuselaje, bajó de un salto y señaló al policía que estaba

en el suelo, gesticulando con rabia. Vio que Tonyo levantaba el arco y sacaba una flecha.

El piloto agitó el puño. Tonyo se mantuvo firme, dio medio paso adelante. Buen muchacho. Tonyo volvió a tensar el arco, tiró hacia atrás de la flecha un par de centímetros.

—¡Dios, le va a dar al tipo! —pensó Larry.

El sonido en la pista de una película más tarde tenía la voz adolescente de Tonyo diciendo: —¡Cállate! ¡Al suelo!

El capitán, que no era ningún cobarde, apartó la mirada, no se tiró al suelo, se dio vuelta, dio unos pasos atrás, se unió a su colega, dio unos golpecitos a su reloj.

Larry se concentró en sus prismáticos. Se contuvo de llamar por radio a Amaru. No. Sus llamadas debían ser a la oficial encargada, a Q'ori y solo a Q'ori. Esto no era un entrenamiento. Esto era en vivo.

Vida real, muerte real. Larry había perdido amigos, oficiales o de otro tipo, en guerras dolorosas. La pérdida de la chica era culpa suya, de Kura Ocllo, también. Pero sobre todo suya. Él debía volverlo algo que valiera.

Lo primero. Poner a Melanie y a los tombos en el helicóptero. Si Miski hubiera estado viva, el Huey la habría transportado a la enfermería de la Catedral. Pudo ver a través de sus binoculares lo que acaso era el cuerpo de Miski cubierto con una manta, una niña sentada en el suelo acunándola.

—Treinta y tres. Aquí Cien. ¿Recibiste las instrucciones de Kura?

—Treinta y tres aquí. Sí.

—Pongan un par de muchachos de Amaru encima de los pilotos. Toma posesión de nuestro nuevo helicóptero. Esos pilotos trabajan para ti.

—Entendido, Cien.

Larry esperaba haber oído una su voz sonreír un poco.

—En espera, Treinta y tres.

—Estoy a la espera. Fuera.

Capítulo 12



Q’orianka miró por sobre el azul plomizo del lago Guayatacocha, hacia el observatorio de Larry Shiels, alzó los brazos y levantó los pulgares. No sonreía.

El cadáver de Miski, leve y arrugado, yacía sobre la hierba áspera y las piedras, bajo una raída manta caqui del ejército que el copiloto había traído del helicóptero.

Q’ori debía estar abrazando a su amiga, acariciando su rostro, su cuerpo que se enfriaba mientras su espíritu buscaba a los ancestros. Miski estaría vagando, asustada, buscando un rostro familiar, una mano amiga mientras rozaba a los demonios perplejos del inframundo, camino del siguiente trozo de Eternidad. Como todos los lupaqas, Miski sabía que debía evitar hablar con los extraños demonios recién llegados.

Los guardianes lupaqas la estarían vigilando. Quizá incluso Kura Ocllo, la gran heroína inca original, sería su guía. Inka Kura Ocllo estaría rezando por ella, llorando desconsoladamente, sola en un hotel de Washington, hablando en su nombre a los arcángeles lupaqas, contándoles cómo Miski había muerto protegiendo la patria. Doña Úrsula, la madrina de Miski, estaría en su santuario, en línea

directa, suplicando angustiada a los ancestros que dieran una cálida bienvenida a su ahijada.

Miski merecía a estos protectores influyentes. Un día, dentro de unos años, sería ella quien acogería y abrazaría a Q'orianka. La familia de Miski, su tribu, la abrazaría, le daría las gracias, besaría sus lágrimas.

Eso era lo que significaba ser un lupaqa: una preparación completa antes de la muerte, un equipo unido para siempre, una vida eterna después de la vida. Q'ori echó un vistazo a las sombras que se movían sobre los glaciares en lo alto. Oyó y vio tangaras y colibríes en los macizos de flores silvestres. La furia, las lágrimas y la culpa se agolparon en su adolorida garganta. Rugió de rabia, giró y trotó al encuentro de Amaru, con los ojos llenos de lágrimas.

La perspectiva cierta de nuevos helicópteros con uniformados armados la presionaba. ¿Qué significaría el ruido de los motores? ¿Cómo se había llegado a esto en un rincón boscoso y solitario de las tierras altas?

Los pilotos del helicóptero estaban de pie cerca de la burbuja de la cabina, junto a la puerta abierta, en la postura fácil y aburrida de los oficiales que esperan órdenes. No pensaban en una niña nativa muerta, en una familia destrozada, en un pueblo enfadado.

Se correría la voz rápidamente. Cada miembro de cada familia en el reino estaría furioso. Miski era querida, admirada en todas partes. En ese momento, Q'ori no reflexionó sobre los efectos de esa tormenta en ciernes.

Amaru trotó desde la base del bosque, donde había escuchado el intercambio entre Cien y Q'ori.

Al igual que Larry, los pilotos estaban atentos al zumbido de los helicópteros. Serían rescatados, sin duda. Otra historia. En un momento estarían trotando felices fuera de este agujero, hincando el diente a bocadillos de pollo, sorbiendo Inca Kola.

Q'ori tenía que moverse rápido. Sus instrucciones eran agarrar a cada uno de ellos, bajar a la Catedral, acusarlos de conspiración, asesinato, portar armas de fuego. Pasarían 20 años como esclavos del clan de Miski. Kura no aceptaría menos.

Los ojos de Q'ori pasaron por encima de los glaciares. Jirones de nieve soplada, formando una nube, o una ligera neblina, bajo el sol transamazónico de la media mañana, le decían que se avecinaban chubascos en la puna y más abajo en los valles.

Volvió trotando al helicóptero y a sus inquietos grupos, dominados por la manta arrugada, el cuerpo de Miskitani Mara Huamanhuilca, con la niña triste a su lado. Miski, tranquila, leal, decidida, reflexiva, cariñosa. Miski. Muerta. 18 años. Su propia edad.

Miski había sido un bebé de la selva, había respirado el humo del bosque en la cocina con sus primeras bocanadas, bebiendo el sabor de las hojas, las raíces de las plantas silvestres con la leche de su mamá. ¡Miski! Baleada hacía unos instantes, a quemarropa, asesinada por la bala prepotente del policía.

Su asesino estaba vivo, tumbado boca abajo, con las manos atadas, a una docena de metros de la manta de Miski, pensando que había hecho lo correcto, un buen policía haciendo un buen trabajo, otra muesca india en su rifle.

Kura tenía razón. Era el momento de la independencia. Ahora. Nunca más bárbaros, como Melanie, sus policías y pilotos deben estar permitidos en el reino.

Q’orianka respiraba más rápido. Hora de actuar. Amaru había venido a su encuentro. Q’ori recogió la funda de la montura de Atahualpa, con su vellón negro afelpado, y la colocó con ternura sobre la manta militar. Sintió los temblores de una profunda explosión, desencadenada por la furiosa confusión, en la que Melanie y sus policías habían herido a un niño, disparado y matado a perros lupaqas. Ahora Miski estaba muerta, en un tumulto de estupidez, en lugar de la cuidadosamente planeada taza de té, plato de tortilla, charla tranquila, canción y baile infantil.

Q’orianka le sopló un beso volado a la manta. Se volvió hacia Amaru. Lo vio. En el momento en que alcanzó la mayoría de edad, ella se puso al mando.

—Cien dice que más helicópteros están en camino. Soldados. Tenemos que estar preparados. Primero, metemos a Melanie y a sus policías en el aparato y obligamos a los pilotos a llevarlos a la Catedral. Están bajo arresto. El helicóptero es nuestro. Son prisioneros. Lo mismo para todo lo que venga, soldados, policías, helicópteros.

—¿Qué pasa con Miski? —preguntó Amaru.

—Los tastayoc deben estar en camino. Pídeles que caven una cueva en el glaciar para mantenerla a salvo hasta que llegue Kura.

—Los arrestaremos. Agarren el helicóptero —confirmó Amaru.

—Mantengan sus tropas en el bosque hasta que lleguen los nuevos helicópteros. Lancen las boleadoras al rotor trasero. Que las ballestas apunten al grande. Esta es una buena oportunidad para averiguarlo. En la vida real.

—¿Vas con los prisioneros? —preguntó Amaru.

—No. Yo me quedo aquí —dijo Q’ori.

Capítulo 13



Melanie no estaba a la vista. Con sus dos policías, la guiaba Huchu, vara en mano. Atravesarían las últimas curvas del mismo sendero del barranco por el que Atahualpa había cabalgado, desencadenando los disparos a los perros lupaqa, a Miski, cuyo cuerpo joven y frío estaba siendo atendido por una niña sollozante sobre la hierba y las piedras.

Q'ori alborotó el pelo de la niña, la besó, escuchándola susurrar:

—Despierta, Miski. Despierta.

El mastín de Q'ori olisqueó la cabeza de Miski, lamió la cara de la niña.

Q'ori quería matar a alguien. Melanie hubiera estado bien. No. Ella no quería matar a nadie. Quería a Miski de pie, sonriendo frente a ella, el reloj retrocediendo una hora, un día, un año.

Q'ori sintió el peso de la decisión, de la responsabilidad. Tenía trabajo que hacer. Esto no era fútbol. A pocos metros, una hermana yacía muerta. Muerta para siempre. Quizás la primera de muchas. Una guerra había comenzado.

Primero, tenía que sacar el helicóptero con los asesinos de Miski para que se enfrentaran a sus cargos en la corte de Lupaqa. Con el helicóptero, Melanie y los policías fuera del camino, podía

enfrentarse a nuevas decisiones con Amaru y su caballería. Lo que ella decidiera aseguraría que estuvieran escondidos, fuera de peligro. O listos para atacar.

A Q'ori no se le ocurrió preguntar por qué debía ser ella, una matemática lupaqa de 18 años, cazadora de la selva, quien decidiera sobre cualquier horror futuro. Kura la había dejado al mando. Ella era la que decía «Sí» o «No».

Kura estaría en una agonía de orgullo, de arrepentimiento. Sola entre lágrimas amargas se preguntaría si Q'ori estaba a la altura. Q'ori tampoco lo sabía.

Sí, lo estaba, se dijo. Recordó a los invasores históricos, los conquistadores. No debía subestimar al enemigo. Los próximos helicópteros que llegaran estarían llenos de tropa de gatillo fácil, peor que los policías callejeros de Melanie. Saldrían disparando.

El policía que había matado a Miski yacía despatarrado, boca abajo sobre las piedras, gimiendo por la herida de flecha, con los pies sucios y sin botas bajo la puerta del helicóptero.

El sol matinal calentaba la tierra. Ibis de pico largo, guayatas y patos se movían por las orillas del lago. Los cóndores flotaban en lo alto de las brisas térmicas de la selva. Los niños lupaqa, sus madres y hermanas se habían ido a casa. A los pobres les habían prometido un picnic de canto y baile con una señora de Lima. Las madres estaban recogiendo lo que habrían sido las provisiones para la comida cerca del tambo.

Tonyo, con su arco y sus flechas, un puñado de jabalinas ligeras y un juego de boleadoras al hombro, vigilaba a los pilotos. Krum, el perro pastor negro del chico, descansaba cerca.

El chico sintió el peligro. Retiró el arco y llamó con su voz adolescente al teniente, a diez metros de distancia.

—Piloto, ¿dónde está tu arma?

El teniente Federico se mantuvo firme, ignoró al chico.

Tonyo levantó el arco, tensó la flecha y, sin vacilar, como un cazador de la selva, la soltó. Si, como Tonyo, Miski no hubiera dudado, estaría viva, contemplando el cadáver del policía.

La flecha de Tonyo, bien dirigida, atravesó la chaqueta del teniente, le rozó el brazo, lo desequilibró y lo estampó contra el helicóptero. La flecha se estrelló contra las piedras de detrás. El teniente Federico gritó, un rugido en parte de asombro, en parte de dolor, de miedo. Se agarró el brazo sangrante.

—Cállate, es solo un raspón.

Tonyo colocó una nueva flecha, tensó el arco.

—He dicho ¿dónde está tu arma?

El teniente Federico cedió, se levantó la chaqueta y mostró una funda y un cinturón. La sangre manaba de su bíceps. El teniente levantó las manos, balando. Krum gruñó.

—Ponte de espaldas a mí —dijo el chico—. Usa la mano izquierda. Pon la pistola en el suelo. Camina hacia atrás tres pasos. Siéntate, quítate las botas.

Tonyo había visto cómo Miski, su querida mentora, había sido abatida a tiros momentos antes. Apenas era un adolescente. Sus decisiones en la batalla eran iguales a las de Larry.

Sin embargo, al observarlo, Q'ori advirtió que el chico podría en algún momento quebrarse. Su siguiente flecha sería mortal.

El piloto hizo lo que se le dijo, sentándose momentos después, sin botas, en el suelo, con la espalda apoyada en la escalerilla del

Huey.

Tonyo se acercó y recogió el arma del suelo. Q'orianka le tendió la mano.

—Puede que la necesite —dijo. El arma era grande, pesada, inútil, peligrosa.

Tonyo movió su puntería hacia el capitán.

—Lo mismo para ti, piloto. Date la vuelta.

* * *

La caballería estaba formada por adolescentes algo mayores y un contingente de campesinos montañeses, descendientes de los morochucos. Esta suerte de comanches, con caballos y ganado procedían del altiplano de Ayacucho, a unos doscientos kilómetros al norte. Habían sido reclutados por el padre de Sayri durante la depresión de los años treinta y adoptados por la tribu lupaqa.

Cuando los vio por primera vez, poco después de llegar a Lupaqa, Larry comprendió que los morochucos estaban a la par con los gauchos y los cosacos.

El joven Tonyo estaba encantado con la oportunidad de mezclarse con estos legendarios tipos duros, respetados por los cazadores de las tierras bajas del reino.

Mientras Q'ori despachaba a Tonyo, oyó los cascos de los caballos que se acercaban, traqueteando, desde el barranco de abajo. Hora de deshacerse de la primera dama y de este miserable helicóptero.

Hacía solo unos instantes que balas desalmadas habían disparado, detenido los latidos del corazón de una muchacha sincera y cálida. Perú, Sudamérica, con sus océanos, desiertos, cordilleras, bosques, fabulosamente rica, estaba representada hoy por tres estúpidos policías, una tonta camarera fungiendo de primera dama y los pilotos de cabeza hueca de este helicóptero desvencijado.

Q'orianka era matemática por la UCLA, no historiadora ni politóloga. Se había convertido en asesora jefe de Kura. Esa mañana Q'ori podía ver a su alrededor el pasado, los restos de un mundo que moría, siguiendo a la querida Miski. Habían matado a Miski. ¿Y ahora qué?

Pelear. Estaban preparados.

* * *

El hecho era que Larry había visto al piloto desaparecer hacia la cabina instantes después de que mataran a Miski. Desde su mirador debió suponer que el hombre había informado de una emergencia al cuartel general de Cusco.

Un día antes había llegado a la radio de palacio un breve mensaje en el que se informaba que el ministro del Interior, el general Zapata, había ordenado que un transporte de tropas de la Fuerza Aérea, un Mi-17, estuviera a la espera con un pelotón de *rangers*. Estaba preparando su candidatura a la presidencia en las próximas elecciones y había hecho comentarios en el Congreso en el sentido de que los recién surgidos lupaqas eran un «frente de Sendero Luminoso».

Fue Zapata quien proporcionó a Melanie su helicóptero para la excursión de hoy. Esto, a su vez, había llevado a Shiels a traer a la caballería de Amaru para un ejercicio de entrenamiento. Desde su campamento en el mirador, Larry estaba tratando de decidir si decirle a Amaru que ataque y derribe los helicópteros entrantes.

Amaru estaba a la espera. Esto podría convertirse en otro terrible error. Larry había descrito la visita de Melanie como un ejercicio de entrenamiento. Miski era, desde hacía diez minutos, un cadáver arrugado sobre las piedras y la hierba. El policía asesino era sin duda un matón oficioso. Larry sabía que estas unidades de guardaespaldas estaban formadas por hombres seleccionados para disparar sin pensar. Era su trabajo. Larry había sido escogido por Inka Kura para entrenar a la tropa porque sabía de ese tipo de cosas.

Los lupaqas conocían sus flechas, jabalinas y cerbatanas en cuanto a la caza. Cómo enfrentarse y vencer a una explosiva potencia de fuego era algo nuevo.

La guerra lupaqa por la independencia había con un marcador de 0-1. Miski había muerto. Los números no eran el tema. Larry estaba a punto de comprometer a medio centenar de jóvenes como ella con herramientas medievales contra un escuadrón de asesinos entrenados. Con la mitad de su mente, buscaba oír un zumbido por entre las montañas.

Había visto a Tonyo de pie hacia la parte trasera del fuselaje con un arco a medio tensar y un puñado de flechas custodiando al policía que había matado a Miski. El segundo piloto estaba sentado en la puerta trasera del helicóptero con las flechas de Tonyo

cubriéndolo también. En un momento dado, el piloto se levantó, al parecer con la intención de ir a la cabina a hablar por radio.

* * *

El piloto, capitán Miguel, a 20 metros de distancia, se encogió de hombros con enfado. Él, como todos en el campamento de Melanie, sentía que se estaba formando una mala ola. Tenían que saltar de la playa antes de que un tsunami los arrojara a una resaca mortal. El chico nativo no había dudado en disparar sus flechas contra el policía y el copiloto. La tensión había aumentado.

Los pilotos y los policías esperaban refuerzos que resolvieran lo que no era más que un hecho incómodo, un incidente lamentable. Si Melanie y los otros dos policías se dieran prisa, podrían meterse en el Huey y dejar que alguien más limpiara el desastre, cualquier alboroto que estos miembros de la tribu pudieran armar por la chica muerta. El capitán Miguel diría que tenía órdenes. Eso sería todo.

Lo que necesitaba era a Melanie en el helicóptero y se irían. Estúpido policía. Le había advertido a Melanie que no los trajera. Se había sentido más primera dama con músculos cerca.

Capítulo 14



Q’ori caminó a paso ligero, casi al trote, hacia el piloto principal, de pie, con una chaqueta de vuelo completa y unas gafas de sol. Se detuvo a un par de metros, sonriendo, haciendo una leve reverencia.

En ese momento, Huchu apareció por lo alto de la colina, caminando con facilidad, con una vara negra tallada en madera de chonta. Luego llegaron los dos policías: uno sentado tristemente sobre el poni, el otro cojeando detrás de él.

Melanie cerraba el cortejo, caminando con pasos lentos y cortos, dando tumbos, agotada, en un ambiente gris polvoriento, mirando al suelo y al cielo donde el sol se había fortalecido. Hacía poco más de media hora que había empezado todo aquel miserable asunto.

* * *

Desaliñada, exhausta, la vida de Melanie había cambiado en el momento en que puso el pie en el estribo de mano de aquella chica. Había venido a Lupaqa para hacer el papel de una señora dadivosa. El montón de cajas y bolsas de plástico se apilaban en el suelo, más

allá del helicóptero, los regalos que había traído para demostrar su generosidad, su poder. ¿Cómo salir de este desastre?

A 30 metros estaba el helicóptero, su helicóptero. Sus pilotos, sus tres policías también estaban en el escenario. Los guardaespaldas habían sido un auténtico problema. ¿Por qué no los había dejado en la pista de aterrizaje, sin hacer nada?

Ella sabía el «por qué». Había querido demostrarles a los nativos, a esa chica Kura que no se había presentado, que era alguien. Ahora tendría que responder por su arrogancia. A menos que pudiera hacer los 30 metros en el helicóptero con los pilotos, deshacerse de los policías, alejarse.

Melanie miró la manta y a la niña que sollozaba. Esperaba haber oído mal. Pero ya no. Mejor que se moviera rápido. Abaleados y muertos no solo los perros, sino también una encantadora estudiante universitaria francófona. Volvió a mirar a la niña que sollozaba.

Entre Melanie y la libertad había una joven que debía de ser la reemplazante con la que había quedado en reunirse.

* * *

Huchu le entregó a Q'orianka la vara ceremonial tallada. Q'ori cogió la vara.

—Tenemos que movernos —dijo—. Vienen más helicópteros. Me quedaré aquí con Amaru. Estas personas son prisioneros. Llévenlos a la Catedral.

Se volvió hacia el piloto.

—Capitán, ¿está armado? ¿Tiene un arma?

El hombre dudó. Había visto a la chica muerta preguntar lo mismo al policía y había visto a su copiloto desarmado por Tonyo.

—Sí.

—Démela.

El hombre no se movió. Q'orianka se agachó y giró. Con un movimiento brusco, le golpeó la tibia derecha con la vara. El piloto, en la cámara lenta del recuerdo, se enderezó, soltó un rugido de dolor y se dobló. Q'ori volvió a levantar el brazo.

—Coge su arma —dijo Q'ori. El piloto jadeaba en el suelo. Huchu se agachó y vio la funda. El piloto levantó los brazos en señal de rendición.

—Agárralo —dijo Q'ori—. Apártate, apúntale. No lo mates.

—Muy bien, capitán. Levántese —dijo Q'ori dirigiéndose al piloto. El capitán Miguel rodó sobre sí mismo, sollozando.

—Levántese, capitán. Usted va a volar esta máquina.

Huchu tenía el arma del capitán.

—No aprietes el gatillo —dijo Q'ori—. Apunta a los dos policías y a Melanie. Diles que suban al helicóptero ya.

Q'ori hablaba alto y rápido para que todos pudieran oírle.

—El resto de la gente de Melanie se queda aquí. ¡Ahora! ¡Muévanse! —gritó.

El copiloto, el teniente, no se había movido, con la boca abierta de asombro. Q'ori llamó a Tonyo.

—Mételos a los dos en la cabina. Que no toquen la radio. Si lo intentan, rómpeles los dedos.

El capitán se estaba levantando del suelo.

—Capitán. Este helicóptero, la señora primera dama y los tres policías están arrestados por asesinato y uso ilegal de armas. Harán lo que les diga yo o cualquier otro lupaqa. Dejen de lloriquear. Sigan las instrucciones.

Se volvió hacia la atónita Melanie y los policías.

—Entren. Muévanse.

—¿A dónde vamos? —gimoteó Melanie,

—Lo averiguará cuando llegue. Entre. Quítese los zapatos. Déjelos en el suelo.

—¿Por qué? ¿Por qué los zapatos?

—Cállese y hágalo, o Huchu le disparará.

Q'ori continuó:

—Tú no —le dijo al piloto.

Los dos pilotos, Melanie y los dos policías que caminaban cojeando, subieron al helicóptero arrastrando los pies.

—¿Y este? —Huchu preguntó sobre el policía en el suelo.

—Él también va. ¡Vamos! Muévanse, muévanse. Dos minutos para el despegue.

Amaru y Tonyo levantaron al policía tendido y lo empujaron bruscamente, gritando, por la puerta abierta hasta el suelo del Huey.

Q'ori se hizo a un lado y pulsó su VHF.

Larry entró.

—Cien, aquí.

—Treinta y tres aquí. Los pilotos tomarán el helicóptero con Melanie, los tres policías. Huchu y Tonyo volarán con ellos. Necesitan instrucciones, coordenadas, números.

—¿No vas a ir?

—Me quedo.

—¿Y si no cooperan?

—Lo harán.

—Bien hecho, Treinta y tres. Siento habérmelo perdido. ¿Quién estará a cargo? ¿Alguien mayor de 12 años?

—Huchu les pondrá un revólver en las rótulas. Tiene 16 años. Ella tendrá a los perros. También, Tonyo. Está muy alterado, pobre muchacho.

—Cuidado. No, repito, no mates a nadie. Cambio.

—Hazle llegar el plan de vuelo ahora mismo a Huchu. Necesito moverme.

—Zara está esperando con los números.

Q'ori se inclinó y gritó a los pilotos que ya se acomodaban en sus asientos de la cabina.

—Preparados para el plan de vuelo, 25 a 30 minutos de vuelo.

—Una vez que hayamos llevado a esta gente a este lugar, ¿podremos volar de vuelta a Matria? —preguntó el capital Miguel con voz apenas audible.

—Absolutamente, capitán. No hay problema. Libres como pájaros.

Era la primera mentira que decía Q'ori en su vida. Jamás. Esperó, observó a Melanie en la parte del fondo. Tonyo había esposado a los tres policías.

En su camino de vuelta al helipuerto, Huchu, que le había tomado antipatía a Melanie desde el principio, le había puesto unas esposas sueltas, arrastrando a uno de los policías. Melanie se sobresaltó.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

Huchu no contestó. Q'ori le había dicho que bajo ningún concepto hablara con los pilotos ni con los pasajeros.

Los equipos de rodaje y de cámaras, incluido el equipo de Lupaqa, sacaban fotos y videos a través de la puerta. Melanie protestó:

—¡Fotos no!

—Le ayudará, señora Melanie —dijo el fotógrafo.

El mastín de Huchu y el pastor de Tonyo ocupaban el pasillo entre la cabina y el camarote trasero. Huchu contaría más tarde cómo su perro, True, acabó respirándole y lamiéndole las orejas de los pilotos.

Melanie estaba medio tumbada, esposada, apiñada delante de los tres guardaespaldas. La gigantesca cabeza de True empequeñecía su rostro, manchado de desgracia. Las fotografías de la esposa del presidente de la República esposada a sus guardaespaldas fueron primera plana en Lima y en todo el resto del mundo. Las fotos encabezaron los noticieros del viernes por la noche.

Los tres camarógrafos de Melanie empezaron a subir al helicóptero.

—¡Ustedes no! —gritó Q'ori, con un paso adelante, empujándolos y apartándolos. No agitó la vara.

—Estás mejor aquí —intervino el fotógrafo lupaqa—. Puedes tomar el próximo helicóptero. Enviaré mi película con este. Todos estaremos cubiertos.

—¿A dónde vamos, señorita? —preguntó el piloto a Q'ori.

—Primera parada, nuestra estación. Luego de vuelta a Matria.

Melanie sonrió.

—¡Ah! Muy bien. Gracias.

Q'orianka era amable y sincera por naturaleza. Al cabo de una hora de entrar en acción militar, había golpeado a un desdichado piloto y le había contado una tremenda mentira a la esposa de un presidente.

—Ponte los auriculares —le dijo Q'ori a Huchu—. No dejes que los pilotos los toquen, ni la radio. Zara llamará. Tu código secreto es Huchu.

—Intentaré acordarme —dijo Huchu.

Q'ori volvió a salir por la puerta y bajó al pedregoso prado.

—¡Enciendan los motores! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritó. La pesada puerta de acero resonó tras ella. Corrió, escuchó el estruendo de las turbinas, el zumbido de los rotores, el estrépito explosivo de un viejo helicóptero poniéndose en marcha. La radio emitió un pitido y se encendió.

Q'ori no se dio cuenta.

Su última impresión de la cabina fue ver a Tonyo agachado detrás del copiloto con el extremo puntiagudo de un dardo de cerbatana apoyado contra el cuello del hombre. Huchu sostenía el revólver del capitán, un Saturday Night Special, Colt calibre 38, contra su rótula. Miraba los diales, con los auriculares puestos y el micrófono de la radio en los labios.

La situación tenía huecos por todas partes. Una parte de Q'ori deseaba estar en el helicóptero, rumbo a casa, sin estar esperando una oleada de asesinos, más helicópteros y matones armados. Tenía que moverse. Pulsó la radio.

—Cien. —Mantuvo pulsado el botón, sin esperar su respuesta—. El helicóptero sale ahora con Melanie. Voy a reunirme con Amaru.

Cambio.

Seguía hablando cuando un joven lupaqa se abalanzó sobre ella.

—¡Deténganlo! ¡Que no despegue!

Capítulo 15



Q’ori observó la apresurada figura que golpeaba la burbuja de la cabina. Oyó la voz de Larry a través de la VHF.

—¡Detén ese helicóptero, Treinta y tres! ¡Detenlo!

La voz de Larry era casi un grito. El rugido de las turbinas gemelas, el golpeteo acelerado de los pesados rotores hizo que el helicóptero despegara del suelo. Empujó hacia delante, casi derribando al hombre. Rodó, dio un salto de gato para escapar, se agarró a un patín, saltó sobre él, golpeándose de nuevo contra el plexiglás.

Q’ori reconoció al recién llegado como Kusiñawi, Kusi, un lupaqa de la selva y compañero de la infancia al que no había visto en años, llegado de vuelta al reino una semana antes. Un químico de Vancouver, licenciado por la UBC, la Universidad de la Columbia Británica. Los rotores chasquearon y se desconectaron. El helicóptero volvió a posarse en tierra. Mientras Q’ori y Kusi golpeaban la cabina, pudieron ver en el interior un altercado con una sombría Huchu que bajaba el cañón del revólver sobre la rótula del piloto por segunda vez. Su aullido, un rugido de angustia, llegó a través de las silenciosas turbinas abiertas.

Tonyo estaba de pie sobre el copiloto. Su pastor alemán, Krum, tenía entre sus fauces la muñeca izquierda del hombre mientras tiraba del brazo hacia atrás, animado por los gritos del desafortunado capitán.

Cuando la máquina volvió a tocar el suelo, se inclinó a babor antes de estabilizarse. Las turbinas se suavizaron, tartamudearon y enmudecieron. Kusi golpeó la puerta del fuselaje hasta que se abrió. Saltó dentro, empujó hacia delante. Gritos, nuevos aullidos, rugidos, gruñidos, ladridos desde la cabina.

Q'ori oyó los gemidos sollozantes del piloto. Para él, la excursión había pasado de ser una agradable mañana de paseo a un agónico asalto. Q'ori observó a Melanie y a los policías que luchaban por arrodillarse. El breve regreso a tierra fue aterrador. ¿Rescate?

—¡Déjenme salir! ¡Por el amor de Dios! —gritó Melanie medio en francés, frenética.

—¡Siéntate! ¡Cállate! —dijo Q'ori levantando la voz.

Kusi apareció en la puerta y bajó de un salto.

—Habla con Larry —dijo.

Q'ori buscó en el VHF el canal codificado.

—Cien, Treinta y tres. Cambio.

—Las cosas han cambiado —dijo Larry a través de la radio. Zara había oído al comandante cusqueño del piloto decirle que debía, a toda costa, retrasarse, esperar a que pudieran traer otro helicóptero. O traer el Huey directamente de vuelta a Matria. El mensaje a los pilotos era «Deben escapar. Escapar. Derríbenlo. Choquen si es necesario».

Larry se dio cuenta de que Huchu, Tonyo y un par de perros no podrían controlar a los pilotos, a la máquina. Un nuevo desastre.

Mensajes VHF apresurados, Q'ori no respondía. Amaru había enviado a Kusi, que tenía una licencia PPL de ala fija. No era de mucha ayuda en un Huey, pero era el único que sabía algo de vuelo. El primero de los helicópteros de la Policía podía estar a unos minutos de distancia. El Huey de Melanie tenía que moverse. Ahora mismo. Tenían que asumir que la Policía podía monitorizar las coordenadas por radar, satélite y radio, rastrear, seguir, abalanzarse.

Kusi y Q'ori levantaron la vista. Se acercaba el suave zumbido de una avioneta volando alto.

—Va a ser un lío —dijo Q'ori —. Ubícate en el asiento del copiloto. Sé una molestia, pisa los pedales, jala, empuja la cosa de la dirección. Dile que vaya más alto, un poco más bajo, más a la izquierda, a la derecha, tal vez como si estuvieras perdido.

—No habrá que inventárselo —dijo Kusi.

—Aterriza, si es necesario. Te encontraré. Lleva a Melanie a la Catedral.

—Enviarán más helicópteros. Nos encontrarán.

—No, no lo harán. Vuela a ojo. Conoces los puntos de referencia. ¡Muévete!

—Tú eres el jefe.

Kusi siempre había sido un buen tipo, un poco pavo. Él y Q'ori casi se habían juntado. Tal vez aún lo harían. De verlo ahora, empuñando el control de un helicóptero dirigido por un par de pilotos rudos con Huchu, Tonyo y más perros como apoyo. Volteó hacia la manta y la niña dormida junto al cadáver. Se puso en posición de firmes, agitó la mano en un saludo formal. Sus labios se movieron: «Adiós, Miski».

—¿A dónde vamos? —suplicó Melanie, apartando los dedos mientras Q'ori daba un portazo. Momentos después, las turbinas rugieron, los rotores golpearon y, tras el habitual retroceso y llenado, despegaron. Más tarde, Kusi le dijo a Q'ori que, en efecto, se había sentado en el asiento del copiloto, que había sido educado, amistoso incluso, con el capitán, cuyas torturadas heridas parecían, al fin, haberlo vencido. En la audiencia de la Catedral, Kusi actuaría como abogado y testigo de la personalidad del capitán Miguel y del teniente Federico. Nobleza obliga.

Kusi atendió la radio de su policía, así como las operaciones lupaqas y las redes públicas.

—Estamos pasando sobre el pongo de Mainique a 13 210 pies a 85 nudos con el capitán Miguel aconsejando. Nos quedan 155 minutos de combustible.

Durante el resto del día, esta charla captó las radios de las tierras bajas de la selva oriental, de Cusco, de Lima. Un culebrón de la vida real. Los primeros en la fila fueron los ministerios de Defensa, Interior y el Palacio presidencial. El presidente Moldado había cancelado citas. El Gobierno se había detenido.

* * *

—¿Puedes transmitir un mensaje a Kura? —le preguntó Q'ori a Zara.

—Afirmativo —dijo Zara—. ¿*En clair*?

—Mejor —dijo Q'ori.

—Procede —dijo Zara.

Q’ori tomó aire.

—Estamos en el Guayatacocha, en el Alto Tastayoc esperando la posible llegada de helicópteros de la Policía para rescatar a Melanie Moldado. La acusaremos de asesinato según la ley lupaqa por la muerte de Miskitani Mara Huamanhuilca, ayudante especial de Inka Kura. Si es condenada, servirá como sirvienta de la familia de Miski por el resto de su vida.

La televisión limeña e internacional, y los periódicos de todas partes, recogieron la noticia: «La primera dama de Perú se enfrenta a una vida como esclava amazónica», decía el *Daily Telegraph* junto a una foto de archivo de Melanie con su vestido de novia. El original había aparecido primero en *Elle*. La noticia ocupaba la mitad inferior de la portada. Las interceptaciones se repitieron muchas veces en las conexiones de radio y televisión del Perú.

Q’ori, de 18 años, que no llevaba más de una hora al frente de su tribu, de su nación, había estado parloteando por un canal abierto en lugar de ser precavida. Cuando Kura Ocllo escuchó la grabación un par de horas más tarde en su suite del Hay Adams, le dijo a Sayri:

—Mis ojos estaban secos por el *shock* de Miski. Insoportable, desesperada, sola, amargada. Luego la voz calmada de Q’ori silbando a través de la etósfera.

Kura, Sayri, Larry, Sacha y el Consejo escuchaban junto con todos los demás. Habían perdido a Miski. Ahora se enfrentaban a un nuevo desastre de las operaciones de rescate. Q’ori organizando un picnic infantil para un ruidoso miembro de la sociedad limeña había parecido un inocente y útil ejercicio de entrenamiento. Ya le había

cortado la vida a una niña y a dos perros. Ahora estaba estallando en dirección de una masacre.

Q'orianka se encorvó contra el viento de las aspas y se escabulló hacia el lago. El rugido de las viejas turbinas hacía que los rotores azotaran el aire de la montaña a media mañana. Las corrientes descendentes y el traqueteo de la energía sacudieron, y luego estremecieron un valle que no había sentido, ni oído este tipo de conmoción explosiva. Q'ori vio que no era casualidad que este estruendo hubiera provocado, una hora antes, el inicio de un conflicto letal. La violencia era ruido. Arrogancia calculada.

Este helicóptero, un pequeño punto que se adentraba en los valles del reino de Lupaqa, había sido una excursión de relaciones públicas. Los helicópteros daban problemas. Este había creado una calamidad. No era el día planeado de alegre diplomacia de guardería. Niños, picnics, música, perros, ponis, promesas, despedidas. Q'ori casi esperaba que la máquina se descontrolara y se estrellara. Observó por un momento cómo el helicóptero seguía su curso hacia el norte y el este, en dirección al valle de la Catedral. Miró hacia la solitaria manta, el pastor alemán de Miski, Jackson, y la niña acurrucada junto a su cuerpo. Buscó a Larry en el VHF.

—Cien, ¿dónde está la gente que cuida de Miski?

—En camino, Treinta y tres. En unos minutos. No quería que llegaran mientras Melanie estaba todavía allí. Puedo ver al primero de ellos llegando por la colina. La princesa Sacha le ha pedido a los tastayoc que pongan a Miski en el hielo. Kura puede decidir cuando vuelva.

—¿Los helicópteros que llegan?

—Nuestra información es que hay dos. Uno más pequeño, un Twin Bell 212 Huey como el de Melanie. Y uno grande, algo que llaman un Hip, tendrá 20 policías de asalto. Tiempo estimado de llegada 45 minutos, podría ser una hora. Su misión es rescatar a Melanie. No se irán sin ella. Sus órdenes serán darnos una lección. Esto es peligroso.

—¿Por qué no huimos, nos escapamos? —preguntó Q'ori.

—Lo estoy pensando —dijo Larry—. La cosa es que esta puede ser nuestra mejor oportunidad de mostrarles quiénes somos. Podrían pasar años antes de que tengamos otra.

—Cien. Lo haremos. Sí. Ahora. Control. Quiero que conste.

Una pausa.

—Si quiere saber si la están grabando, la respuesta es sí, señora —dijo Zara desde la radio.

Larry recordó sus repetidas instrucciones de no parlotear por la radio. Menos mal que estas chicas, valientes y rápidas como pumas, no caían en eso.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Q'ori a Larry.

—Pasarán cinco minutos volando por aquí decidiendo si aterrizan y dónde. Ese es tu plazo.

Larry estaba recordando por qué se había hecho soldado. Con esto, entregó el mando a Q'orianka. Le dijo a Amaru por VHF que se mantuviera oculto bajo los árboles, incluso cuando oyera los helicópteros.

—Nuestro objetivo es derribar esos helicópteros. Si no podemos, huimos. No lucharemos contra ellos. Cuando estén revoloteando, toca los silbatos.

Al otro lado del lago, Q'ori vio acercarse a un grupo de hombres y mujeres, los que venían a llevarse el cuerpo de Miski al glaciar. Miski se perdería la batalla de la caballería contra los helicópteros. Le habría encantado. Q'ori esperaba que estuviera mirando.

—Emergencia. Te estoy conectando al helicóptero de Melanie —entró Zara a través del Canal 16.

—Capitán Miguel del OBR405. Perdiendo potencia. Aterrizaje forzoso —dijo una voz masculina en español.

Oyeron la voz de Huchu:

—Están bajando el helicóptero. ¡Tienen el arma!

Capítulo 16



El enredo de mensajes radiales que entraban y salían de Lupaqa el día de la llegada de Melanie y la muerte de Miski fue interpretado en la capital como una prueba de que la tribu estaba desorganizada, fuera de sí. Este primer día de operaciones activas puso de manifiesto las primeras deficiencias. Los intercambios de control de vuelo no debían pasar a la oposición. Siguiendo instrucciones de Sacha, Zara había filtrado la información que querían que fuera pública a un conducto local, un especialista en comunicaciones retirado del Ejército, que había creado una red de dragas de oro ilegales en el Huepetuhe, Madre de Dios, aguas abajo del reino central lupaqa.

El antiguo capitán era muy solicitado, tanto en los yacimientos de oro como en la industria maderera, la de la cocaína y la de la vida nocturna en Puerto Maldonado, un campamento de forajidos del *boom* cauchero a principios de siglo, hoy el principal centro de bullicio de Perú, cerca de la frontera entre Brasil y Bolivia.

El capitán, hoy más rico que los generales de su antiguo grupo de promoción, actuaba como enlace entre los intereses comerciales de la selva y la Policía. En este caso, su sistema electrónico había

detectado el aumento del tráfico en Lupaqa y había transmitido lo que pudo a sus colegas de la policía local y a las emisoras de radio comerciales de Cusco, desde donde saltaba por sobre los Andes hasta la capital y el resto del mundo. El sistema desarrollado en un campo despejado de una cordillera del Alto Amazonas por Q'orianka era sencillo y resultó ser eficaz en parte porque parecía accidental, como si fuera solo ruido. Esto pudo deberse a que para los lupaqas tenía dos objetivos distintos. Uno era una emisión estándar precisa, la transferencia y recepción inmediata de mensajes. Nada nuevo al respecto. También resultó ser una forma controlada de dar a conocer la historia lupaqa al mundo. Cuando Sayri, una década antes, había empezado a planificar el futuro del reino lupaqa, había establecido el principio de que la modernización debía ser lenta e inestable. Sin teléfonos, por ejemplo. Ni carreteras, ni vehículos de motor, ruidosos y caros, pero en este caso inútiles.

La radio era diferente. Los lupaqas se aficionaron a la radio ya en los años 30. El problema durante años fue la electricidad, cómo recargar las baterías de camión necesarias para alimentarla. Un predecesor de Sayri había decidido que el reino debía electrificarse utilizando la energía hidroeléctrica de los cientos de ríos y lagos. Creó una industria para construir, instalar y mejorar los generadores hidráulicos.

Trajo equipos iniciales desde Brasil, Estados Unidos y Canadá. Se transportaron en barcos de poco calado, de acero y fibra de vidrio, que servirían de eslabones de la cadena de suministro lupaqa durante un par de generaciones. Las familias lupaqas aprendieron por su cuenta pequeñas técnicas de ingeniería para montar los generadores, construir represas, toboganes y trampas de arena.

Todo eso producía electricidad suficiente para un pueblo. A veces embalsaban arroyos para formar lagos, algunos de ellos construidos originalmente por los incas o sus predecesores. La energía hidroeléctrica proporcionaba luz, energía para máquinas de coser e incluso para frigoríficos.

El mismo Inka lupaqa, recientemente fallecido pero cariñosamente admirado y recordado, había financiado la instalación de receptores de onda corta, media y larga, y luego de redes de transmisión de radio de banda lateral única (BLU). La razón era ampliamente política. Corrían los años 50 y 60, cuando los fondos de inversión lupaqa de Toronto, Nueva York y Londres se habían recuperado de la guerra. Cualquier niño lupaqa debidamente preparado recibía becas, orientación y estímulo para ir a la universidad en el extranjero. A veces era río abajo, en Brasil y Argentina, pero más a menudo en Norteamérica y Europa. Había que convencer a los padres. Los equipos de BLU y onda corta permitían a los chicos en el extranjero y a las familias en casa mantenerse en contacto.

Los mismos equipos y sistemas se convirtieron en una tabla de mensajes y una sala de chat dentro de Lupaqa mucho antes de que Internet hiciera lo mismo. Kura Ocllo y Larry Shiels disponían de una red de comunicaciones lista para la batalla. Lo suficientemente potente como para ampliarla a la transmisión de videos y fotos y a la recepción de clips de televisión dentro y fuera de Lima, Sao Paulo o Nueva York.

Cuando llegó el día de la llegada de Melanie y la muerte de Miski, era natural que los lupaqas más alejados supieran lo que estaba ocurriendo. El flujo de la acción minuto a minuto, con fotografías y

filmaciones incluidas, no era, como Lima suponía, un caso de confusión. Resultó estar adelantado a su tiempo.

El mensaje emitido por Q'ori había convertido el *Affaire Melanie*, una noticia de última hora, en una sensación mundial. La sugerencia de que una primera dama pudiera ser condenada a años de esclavitud amazónica se convertiría en un texto clásico de la tradición periodística.

Capítulo 17



El Bell 212 Huey de la Policía del Perú que transportaba a Melanie, esposa del presidente, llevaba 20 minutos en el aire. Directos a velocidad de crucero, habrían estado a diez minutos de aterrizar en la Catedral. Kusiñawi, con unas modestas 120 horas en su licencia argentina de piloto privado monomotor de ala fija, sentado en el asiento del copiloto a estribor, había indicado al capitán Miguel que volara 340° al NO de Guayatacocha, en lugar de una línea directa 75° ENE.

Kusi tenía alguna idea de cómo despistar en una persecución. La policía de su cuartel general nunca imaginaría que los lupaqas secuestrarían propiedades del Gobierno, por no hablar de secuestrar a los pilotos. Si le hubieran preguntado, Q'ori le habría dicho que lo olvidara, que volara directo y entregara a Melanie en línea recta. No se le ocurrió advertir a Kusi que hiciera lo obvio. No había comprendido del todo lo que se necesitaba para acelerar la guerra que estaba iniciando.

Había despachado el Huey con dos pilotos de policía custodiados por su valiosa tripulación de premio: Kusi, de 20 años, desarmado, Huchu, de 16, con la pistola del policía como un mazo en una mano y una daga en la otra. Y Tonyo, de 12, con dardos envenenados,

además de un mastín y un pastor que ya antes habían hecho su número con los pilotos. Huchu contaría más tarde su historia del *Saturday Night Special*. Impresionante, tal vez, pero poco seguro. Podrían haber encontrado su camino trotando por los bosques de noche en medio de una tormenta en cualquier lugar de los valles y las altas crestas de Lupaqa. Las cosas se verían diferentes desde 12 000 pies de altura.

Estaban entrando en las rápidas térmicas de un sistema de baja presión de tormenta de la parte alta del Amazonas, con sus fuertes oleadas y bolsas de aire. Tonyo tenía arcadas en el suelo de la cabina, lo cual parecía repercutir en el mastín, que vomitaba de vez en cuando con enormes espasmos por la espalda del capitán Miguel. El capitán lo evocaría en «un vuelo para recordar», su contribución al 25.º aniversario de su graduación en la Academia de Policía del Perú, en Lima.

Q'orianka y el plan independentista lupaqa se habían salvado gracias a la llegada precipitada de Kusi, que impidió que el Huey saliera volando, y escapara con Melanie hacia la inmunidad judicial. Resultó que Kusi tenía otra jugada de héroe bajo la manga. ¿Y ahora qué? Tenía que ser más engaño. Hablando en piro, Kusi explicó su nuevo plan a Huchu. Vio que estaban cambiando de dirección y subiendo a un banco de nubes con la brújula apuntando ahora casi hacia el sur.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kusi al capitán.

—Tenemos que salir de esta nube —respondió el capitán Miguel. Siguió subiendo, virando hacia el sur, alejándose de la Catedral, hacia Matria.

Kusi se dio cuenta de que intentaba escapar.

—Apaga el radar.

Kusi ordenó en los auriculares por encima del chirrido de la turbina.

—Cambia de nuevo al este.

El capitán Miguel sonrió de forma paternal, sacudió la cabeza, gritó alguna jerigonza técnica, volvió a agitar la mano y miró a través de la burbuja de la cabina. Su señal podría servir para localizar aviones y otros helicópteros. Sin radar, la máquina no era más que un trozo de metal en el mundo perdido de la Amazonía. Kusi levantó un dedo hacia Huchu, arrodillada detrás del capitán. Sin dudarlo, levantó la mano con la culata del revólver sobre la rodilla del capitán.

—Apaga el radar. Vuelve a 75. Ahora. —Huchu levantó aún más el brazo de ataque.

En cuestión de segundos estaban de nuevo en curso. El radar estaba apagado. Les faltaban 10 minutos para aterrizar.

—Escuche, capitán. Tiene que salvar a su pasajero. Esto es lo que va a hacer —dijo Kusi por el intercomunicador.

Un momento después, el piloto encendió la radio.

—Capitán Miguel del OBR 405. Perdiendo potencia. Aterrizaje forzoso.

—¡Tiene el arma! —gritó Huchu por el micrófono. Kusi le levantó el pulgar.

En tierra, en Guayatacocha, siguiendo órdenes, Q'ori habló por VHF, el canal cifrado:

—Cien, cambia a 67.

—Sí. También la tendremos. No sabemos si el helicóptero sigue en el aire, quizá se dirija a Matria. Estoy en el otro canal para

conseguir una patrulla terrestre allí lo antes posible. Estén listos.

El supervisor del lugar de aterrizaje comunicó 20 minutos más tarde a la cabina de radio que el OBR 405 había aterrizado sin novedad en puerto Minas, cerca de la Catedral, pasajeros en tierra. Como Q'ori había adivinado correctamente, a los peruanos a cargo del rescate de Melanie nunca se les iba a ocurrir que un grupo de nativos tuviera el descaro de llevarse un helicóptero de la Policía. Esta laguna en la capacidad de las autoridades para aceptar la idea de que los lupaqas se iban a defender, y mucho menos que ganaran, daba a la tribu una clara ventaja.

El secuestro del helicóptero se convertiría en un estándar en los estudios académicos sobre la guerra. El *Queen's Chopper Gambit* [Gambito del helicóptero de la reina] de Q'orianka se publicó, por primera vez, en *Foreign Affairs* unos años más tarde. Sayri fue citado en el artículo por Juan de Onis: «Con eso, rompimos su ego. Nunca se dieron cuenta. Nunca lo superaron». Al fin y al cabo, los lupaqas no querían cambiar el mundo, solo reclamar su parte en él. La revolución, la independencia tenían sus propiedades aceptadas. Inaceptable era robar propiedad del Gobierno. Kusi y Larry no habían contemplado la enormidad de su atraco. Para la Policía, el Ejército y los políticos de la capital, los lupaqas eran probablemente, como el resto de la población de la selva, mansos, protegidos, intocables, manejados por advenedizos, bienhechores, misioneros y comunistas.

Esto fue lo que la gente del Gobierno le dijo a la televisión, a los periódicos, a la radio, a los diplomáticos extranjeros tras la presentación del documental. La embajada norteamericana dijo por todo Lima y Washington que los lupaqas eran serios, calificados. No

se dejaban llevar ni mangonear por nadie, y menos por Estados Unidos. En la época del choque Miski-Melanie, circulaba la historia de la tribu selvática, enérgica y rica, que probablemente se independizaría. Era la historia presentada por «el *show* de Kura».

* * *

Q'ori se llevó el mérito de levantarse el helicóptero. El Huey aterrizó 50 minutos después de despegar de Guayatacocha, en puerto Minas. Cuando le ordenaron bajar del helicóptero, Melanie vio un campo poblado de portadores y mulas entre grupos de maquinaria, talleres con tejados de paja y almacenes.

Una de las principales características, según ella, era un par de largas filas de establos y graneros con fardos y pilas de alfalfa y hierba kikuyu para los caballos y mulas de carga que se enlazaban con docenas de canoas y embarcaciones de transporte de fondo plano atracadas en la orilla del río. Era el principal puerto de las minas de oro y plata de Lupaqa.

Hacía un calor abrasador, selvático, a un kilómetro y medio en línea directa de la Catedral, en la cabecera de una quebrada que partía de un profundo valle y ascendía a través de bosques, caseríos dispersos, aldeas y cascadas hasta las minas del altiplano sur de Lupaqa.

El camino entre las operaciones portuarias era una antigua construcción de piedra, en gran medida ubicada a lo largo de un acantilado. Kusi y el control terrestre lupaqa lo habían elegido por su gran tejado bajo de calamina, que permitiría ocultar el helicóptero.

También era el borde superior de navegación para las canoas cargadas y motorizadas que traían parte de los suministros para la mina. Kilómetro y medio más abajo, un afluente conducía a la Catedral. Kusi pensó, y con razón, que el helicóptero podría no delatar su posición durante un día, más o menos, y permitir a Melanie llegar a *Lupaqa Administration*, donde la necesitaban para filmarla y acusarla de asesinato.

El paradero del helicóptero, y de Melanie, solo lo conocían unos pocos. Una era Zara, instalada frente a los mandos de la caseta de radio situada junto al palacio lupaqa. A través de su red de radio, informó que el helicóptero OBR 405 se estaba quedando sin combustible y había sido visto por última vez al norte de Quincemil en dirección a Puerto Maldonado. Esto aumentó la confusión en los cuarteles generales de la Policía en Lima, Cusco y Puerto Maldonado. Su tarea pasó de difícil a imposible por las constantes llamadas del personal del presidente Moldado y del despacho del ministro del Interior, general Zapata, que había organizado el viaje de Melanie a Lupaqa.

Huchu, siguiendo las instrucciones del agotado piloto y del teniente, había localizado en pleno vuelo el paquete de morfina del botiquín del Huey. El copiloto, teniente Federico, llenó la jeringuilla, se persignó y la pinchó en la nalga superior del capitán. Había prestado atención en las clases semestrales de primeros auxilios. La respiración del capitán se calmó. Aterrizó sin incidentes ante las miradas boquiabiertas de los lupaqas en tierra.

Kusi le dijo que apagara la máquina utilizando la secuencia de parada, básicamente para apagar las turbinas y las bombas de combustible.

—Deja la electrónica encendida. Tenemos que hablar con tu gente en Cusco.

Kusi estaba perdiendo el aliento. Las lágrimas habían empezado a caer por las mejillas de Miguel. Jadeaba por el dolor de la tibia destrozada. A esto se añadía una nueva capa de desesperación fomentada por su visión desde el aire del vertedero de la selva. La experiencia le decía que le faltaba un día, quizá dos, tres para tener esperanzas de alivio.

Lo que el capitán no sabía, y no lo habría creído de haberlo sabido, era que Kusi había pedido a Zara que llamara a los médicos y a las ambulancias en canoa. Estas se encontraban a 10 minutos de viaje, avanzando a través de los rápidos de las dos últimas curvas del río, por debajo de las piscinas de atraque de puerto Minas, con camillas para el piloto y los dos policías heridos por flechas.

Radio Lupaqa hablaba de un juicio por asesinato en el que Melanie se enfrentaba a una condena de 20 años como esclava. Las cosas estaban a punto de empeorar.

Capítulo 18



Una vez que el helicóptero despegó, Q'ori dirigió su atención a las mujeres que habían acudido rápidamente desde su aldea para transportar y guardar en el glaciar el cuerpo de Miskitani Mara Huamanhuilca, de 18 años, asesinada una hora antes. Sus hombres se dirigían con picos, palancas y palas directamente al glaciar, donde excavarían una caverna para guardar el cuerpo de Miski, que quedaría a salvo de los pumas y la putrefacción hasta el regreso de Kura.

Las mujeres habían llegado en silencio. Llevaban una mula de carga para transportar los kilos de la que había sido una muchacha hábil, amada y cariñosa, la última de cien y más generaciones de duras amazonas que habrían ayudado a producir una nueva generación. La caverna de Miski estaría cerca del pie del glaciar que se elevaba sobre el lago a cuyas orillas había muerto.

Q'ori se reunió con el grupo a pocos metros de la manta que cubría el cuerpo. La mujer cogió de la mano al ahijado que, junto a Jackson, el perro de Miski, había estado acompañando a la joven muerta. Q'ori se inclinó ante sus superiores en edad y estatus.

—En cualquier momento, uno, quizá dos helicópteros más de la Policía aterrizarán aquí —dijo—. Preguntarán dónde está Melanie. Háblenles en quechua. Ustedes no hablan español. Ustedes no estaban aquí. Preguntarán por nuestros jóvenes, si van armados. Miren al cielo, al bosque y digan: «Los espíritus están por todas partes». Amaru y yo vigilaremos desde el bosque.

Q'ori no estaba segura de que hubiera sido buena idea añadir ese último comentario. Sonaba como si las cosas pudieran ir mal. Cierto, pero no hacía falta insistir. Estas mujeres se encargarían de la policía. Un par de miembros de la caballería de Amaru con sus caballos y perros esperaban detrás con un poni para Q'ori. Mientras avanzaba hacia él, vio a las mujeres acercarse a Miski, jadeando de pena, incredulidad y rabia, mientras le retiraban la manta del rostro.

—Oigo motores —dijo uno de los jóvenes.

Q'ori se inclinó ante Miski, se dio la vuelta, corrió y saltó a la montura. El mundo se había movido. A todo galope, sintió las lágrimas correr por sus mejillas. Saludó entusiasmada a la avioneta de vigilancia que sobrevolaba el lago y regresaba. Los jóvenes que la acompañaban se unieron a ella. El Beechcraft A80, que había sobrevolado el reino los días anteriores, siguió su curso. Q'ori, los niños y los perros se adentraron en el bosque y se reunieron con Amaru y los morochucos, la caballería lupaqa.

—Pesquen algo de comer —le dijo Q'ori a Amaru, quien hizo una señal a sus tropas, emocionado. Sonreían en anticipación de la acción venidera, mientras chequeaban las cinchas de sus monturas y las riendas.

Larry, en lo alto de la cresta sobre el lago, había visto el Beechcraft venir, luego partir. Después un Huey negro como un

avispón, gemelo del que había volado hacía unos momentos, atravesando el paso hacia el sur. Había aminorado la marcha, planeando brevemente sobre las mujeres. Larry, desde sus prismáticos vio un nido de ametralladoras, abierto a estribor, acaso con una estándar de 7.62 mm.

Inmediatamente, llamó a Q'ori por VHF.

—Treinta y tres. No, no ataquen. No ataquen. No se muestren. Confirmen.

—Treinta y tres confirmados. Ningún ataque. Ningún espectáculo —se oyó la voz de Q'ori.

El Huey se posó estrepitosamente sobre la plataforma. La puerta del fuselaje se abrió. La turbina gruñó. Uno, dos, tres, cuatro policías en uniforme de combate negro saltaron, con sus kalashnikovs preparados para un ataque que, de hecho, parecía probable por los ladridos del pastor alemán de Miski y los acompañantes de las mujeres.

Las mujeres inmovilizaron a los perros. Los animales se echaron al suelo, gruñendo.

Un oficial experimentado, un tal comandante Tello, había saltado, diciendo a los hombres que se quedaran donde estaban. Se acercó a las mujeres, que lo ignoraron y siguieron atendiendo a Miski. Se sentaron alrededor del cadáver, levantando las manos como exigía la costumbre. No miraron a los policías ni al helicóptero.

—Disculpen, señoras —dijo el oficial en quechua. Nadie se volvió hacia él.

El comandante volvió a empezar.

—Buenos días, señoras. Solo tengo una pregunta, no quiero molestarlas.

Una de las mujeres se dio media vuelta. El oficial continuó:

—¿Está aquí la señora primera dama Melanie?

Hubo una pausa. Finalmente,

—¿Quién?

—¿Estuvo aquí antes?

—Sí.

Otra pausa.

—¿Cuánto hace que se fue?

—No lo sé.

—¿Se fue en su helicóptero?

—No lo sé. Ella mató a esta chica.

El mayor comprendió lo que había debajo de la manta.

—¿Puedo echar un vistazo? Soy policía. —Estaba siendo cortés, paciente.

Un largo silencio.

—Los perros te matarán —dijo la portavoz.

Nadie se movió.

Pasó un minuto entero.

—Hay espíritus en el bosque. —La señora tastayoc se puso lentamente en pie, dio un par de pasos, levantó hacia atrás la parte superior del vellón negro de alpaca dejando al descubierto la cara y los hombros de Miski.

—Señora, tengo que acercarme —dijo el oficial.

El mayor vio cómo la mujer sacaba un hueso que colgaba de su cuello, se lo metía en la boca y hacía sonar un silbido apenas audible. Juntos, los perros hundieron la cabeza en el suelo.

—Venga —hizo un gesto.

El mayor dio un paso adelante, asintió, dijo:

—Buenos días—, se inclinó, miró la cara muerta de Miski, se enderezó, dio un paso atrás. —Gracias, señoras. Lo siento mucho.

La señora tastayoc cubrió a Miski.

—Fue su *madame* Melanie —dijo.

—Ya veo —dijo el mayor—. ¿Cómo lo sabe?

—Está en la radio —dijo la señora tastayoc.

—Gracias, señora. Me iré.

El policía se dio la vuelta, caminó sin mirar atrás. Larry lo aprobó desde detrás de sus prismáticos. El comandante indicó a sus hombres que se prepararan para el despegue mientras él se deslizaba hacia la cabina.

Capítulo 19



Larry Shiels observó cómo el segundo Huey se elevaba unos mil pies sobre una última cresta andina en dirección noreste hacia las cálidas tierras bajas y descendía hacia el profundo y boscoso valle inferior de Tastayoc en persecución, cabía suponer, del helicóptero que habría llevado a Melanie.

¿Qué harían los nuevos Huey si se abalanzaran, por un golpe de suerte, sobre el helicóptero de Kusi, Huchu y Melanie? Los nuevos policías podrían haberlos localizado si Kusi no hubiera desconectado el radar. Esto no se sabía, aunque lo esperaban tanto Larry como Zara.

El gobierno de la capital estaba tan mal informado sobre la región que la Policía y el Ejército no sabían dónde podía estar Lupaqa Central ni si tenían algo parecido a un centro. ¿Dónde podrían estar escondidos Melanie y los policías? Una vez localizados, sería cuestión de enviar un helicóptero con una docena de matones de las Fuerzas Especiales, y ya está. Silenciarlo, suavizarlo, un no-incidente.

La capital no tenía ni idea de la topografía lupaqa. En los últimos meses, mapas con fechas de 40, 50 y 80 años habían salido de archivadores antiguos de los ministerios de Agricultura, Desarrollo,

Justicia, Ejército y archivos universitarios de Cusco. Los libros de contabilidad de las misiones dominicas y franciscanas contenían otros, algunos de ellos supuestamente desenterrados en Sevilla.

El resultado fue una confusión, causada por las fotos aéreas de la expedición Shippee-Johnson de 1932-1933. De Londres habían llegado algunas copias de copias de mapas dibujados a mano de los días del *boom* cauchero con fechas como 1874, 1897. Otros procedían de las salas de venta de Sotheby's.

Esas recopilaciones, que cada ministerio y departamento militar debía mantener en secreto, fueron uno de los aportes de Sayri a la campaña independentista. Le dio al gabinete de Moldado la impresión de que el Gobierno de Lima tenía mucha información sobre Lupaqa y los distritos, regiones circundantes. Estos, junto con relatos de viajeros, aparentemente fotocopiados de bibliotecas de universidades alemanas, italianas, francesas, inglesas, americanas, de las que surgieron extractos de tesis doctorales, iban a enredar lo que se convirtió en una industria de estudios lupaqa que confundiría a los propios lupaqa durante una década y más.

A la policía y a los militares de Lima se les pedía coordenadas claras, y distancias para ponerlas en planes de vuelo reales.

La información del Beechcraft A80 en los últimos días aún no se había procesado, dijeron los cartógrafos. Los dos pilotos oficiales conocedores de esta parte de Lupaqa estaban en el aire. Le dijeron a Lima por radio que había tres áreas principales donde se podían ver signos de habitantes, caminos de conexión, grupos de casas, muelles de puertos fluviales, almacenes.

Los pilotos leyeron sus coordenadas tal y como figuraban en la carta aeronáutica estándar 100:000 de la USAF. Trasladadas a la vida

real, eran Tastayoc, la Catedral, la zona del palacio de puerto Minas y puerto Lupaqa, en la desembocadura del río, donde vertía sus aguas en el Alto Madre de Dios. La información sobre qué era y dónde en las antiguas cartas y mapas era impenetrable.

Kusi, Tonyo con Krum, Huchu con su perro, Love, estaban encargados de entregar a los asesinos de Miski a la Catedral. «Nuestro Kremlin tropical», como a Kura Ocllo le gustaba presentarlo a los escasos visitantes, la más reciente de los cuales era Melanie, a la que no le iba a hacer ninguna gracia.

La espinilla astillada del capitán Miguel sería vista en la capital como un asalto, una acusación que los lupaqas reconocerían durante las audiencias judiciales, negociaciones entre Lupaqa y Lima durante los próximos meses.

El Huey n.º 2 de rescate ya llevaba media hora de retraso con respecto al vuelo de Kusi-Melanie. El coronel de la Policía de Cusco había ordenado al bimotor de apoyo de la Fuerza Aérea que patrullaba los cielos de Lupaqa que volviera a guiar al helicóptero con tropa que se aproximaba. De este modo se perdió la posibilidad de que Melanie fuera alcanzada en una persecución aérea. Otro ejemplo de cómo la flexibilidad desorganizada podía ganar a la superioridad numérica y de fuego.

Las cosas se movían.

Larry oyó a Sacha por VHF en una especie de código. Estaba remontando los rápidos en una canoa, una Yamaha Harpoon de 75 caballos, aluminio y fibra de vidrio. Llegaría pronto a la Catedral. Sacha decidiría qué hacer y cómo hacerlo cuando llegara el helicóptero de Melanie.

La capitana Chasca Nichols estaba sacando brillo a sus Maui Jims bajo el intenso calor de la base aérea del bosque lacustre de Tayakume. Preparaba uno de los biplanos Antonov para volar a la pista de aterrizaje situada río abajo del palacio de Lupaqa. Estos movimientos eran una versión lupaqa, aún inestable quizás, de una movilización militar. Las maniobras de caballería de Larry, un complemento fortuito del picnic de Melanie, eran, a otro nivel, una verdadera concentración militar. Como ocurre con las coincidencias, Larry recibiría más tarde felicitaciones por su perspicacia.

La arraigada asociación de buena suerte con mérito volvería a serle útil a Larry aquí, en las montañas de Tastayoc. No tendría nada que ver, más allá de la sincronización, con el éxito o no de la caballería lupaqa y sus hazañas en el helicóptero, pero se comentaría más adelante. El movimiento independentista lupaqa estaba en marcha, y poco tenía que ver con Larry ni, para el caso, con Kura. El disparo que se oyó en todo el Tercer Mundo resultó ser obra de Miski, Q'ori, Tonyo, Huchu, Kusi, Krum, Love y, por qué no, Atahualpa.

Los primeros fuegos vinieron de Zara, en la radio. Accionaba interruptores, pulsaba botones, hablaba brevemente al principio y luego continuamente con otros Sparks, la fraternidad de genios radiales, con los auriculares pegados a las sienes.

La única pista de aterrizaje cercana a la acción del helicóptero de hoy estaba cerca de Tastayoc, a la vuelta de la esquina, a un par de horas por pista forestal desde el observatorio de Shiels. Tastayoc era un campo de emergencia, sin terminar, sin probar. Lo último que necesitaban los lupaqas era que los militares peruanos intentaran aterrizar allí.

Cuando el Huey de Melanie estuvo en tierra, Larry desplazó un par de metros el parapeto de troncos dispuesto para el ligero trípode de su rifle. Tener un fusil no era exactamente una violación de su acuerdo con los lupaqa. Era un arma estándar del Ejército y de los Marines Reales. El L42A1 era un rifle de francotirador del ejército británico, de los Marines Reales y del regimiento de la RAF, con recámara para cartucho de la OTAN del calibre 7.62 × 51 mm. Su alcance era de 800 yardas. Pesaba casi 5 kilos y medía poco más de media de largo. Acción de cerrojo. Velocidad de salida 838 metros por segundo. Sistema de alimentación: cargador desmontable de 10 cartuchos. Esto según el catálogo.

Para Larry, se trataba de su vieja y fiable arma. La mayoría de sus cartuchos eran de punta blanda, capaces de hacer estallar el plexiglás de la cabina de un helicóptero. Le había dicho a Kura que no tenía intención de utilizar el arma a menos que estuviera a una buena distancia del objetivo, y que el ruido de las turbinas de aviación esté sobreponiéndose a cualquier disparo. Sobre todo, solo lo haría si un disparo evitaba el desastre.

En su campamento de la cresta, con su techo bajo de paja contra el sol y la lluvia, Larry había esperado de esta aventura solo ser el árbitro del picnic de los niños de Melanie. No habría participado ni de lejos en esta reunión si no hubiera coincidido con las maniobras de la Caballería de la Sierra al mando de Amaru. Q'orianka iba a ser la ayudante y observadora de Kura Ocllo en estos ejercicios.

El esfuerzo principal iba a ser la incorporación de los morochucos, «nuestras propias hordas mongolas», le gustaba llamarlos a Kura, jinetes agresivos con una habilidad innata para montar fuertes ponis de montaña. Eran robustos y pacientes

criadores de caballos, ganado vacuno, ovejas, llamas y alpacas. Los morochucos eran el núcleo duro de las fuerzas terrestres lupaqas en las montañas y los valles, del mismo modo que las tribus amazónicas equipadas con canoas y machetes se ocupaban de las tierras bajas.

La destreza de los morochucos con las armas se remonta a varias generaciones. Eran expertos con la boleadora, el lazo de tres piedras diseñado para derribar ponis huidizos, llamas, cuatreros. También con la honda, la larga cinta de cuero de David contra Goliat, que podía lanzar una piedra certera, o un balín, mortal a 60 metros.

A media mañana los ejercicios se habían convertido en un enfrentamiento efectivo, en tiempo real. Miski había sido abatida ante sus ojos, ante sus cámaras. La primera dama del Perú y sus guardaespaldas habían sido detenidos, esposados y trasladados al cuartel general de Lupaqa Central. Las noticias en Cusco, Lima y Nueva York informaban que iba a ser juzgada por el Real Tribunal de Lupaqa por homicidio y una serie de cargos secundarios, como portar armas de fuego, matar perros y aterrizar sin permiso. Las autoridades peruanas dijeron que helicópteros de asalto de la policía estaban en camino desde Cusco, a un par de horas de vuelo en lo que dijeron era «una respuesta de primera ola».

Larry se había instalado el día anterior en este escondrijo desde el que tenía una vista completa del lago, los bosques, los campos, los claros y el pastizal donde había aterrizado Melanie. Con Miski muerta, Melanie y sus policías esposados, las ondas internacionales habían elevado los acontecimientos de un oscuro incidente en algún lugar de Sudamérica a «Enfrentamiento por la independencia de la Amazonía».

La próxima acción tendría lugar aquí, en estos claros en los altos del lago. Esto era totalmente ventajoso para los lupaqa. Subrayaba la percepción original de Kura Ocllo de que los lupaqas siempre podrían elegir el campo de batalla porque los militares y policías peruanos estaban convencidos de que eran imbatiblemente superiores, no solo en armas y equipos, como helicópteros. Lo más ventajoso de todo para la policía y los soldados era que tenían claro que los nativos eran ignorantes y, francamente, estúpidos.

Ciervos, osos de anteojos, liebres, zorros y un centenar de pájaros cantores, halcones, águilas, con patos, gansos salvajes, truchas en el lago, eran partes móviles de un antiguo bosque. En el sol de su primera tarde, el día anterior a Melanie, y luego de nuevo, en lo más profundo de una larga noche andina sin luna, mientras miraba hacia la eternidad cercana de un centenar de galaxias de la Cruz del Sur, Larry consideró sugerir a Sacha que construyeran una cabaña de madera con vistas al lago para escapadas familiares del calor de las tierras bajas. A la hora del coro del amanecer, a Miski le quedaba poco más de tres horas de vida.

Larry alineó su trípode para que el fusil tuviera un amplio campo de maniobra ante cualquier avión que se aproximara. Los primeros, aparte del Beechcraft, habían sido los Bell Huey biturbina, como para nueve o diez pasajeros. Ambos habían aterrizado exactamente en el mismo lugar, en el centro de la pista marcada como un círculo por los escolares de Lupaqa un par de días antes. La máquina entrante sería el Mi-17, el transporte de tropas construido para trasladar a un par de docenas de hombres con equipo ligero, más del doble del tamaño de los pequeños y frescos Bell.

A los pilotos de todo el mundo se les enseña a obedecer la disciplina aeroportuaria en tierra, a seguir religiosamente las señales e instrucciones. Larry estaba seguro de que los Hip imitarían a los Hueys. Tenía el alcance a un metro.

Solo dispararía a la cabina en determinadas circunstancias. En caso de agresión por parte de la nave de la tropa, los morochucos habrían intentado y fracasado derribarla con sus boleadoras apuntando a los rotores. Otro equipo habría intentado y fracasado destrozar la cabina con sus catapultas de billas metálicas.

Larry tendría un segundo, a lo sumo dos, para decidir si apretar el gatillo. El helicóptero podría precipitarse en Guayatacocha con tal vez un par de docenas de policías muertos.

El peligro sería que una investigación encontrara los restos de la bala de 7.65 mm culpable. En ese caso, la afirmación de los lupaqas de que solo utilizaban herramientas de caza neolíticas podría echar por tierra toda la historia de la Amazonía Real Lupaqa.

Capítulo 20



El Beechcraft de la Fuerza Aérea, que llevaba una semana sobrevolando el inexplorado Lupaqa, apareció en la cabecera del valle, mucho más bajo que antes, como un fantasma rugiente que buscaba dónde posarse.

Los vigilantes lupaqas vieron el avión segundos antes del rugido de los motores turboalimentados. Sus agudos colectores de admisión emitían un sonido desconocido en el fino y frío aire de este bosque perdido de los lagos.

La caballería lupaqa, desmontada, estaba instalada entre sus jaurías de mastines fila y pastores alemanes de ataque, vagamente ocultos entre la *queunya*, el *chachacomo*, el *mutuy* y la *unca* prístinos junto al lago.

El avión llegó rápido, volando bajo, como una advertencia, una amenaza, un adelanto del bravucón maligno. En cuestión de segundos había pasado junto a las mujeres sentadas, que atendían el cuerpo de Miski.

Mientras Q'orianka estaba con Amaru en el linde del bosque observando el Beechcraft y su sombra de mediodía que se alejaba sobrevolando el lago, pensó si podrían derribarlo estrangulando las hélices con lanzas de atlatl, flechas que arrastraban alambre de

acero y varillas de metal. Así era como habían planeado capturar los helicópteros, pero habían considerado que los aviones estaban fuera de su alcance.

El Beechcraft continuó a baja altura sobre el lago, inclinándose sobre la orilla más lejana por debajo del mirador de Larry Shiels.

Q'ori imaginó que lo apuntaba con su rifle militar. Sonrió al pensar en su dedo apretando el gatillo. Había participado en discusiones políticas, que con los lupaqas no duraban más que unos minutos, en palacio con Kura, Larry, Amaru y un puñado de comandantes más.

Capítulo 21



Dos niñas lupaqa ayudaron a la primera dama Melanie Moldado a bajar del helicóptero. La habían atado en fila con los tres policías, como pollos apiñados, dentro de la estrecha sección de la cola del helicóptero. Los policías habían venido equipados con esposas, que ahora utilizaban los lupaqas.

Kusi había conseguido que el helicóptero estuviera parcialmente protegido bajo un techo de calamina. El fuselaje, donde estaban los prisioneros, quedó al sol de la media mañana.

Melanie tenía que hacer sus necesidades. Eso se había convertido en el centro de su vida.

Unos instantes después, Kusi regresó de la cabina y saltó por la puerta sin mirar a Melanie. No era buena señal.

—¡Señor, señor! —gritó ella, mientras él desaparecía. Kusi no regresó. Estaba desesperada.

El estado de dos de los policías había empeorado. Uno tenía una flecha clavada en el hombro izquierdo, el otro en el muslo. En ambos casos, las flechas habían sido cortadas con una daga aserrada. Los dos hombres estaban claramente adoloridos, a lo que no ayudaba el hecho de estar en la parte trasera del fuselaje.

Al salir, Kusi le entregó a Huchu las llaves de las esposas.

—La señora puede estirar las piernas. Espere aquí. Voy a arreglar el transporte.

Huchu, a sus 16 años, era demasiado joven para andar mandoneando a los mayores. Su trabajo consistía en entregar a Melanie y a los tres guardaespaldas a la magistrada de la Catedral. Como cualquier lupaqa, veía al clan de Miski como una amenaza inmediata para Melanie y los policías.

Adelante, en la cabina, estaban los dos pilotos. El capitán Miguel estaba muy mal. Su pierna derecha estaba negra e hinchada, la tibia astillada. Gemía de dolor, de frustración, de calor, derrotado. El copiloto, el teniente Federico, aparte de una profunda mordedura de perro en el antebrazo, estaba ileso.

Kusiñawi había tomado las llaves de contacto y los tres auriculares. Le dijo al copiloto que podía salir.

—Me voy al río a buscar transporte para todos ustedes a nuestro hospital —le dijo al capitán Miguel.

—¿Tienen un hospital? —se animó el capitán.

—Mejor que lo que conseguirías en Lima —dijo Kusi—. Tonyo, acompáñame.

La pierna del capitán Miguel no se recuperaría durante el medio siglo de vida adicional que Dios le iba a conceder. Los lupaqas lo compensarían con un estipendio mensual y una generosa caja de Navidad hasta que él y su viuda fallecieran en las profundidades del siglo XXI. Se lo había ganado. Ayudó a crear el Centro de Vuelo y Mantenimiento de Helicópteros Lupaqa, tres de cuyos primeros graduados serían Kusi, Huchu y Tonyo, además de los perros con los que el capitán se haría amigo de por vida.

Una docena de personas, entre ellas los capitanes de las canoas motorizadas, los estibadores y el administrador del puerto, estaban a 200 metros.

El primer objetivo de Kusi era un VHF. Encontró uno en la caseta vacía del administrador del puerto. El tipo había dejado su radio en el soporte de carga. Su primer impulso fue llamar a Q'ori. En lugar de eso, hizo lo correcto, fue directamente a Zara.

—Kusiñawi a Control. Hemos llegado a puerto Minas con prisioneros. Procediendo río arriba a la Catedral para emergencia médica. Avise a la condesa Mamaqhawa. Enviar caballos.

—Ya, Kusi. Entendido.

Más tarde, Zara recordaría su dilema ante la noticia de la llegada del helicóptero de Melanie a apenas un kilómetro de la Catedral. Ya que estaba con el cuento del helicóptero lejos, por Quincemil, decidió contarle la verdad al hospital, a Q'ori y a Larry, nomás.

Siguió adelante con su triquiñuela de Puerto Maldonado.

Kusi dejó el VHF. Cambió de idea, dejó los auriculares del helicóptero en su sitio, metió el VHF en el morral y se dirigió al río.

Un sol selvático cegó a Melanie y la hizo tropezar. El policía ileso la ayudó a estabilizarse a la sombra caliente y deshilachada de un viejo tejado de paja de palma. Tiesa, magullada, seguía desesperada por orinar. Detrás del refugio, se puso en cuclillas. Era lo mejor que le había pasado hoy.

Desesperación, indecible desesperación. Una agonía aguda, un derrumbamiento a trompicones. No necesitaba explicación, no merecía piedad. ¿Cómo podía adivinar que el estúpido policía le dispararía a alguien? Ella estaba a casi un kilómetro sobre esa mula. Ella estaba allí, cierto, en la matanza de los perros y el roce de la

bala en el hombro del chico. Un par de centímetros y el chico también estaría muerto. Huchu la habría apaleado, la habría matado en el acto.

Ahora, en este caluroso valle, a un planeta de distancia de la protección, vio a Huchu mirando a los guardaespaldas desde el helicóptero. Melanie, en su malestar por el calor, reconoció que había recorrido un largo camino en un par de horas. Había visto a esos chicos, Q'ori, Huchu, Tonyo, Kusi y Miski, jóvenes todos ellos que tomaban decisiones graves e instantáneas.

Había observado, con sus propias rodillas doblándose, cómo aquella chica nativa de ojos fríos y enérgicos, sin vacilar, le rompía la pierna al piloto. La habían agarrado, la habían esposado junto a los malolientes policías y le habían dicho que era responsable de haber matado a la chica. Ella miró, sin ver, hacia fuera y hacia arriba en el blanco fuego del cielo al mediodía, con la esperanza de escuchar un sonido.

El último estruendo de los rotores del helicóptero se había convertido en un silencio terminal, abandonado por el aleteo de las hojas muertas, el susurro de los desconocidos habitantes de la selva en el techo del refugio y los gritos de los niños que se acercaban. Los extraños sonidos vacíos sustituyeron a su última conexión con su mundo, la vida que conocía, terminantemente perdida.

Envuelta en un pánico solitario, empezó a temblar, a tener arcadas. Ningún sonido familiar llegaba a este mundo inexistente donde temía tocar siquiera uno de los postes de la choza abierta bajo la que se refugiaba de un sol abrasador. Podía haber hormigas de fuego, arañas letales. Moscas y mosquitos se posaron en su

cuello, en su cara. Un par de perros sarnosos se acercaban. Oyó el graznido de loros agresivos, salvajes, no los simpáticos de Lima.

Una rata gris se escabulló bajo el helicóptero. Con el calor del mediodía, los pájaros, los monos y las serpientes dormían.

Melanie oyó, sintió, más allá de este campo desgarrado, a un grupo de árboles y techos de tejas. Podía ver en el vaivén de esos árboles una brisa firme que hablaba de algo más que de un torrente de montaña. Llegó hasta ella el sólido y bajo torrente de los profundos rápidos de un río, aumentando su sensación de un mundo incognoscible. Ella existiría en este mundo de tinieblas para siempre mientras se desvanecía en huesos arrugados, harapos.

Niños, sus perros, mujeres, algunos ociosos, se acercaban al claro para inspeccionar el helicóptero y a ella misma, ambos igualmente extraños.

Media docena de jóvenes pretorianos, liderados por Tonyo, formaban una línea policial. La inspiración lo diferenciaba, como había ocurrido antes, cuando le lanzó la flecha al asesino de Miski. Organizaba escuadrones para que trajeran arbustos, pequeños árboles que camuflaban la cola del helicóptero sobresalida bajo el tejado del almacén.

Los lugareños, como el resto del reino y gran parte del Perú, habían estado escuchando en Radio Lupaqa y otras emisoras de la selva, el aluvión de mensajes, y emisiones de los canales de la Policía y del Ejército de Cusco que envolvían las transmisiones de Lupaqa.

Todos en puerto Minas conocían a la rápida, valiente y autosuficiente Miski. No hacía mucho, había convencido a los

mineros de oro para que acondicionaran la antigua carretera inca a la Catedral y mejoraran las instalaciones del muelle a orillas del río.

Aquí estaba el helicóptero. Un día redondo se mire por donde se mire. Como yapa llegó la actual primera dama del Perú. Estaban devastados. Estaban encantados.

Todos corrían, se apresuraban a machetear arbustos y árboles para tapar la cola de la máquina. Otros ayudaron al piloto con la pierna maltrecha y a los tres policías a salir de la máquina caliente como un horno. Los lugareños trajeron un par de camillas de emergencia, una para el policía con los restos de una flecha en el muslo.

Melanie vio a través de una bruma de calor las sombras perfiladas de escarpadas montañas boscosas y cañones. Se dio cuenta de que su vuelo accidentado y aterrador la había llevado de las prístinas y frías tierras altas a un nuevo país, no a un tugurio amenazador. Esto era la selva tropical, el trópico amazónico. Fue un *shock* encontrarse aquí sin que ella hubiera dado permiso. Estaba asustada, mortalmente asustada, como no lo había estado en una vida animada de ciudades, calles, trenes y autos.

Podía oír el ruido sordo del río, ver salvajes y escarpadas líneas de montañas y valles ascendentes, sombríos e incognoscibles. Era prisionera de una tribu que había empezado con cortesía y ahora la había arrastrado a su mundo salvaje, del que tal vez no regresaría, ¿quién sabe? Las esposas no habían dado a su mente nada a que aferrarse, salvo una incomodidad sin sentido.

Dos chicas se le acercaron. Melanie pidió agua con un gesto de vaso levantado, como si no entendieran «agua». La llevaron trotando hasta una corriente lateral del río. Se salpicó la cara, se

sentó en el agua completamente vestida y se tumbó. Unos minutos más tarde se levantó goteando, más fresca, con la moral y el ánimo un poco restablecidos.

Melanie caminaba con renovada soltura, se dirigía a sus cuidadores con breves sonrisas. Estaba recuperando su dignidad. Comprendió que se había producido algún cambio en el horario. No la afectaba materialmente, y mucho menos se debía a ella. La recepción había sido algo tosca, pero allí estaban, en una choza a orillas de un caudaloso río en la Amazonía más profunda. ¿Cómo podría ser otra cosa que caliente, polvoriento, maloliente?

Media docena de adolescentes lupaqas, cada uno acompañado por un pastor alemán o un mastín, estaban apostados alrededor del helicóptero con boleadoras, atlatls, cerbatanas, hondas, arcos y flechas. Era un mediodía caluroso, con una ligera brisa que venía de río arriba y se elevaba hacia los frescos valles altos y los lagos de la cordillera.

Un hombre de mediana edad, en gastados *shorts* caqui, gorra de béisbol y camiseta desteñida reunía a los ayudantes de la zona portuaria. Supervisaba a un grupo de hombres que traía un par de bueyes. Sacaron cuerdas de las piraguas y otras embarcaciones ubicadas en la orilla del río. El capataz estaba atando cuerdas a los patines de aterrizaje del helicóptero, preparándose para arrastrar la máquina más hacia adentro, bajo la calamina.

Los almacenes, los altos de madera, las barras de acero y los fardos de heno no se prestaban al protocolo diplomático. El helicóptero estaba parado sobre un terreno polvoriento de arcilla cocida y maleza, con hombres enjaezando a los bueyes.

Melanie había pasado de benefactora y patrona a molestia, vergüenza criminal, intocable. En la capital, el Gobierno hacía correr la voz de que a la primera dama Melanie le habían tendido una trampa sus adversarios políticos, los cuales pagaban a los astutos lupaqas.

—Nada más tiene sentido —le dijo el presidente Moldado a la radio y la televisión—. Melanie quiere hacer cualquier cosa para ayudar a las niñas desfavorecidas y con problemas de nuestras maravillosas y olvidadas selvas, una zona clave para el fantástico desarrollo futuro del Perú. Ella no le tocaría ni un pelo a una niña como esta, que lucha por salir de la ignorancia, del atraso. Dicen que Melanie ha matado a una niña india. Al contrario, mi Melanie daría su vida por los pobres sin educación. Esto es absurdo.

Melanie, aliviada de que la trataran con cortesía, no protestó cuando las chicas la condujeron a través del patio hasta una cuadrilla de caballos de paso bien herrados, aparejados con elegantes monturas de cuero y piel de oveja, cada uno a cargo de un par de chicas, que hicieron un gesto a Melanie para que montara.

Melanie ya había estado aquí antes, no hacía mucho. Esta fría consideración era la misma que había recibido a primera hora de la mañana, parecía que hacía un año. Claras, corteses, competentes. Las chicas iban armadas con arcos y flechas, atlatls, cerbatanas, palos ligeros con correas de cuero. Alguien le dio una cantimplora y la ayudó a subir a la silla. Una de las chicas le ajustó los estribos.

Se pusieron en marcha, el grupo formando una fila con tres de los guías delante y tres detrás. Melanie tuvo la sensación de sentirse contenta, aliviada de que la controlaran, de que la cuidara una

colmena de jóvenes competentes. Era una mejora con respecto a estar maniatada en un helicóptero asqueroso y peligroso.

Kusi supervisó la carga de los heridos en dos canoas a motor. El trayecto, de dos horas, fue de tres curvas río arriba. Por la tarde, la policía, los pilotos con Tonyo y Huchu como guardias, llegaron al hospital.

Capítulo 22



Q’orianka se alegró de ver partir al segundo Huey. Se escabulló por el laberinto de los bosques salvajes lupaqa, valles y riscos para dar caza al otro Huey de la policía entre cañones, ríos y nubes de lluvia.

Con la primera dama habían ido pilotos de la Policía malhumorados y heridos, custodiados por Kusiñawi, Huchu, Tonyo y sus perros. Policías con heridas de flecha.

—Una tripulación variopinta, un cargamento variopinto —dijo Kura cuando Kusiñawi, una semana después, recordó los hechos para su beneficio. Se rio al oír que Tonyo y el mastín habían vomitado por la espalda del desdichado piloto. Kura, entristecida, contuvo un sollozo. Habría disfrutado riéndose de ello con Miski.

Aunque ya había pasado el horizonte, Q’ori no podía dejar de pensar en el segundo helicóptero. Este no era broma. Aparte de sus dos pilotos, allí viajaban un comandante de aspecto capaz y cuatro *rangers*. En el punto de fuga había una ametralladora incorporada de 7.62 mm. Si este helicóptero llegaba a sumarse al esperado portatropa, la caballería de Amaru no podría salir del bosque, y mucho menos atacar y arrinconar a los soldados. Los lupaqas serían acribillados. Fin de la historia.

Si el Huey y el transporte de tropas estuvieran aquí juntos, los lupaqas simplemente tendrían que volver a confundirse con el bosque. Prudente, sí. Contundente, no. Si el portatropa se presentara sin apoyo, sin protección de la ametralladora del Huey, podría ser una oportunidad. Esto podría tener un gran impacto en el esfuerzo de independencia lupaqa. Podría ser su única oportunidad de tomar la iniciativa. Abalanzarse sobre Melanie había sido un buen salto sobre el desastre de Miski.

—¿De qué te ríes? —preguntó Amaru a Q'ori. Estaban de pie junto a sus caballos, con una docena de miembros de la caballería de Amaru, cada uno con caballerizos y adiestradores, escuchando el estrépito desvanecido del segundo Huey de la policía.

—Estaba pensando que nuestros perritos deberían tener rangos, como teniente, sargento —dijo Q'ori. No se había dado cuenta de que sonreía. En realidad, había estado soñando despierta con un golpe militar machista indefinido que enviaría a los peruanos corriendo a sus barracones con el rabo entre las piernas.

—Nos estamos perdiendo algo, quedándonos aquí como si supiéramos lo que estamos haciendo. Larry dice que ser soldado consiste en quedarse parado antes de que te disparen —continuó.

—No veo por qué Perú enviaría un montón de tropa a un frío campo de ichu del otro lado de ninguna parte. Es decir, elegimos este lugar para el picnic de Melanie porque no está en ninguna parte —dijo Amaru.

—Deben de haberlo descubierto por sí mismos. Nos estamos perdiendo algo —dijo Q'ori.

Amaru y Q'orianka daban sorbos a sus termos en el bosque de Guayatacocha, en la cordillera de Tastayoc, discutiendo lo que

podrían tener en mente las tropas de rescate del Perú.

—Deben saber que no tienen ninguna posibilidad de encontrar una aguja de la primera dama desaparecida aquí, en el pajar más grande del mundo —dijo Q'ori.

—Los agujeros se hacen más grandes. Cuanto más estamos aquí, más evidente es que Melanie no está. Melanie no está perdida. El piloto les ha comunicado por radio que ha sido capturada, detenida.

—Creen que la han capturado nativos rebeldes, ignorantes. Algunos generales piensan que somos unos pusilánimes. La policía no está tan segura. Este es un país difícil. No hay mapas —dijo Amaru.

—Nuestra historia de ser nativos amazónicos obedientes ya salió por la ventana —asintió Q'ori. Los lupaqas estaban recibiendo hoy una primera lección sobre cómo ser barridos hacia el basurero del progreso. Se estaban dando cuenta de que su vida rural tradicional, cómoda y desafiante, pronto podría convertirse en un vertedero de basura como Pucallpa, Iquitos, Puerto Maldonado y docenas de otras ciudades y pueblos y, de hecho, gran parte del resto de Perú, Sudamérica y el mundo.

Q'ori sabía que estaba desperdiciando un tiempo que no tenía. Los lupaqas podían llevarse a Melanie a cualquier lugar en miles de kilómetros cuadrados. Perú podría negociar y pagar por la liberación de Melanie. O podría invadir. Si había que pagar un precio, lo llamarían chantaje, rescate. Esto no caería bien en las Naciones Unidas. Ni siquiera en Moscú. Q'ori intentaba ver cómo utilizar, en ese mismo momento, la confusión natural de las autoridades peruanas.

En el bosque de la ladera del otro lado del lago, Larry seguía los acontecimientos a través de su radio VHF, sus prismáticos y sus miras telescópicas. Estaba, como todos, esperando al Hip, aunque sabía por sus propios pilotos que Melanie no estaba allí.

Q'ori le dijo a Amaru que necesitaba ver cómo avanzaban las mujeres que atendían el cuerpo de Miski. Hizo una señal a un par de caballerizos para que la acompañaran. A la escucha de posibles helicópteros, cabalgaron en pelotón unos cientos de metros a través de los prados abiertos.

Mirando hacia atrás, vio que Amaru y sus hombres la seguían. Muy cierto. Se detuvo con su gente, dio la vuelta y le hizo señas a Amaru para que se le uniera, para compensar su falta de cortesía.

Alguien que, como Miski, había tenido una muerte violenta y repentina necesitaba tiempo y cuidados extra en el lugar mismo para que el espíritu fuera localizado por su familia en el siguiente mundo. No había que precipitarse o Miski podría perderse en la confusión, sobre todo alguien tan joven. Podría ser secuestrada por otras tribus del inframundo.

Los pensamientos de Q'ori volvieron a los helicópteros de la policía. ¿Habrían visto más jinetes? Quizá vendrían en masa a aplastar a los agitadores. El Huey artillado que había salido en busca de Melanie regresaría. Su ametralladora podía sembrar el horror, lo que, aparte de ser un desastre humano, acabaría sin duda con cualquier esfuerzo independentista.

Esa ametralladora era un desastre. Esperar lo mejor no era una opción militar. Ese mismo día, los guardaespaldas de Lima habían hecho lo impensable. Nunca más los lupaqas podrían cometer el

mismo error. Q'ori no debía esperar a que ocurriera algo más. Ella debía ser quien lo hiciera posible.

El helicóptero de transporte con el pelotón de *rangers* podría o no aterrizar aquí, en Guayatacocha, y luego ir a rastrear la selva en busca de Melanie.

«Los *rangers* rescatan a Melanie» era el titular que necesitaban. El asesinato de Miski sería barrido hacia las últimas páginas. Kura podría estar de acuerdo. Sayri lo haría.

El helicóptero de transporte se dirigía a Lupaqa desde Cusco. ¿Por qué? ¿Podría ser solo la policía normal haciendo lo incorrecto en el momento equivocado? Quizás.

Podría ser; sería un error pensar que la policía estaba perdida en algún laberinto interno. La idea central en la mente de Q'ori era si sus arqueros y jabalineros con los morochucos de Amaru, la aguda caballería lupaqa, podrían dar un golpe soñado.

Con armas de mano neolíticas, tendrían que derribar una nave de guerra cosaca a prueba de tontos. Ella, una amazona de arco y flecha, había hecho una buena jugada hacía unos momentos. Se apropió en el campo de batalla de un Bell Huey y se lo llevó cargado de valiosos prisioneros a su propio campamento al mando de la tripulación de lujo, formada por un par de muchachos del bosque y sus perros.

Q'ori no lo expresó con tantas palabras, al menos no hasta más tarde. ¿No sería mejor para los lupaqas dejarlo estar? Mantener la concentración en Melanie, no dejar que crezca en espiral.

Por otro lado, este transporte de tropa prepotente, si se le permite ir y venir, estaría infringiendo la ley lupaqa. Otra vez. Podrían atraparlo cuando estuviera llegando o despegando. No

podrían derribarlo, entrando o saliendo, si el Mi-17 tuviera al Huey n.º 2 de copiloto. ¿Cómo asegurarse de que el Huey armado estaba en otro lugar?

Capítulo 23



Q’ori, Amaru y media docena de miembros de la caballería lupaqa, con sus caballos y perros, observaron a las mujeres tastayoc dedicadas a sus plegarias y ritos para encomendar a Miski al otro mundo. Ellas serían las encargadas de guiar su traslado en su nueva forma a su territorio, esta siguiente fase de la eternidad.

La principal preocupación era que Miski fuera encontrada por sus padrinos, su familia, sus amigos, y no la enviaran a otra tribu.

Las puertas al otro mundo estaban abarrotadas de espíritus sin rostro que buscarían utilizar a una atractiva recién llegada a un mundo solitario de gente que no pertenecía a ninguna parte. Miski necesitaba el impulso inicial de las mujeres hacia la verdadera eternidad lupaqa, donde se reuniría con su familia, su clan, su tribu. Esto era demasiado importante como para precipitarse.

Nadie pensaba escatimar esfuerzos en semejante misión. Las damas informarían a los ancianos, a los Inkas en una nueva cadena de ceremonias de ayahuasca y otras plantas sagradas, ayunos, meditaciones en laderas y en riberas de ríos en los silenciosos y profundos recovecos de la Catedral subterránea en las próximas semanas.

Los ojos de Q'ori volvían una y otra vez al rostro de su amiga muerta, a sus ojos cerrados, cerrados para siempre. Como las madres y hermanas anteriores y futuras, esperaba que algo se hubiera torcido, que viera parpadear los ojos de Miski. Había sido un error. El tiempo, el reloj, el reloj de sol se habían torcido.

—Abre los ojos, Miski.

Las mujeres tastayoc habían reacomodado los huesos, los músculos de la cara de Miski, su cuello, y peinado su espeso cabello oscuro en una trenza para siempre prolija que cubría una explosión de bala que había destrozado los huesos debajo de su garganta.

Q'ori abandonó su propio rostro adusto y tenso, y estalló en un grito, un torrente de sollozos con arcadas, los gemidos de la desesperación. Dos, tres de las mujeres se levantaron para sostenerla, para ayudarla a soltarlo todo mientras sus rodillas, su mente colapsada, se ponían grises. Lloraron con ella. Evitaron que cayera sobre el cuerpo rígido, frío y delgado de Miski. La ayudaron a entender, de nuevo, que su hermana, su amiga, se había ido. Q'ori y Miski hubieran, debieran haber pasado sus vidas juntas como hermanas, madres, abuelas.

Las mujeres ayudaron a Q'ori a tumbarse un momento junto a Miski. Los sollozos de Q'ori la desgarraban. Los espasmos se suavizaron.

—Vamos, hermana. Vamos, Miski, nuestra Miski, debe seguir adelante. Debemos dejarla ir a su nuevo mundo. Nosotras debemos seguir con el nuestro —dijo la señora tastayoc, amable, sensata, veraz.

Q'ori respiró hondo, y otra vez. Las mujeres le dieron un trozo de tela áspera y húmeda, ayudándola a restregarse la cara y, con ella,

la mente.

Amaru y sus hombres también lloraban. Q'ori no era la única conmocionada. Con más lágrimas en sus labios, volvía a respirar con más facilidad.

Amaru y la caballería, junto con un par de mujeres jóvenes, como Miski, rápidas arqueras de la selva, estaban recuperando el aliento, pronunciando el nombre de Miski, una especie de despedida anticipada de persona a persona. La pena, como la risa, es contagiosa.

En su VHF, Q'ori pulsó las teclas para Zara, que la conectó con Kusi, en algún lugar cerca de la Catedral. Kusi llegó a través de una niebla rasposa. Le oyó decir:

—Choca esos cinco.

—¿Dónde? ¿Dónde? —insistió.

—El puerto. ¡El puerto!

Esto, al menos, era como estaba previsto, un paso adelante en una guerra, como ella aprendería. Envió una señal de puntos y rayas tipo Morse a Larry para que se mantuviera a la espera en Sixty Eight y realizó enérgicos saltos sobre el lago, con su VHF en la mano.

Por encima del glaciar, donde en unas horas Miski sería almacenada en frío, las nubes se acumulaban sobre la nieve y el hielo. Por la tarde llovería y quizá nevaría al anochecer.

Q'ori aún no conocía los detalles del Huey n.º 1, que había aterrizado en puerto Minas con Melanie y compañía. El piloto, el capitán Miguel, estaba muy mal, con una pierna rota. Además, las heridas de flecha de dos policías inflamadas, mosqueadas, estarían supurando.

Mamaqhawa, la magistrada, había exigido que le trajeran a Melanie a la casa comunal. Había enviado caballos, guardias y médicos para recogerla y asegurarse de que el lote de Lima no se le muriera encima. Las canoas del hospital llevarían a los heridos a la clínica de la Catedral.

El VHF de Q'ori crepitó.

—Cuidado, pueden escuchar desde Marte —dijo la voz de Zara en piro.

Zara había captado un intercambio en la longitud de onda de la policía, instrucciones al Huey n.º 2 de abandonar la búsqueda de Melanie y regresar al lago de Tastayoc para escoltar al Mi-17.

El Huey n.º 2 había sido visto y oído al norte y al este sobre las tierras bajas. Parecía que podría estar regresando sobre la Catedral en dirección a Guayatacocha.

Momentos después, Kusiñawi se puso en contacto por VHF. Uno de los técnicos de Zara había reforzado la conexión. Q'ori cambió al asháninka, la lengua franca del Alto Ucayali. Con un poco de suerte, nadie de la red policial lo entendería.

—Debemos, repito, debemos mantener ese Huey n.º 2 lejos de este lago. Haz que el piloto del helicóptero de Melanie lo cancele —dijo ella.

—El piloto está en una canoa, gravemente herido. En el río. No disponible —interrumpió Kusi.

—¿Y el copiloto? —preguntó Q'ori.

—Sí, él puede manejarlo. ¿Qué debería decirles?

—Que vengan a puerto Minas, urgente, a recoger a Melanie. También pueden rescatar al piloto con la pierna rota y al policía herido. Un grupo disidente quiere devolverlos, poner fin al

desacuerdo. No quieren que mueran aquí. Eso es todo. Haz que lo crea. Confírmalo.

Incluso Sayri reconocería más tarde esta inspiración de Q'ori como un punto de inflexión en la batalla, en la guerra.

—Hago que el copiloto diga al Huey n.º 2 que aterrice aquí en el puerto, recoja a Melanie y a los heridos. La tribu no quiere que mueran —repitió Kusiñawi. Y añadió—: Le doy las coordenadas.

Q'ori pidió a Zara que la comunicara con Mamaqhawa. La magistrada había exigido que llevaran a Melanie a su casa comunal, donde había instalado una cámara de televisión, insistiendo en que, en contra del criterio de Q'ori, se comprendiera claramente en la capital una acusación formal contra Melanie y los policías.

—Debe ser acusada de asesinato inmediatamente —dijo Mamaqhawa—. Órdenes de Kura. Además, ya lo sabe todo el mundo. Está en la radio.

—Oh, *trouble-fuck* —dijo Q'ori, esperando no haber tenido el pulgar sobre el botón de transmisión.

Días más tarde, Q'ori y Mamaqhawa, dos de las más brillantes de Lupaqa, con 40 años entre ambas, se encontrarían con algo inusual para una gran dama de Lupaqa, un cálido abrazo. Mamaqhawa le susurró al oído a Q'ori:

—¡Oh, *trouble-fuck*!

La palabra susurrada por la magistrada le dijo a Q'ori que tenía, como de hecho podía merecer, un aliado en la corte y, como resultaría, una amiga cariñosa y de línea dura de por vida en la cima del árbol lupaqa, que la incluiría en el servicio público para siempre. Mamaqhawa, al pasar al otro mundo lupaqa, legaría sus honores oficiales, legales y rituales a Q'orianka. Esto otorgó a Q'ori un nuevo

nivel de antiguo poder familiar, influencia y respeto. Pero eso iba a ocurrir muchos años después.

En el puerto había un caos como si el enemigo estuviera a las puertas, que lo estaba.

Tropeles de caballos, jinetes, adiestradores, docenas de mensajes perdidos, mientras los lupaqas, Amaru, Q'ori, Melanie, Kusiñawi, Huchu, Tonyo y, a su manera en el más allá, Miski, chocaban en la confusión desatada por los acontecimientos de la mañana.

En Guayatacocha, Q'ori oyó el zumbido de su VHF.

—Treinta y tres, aquí cabina de radio. El helicóptero de transporte dice que están a una hora de aterrizar en su ubicación.

A Q'ori se le acababa el tiempo.

Capítulo 24



Cuando el helicóptero de Melanie, el Huey n.º 1, aterrizó en puerto Minas, la inyección de morfina rápida se había agotado. Una pista de aterrizaje muy caliente había sido todo lo que el piloto había podido soportar.

—Ayuden a los médicos a sacarla. Un equipo de camilleros está en camino. Ustedes ayuden. Que se les vea útiles. Pero lo principal es Melanie. Quédense con ella —le dijo Kusiñawi al copiloto, a Huchu y a Tonyo.

Kusi tenía el VHF de la cabaña de la administración portuaria en la mano cuando Q'ori llegó desde Tastayoc hablando en asháninka. En un momento dado, dijo:

— Entiendo, Q'ori. Deja que me ponga en marcha. Ya tengo la idea. Cambio, fuera.

Exhaló el «fuera» con el suspiro de un soldado al que le dicen que salte el parapeto para atacar a la ametralladora alemana. El día se estaba acelerando.

Kusi encontró al copiloto escondido en un rincón de sombra junto al helicóptero en medio del calor abrasador del mediodía. El capitán estaba en una camilla camino de la canoa ambulancia que llegaba con los dos policías heridos.

El teniente Federico observaba, escuchaba las instrucciones de Kusiñawi a Melanie. La primera dama iría con un guardia hasta la magistrada que la esperaba «en la cabecera del valle». Kusiñawi le dijo al teniente Federico que quería retener a Melanie en el puerto. La magistrada, la condesa Mamaqhawa, había dicho «No», y con Mamaqhawa, «No» significaba «No».

Kusi sugirió al copiloto que se refrescara en el arroyo cercano, que se enfriara, que se recuperara un poco del aterrador viaje. Fueron momentos tensos para todos, desde el capitán del helicóptero con la espinilla aplastada, la primera dama Melanie, prisionera en la selva, y Larry, de incógnito en una ladera andina. Para no mencionar a Kura y a Sayri en Washington, con el goteo temprano de sonidos de radio de onda corta sobre el increíble desastre. Nadie en Lupaqa sabía si la familia de Miski, que vivía en el río Pichis, en las estribaciones de la cordillera de Vilcabamba, en el extremo occidental del río Urubamba, había captado la noticia en sus radios. El teniente copiloto se tomó cinco minutos para tumbarse en el arroyo. Regresó al Huey empapado.

Kusi le dio la espalda y, bajo el duro sol, al alcance del oído del copiloto, dijo: —Huchu. Quédate con Melanie. Cuida de ella. Llévala a la magistrada y vuelve aquí inmediatamente. Nuevas órdenes de Q'ori.

Kusiñawi envió a un muchacho a buscar cocos y una botella de ron. Dio unos pasos hacia la sombra e indicó al copiloto teniente que se uniera a él.

—Escuche, teniente. Tenemos un problema, y usted es el indicado para resolverlo. Usted, Melanie y el capitán saldrán de este infierno en horas. Hoy.

El teniente parecía abatido. Unos muchachos trajeron un par de taburetes. Después trajeron una botella de ron y un par de cocos perforados y llenos de su agua. Kusiñawi bebió un trago de ron y le dio la botella al teniente. Los chicos trajeron algunos trozos de coco. Los tamales llegaron un momento después.

—Nuestro problema es este. El clan de la chica muerta se está preparando para agarrar a Melanie, clavarle un cuchillo en la nuca, arrojarla a las pirañas, convertirla en una concubina esclava. Lo vio mientras sucedía. No necesita que le diga que es un caso serio —dijo Kusiñawi.

El copiloto tomó un trago de la botella.

—Aquí es donde estamos ahora mismo —prosiguió Kusi—. Las autoridades lupaqas saben que esto es demasiado grande para manejarlo. Solo quieren sacar a Melanie y alejarla. El helicóptero enviado a recogerla al lago no la encontrará. Ese helicóptero que llega tiene un pelotón de *rangers*. Nuestra magistrada necesita que el otro, el Huey n.º 2, venga y recoja a Melanie, a usted y a los policías. Sacarlos de este agujero apestoso. Los lupaqas la liberarán voluntariamente. ¿Estamos de acuerdo?

El teniente Federico asintió sin entusiasmo.

—Usted y yo, ahora mismo, vamos a hablar por radio en su máquina con este otro Huey. ¿A qué distancia está, cree?

El copiloto guardó silencio un momento y luego contestó:

—A unos 40 kilómetros al noreste.

—Dígale que venga aquí —dijo Kusi—. Puede guiarlo con su propia radio. Lleve a Melanie, a la policía y a usted. El oficial superior le firma un recibo de que las autoridades lupaqas la liberan voluntariamente. Y se va, saludando a los simpáticos disidentes.

El teniente Federico no asintió ni sonrió. Tras una pausa, dijo:

—¿Y si tiene otras órdenes?

—Dígale dos cosas. Una, Melanie está justo en su ruta al lago. Tardará cinco minutos. Ni siquiera tendrá que parar los rotores. Ambos necesitamos lo mismo. Acabar con esto. Saque a Melanie. Número dos —continuó Kusiñawi—, el único problema para el Perú, para la policía, es Melanie. En este momento, los nativos están confundidos, desunidos. Un grupo quiere matarla, esclavizarla. El otro, que en este momento está en posesión de Melanie, quiere llevársela de vuelta a Perú, olvidar todo el asunto. Si me da el nombre, las coordenadas de radio, puedo hacer que nuestra magistrada hable con el general a cargo. Quedará registrado. Pero eso tendría que ser una vez que su helicóptero tenga a Melanie a bordo. De lo contrario, el clan de Miski, la capturará. Nunca la volverán a ver. La culpa será del general, del presidente. No de los lupaqas. Recuerde, recuérdeles. La policía del Perú ha cometido un asesinato. En cámara. Movámonos. Tenemos esta ventana de oportunidad.

Los pilotos toman decisiones rápidas o no toman ninguna. El teniente Federico asintió: —Vamos.

Salieron de la sombra de los árboles al duro y caluroso patio. Mientras se introducían en el calor del helicóptero y se deslizaban en los asientos de la cabina, Kusiñawi dijo:

—Parece que cometí un gran error al saltar a su helicóptero y obligarlos a bajar aquí. Hubiera sido mucho mejor dejarlos volar con la primera dama. Así se habría acabado todo. Ahora me culpan de iniciar una guerra, y usted, señor, se dirige al ascenso. Cuando nos encontremos en la capital, le llamaré general.

¿Dónde había aprendido Kusi a contar cuentos chinos?

En la cabina hacía un calor sofocante. Alguien se había esforzado por limpiar el desorden dejado por Tonyo y el mastín. Kusi tomó la radio:

—De acuerdo. Dígales a sus amigos del aire que vengan ahora mismo. No quiero una guerra. No quiero problemas. Lástima lo de la chica. Pero ya está. En marcha. Irá con ellos.

—¿Qué pasa con mi helicóptero?

—Por Dios, teniente. No sé. Centrémonos, usted y yo, en los problemas uno, dos y tres: Melanie, Melanie y Melanie. Ella es el único problema que tenemos. Cuando Melanie alce el vuelo y se vaya, fin de la historia. No más problemas para nosotros, cero problemas para usted. Su capitán amigo y sus policías están siendo tratados por nuestros excelentes médicos. Tome ese micrófono, los auriculares. Hable con sus amigos en el otro pájaro. Tráigalos aquí.

El teniente no dijo nada.

—Su capitán, en un día o dos, estará bien y podrá volar esta máquina de vuelta a Cusco, como un héroe. Si quiere, puede quedarse aquí, tomar el sol, un poco de ron, ¿quién sabe? ¿Una chica? Usted y su capitán vuelan juntos de regreso. Lo importante es sacar a Melanie —dijo Kusi.

Kusiñawi hablaba demasiado. Este tipo no estaba mordiendo el cebo, el anzuelo. O era demasiado listo o demasiado tonto.

—¡Tome la radio y empiece a hablar!

Capítulo 25



Un tropel de ponis y caballos de paso, flanqueados por corredores, se acercó a una casa comunal de paja maciza y tejado empinado del tipo de las antiguas aldeas amazónicas.

Adentro, el piso era de tablones largos, pulidos y colocados a dos metros del suelo. En la sala había pocos muebles, grandes esteras de caña esparcidas y unos cuantos taburetes de tres patas, en uno de los cuales estaba sentada Melanie, con las rodillas a la altura del pecho.

Parecía incómoda, perdida, moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro, hacia el alto y empinado tejado, hacia los tablones de cedro del piso. Estaba sola, preguntándose qué se esperaba de ella.

Tal vez la iban a condenar, como había oído decir a unos niños, a 20 años de esclavitud en una aldea de la selva. Detrás de ella, un par de adolescentes con trenzas bien peinadas vestían una versión elegante de la túnica ligera local y pantalones cortos, con marcas rojas en zigzag en las mejillas, sosteniendo arcos y lanzas. Cuando ella hacía una pregunta, se llevaban los dedos a los labios.

Un niño pequeño apareció con un coco.

—Bebe, bebe —le dijo, y como si ella no lo hubiera entendido, le indicó que sorbiera de los agujeros de la parte superior. Él sonrió. Ella tenía sed, pero agradeció aún más la sonrisa.

Sus guardianes de arco y flecha habían sido más oficiosos que antipáticos. La sonrisa amistosa del chico le levantó el ánimo, casi más allá de la desesperación. En las últimas horas, toda una vida, había pasado de ser una reina visitante a una criminal esposada, un peón, una esclava, una señal de que no la iban a matar a flechazos. Al menos, todavía. Los violentos cambios eran sorprendentes, del frío de la alta sierra a la calurosa jungla, de las bruscas y ruidosas sacudidas aéreas del helicóptero hasta los caminos de herradura por los acantilados a través del bosque, hacían que todo fuera posible.

Intentó ponerse en pie. Uno de sus guardianes se inclinó hacia delante, le puso las manos sobre los hombros y la sujetó contra el taburete.

—La estamos protegiendo, señora.

—¿De qué?, ¿de quién? —preguntó Melanie.

—La condesa Mamaqhawa hablará dentro de un momento. Usted está bien —dijo uno de los guardias.

Tenía las piernas agarrotadas, adoloridas por el duro paseo a caballo. Arriba, en la montaña junto al lago, donde habían ocurrido aquellas cosas horribles, hacía frío, fresco al menos. Aquí abajo hacía calor, aunque la casa estaba diseñada para crear corrientes de aire.

Le dolía de una forma que estos centauros no entenderían. Volvió a intentar levantarse, estirarse. Uno le ordenó:

—Siéntese, señora. Siéntese.

La chica golpeó el suelo con el arco.

Una estrecha escalera a cada extremo de la casa no favorecía la circulación de gente. La muchacha en la parte superior y un muchacho en la inferior de cada escalera restringían el acceso. Iban uniformados como los dos guardianes de Melanie, cada uno con arcos y machetes, marcas en zigzag sobre las mejillas.

La casa era espaciosa, de 30 metros de ancho y unos 50 de largo. Aireada, se distinguía por las hamacas enrolladas que colgaban de las vigas cerca de terrazas exteriores, taburetes y algunas mesas bajas. Bajo los aleros, Melanie podía ver un arroyo, un par de estanques, jardines con flores silvestres y bancos, piedras para sentarse y senderos, que se fundían en un bosque tropical en pendiente.

Una docena de jóvenes, cada uno con un mastín o un pastor alemán, aflojaban las cinchas, las bridas, y chequeaban los cascos de media docena de ponis y mulas, recién llegados, que respiraban cansados tras su carrera por el caluroso bosque. Un par de madres y padres fuera de la casa les decían a los niños que descansaran, que dieran de beber a los animales y que estuvieran preparados para más.

Todos sabían que Miski, increíblemente, incomprensiblemente, había sido asesinada de un disparo. Sus hermanos, hermanas y primos estaban en Tastayoc, junto al lago, al pie de los glaciares centrales. Helicópteros y aviones de la policía del Perú estaban allí sobrevolando, aterrizando.

Nuevos tropeles de ponis y jinetes entraban trotando y traqueteando. Los niños se reunían en grupos y se les espantaba. El almuerzo estaba en camino, bandejas de yuca asada, papas, salsa picante, cerdo, chuletas de cordero de las cocinas de la Catedral. El

revuelo era, en parte, porque se corrió la voz de que Melanie había sido capturada y trasladada en avión para enfrentar a la magistrada.

Melanie observaba, sentía las corrientes, los remolinos de miradas, las conversaciones en voz baja, las miradas asustadas, las lágrimas. La conmoción comunitaria, la incredulidad por el asesinato de Miski eran evidentes. El abatimiento de Melanie se hizo más profundo.

Miski era querida, respetada y apreciada por jóvenes y mayores. Tranquila. Intrépida. Miski se unió a un panteón de mujeres frías y rápidas que se adentraban en el pasado lupaqa, las sobrevivientes, herederas de la tradición amazónica.

Desde los árboles circundantes murmuraban los pájaros y el zumbido de los insectos del bosque. El aliento de las hojas y los árboles llenaba las brumosas vistas de las escarpadas y profundas laderas de las montañas. Las brisas locales se levantaban este mediodía en los rápidos del caudaloso río Lupaqa. Las nubes sobre los lejanos glaciares del oeste anunciaban la llegada de la lluvia.

Melanie centró su atención en una nueva actividad en el interior de la casa comunal, con su techo alto y sombreado. Media docena de adultos preparaban el evento. Las voces eran bajas y los rostros serios. Una cámara de vídeo estaba colocada sobre un trípode tres metros delante de Melanie, que era ignorada, intocable. Estaba tomando el agua del coco. Un joven manejaba la cámara.

Una mujer entró en la casa comunal, se dirigió al micrófono, compacta, de mediana edad, con la espalda recta, vestida con una *cushma* de algodón por encima de la rodilla. Su largo pelo negro, virando a gris, estaba recogido en una espesa trenza desde la nuca.

Hablaba con las manos ligeramente juntas por delante. Parecía la recia abuela de alguien.

—Soy la condesa Mamaqhawa Tolquoyeta, magistrada del reino lupaqa. He convocado a esta corte para ordenar una investigación sobre el asesinato, la mañana de hoy, viernes 6 de julio, en Tastayoc, de Miskitani Mara Huamanhuilca, de 18 años, asesinada a tiros por un policía peruano al servicio de Melanie Moldado, esposa del presidente del Perú. La señora Melanie está aquí.

La magistrada le hizo una seña con la cabeza a Melanie.

—No hubo nada accidental en el asesinato de Miskitani. El peso del Perú y la política internacional hacen de este un caso excepcional. En este momento está claro que la señora Moldado es responsable de la muerte de Miskitani. Si me llega información diferente, la tomaré como corresponda. Mi objetivo inmediato es proteger a la primera dama del Perú. El clan de Miskitani, los Topaachi, están exigiendo su derecho a la señora Melanie en compensación. Mi tribunal ha asumido la protección de la vida y la libertad de esta mujer.

Mamaqhawa miró a Melanie en su taburete. La primera dama parecía no entender. Se puso en pie, balanceándose lentamente de un pie a otro.

—¿Puedo hablar?

—Adelante —dijo Mamaqhawa.

—¿Estoy arrestada?

—Desde luego que sí.

—¿Soy prisionera de guerra? —insistió Melanie.

—No intente pasarse de lista conmigo, señora. La estoy tratando con toda autoridad y cortesía. Está bajo mi protección. Bajo la ley

lupaqa, es responsable de la muerte de esta chica. Su clan tiene derecho a decidir su destino. Les pertenece. Seguirá mis instrucciones —dijo Mamaqhawa. Hizo un gesto con la cabeza a los dos guardias—. El tribunal entra en receso.

—Envía la banda sonora a Lima. Urgente. Envía los visuales cuando puedas —se dirigió al camarógrafo.

—Sí, condesa.

Los guardias indicaron a Melanie que saliera con ellos de la casa.

—Condesa Mamaqhawa, debe hablar inmediatamente con Zara —irrumpió un joven, VHF en mano.

Mamaqhawa tomó la radio:

—Aquí Mamaqhawa, Control.

—¡Condesa, algo terrible está pasando en Guayatacocha!

Capítulo 26



Al cabo de un cuarto de hora de la comunicación por radio del copiloto del Huey n.º 1, oyeron al otro helicóptero, avanzando a través del denso calor del mediodía sobre un bajo promontorio boscoso aguas abajo de un par de valles hacia el norte.

Kusiñawi esperaba que hubiera tardado más. Al parecer, la historia urdida sobre la liberación de Melanie por disidentes los había convencido. Sayri diría más tarde con admiración:

—Todos querían que fuera verdad.

Kusiñawi estaba satisfecho de sí mismo por haber encontrado la palabra *disidentes*, convincente en Lima. Las tribus y los clanes no tienen disidentes. Encajaba con el concepto limeño de *los nativos* como serviles, débiles de voluntad, desorganizados.

Kusi apostaba a que la policía estaba ansiosa de cualquier solución. Una pajita, aunque pareciera una pajita, serviría. Más tarde descubrió qué tanto era así, que cuando escucharon las severas declaraciones de la condesa Mamaqhawa, que bajo ningún concepto liberaría a Melanie, interpretaron su claridad como prueba de que quería decir lo contrario. Los expertos del ministerio en cultura nativa decían a los políticos y generales de policía que tenían razón.

—Esta gente va a decir lo contrario de lo que quiere decir —le dijo el ministro de Cultura, antropólogo, al presidente Moldado—. Si la magistrada nativa hubiera dicho: «Vamos a liberar a Melanie», es porque creen que El Tigre estaría escuchando y se abalanzaría para impedir la liberación. Por eso anunció lo contrario, no para confundirnos, sino para despistar a los malos espíritus.

El comandante del Huey n.º 2 recibió más tarde apoyo radial desde Lima, aunque para cuando llegó la confirmación, las cosas en Lupaqa habían pasado de problema a catástrofe.

Al oír el preocupante ruido del helicóptero que se acercaba, Kusiñawi se dio cuenta de que tenía dos problemas. Uno: ¿dónde estaba Melanie? Tenía que presentar el punto uno, la primera dama, preferiblemente sonriente. Dos: ella no debería gritar «¡Es un truco! No les crean».

Era poco probable que Melanie se diera cuenta rápido de que algo iba mal. Kusi no había tenido tiempo de pensar, y mucho menos de dar instrucciones, a nadie. Por ejemplo, a Mamaqhawa, que habría sido la indicada para dar a Melanie unas palabras de advertencia y sabiduría.

Kusiñawi no sabía cómo capturar, esposar, pero no herir a la tripulación del helicóptero entrante. El Huey n.º 2 sería un sólido añadido a la ya impresionante captura del día. Empezaba a imaginárselo como el Día D, la apertura de la Guerra de Independencia Lupaqa. Si lo conseguían, sería noticia de primera plana.

Estos meandros, inoportunamente programados, lo llevaron hasta su prima, Kura Ocllo II. Miski se había convertido en la asistente íntima de Kura, una hermana menor, una amante

posiblemente, dos mujeres brillantes. Kura quedaría destrozada no solo por su relación, sino porque la muerte de Miski —a Kusiñawi aún le costaba asimilar la palabra— fue el resultado de una guerra que ella había iniciado.

El Huey n.º 2 que llegaba, guiado en parte por el teniente sentado frente a su radio en el Huey n.º 1, palpitaba valle abajo. Los pájaros y los insectos del bosque habían comenzado su siesta del mediodía.

La brisa de aire caliente de la selva se elevaba hacia el frescor de las tierras altas y el frío de los glaciares a medio centenar de kilómetros al oeste andino, ahora soplaba entre los árboles camino de crear uno de los sistemas meteorológicos básicos del mundo en la franja de los patios de los pueblos y de los campos de maíz.

El helicóptero que llegaba estaba a unos minutos de distancia.

Kusi había querido decirle al teniente que ordenara a los pilotos que aterrizaran con el morro hacia el oeste, de modo que el cañón de estribor quedara orientado hacia los campos abiertos. Decidió no decir nada para no aumentar las sospechas. Unos instantes después, el Huey volaba en círculos sobre el pueblo, el puerto y los almacenes.

Lo primero que había que hacer era asegurarse de que los chicos del puerto estuvieran preparados, visibles, relajados, acogedores.

El Huey n.º 2 había volado río arriba uno o dos kilómetros, comprobando Dios sabe qué. El helicóptero seguía sin aterrizar. Había subido y estaba por encima del valle sin salida que conduce desde el puerto a la zona general de la Catedral. Los pilotos podrían estar observando a la media docena de jinetes que bajaban trotando de la reunión de Mamaqhawa en la casa comunal, donde ella

transmitiría al mundo la acusación lupaqa de asesinato contra Melanie.

Kusi se preguntó si la policía, las autoridades de la capital, Cusco, se harían eco de la noticia. Negociar de mala fe sería un trabajo duro, una actuación. ¿Era él un actor? Era una buena causa, sin duda. Frente a estas reflexiones inútiles, Kusi sabía que estaba posponiendo la cuestión central de cómo arrebatar el helicóptero a sus legítimos propietarios, armados hasta los dientes. A su lado habría mujeres y niños. Si algo habían aprendido hoy, los lupaqas sabían que la policía no dudaba en disparar contra niños, perros y mujeres. Kusiñawi no recibiría las gracias por otra baja.

El helicóptero se acercó a poca altura por detrás. Antes le había dicho al teniente que esperara en una mesa con sillas bajo el tejado de paja de un almacén semivacío al borde del mismo bosque donde Melanie y, por separado, el teniente se habían aseado. Estaba tranquilizadoramente cerca del Huey n.º 1 y fuera de la vista desde donde podría aterrizar el Huey n.º 2, si seguía las banderas ondeantes de los dos muchachos bajo instrucciones.

Si todo iba bien, el Huey n.º 2 estaría a más de 150 metros. Kusi observó cómo el helicóptero que se aproximaba daba un par de vueltas. Siguió a los dos muchachos que ondeaban oficiosamente, batiendo sus banderas como si supieran lo que estaban haciendo. Y lo sabían. El helicóptero aterrizó donde y como le dijeron los chicos, en dirección noroeste con la metralleta del lado más alejado.

—¿Dónde está Melanie? —preguntó el comandante de pie en el portón de armas abierta. Kusiñawi necesitaba al mayor Tello fuera, para dejar su helicóptero desatendido. El mayor estaría esperando

para negociar la liberación en manos de la policía de la primera dama Melanie.

Kusiñawi quería que el mayor, que veía que era más sutil que la imagen de bravucón que proyectaba, dejara un guardia. De este modo, se reduciría la sensibilidad del mayor ante una amenaza, real o imaginaria, a su helicóptero. Si no dejaba guardia en el helicóptero, Tello estaría constantemente chequeando.

Kusi se decidió por la psicología inversa.

—No hay nadie aquí, coronel. Hace mucho calor. Asumiré la responsabilidad personal. Su helicóptero está seguro.

El comandante no se molestó en acusar recibo de esa palabrería. Si se le había escapado la advertencia de Kusi, había otros zumbidos de advertencia: ¿Por qué el helicóptero se había estacionado gratuitamente lejos del pueblo? ¿Por qué no estaba Melanie lista para subir a bordo? No debían haber apagado el motor. Si Melanie iba a levantarse y marcharse en un minuto, ¿por qué enviaban a ese transporte de tropa con un pelotón listo para combatir? Si Melanie estaba realmente libre, ¿dónde estaba?

Estos hilos tiraban de los dedos que lucían las cicatrices, los huesos rotos soldados de una vida dedicada a roces con la deshonestidad gratuita, con la violencia. Las señales estaban empujando a esta vieja mano a doblar estas cartas mugrientas, asumir una pérdida, levantarse, salir, no mirar atrás.

El mayor Tello sabía que no llegaría a ser coronel Tello si era el bromista que había dejado plantada a la primera dama Melanie ante las risitas socarronas de la gente de la selva. Tomó una decisión.

—Quédese, cuide la máquina, sargento —le dijo a su subalterno —. Dejaremos las ventanas de la cabina y las puertas abiertas.

Puede pararse bajo esos árboles, un poco de sombra. Lleve su arma. Esta gente le traerá agua y comida. Si este trabajo dura más de 20 minutos nos vamos de aquí, con primera dama o sin primera dama.

El mayor se volvió para ir con los demás. Kusi se había adelantado trotando.

—Deje la radio encendida. No contesten si oyen la señal de llamada. Les he dicho que estamos en el pueblo recogiendo a Melanie.

Con el resto de su tripulación —dos pilotos y tres policías—, el mayor siguió a los chicos, cruzó un bosquecillo, entró al almacén y al patio, donde Kusiñawi estaba de pie junto a una mesa de plástico y metal maltrecha, algunos taburetes, viejas sillas de plástico, el teniente del Huey n.º 1 detrás de él. El Huey n.º 1 asomaba a unos metros, la cabina bajo el techo de paja, el cuerpo y la cola cubiertos de maleza.

El teniente Federico sonrió, levantó una mano amistosa a los recién llegados y saludó con la cabeza a los dos pilotos.

—Mayor Tello. Me alegro de verlo —saludó medio formalmente.

—Nos llevamos eso también —dijo el mayor, señalando con la cabeza al Huey de Melanie. No sonreía.

—Por favor, siéntense, señores. Enseguida nos traerán algo de comer. Creo que deberíamos empezar. Sé que tienen una agenda apretada —dijo Kusiñawi—. Mi nombre es Kusiñawi Chaspar Chinchay. Trabajo para Inka Kura Ocllo II. Junto con nuestro amigo el teniente, he traído a la señora Melanie de la altura, esta mañana. Nuestra magistrada, Mamaqhawa, me ha pedido que le entregue a la primera dama. No se preocupe. Todo lo que necesito es una breve declaración escrita, firmada por su comandante. Dirá simplemente

que nosotros, la nación lupaqa, le hemos entregado voluntariamente a Su Excelencia la primera dama Melanie Moldado. Entonces parten.

Kusi le hizo un gesto al comandante y a los otros cinco hombres para que se sentaran a la mesa, sobre la que había un gran bloc de notas y un bolígrafo.

—Nadie me ha dicho nada sobre firmar un papelito. ¿Dónde está la señora Melanie? —dijo el comandante sin sentarse.

—Llegará a caballo acompañada por una guardia de honor del equipo de la magistrada. Cuando hayamos hecho la nota y hayamos comido algo, ya estará aquí.

Nadie se había sentado.

—Me llevaré este helicóptero de aquí. Pertenece al Perú. No entraremos en el asunto, aquí, en todo caso, del vuelo no autorizado desde el lago hasta este lugar —dijo el comandante.

Esta fue la entrada de Kusi en el mundo de la diplomacia, las negociaciones duras. Reconoció que el movimiento del comandante era agresivo, pero no irrazonable. Suponía que él, en el lugar del comandante, estaría haciendo algo parecido.

—Sí, señor —respondió—. Entiendo lo que dice. Solo estoy autorizado a entregarle a la primera dama. Nadie me ha hablado de un helicóptero. Lo que sugiero, si me lo permite, es que hagamos el papeleo. Al mismo tiempo, pediré más instrucciones a la magistrada.

—Tengo instrucciones de mis superiores de traer de vuelta a la primera dama y al helicóptero en el que fue secuestrada ilegalmente esta mañana —dijo el comandante Tello—. No tengo instrucciones de llevar el asunto más lejos, de detener a la persona o personas que secuestraron a la primera dama y requisaron este helicóptero de la policía —añadió, antes de que Kusiñawi pudiera replicar.

Kusi sabía algo que el comandante no. El comandante, sus pilotos, la primera dama y tanto el Huey n.º 1 como el Huey n.º 2 no saldrían hoy de puerto Minas.

El trabajo de Kusi era asegurarse de que ningún lupaqa resultara herido, o algo peor.

—Señor, lo entiendo perfectamente. Créame. Usted y yo estamos aquí para hacer este trato a la brevedad. Usted a lo suyo, yo a lo mío. No quiero retrasarlo. Vamos, usted y yo, a firmar y sellar el papel de liberación. Me pondré en la radio para recibir instrucciones sobre el helicóptero. Me alegra deshacerme de él —dijo Kusi.

Esto pareció satisfacer al mayor. Un muchacho había puesto sobre la mesa una botella de ron.

—Una pequeña observación formal, si le parece bien, comandante. Aquí, en Lupaqa, está prohibido llevar armas de fuego automáticas. ¿Podría decir a sus policías que pongan los fusiles en el suelo? —dijo Kusiñawi.

—No es necesario que nadie se alarme. Mis hombres están especialmente seleccionados por su prudencia —carraspeó el mayor.

—Seguro que sí, señor. Eso es exactamente lo que dijo la señora Melanie esta mañana.

Kusiñawi se dio la vuelta y se puso en marcha. Estaba realmente preocupado por si se repetía la pesadilla de la confusión y la matanza de la mañana en Tastayoc.

El mayor, presintiendo que había ido demasiado lejos y que podía perder su premio Melanie, levantó la voz y dijo:

—¡Joven! No pasa nada. Los hombres colocarán los fusiles en el suelo.

Y a sus hombres:

—¡Las armas al suelo!

Capítulo 27



Los pilotos, otros tres *rangers* y el mayor se habían alejado por el calor. El *ranger* que había quedado de guardia los observó entrar en un almacén de techos altos situado en el extremo más alejado del campo.

El sargento intentó resguardarse del calor. La sombra del mediodía era sofocante. Se desplazaba entre el alivio de un pequeño árbol y la cola del Huey. El kalashnikov pesaba duro bajo el sol abrasador. Se inquietó, miró a su alrededor las actividades portuarias, al grupo de jóvenes que lo miraba fijamente, su arma, al helicóptero.

Veinte minutos más tarde, el comandante no había aparecido con Melanie como se esperaba. En su lugar, desde el otro lado del helicóptero, apareció una chica con una botella y un plato cubierto.

—Aquí tiene agua y yuca frita. Siga adelante, joven amigo —le dijo la chica. Tendría unos 17 o 18 años, un par menos que él. Llevaba una blusa muy gastada, sin sostén, con una ligera enagua a medio muslo.

Como las demás jóvenes que había visto, iba descalza y con las piernas desnudas. Llevaba un par de gafas con montura de metal y

cristales gruesos. Su rostro era serio, amable. Se detuvo, le miró, tranquila, no tímida.

Sus ojos tras los lentes estaban borrosos, casi cerrados, mirando a los suyos sin pestañear. Se quitó las gafas de la cara con una mano, las dobló y se las metió en el bolsillo del pecho izquierdo. El sargento no podía apartar la mirada, respiraba con la boca entreabierta.

La chica caminó unos pasos hacia el hueco abierto del cañón. El sargento levantó la mano para decirle que no se acercara a la abertura. De su boca no salió más sonido que un silbido seco. La chica puso el plato sobre la plataforma del fuselaje.

—No se va a enfriar con este calor.

Se dio la vuelta, desenroscó la botella, bebió un sorbo y se acercó a él.

—Tome, beba, sargento. Mis labios han tocado la botella. Ahora sus labios tocarán los míos.

Su voz era firme, más firme de lo que cabría esperar de una figura tan delgada.

—Tiene tres rayas. —Su voz era baja, pausada, las palabras pronunciadas con claridad.

—Eres joven para ser sargento. Chico listo, alto, fuerte.

Le miró a los ojos. Tenía la boca seca.

—Hace calor. Debes beber el agua. Viene del manantial de mi jardín. Esta noche dormirás cómodo en mi casa —le dijo. Hizo una pausa—. No puedo ver mucho. Mis ojos no son buenos. Pero puedo oler como un animal.

Hizo una pausa, reflexionando tal vez sobre lo que estaba diciendo. No se acercó.

—Le he estado esperando, sargento. Soy Wayta. ¿Cómo se llama?

—Tomás —dijo el chico. Fue un graznido. Le miró los labios.

—¿Tu madre, tus hermanas, te llaman Tommy?

El sargento Tommy asintió con la boca entreabierta.

—Bebe el agua, Tommy querido. La necesitas.

Wayta bebió un trago y le dio la botella al chico. La probó, bebió un par de tragos. Se quedó en silencio, extendió lentamente la mano y le tocó la cadera. Tommy no se inmutó. Desde media cabeza más arriba, miró sus jóvenes pechos. El fino algodón estaba mojado por el sudor. Podía ver el contorno de sus senos.

—No te preocupes. No hay nadie cerca.

Vertió el agua sobre su blusa. Buscó su mano y la colocó sobre un pecho mojado. ¡Pobre Tommy!

Le desabrochó el botón de los pantalones y se los bajó hasta las rodillas. Tommy cerró los ojos, contuvo la respiración, sin poderlo creer.

En cuclillas, Wayta agarró con ambas manos el tobillo izquierdo de Tommy. Golpeando su cadera hacia delante con un duro hombro derecho, saltó hacia arriba, girando su pie hacia fuera, el tobillo, la rodilla. Judo coreano ilegal.

Oyó el crujido de un hueso junto con un gemido del chico. Se volcó de bruces, con la nariz y la boca aplastadas contra el suelo.

Una carrera de pies. Un chico y una chica adolescentes agarraron el brazo izquierdo del sargento tendido, arrebatándole el kalashnikov. Tommy se revolcaba de dolor. Le sangraba la nariz. Rota. Podría haber perdido un diente.

Un par de hombres mayores y una mujer llegaron corriendo.

—Coged al primo Kusiñawi —dijo la mujer a los niños.

Wayta estaba tendida en el suelo, sollozando, con el estómago revuelto, intentando sentarse. Tuvo convulsiones, arcadas, se arrastró de rodillas y vomitó. Esto no fue por agua contaminada. El agua estaba limpia. La mujer se arrodilló y subió a la niña a su regazo.

—Has estado maravillosa, Wayta. Eres una heroína de la nación lupaqa.

La mujer miró a Tommy, blanco de dolor.

—¡Deprisa! Trae morfina. Urgente —volvió a insistir.

El sargento se había tendido en el suelo, a la sombra del helicóptero. De sus ojos caían lágrimas mezcladas con sudor. Se obligaba a respirar hondo. Un chico había encontrado una manta y un par de cojines de asiento en el helicóptero, y había apoyado la cabeza y la pierna buena de Tommy.

En el helicóptero, un par de lupaqas hacía mucho ruido utilizando una palanca para romper el cañón de la ametralladora y su mecanismo de carga. Uno tenía una llave inglesa para aflojar los pernos que lo sujetaban al suelo del compartimento de armas.

La mujer mayor dio más órdenes, y encontró ropa limpia.

Wayta siguió llorando mientras la nariz de Tommy sangraba. Dejó que la mujer la vistiera, jugueteó con sus gafas.

Sayri se encargaría más tarde de Tommy, al igual que haría con el piloto del Huey n.º 1, cuya pierna habían destrozado Q'ori y Huchu. Resultó que Wayta, mortificada por lo que había hecho, se ofreció de voluntaria en la clínica durante la convalecencia de Tommy. Parecía que sus melosas palabras de caballo de Troya iban a hacerse realidad.

Tommy y Wayta se enamorarían, se casarían, vivirían en Berlín, donde ella se convertiría en una codiciada conferencista sobre el arte perdido del oído y el olfato humanos; él, en ingeniero aeronáutico. Criarían cuatro hijos, todos cazadores de la selva, y se jubilarían en las tierras bajas de Lupaqa, no lejos de donde se conocieron en aquellas extrañas circunstancias el primer día que cambió el mundo.

Kusi, sudoroso, con la camisa en la mano, llegó a toda carrera con dos niños y sus perros a la cabeza. Un hombre mayor le estaba poniendo al sargento Tommy una inyección de morfina que habían sacado del botiquín del Huey.

—Estará inconsciente —dijo el hombre—. Menuda grieta tiene ahí.

Una camilla improvisada trasladó a Tommy a una canoa en el puerto, destino a Lupaqa Central, clínica de la Catedral.

—OBR 352 adelante. Cambio —llamaba la radio del Huey.

Kusi saltó a la cabina, se sentó en el asiento del piloto, pulsó botones como un profesional y se puso los auriculares.

—Sí, señor. Aquí OBR 352 en puerto Minas, cambio. —Hizo una pausa mientras escuchaba—. Sí, señor. Todo va bien aquí en puerto Minas. El mayor, los pilotos, la tripulación están haciendo amistad con la gente que tiene a la señora Melanie. Todo va bien, cambio.

Silencio.

—Soy uno de ellos, señor. Pero peruano. Hemos persuadido a la tribu para que devuelva a la señora Melanie. Pero ya sabe cómo son estos nativos, señor. Tienen una idea diferente del tiempo.

Más silencio.

—Se lo diré, señor. Llevaré su mensaje al mayor de inmediato. ¿De parte de quién, señor? Ah, el general Costa, señor. Gracias,

general. Cambio y fuera.

Kusi respiró hondo, desenchufó los auriculares y dejó la radio zumbando, parloteando. Se levantó de un salto, salió del asiento del piloto por la puerta de la cabina, encontró a Huchu en el VHS.

—Acabo de hablar con un tal general Costa. Debe estar al mando en Cusco. Ha ordenado que ambos helicópteros vuelen directo, urgente hasta Guayatacocha. Parece que hay problemas. Tenemos que llegar rápido.

El sudor le corría por debajo del sombrero. Tenía la camisa y los pantalones empapados.

Capítulo 28



En el muelle de Hugo, Yaku/Takiri abordaron, no era de extrañar. Los chicos habían vuelto de Winchester y Groton, respectivamente, para pasar «las vacaciones de verano».

Hugo y los dos chicos pilotarían el Águila Dorada de Larry en misiones durante los próximos días. Hugo había obtenido la licencia de piloto de helicóptero en Estados Unidos. Aún no tenía muchas horas, pero Larry le permitía adquirir competencia y enfrentarse a las difíciles condiciones meteorológicas y a la topografía del reino lupaqa. Al menos no había cables de alta tensión.

La experiencia de Larry a lo largo de los años con los problemas le decía que, en el lago, la captura de Melanie Moldado, de la que no había oído hablar antes, no se iba a quedar en agua de malvas.

El río bajo significaba más rocas, enganches, aunque las tormentas de la temporada estaban empezando a cambiar la marea anual con pequeñas marejadas.

Hugo podía, en las rugientes aguas altas de las lluvias, conducir la canoa, una Harpoon de fibra de vidrio de 32 pies con una quilla central para proteger la hélice y su motor fuera de borda Yamaha de 75 CV a través de las olas y las corrientes cruzadas de un afluente

del Amazonas en crecida. Hasta Larry se mantenía a media velocidad, unos respetables 24 kilómetros por hora.

Ninguna emergencia específica que exigiera la presencia de Sacha en la Catedral había llegado por VHF. Personalidades como Larry, Sacha, la condesa Mamaqhawa y la doctora Ingrid sabían que estos acontecimientos podían descontrolarse, y que lo harían. El momento de agarrarlos por el cuello era ahora.

Con tanta experiencia en urgencias, como nadie en el mundo, la doctora Ingrid había puesto su enfermería y las clínicas asociadas a pleno rendimiento.

La emoción de la captura del helicóptero con la esposa del presidente, sus tres policías matones, dos con heridas graves, saliendo en todos los canales de noticias de América Latina apenas comenzaba.

El asesinato de Miski fue un manto helado sobre todos, sobre todo. El asesinato a sangre fría era desconocido en el reino. Asesinatos de vez en cuando, tal vez, una pelea de amantes, la reanudación de una disputa familiar. Eran casos civiles que se resolvían mediante negociación, según la tradición amazónica.

La muerte de Miski fue la descarga intencional de un arma de fuego rápido cuya función era dominar, matar indiscriminadamente. Al azar, por algún extraño. Un asesinato, una declaración de fuerza bruta.

El Harpoon serpenteó y patinó río arriba. Aquí, el río Lupaqa principal tenía 50 metros de ancho y se ensanchaba en pequeñas islas y manglares, estrechándose hasta convertirse en un canal rápido y profundo.

Este era el corazón del valle central del Lupaqa, con un kilómetro y medio de bosque llano y ondulado y campos a ambos lados del río. Los valles escarpados con caseríos cerca de las entradas ofrecían hermosas vistas sobre el río principal y hacia 4000 metros de altura de acantilados, crestas, montañas que se ramificaban desde las nieves y glaciares de la cordillera andina principal.

Faltaba una hora o más para llegar al muelle de puerto Minas, donde, según la VHF, Hugo podría encontrar a Kusiñawi, que estaba desafiando de alguna manera a un segundo Huey de la policía. Hugo aún no sabía quién era Kusiñawi ni qué estaba haciendo. La situación de ambos Hueys era imprecisa. ¿Venía un Huey secuestrado con pilotos? ¿Combustible, ametralladoras, artilleros?

El plan, tal como era, preveía que Sacha se hiciera cargo de Melanie, canalizara las órdenes de Kura y Sayri y mantuviera el fuerte hasta que surgiera algo de claridad. Hugo y los primos llegarían al muelle, donde habría mulas y ponis listos para llevarlos a ellos y a su equipo a la baticueva y al Águila Dorada, el viejo Huey de Larry.

El VHF del palacio lupaqa dijo que Kura podría llegar a Cusco mañana sábado. Sin duda necesitaría transporte hasta Lupaqa. Sería o bien él y su Águila Dorada, en la primera salida fuera del reino desde su aterrizaje forzoso casi dos años atrás, o bien Chasca y un Antonov. El Antonov tenía papeles más o menos limpios del Perú. El Águila Dorada, ninguno. El helicóptero podía aterrizar en el monte sin tener que responder a preguntas. El plan consistía en llevar a Sacha a puerto Minas y luego a caballo hasta la Catedral. En puerto Minas, el tropel de caballos de paso de Mamaqhawa, elegante y formal, llevaría a Sacha y a su séquito a la Catedral para que se

ocuparan de Melanie. La primera dama, como todos los activos extraoficiales, necesitaba un trato cuidadoso.

La única razón por la que un gobierno puede desear una rebelión es cuando le brinda la oportunidad de aprovecharse de algunos descontentos desorganizados. De la noche a la mañana, Kura se había convertido en presa justificada.

—¿Qué le digo a Melanie, Hugo? —preguntó la princesa. A estas alturas, Hugo ya era un consejero experimentado y prometedor.

—Lo primero que debes hacer es tomarla de las dos manos, mirarla a los ojos y contar hasta cinco. Dale un beso en ambas mejillas, a la francesa. Con eso, no importa lo que digas. Eres su amiga, su tranquila consejera, su abogada. A la gente le encanta un abogado gratis.

Sacha empezaba, tras un lento comienzo, a desarrollar el sentido del humor.

—¿Gratis? —preguntó.

Mientras el Harpoon cortaba río Lupaqa arriba, Kusi se ocupaba de ingeniar la captura de un segundo helicóptero, con pilotos y todo.

Cuando se detuvo en el muelle de puerto Minas a última hora de la mañana para dejar a Sacha y a un primo para que se ocuparan de Melanie, Sacha se enteraría por la VHF de Larry sobre la llegada inminente de un helicóptero de la Fuerza Aérea, seguro que repleto de tropa. Dos horas, como mucho.

La tropa significaba problemas. Esperaba que hubiera un adulto en la habitación. Su Sacha era aguda, sí. Pero no tenía experiencia en la vida pública. Esto estaba fuera de su alcance.

La sensación de Larry era que también podría estar fuera del alcance de Kura. Ella estaba, en cualquier caso, a 8000 kilómetros de

distancia. Aquí, todos eran jóvenes vivaces cuyo entusiasmo por los acontecimientos ya se estaba empezando a calmar.

¿Dónde estaba Sayri? No veía ningún hilo del que tirar. ¿Quién estaba al mando?

¿Quién era ese Kusiñawi? ¿Quién le daba órdenes?

Lo primero es lo primero. Sacha debe continuar con el plan A: llegar a la Catedral, reunirse con la condesa Mamaqhawa y la doctora Ingrid. Respetable sentido común. Las tres mantendrían las cosas unidas, pasara lo que pasara.

Hugo y los dos chicos desembarcaban y caminaban hasta la baticueva, ponía en marcha los motores, ajustaba esto y aquello con un grupo de ingenieros integrado por tres o cuatro adolescentes. Todas las semanas había estado volando la máquina sobre diferentes partes del reino.

Larry estaba «supervisando» desde la distancia.

Por lo que Larry pudo ver, Q'orianka estaba al mando. Fue ella quien requisó el helicóptero, y desarmó a los pilotos y a los tres policías de Melanie. Kusiñawi era un estudiante en Canadá con licencia de piloto privado de ala fija y «energía autoritaria», al parecer. Él y Q'ori se habían apoderado del Huey y obligado a los pilotos a llevar a Melanie y a los guardaespaldas a la enfermería de la Catedral. Una hora más tarde llegó un segundo helicóptero de la policía. Q'ori y Amaru habían permanecido a cubierto.

Las mujeres locales que preparaban el cuerpo de Miski, su alma, habían despachado al Huey n.º 2 en dirección a la Catedral. Larry había oído en la VHF una charla poco clara de Kusiñawi en puerto Minas, palabras sobre devolver a Melanie. Algo sobre «disidentes».

Sacha preguntó qué harían Q'ori y Amaru si aterrizaba un helicóptero con tropa.

* * *

La baticueva se había convertido en una base de helicópteros totalmente equipada. El viejo Huey había renacido de acuerdo con la conversación que Larry había tenido con Sayri, motores turbo mejorados, depósitos de combustible más grandes, fuselaje más largo. Ya no era un helicóptero de combate, sino más bien una camioneta de campo. Nuevas capas de pintura amarilla dorada, rotores de Kevlar. Círculos rojos y negros identificaban al Escuadrón Real Lupaqa del Servicio Aéreo de Salud.

A mediodía Hugo, Takiri/Yaku y los cuidadores de la baticueva tenían al Águila Dorada lista para deslizarse fuera de su refugio con techo de paja, los motores preparados y calentados. Hugo estaba sentado, listo para despegar.

Parecía que Kusiñawi en puerto Minas había tomado el control del Huey n.º 2 con sus pilotos intactos. Oyeron la voz de Kusiñawi por primera vez.

—Le hemos arrancado la ametralladora del segundo helicóptero —añadió Kusiñawi—, hemos cortado las comunicaciones entre el Huey n.º 2 y su cuartel general en Cusco. Por lo que a ellos respecta, ha desaparecido.

—Un tipo competente —dijo Hugo.

—Le recuerdo de adolescente. Lleno de energía.

—Significa que la nave de tropa puede ser una especie de blanco fácil para los morochucos —dijo Larry.

Capítulo 29



El calor del mediodía golpeaba como un alto horno contra el almacén donde la tripulación recién llegada de Huey n.º 2 estaba empapada en sudor, sentada, esperando negociar el acuerdo para liberar a la primera dama Melanie.

Kusiñawi había hablado de un almuerzo antes de marcharse quién sabe a dónde. No había ni rastro de platos, tenedores, ni mucho menos comida. Detrás de un montón de cartones y otros trastos salió una pareja mayor, cada uno con un balde medio lleno de agua. Uno de ellos contenía dos maltrechas botellas de vino y otras dos de cerveza de un litro. La mujer sacó vasos y tazas del otro balde, los limpió en un delantal y los colocó delante de los visitantes.

El hombre sacó las dos botellas de vino y las puso junto a la botella de ron delante de los *rangers*.

—Coronel, señor. Esta botella contiene aguardiente de ron, la otra agua. Las botellas de cerveza contienen agua en una y zumo de frutas en la otra. Esas son para los caballeros pilotos. Quizá usted, coronel, y su personal necesiten algo más interesante —le dijo en voz baja, el anciano al mayor.

El comandante Tello bebió un sorbo del ron. No estuvo mal. Solo un sorbo.

—Aún nos queda un largo día.

Se volvió hacia los pilotos.

—Lo que va a pasar es esto. Volamos hasta el lago, montamos en el Hip. No tendremos tiempo de llegar a Cusco, así que bajaremos a Matria y pasaremos la noche allí. Cristo, hace calor. El lago será agradable y fresco.

Se había servido un sediento vaso de agua y se lo había bebido de un trago. Lo rellenó con medio vaso de ron y lo completó con un par de dedos de agua.

—¿Espero que esto esté hervido, señora?

—Por supuesto, coronel —dijo la señora.

—¿Algo de comer, señora? —continuó el mayor.

—Ya viene, señor. Están calentando el pescado, la yuca, los tamales, el arroz. No nos avisaron de antemano. Hacemos lo que podemos, comandante, señor.

El comandante Tello, sus policías y dos pilotos frescos no tenían, después de una mañana que empezó al amanecer en el frío Cusco, ni almuerzo ni a Melanie.

—No te preocupes —dijo inquieto el teniente Federico—, realmente quieren deshacerse de ella. Tienen miedo de que los invadamos y acabemos con ellos.

El comandante Tello no se sentó. Cruzó, acompañado por los *rangers* con sus kalashnikovs, los 15 metros hasta el Huey n.º 1. El teniente Federico lo siguió. Tello tiró de la manilla de una puerta, como si esperara que se abriera. Tiró un par de veces.

—¿Quién coño tiene la llave? —gritó.

—Ese chico. Esta gente no se fía de nadie —respondió el teniente Federico.

—Esto es nuestro —dijo Tello—. Refréscame la memoria. ¿Cómo coño ha llegado hasta aquí?

El teniente Federico le hizo un rápido relato, incluida la rotura de la pierna del capitán Miguel. Omitió los vómitos de los niños y los perros.

—Se lo han llevado a su hospital.

—Jesús —dijo el mayor Tello—. Esta es la madre de todas las cagadas.

Los *rangers* asintieron. El teniente no hizo ningún comentario. Decidió que no obtendría simpatía alguna por señalar las vendas de su codo estrujadas por un monstruo con colmillos, clon de los que, al parecer, poseía todo el mundo en este pueblo. Los policías que habían disparado a los perros en las montañas esta mañana deberían recibir una medalla.

El comandante volvió a tirar de las puertas de la cabina.

—¿Hay alguna manera de abrirlas?

—Con una palanca, supongo. Pero no nos serviría de nada. Ese chico sabe de electrónica. Le he visto trastear con los cables. Apuesto a que ha estropeado el encendido y la radio —dijo el teniente Federico—. En cuanto a quitarle la llave a este muchacho, ¿cómo se llama? No va a ser fácil, señor. Cuando vuelva, tendrá a cinco chicos o chicas armados con cerbatanas, arcos y flechas, y son rápidos. Habrá media docena de estos perros. Los jóvenes le apuntarán a la garganta, señor.

—Aprovecharé que ese mocoso nativo no está aquí. Esto es lo que vamos a hacer —dijo el comandante Tello a sus hombres. Tomó

otro trago, debatió si compartir alguna información—. Podría decirte por qué el Hip va a ir al lago.

El teniente Federico no dijo nada. Había estado allí, había visto el tiroteo.

El comandante rellenó su vaso: mitad ron, mitad agua. Hizo un gesto a sus hombres para que se sirvieran.

—Lo más importante es que encontremos la llave y recuperemos el helicóptero.

Hizo una pausa.

—Primero tenemos que recibir a Melanie. No lo olvides. Pero el final de la historia es que usted, teniente, piloteará su propio helicóptero, con Melanie, afortunado varón, de vuelta directamente a Matria.

Los dos pilotos del Huey n.º 2 asintieron, sin entusiasmo. El teniente Federico no reaccionó.

—¿Qué dice, teniente?

El teniente hizo una pausa, bebió un sorbo de agua y puso cara de preocupación.

—Esta gente no es estúpida, mayor.

El comandante Tello bebió otro trago de ron.

—¿Dónde está el puto almuerzo? Tenemos que seguir moviéndonos. ¿Dónde está ese maldito muchacho? ¿Dónde está la señora Melanie?

El comandante se volvió e hizo una señal a la anciana:

—Más agua, señora, por favor. Y más de lo otro. No está mal.

La policía, sus pilotos, podían estar hambrientos, ciertamente sedientos.

El comandante Tello intentaba controlar una creciente oleada de inquietud rayana en el pánico. Sabía que algo no iba bien. Percibió la tensión entre los lupaqas que les habían hecho bajar del helicóptero. Había considerado su evasión como la típica de un indio con dos caras. Estaba acostumbrado a que le dieran largas y le arrastraran los pies.

En este caso, los lupaqas tenían las de ganar. Deberían haberse mostrado hoscos, arrogantes. La tripulación no lo expresó en tantas palabras, sino que miró sus relojes y habló de la necesidad de subir y reunirse con el Mi-17 junto al lago.

Los helicópteros son rápidos, directos, zas. Aquí estaban inmovilizados en un vertedero de la selva, esperando un plato de plátano frito para recoger a la esposa del presidente, que les había sido ofrecida gratis.

El mayor Tello y la tripulación del helicóptero estaban aquí para hacerlo posible, proporcionar transporte, protección para un trato hecho por Dios sabe quién. Creían que habían encontrado a Melanie. Solo necesitaban recogerla y moverse.

El comandante se aferraba a una pajita que le indicaba que le habían ofrecido un almuerzo gratis inexistente. El mayor Tello y sus cada vez más alegres hombres esperaban sin Melanie, quizá sin helicóptero, sin siquiera almuerzo. Demasiado ron...

El mayor se tocó la garganta. La señora sacó una botella de ron. El comandante Tello se sirvió un buen trago, el tercero o tal vez cuarto. ¿Cinco? Señaló a sus soldados, que se sirvieron sus propios tragos. La mujer apareció con dos botellas más.

—El almuerzo está en camino, coronel —dijo.

El mayor Tello de la Policía del Perú tuvo un momento para ver de nuevo que estaba en esta causa perdida, en un almacén de la selva, en un curso hacia la nada. El tiempo apremiaba, casi no existía. Había registrado órdenes, gracias a Dios, desde Cusco, para recoger a Melanie, volver al plan A para respaldar al Mi-17.

¿Una nativa muerta y una dignataria desaparecida? Todo en un día de trabajo. Los nativos habían engañado a una primera dama. Ahora de alguna manera lo habían engañado incluso a él. Los nativos de la selva eran una moneda de diez centavos por docena. A nadie le gustaban. No se podía confiar en ellos. Los indios le habían prometido a Melanie. Ese chico indio de habla rápida les había dado a él y a sus soldados un par de botellas de ron. Seguro que había 20 o 50 indios rápidos entre él y su helicóptero.

Hacía un calor sofocante. El comandante Tello, curtido en mil batallas y realista, sabía que las cosas iban a empeorar.

Efectivamente.

Capítulo 30



El problema número uno para Kusiñawi era cómo desarmar al comandante Tello y a sus *rangers*. Los había dejado esperando bajo el alto techo de paja y calamina del almacén con su entrecruzamiento de vigas de soporte.

Allá arriba, en la paja, vivía un mundo de pájaros, murciélagos, polillas, hormigas, arañas, roedores, reptiles, una versión doméstica de la vida en las copas de los árboles de la selva tropical.

A pocos metros de la desvencijada mesa en la que estaban sentados los hombres, se encontraba el Huey n.º 1 de la Policía, cerrado, silencioso y aún caliente, una declaración terrenal para los *rangers* y los pilotos de que algo importante estaba mal. ¿Qué hacían aquí con su propio Huey, sentados en un campo caliente para recoger a una primera dama desaparecida si esta máquina, piloto incluido, ya estaba aquí?

Otra cosa. Una especie de pensamiento de fondo, en esta sección de la línea del frente: en su mundo, ningún criminal, ningún revolucionario, desafiaría las convenciones como para pedir prestado o robar un auto de policía, un camión y, mucho menos, un helicóptero.

—Tengo que ir a buscar a *madame* Melanie —había dicho Kusinawi antes de salir, hacía media hora ya—. Seguro que la han visto, entre los jinetes que bajan por el valle. —Dio media vuelta y se marchó al trote.

La urgencia no era imaginaria, aunque no tenía nada que ver con Melanie. Tenía que asegurarse de que la policía quedara bloqueada, capturada y desarmada antes de que disparara un tiro con sus fusiles automáticos.

Solo podía esperar que el viejo hubiera sazonado bien el ron.

A los pilotos los podía manejar.

El motivo para llevar el segundo Huey, el que llevaba la ametralladora 7.62 mm a puerto Minas había sido impedir que se uniera al transporte de tropa. Q'orianka, Kusiñawi y otros comandantes lupaqa no sabían por qué la policía se tomaba la molestia de enviar la tropa. Larry había hecho señas a la caballería lupaqa en el bosque junto al lago: estén listos para atacar, pónganse a tierra.

Momentos después de que Kusiñawi saliera corriendo del almacén, el viejo y su mujer trajeron platos llenos de pescado, plátano frito, arroz y ají verde con un *twist*. No se trataba, por supuesto, solo de hospitalidad, sino de ganar tiempo. Debían haber estado, hace media hora, con Melanie a bordo. No lo estaban. Melanie no aparecía.

El mayor Tello estaba sirviendo pescado, plátano y arroz, y había pedido más ron.

—Todo huele mal —dijo.

Se levantó.

—¡Jesús!, mi estómago. Tengo que ir al baño. ¡Eh, viejo! ¿Dónde está el baño? Ya que estás, dile a ese chico que vuelva con Melanie. ¡Nos vamos!

—Desde luego, señor. El baño está un poco lejos. Hay jóvenes que se lo enseñarán. Uno de sus hombres ya ha ido. Se encontrará con él.

—Quédese aquí, cabo —le ordenó el mayor, mientras salía corriendo por la parte de atrás.

Los pilotos estaban inquietos. Como los pilotos de todo el mundo, seguían órdenes de arriba. Ven aquí, anda allá. No era su problema si los *rangers*, o quien fuera, bebían. Hoy su oficial al mando era un comandante.

¿Cómo había sucedido? Habían asumido que tendrían acceso a la radio del Huey n.º 1. La investigación oficial en la capital semanas más tarde preguntaría a los pilotos del Huey n.º 2 por qué habían abandonado su máquina. Su respuesta fue que les habían ordenado recoger a Melanie. No era su trabajo involucrarse en la política local. Tenían un largo día por delante y por detrás. Los miembros de la tribu fueron amables. Un centinela armado, un sargento, había quedado al mando del helicóptero. Las lugareñas fueron amables.

—La decisión de aterrizar para recoger a la primera dama fue tomada por nuestros superiores —dijo el capitán del Huey n.º 2 a los oficiales de Estado Mayor en la investigación semanas después. No había constancia de ninguna orden.

—Nadie nos dijo que los indios habían obligado al otro helicóptero a volar a Melanie hacia la selva. Los lugareños habían secuestrado un Huey. Astillaron la pierna del piloto para obligarlo a

volar a su aldea —respondió el copiloto del Huey n.º 2 a otra pregunta del Tribunal.

—Usted y el comandante Tello desembarcaron junto al lago, vieron a la chica muerta. Sabían que había un problema —insistió el abogado de la Comisión.

—Por supuesto, señor. Pero, cuando recibimos órdenes de ir a otro lugar, supusimos que el problema estaba resuelto. Solo íbamos a recoger a un VIP, el tipo de cosa que hacemos todos los días. Habríamos actuado si nos hubieran advertido que nos adentrábamos en territorio hostil. Tenemos que suponer que nuestros comandantes tienen mejor información que nosotros.

Los pilotos se libraron sin una mancha negra. Nadie mencionó el ron. El comandante Tello no frunció el ceño. Le dieron un trabajo de oficina en una capital de provincia, se jubiló anticipadamente y se convirtió en jefe de seguridad de una empresa minera.

Al escapar del almacén y de los *rangers* que almorzaban, Kusiñawi había entrado en una pesadilla, desatada por el calor y un terror psicótico a que la policía se lanzara a una matanza. La captura de otro helicóptero no justificaría la muerte de otro lupaqa.

El primero de los *rangers* que sucumbió a los efectos del ron huyó a la parte trasera del almacén, donde un joven le señaló un cobertizo que aún estaba a unos cien metros de un grupo de árboles. Al llegar al cobertizo, un anciano levantó las manos para detenerle.

—Le sostendré el arma, patrón. Está oscuro ahí dentro.

—Sujétela con el cañón al aire —dijo el *ranger*, desesperado. Fue la última vez que vio el arma.

—¿Está bien? Use las hojas. Yo también fui soldado. En Iquitos —seguía el viejo hablándole.

Un lupaqa se llevó el kalashnikov mientras el segundo *ranger* aparecía a la carrera. Estaba a 20 metros del cobertizo cuando fue derribado primero por una boleadora y luego por otra, lanzada por un par de jóvenes. Una de ellas rodeó los brazos y la parte superior del cuerpo del *ranger*, haciéndolo tambalear, y la segunda le enredó las rodillas, derribándolo como si fuera un saco de papas.

El kalashnikov del *ranger* estaba enredado con el resto de su cuerpo, tanto que los chicos tuvieron que desenredarlo. Uno salió corriendo con el fusil. El otro ayudó al aturdido muchacho a ponerse en pie. La caída le había dejado sin aliento. Se dio cuenta de que había perdido el kalashnikov, pero estaba desesperado por recorrer los pocos metros hasta el cobertizo, antes de que su mundo se derrumbara en un triste, fangoso y apestoso chapoteo.

Dos kalashnikov caídos, falta uno, más la Smith & Wesson del comandante Tello, quien estaba en tan mal o peor estado que sus hombres. Desde el interior del almacén con los pilotos, había detectado a través del calor un sonido y un movimiento extraños. De pronto, se puso de pie y echó a correr, siguiendo a los *rangers*. Un par de niños pequeños señalaron el cobertizo:

—¡Allí, allí!

Tello vio algún movimiento más allá del cobertizo con una de las camisetas naranjas de los *rangers*, alejándose por el bosque. Estaba demasiado confuso por el ron y desesperado por el dolor punzante, junto con las ganas de vomitar. Tropezó 10 metros antes de la puerta de madera abierta del cobertizo, cayó sobre una rodilla. Recuperó el equilibrio cuando unas boleadoras lo lanzaron contra el

barro y la maleza. Luchó por soltarse de las cuerdas. Un mastín y un pastor alemán saltaron sobre él.

El brazo y la mano derecha del mayor luchaban por alcanzar su revólver enfundado. En cuestión de segundos, uno de los chicos, y luego el otro, estaban encima de él, protegiéndolo de los perros y tras el revólver.

Desde el sistema interno del mayor, su trasero soltó malas noticias. El pobre hombre empezó a tener arcadas. Alguien había usado mano dura con las hierbas. El tercer *ranger* no se quedó atrás, y sufrió un destino similar. Las tres ametralladoras y la 38 estaban aseguradas.

Al día siguiente, el comandante y sus compañeros estarían más sanos, con gran parte del alcohol eliminado. Por el momento, eran náufragos. Desmoralizados y desarmados, los policías, cada uno más apestoso que el otro, avanzaron arrastrando los pies por un sendero selvático, custodiados y guiados por media docena de muchachos y sus perros. En unos instantes llegaron a una pequeña playa junto al río.

—Límpiense —dijo uno de los chicos, señalando una cabaña de madera abierta con techo de paja—. Ese lugar tiene hamacas y agua. Lávense en el río. Duerman la mona. Aconsejo no salir de noche. Serpientes, arañas, hormigas. Si quieren escapar, vayan al este, por donde sale el sol. Próxima parada, Brasil. Todo río abajo. Depende de ustedes. Les traerán comida a partir de mañana temprano.

—¿Dónde está el chico, el *ranger* que dejé en el helicóptero? —preguntó, cansado, el comandante Tello, con el estómago preparándose para otro combate.

—Sí. Está bien. No es un bebedor.

—¿Sabe alguien que estamos aquí? —asintió, otra vez cansado, el comandante.

—Claro. El señor Kusiñawi sabe —dijo el chico.

El comandante Tello se volvió hacia la playa, las piedras, el potente rumor del agua. Al menos el aire era cálido, refrescado por una brisa de río arriba.

El mayor y sus tres compinches se pusieron a lavar su ropa y a lavarse ellos mismos en la playa del río. Pusieron la ropa a secar en la orilla. El estómago del mayor se retorció y volvió a estallar. Se desmayó y luego despertó sobre un banco de arena. El sol de la tarde había dado paso a un crepúsculo oscuro y lluvioso. La tarde se estaba convirtiendo en una nueva pesadilla mientras se limpiaba de nuevo con agua de río y arena.

—Ni siquiera podemos decir que somos prisioneros —pensó el comandante Tello. Escuchó la suave cacofonía de los pájaros que reclamaban sus alojamientos para la noche, las cigarras que entonaban su canto nocturno, el sonido de los mamíferos del suelo, los reptiles, el trueno de fondo del río. Sintió las primeras gotas de la lluvia en la oscuridad.

¿Por qué viviría alguien aquí? ¿Qué hacía él aquí? ¿Por qué no se había dado cuenta de lo obvio? Tienen dos helicópteros Bell Huey en perfecto estado. Menuda cagada. Su estómago se convulsionó en otro doloroso retortijón. Se lo agarró con las manos.

—Debería haberle dicho al general Costa lo de esos putos perros.

Capítulo 31



En los densos bosques andinos que bajan de los glaciares a través y más allá de Guayatacocha, Q'ori, con el comandante Amaru y sus tres escuadrones de caballería ligera, estaban, algo inusual para las unidades militares, en el lugar y momento correctos.

Larry Shiels lo atribuyó a «la sensación de fatalidad de un soldado». No se trataba solo de una deliberada solemnidad, sino que se apoyaba en la ventaja, que más tarde reconocería, de una mirada retrospectiva. Había adelantado unos días el calendario de sus maniobras de caballería para que coincidieran con la visita de Melanie, en lugar de deliberadamente evitarla. Más tarde desearía haber puesto a media docena de secuaces de Amaru a apoyar a los policías de Melanie. Habría sido muy fácil. Puede que no hubieran conseguido un peón estratégico, pero Miski estaría viva.

Le había dicho a Amaru que tuviera a su gente entre bambalinas, que no formara parte de la acción del escenario. Kura le había indicado que restara importancia a la visita. Era tan extraoficial que apenas estaba teniendo lugar. Larry estaba a unos 800 metros de distancia en el bosque.

Unos días después, Kura Ocllo escribió en su diario: «Creen que la muerte de Miski es culpa mía. Tienen razón. Menos mal. No me

gustaría pasarme la vida culpando a alguien. Debería haberlo sabido. Intuía que tanto los niños como los adultos morirían. Querido Dios, queridos antepasados, ¿en qué los he metido? Me siento vacía. Miski se ha ido. Estoy sola».

—Q'ori reaccionó como un rayo. Su sentido de la ofensiva fue instantáneo. Gracias a ella, ganamos la jornada —le dijo Amaru a Kura.

Los lupaqas no querían provocar una guerra con nadie, y mucho menos con una República establecida. Un par de años antes, Sayri había tomado inequívocas medidas financieras para crear una Fuerza de Defensa Lupaqa: encargó y recibió un conjunto de 500 arcos Target olímpicos de tiro rápido, miles de flechas de aluminio y 50 ballestas potentes sobre trípodes y monopies con cientos de pernos, con puntas de flecha de alta resistencia.

—Más eficaces que las balas. Los militares, los cárteles, los invasores no saben cómo combatirlas.

Hoy, en las praderas y bosques que se elevan desde las prístinas orillas del lago Guayatacocha, una visita policial sin sentido había disparado contra niños y perros mascota y matado a una joven entre bosques y arroyos tranquilos.

* * *

—Querrán barrer esto debajo de una alfombra —dijo Larry.

Sayri en Washington le decía a Inka Kura: —Puede que vengan con funcionarios civiles y un magistrado a investigar y registrar una muerte civil para demostrar que es dominio del Perú.

Desde su mirador al otro lado del lago, Larry había bajado del bosque a saltos una vez que el helicóptero del comandante Tello se hubo alejado.

Larry saludó con los dos brazos a los jinetes y amazonas reunidos a cien metros de distancia, aplaudiendo y levantando los pulgares. Volvió a su cresta en el bosque con vistas al lago y los prados. Amaru les dijo que enviaba un mensajero para impedir que los hombres vinieran a buscar el cadáver hasta que los helicópteros hubieran llegado y se hubieran ido.

—Si viene la policía, puede que traten mal a los hombres —dijo Amaru—. Habría una pelea.

El muchacho que había agitado las paletas blancas de aterrizaje para el Huey n.º 1 de Melanie y para el Huey n.º 2 del comandante Tello recibió instrucciones de atraer del mismo modo al helicóptero de transporte de tropa que se aproximaba a un claro, lo que podría dar ventaja a los lupaqas.

La tropa lupaqa permanecía en silencio, royendo su charqui y su tortilla, esperando. La ocupación tradicional de los soldados.

Larry estaba al otro lado del lago, a 560 metros medidos, con una vista completa de lo que debería haber sido un acontecimiento diplomático de paz, un picnic cantado de niños. Era un conjunto de ciénagas y praderas de pastoreo que se extendía desde la orilla abierta del lago por una suave pendiente durante un par de cientos de metros entre bosques y barrancos. El extremo superior de los campos abiertos era un escarpado rocoso poco profundo que terminaba en más bosques. Unos kilómetros más arriba, aparecía un abra entre una cadena de colinas escarpadas y boscosas a un lado y

el extremo sureste de los glaciares y picos nevados de la cordillera lupaqa.

A través de este paso habían volado el avión bimotor y el helicóptero de la Policía de Melanie. Sin duda sería el canal por el que se acercaría al lago cualquier aeronave.

Sentarse y esperar era lo que hacían los habitantes del bosque. Como hacen las águilas, las avispas, los jaguares, las hormigas.

Q'ori había reunido a su tropa en un claro a 50 metros del bosque. Solo ella estaba montada. La rodeaban los morochucos y escuadrones de jóvenes lupaqas.

—No queremos un tiroteo. Perderíamos. Cuando oigan un avión, un helicóptero, quietos. Ningún movimiento. Somos la presa. Ellos son los cazadores. Cuando aterricen, quédense absolutamente quietos, con sus máscaras puestas. ¡No miren! ¡No se muevan! Permanezcan ocultos, congelados. Ni siquiera estornuden. Que los perros y los caballos estén tranquilos. Si estamos relajados, los animales también lo estarán. Si el helicóptero aterriza, los soldados saltarán. Estarán armados. Dispararán al bosque. Deben estar agachados en sus trincheras. Los caballos y los perros deben estar aquí con sus cuidadores. Nos dispararán miles de balas.

—Aquí están los dos morochucos que han arreglado la trampa de dinamita. Funcionará o no funcionará. Deberíamos haberla probado —le dijo Amaru a Q'ori.

—Hablas como un viejo general —dijo Q'ori—. Creí que habías dicho que tus morochucos sabían de dinamita.

—Saben —respondió Amaru—. Su especialidad son las explosiones de fuegos artificiales en las fiestas. Se nota porque uno ha perdido un dedo y el otro tiene una quemadura en la cara.

—¡Ah, ese es Bang! Un buen tipo. Debe tener 60 años. Así que sabe cómo mantenerse con vida. Muéstrame rápido. Si viene ese helicóptero tendrán que darse prisa. Va a haber una tormenta.

Los dos morochucos, el viejo Bang, cuyos músculos faciales ya no le permitían sonreír, y Wallop, su sobrino adolescente, mostraron a Q'ori un agujero poco profundo al lado de la plataforma de aterrizaje más alejada de las damas que atendían el cuerpo de Miski.

—¡Hemos empapado de gasolina el suelo y estos periódicos —gruñó Bang—. Esto es medio cartucho de explosivos. La mecha es corta, máximo tres segundos. Tu flecha enciende la gasolina, que enciende la mecha. Buena explosión, no mucha onda expansiva, pero asustará a los pilotos. He puesto este trozo de periódico en este palo para que sepas dónde disparar. Será mejor que se muevan. La lluvia va a hacer que sea un cuetecillo húmedo.

De vuelta en el Cuartel General de Campo, a un centenar de metros, justo dentro del bosque, Q'ori y Amaru celebraron una última reunión con los líderes de los escuadrones.

—Escuchen —dijo Q'ori. Estaban tensos, ansiosos antes del comienzo de su primera acción en vivo. Los morochucos eran viejos bandidos curtidos que esperaban con ansia la noche del sábado, y solo era viernes—. Que quede claro. Si no hay señal, no hay ataque. Si podemos capturar este helicóptero grande, significará un gran triunfo.

—Ese trozo de periódico en un palo es nuestro blanco, mis chicos —hizo un gesto con la mano señalando a tres adolescentes detrás de ella—. Encenderán y dispararán sus flechas de fuego contra la dinamita. Si no hay explosión, se sustituirá por uno o dos disparos

de la pistola de señales Very Flare. Cargarán, según lo ensayado. A sus puestos.

El VHF de Q’ori vibró.

Capítulo 32



—Es el avión vigía de la Fuerza Aérea, Treinta y tres —dijo Cien por la VHF—. Ocúltense.

—*Okey* —dijo Q'ori.

El avión de vigilancia Beechcraft A80 de ala fija, como en días anteriores, había llegado a través del paso de Lupaqa, 32 kilómetros al este, a 3000 pies sobre Guayatacocha, de 8 kilómetros de largo.

Sobre el paso, el avión se inclinó a estribor, virando hacia el norte unos cientos de metros por encima de la pampa, dispersando rebaños de llamas, alpacas y vicuñas.

Los lagos y arroyos cubiertos de pantano formaban el extremo superior del nacimiento de la cuenca del Guayatacocha. A continuación, una inclinación de 90 grados a babor, para volar bajo y lento, algo difícil a esa altura, a lo largo de los pocos cientos de metros planos donde había tenido lugar la fiesta de los niños horas antes.

El avión aceleró los motores y se alejó del lago para regresar por los prados hasta el paso. Unos minutos después, un sobrevuelo más bajo y lento por los pastos, con la esperanza de sorprender a cualquier adversario incauto. Gracias a la advertencia de Larry, la caballería lupaqa se había mantenido firme en el bosque.

Normalmente, la exploración la habría realizado más a fondo un Huey ligero. Este era el mismo avión que había estado sobrevolando Lupaqa durante la última semana. Los pilotos, con base en Matria, se habían familiarizado con el terreno del este de Lupaqa desde un ángulo y una altura que los propios lupaqas no habían alcanzado. Habían reunido una pila de fotos y dibujado útiles mapas esquemáticos. Lupaqa llegaría a valorar esta colección hecha por un par de experimentados pilotos del bosque.

En esta segunda pasada por las praderas, el avión descendió a velocidad de aterrizaje a esta altitud de aire tan delgado. Los pilotos vieron al grupo de mujeres junto a la «X» de aterrizaje. Sobre el lago, aceleraron los motores, dieron vueltas para volver a volar desde la orilla del lago, subiendo por los prados para echar un último vistazo.

Estas repetidas pasadas dieron a Q'ori, a Larry y a los tiradores de atlatl la misma idea, una que habían discutido para usar en pistas de aterrizaje en lugar de aquí, en campo abierto. El avión de reconocimiento había seguido la misma ruta de entrada y salida a pocos metros, arriba y abajo. Era un campo en forma de embudo que invitaba a un avión en vuelo bajo a meterse por un camino estrecho.

Suri, líder del equipo de atlatl, fijó las posiciones de dos parejas de lanzadoras, donde sujetaron abrazaderas de hierro oxidado de media libra a los cables de 50 metros que salían de las lanzas ligeras. Las lanzadoras de atlatl, todas muchachas, dirigirían sus misiles por encima de las turbohélices que se aproximaban. Los ejes de las hélices del avión quedarían atrapados en el cable eléctrico casero que pasaba entre el arpón y el trozo de metal oxidado.

El problema al que se enfrentaban los equipos de tierra era que no habían encontrado la forma de hacer pruebas de campo. Habían comprado por unos miles de dólares una avioneta Cessna monomotor accidentada que transportaba cocaína y que se había quedado sin combustible. Los leñadores que se la habían apropiado la vendieron como repuesto.

Los lupaqas habían desguazado el fuselaje y transportado el motor con un puñado de piezas río arriba hasta su centro de vuelo en las tierras bajas, no lejos de la frontera con Brasil, donde tenían su base los Antonov. Pudieron encenderla, pero solo descubrieron lo obvio: si se enrolla un cable casero alrededor de una hélice a 1200 revoluciones por minuto, el motor no necesariamente se detiene de inmediato. Se produce un gruñido, sin certeza de que el avión vaya a caer.

Aun así, decidieron que valía la pena probar el proyecto para aviones ligeros en pleno despegue. El principal objetivo de los atlatls serían los helicópteros. Se estaba probando lanzas de aluminio atlatl que llevaban paquetes ligeros de plástico con hormigas feroces, pequeñas víboras molestas o lanzas junior para arrojarlas a través de las ventanas contra las oficinas gubernamentales. También se estaba probando si los arcos y las flechas eran mejores que los atlatls para diferentes situaciones.

La predecible baja altitud de este avión de reconocimiento empujó a Q'ori y Amaru a dar una oportunidad a las lanzas atlatl. Después de todo, estaban de maniobras y se sentían agresivos por Miski, con un toque de arrogancia por el par de helicópteros confiscados. La mentalidad de ensayo general, mitad vida real, mitad experimento, seguía en la mente de la tropa.

Por supuesto, se habían dado discusiones sobre los atlatls versus las flechas. Los jóvenes eran buenos con ambos. No se trataba de un bando contra otro. Lo más serio e inmediato era cómo atrapar, como en Liliput, un helicóptero cuando aterrizaba o cuando despegaba. Parte de la discusión había girado en torno a qué arma —boleadoras, atlatls, flechas o proyectiles de ballesta— debía apuntarse al rotor trasero, al rotor principal o, en el caso de las lanzas y flechas de atlatl, a la burbuja de la cabina.

Las discusiones más importantes se habían dado en torno a cómo acercarse lo suficiente a un helicóptero de salida que contuviera soldados con armas automáticas de tiro rápido. En el caso de los helicópteros que llegaban, la limitación más evidente era que no se podía garantizar que la máquina aterrizara obedientemente en un terreno preparado para la comodidad de los defensores.

Lo que ni Q'ori ni Larry se habían planteado era por qué el transporte de tropa con una veintena de efectivos se tomaba la molestia de volar hasta el lago a esas horas. Las primeras horas de la tarde, con el típico tiempo inestable que se avecinaba, nunca sería el momento elegido por los pilotos. Ni para los *rangers*. El momento adecuado para moverse en los Andes es al amanecer. A última hora del almuerzo, lo mejor es estar buscando el lugar adecuado para acampar. Los lupaqas supusieron que Lima no sabía lo que hacía.

La Policía tenía, de hecho, un plan claro, bien informado. Cometieron un error básico. No tenían ni idea de que los lupaqas estaban preparados con unidades agresivas de su ejército realizando ejercicios a solo unos cientos de metros de las mujeres que estaban en la orilla del lago con Miski.

Capítulo 33



El transporte de tropa Mi-17 de fabricación soviética, que se dirigía de Cusco a las tierras altas de Lupaqa, volaba a un par de miles de pies por encima de Paucartambo, un pueblo colonial en lo alto de la ladera oriental de los Andes del centro-sur del Perú.

El helicóptero de transporte medio biturbina —nombre de informe de la OTAN: Hip— fue construido en la fábrica de Ulan-Ude e importado por la Fuerza Aérea del Perú unos meses antes con un precio de exposición de más o menos 15 millones de dólares.

Desde la cabina, los pilotos podían ver el estrecho y viejo puente de piedra sobre el animado río Mapacho que descendía hacia el oeste por un profundo y amplio valle de antiguos pueblos, campos con muros de piedra, terrazas, laderas ascendentes y valles laterales hasta contrafuertes de neblinosas colinas. Más allá, altos bancos de cúmulos hablaban de tormentas entre los picos nevados de la cordillera Lupaqa.

—Dice que quiere que demos una vuelta por ahí. Solo una vueltita. Suave nomás. Volvemos a la base para el cóctel. Yo invito, dice. Eso te dice qué tan idiota es todo esto —dijo el piloto por el intercomunicador, señalando las nubes a su copiloto con la barbilla.

Los pilotos podrían haber estado volando hoy por estas montañas para un cliente diferente. Melanie Moldado llevaba semanas presionando a su marido y a su ministro favorito, el general Zapata, para que le cedieran a ella y a su coro el uso de este nuevo y reluciente Mi-17. El embajador de Estados Unidos le había dicho que estos helicópteros eran los mejores del mundo para transportar personas a altitudes y condiciones meteorológicas adversas. El embajador había añadido:

—Estos son seguros, como lo son los soviéticos. Dos motores por el precio de uno. Nuestros espías los llaman hipopótamos. Los rusos los llaman cocodrilos.

Los pilotos habían estado siendo animados por el coronel López, que había vuelto a la cabina de pasajeros, presumiblemente para dar a sus tropas el mismo paquete de optimismo tipo «¡Vamos, muchachos!».

El coronel Francisco «Pancho» López Málaga, al mando de la operación de hoy, se había abrochado el cinturón en el asiento de salto frente a un capitán y un teniente *ranger*. Estaban sentados en la primera fila de la cabina principal, abarrotada con un pelotón de *rangers* atados a los asientos para paracaidistas con cinchas que descendían por el fuselaje. Los dos oficiales estaban al mando de las tropas. El coronel, que dirigía esta operación especial, iba vestido de paisano, con una chaqueta de cuero negro de personaje rudo callejero sobre una camisa de franela gris, *jeans* y botas ligeras de alpinista. El helicóptero rebotó entre bolsas de aire, bancos de nubes de lluvia que se acumulan después del mediodía en esta época del año, descendiendo por los acantilados orientales, laderas escarpadas

y boscosas a 3000 metros de altura sobre esta frontera occidental de la selva amazónica.

—Los pilotos se quejan de la lluvia, de las tormentas —dijo el coronel López a los dos colegas—. Quieren correr a refugiarse en Matria o Salvación. —Y continuó—: Esta máquina es nueva —palmeó su asiento metálico—. Lo último en alta tecnología soviética diseñada exactamente para este terreno. Dos motores gigantes, cada uno con 874 caballos de fuerza. Eso les da un seguro incluso si uno se pierde. Ellos lo saben. Y saben que yo lo sé. Están felices de probar este bebé en una tormenta a gran altitud. De hecho, están sonriendo.

El coronel miró por la cabina al pelotón de *rangers* apiñados en asientos diseñados para saltos de 15 a 20 minutos tras las líneas enemigas.

Los dos jóvenes oficiales en los asientos rodilla con rodilla tenían alrededor de 30 años, reasignados a Cusco después de su misión contra Sendero Luminoso, a media hora de avión hacia el oeste, en la sierra central de Ayacucho. Conocían a López, el coronel más joven del cuerpo, uno o dos años mayor que ellos. Las manchas grises de su pelo negro recortado le añadían un puñado de años. Un par de modernas gafas con montura de acero que colgaban de un collar de cuero añadían un par más. El coronel López también había estado destinado al teatro de operaciones de Sendero Luminoso, donde se había labrado una reputación como solucionador de encubrimientos chapuceros relacionados con la muerte de campesinos, estudiantes, profesores y dirigentes sindicales. Por no hablar, como de hecho nadie hizo, de las muertes innecesarias de jóvenes policías y soldados mal entrenados.

La Policía había pagado a López la carrera de Derecho. Había devuelto los honorarios salvando las carreras de generales del Ejército, de la Policía y de políticos. Cualquiera del cuartel general en cualquier parte del país tomaba el teléfono y devolvía un mensaje del coronel Pancho. López tenía buen ojo para juzgar si un problema podía resolverse mejor con unas cuantas muertes más o gastando dinero preferiblemente del presupuesto de otro. Su propia iniciativa había sido armar a las comunidades campesinas para que patrullaran sus propios valles y tierras altas contra los maoístas. La norma del coronel era hablar en voz baja, rápida y claramente, dijera lo que dijera, con una ligera sonrisa aparente, mirando a los ojos a cualquiera, desde el presidente hasta quien fuera, el jefe o la mujer recién enviudada de una aldea saqueada. Era de los pocos a los que se podía encontrar en el campo, en la selva, en la montaña, en el desierto costero, en las barriadas de provincias, en algún desastre sísmico, en una avalancha. Parecía lo que era, una mezcla de español, hijo menor aventurero de un duro clan inca. Un poco más alto que la mayoría de los mestizos, macizo, no fornido, pero algo de todos modos. Sus manos, de largos dedos, permanecían inmóviles mientras hablaba o escuchaba. Atendía sin expresión durante más tiempo que la mayoría de las personas con autoridad. Luego hablaba en voz baja y con rapidez, sin permitir interrupciones. En cuanto terminaba, asentía levemente con la cabeza, se alejaba con uno o, como mucho, dos ayudantes, y eso era todo. Solo dejaba entrar en su despacho a los subalternos o a una secretaria. Nada de testigos. Lo que llamaba la atención eran sus ojos, de un tinte gris caqui sobre miel oscuro, que le permitían sostenerle la mirada a cualquier rango, a cualquier edad. En Lima, volvía a un despacho de esquina

enmoquetado, con un balcón con ventana francesa y un bar de estilo colonial para que el ministro reinante se sirviera al otro lado de una puerta con cortinas, a un lado del escritorio ministerial. El propio coronel bebía poco y, en cualquier caso, no antes de las seis de la tarde.

Esa mañana, López había sido trasladado de Lima a Cusco en el jet presidencial para resolver la crisis de Melanie. El coronel López fue el primero en comprender que se trataba del problema lupaqa, no de una crisis rápida causada por una primera dama caprichosa. Como de costumbre, sería el único oficial de rango cerca de la línea del frente. Se convirtió, de hecho y como siempre, en el centro de todo lo que ocurría. Desde la zona de guerra de Ayacucho, había convencido a la Fuerza Aérea para que le cediera un helicóptero de verdad, no otro viejo Huey destartalado, el portatropa soviético, incluidos los pilotos y un pelotón de *rangers*.

El general Zapata, uno de los primeros en enterarse en la capital del alboroto causado por el asesinato de la chica de la selva en el caso Melanie, le había torcido el brazo al general al mando de la Fuerza Aérea. Fue el coronel López quien había encontrado el helicóptero adecuado en Ayacucho, ya a medio camino y más hacia Cusco.

——Esta es la típica cagada de Palacio —dijo López al capitán y al teniente, mientras el helicóptero se desviaba a través de bolsas de aire andinas a 13 000 pies de altura. Tuvo que levantar la voz—. Les dije que no iba a rescatar a Melanie. Si tratara de hacerlo, se la llevarían a la Amazonía profunda hasta que se convirtiera en un viejo saco de huesos. Les dije que necesitaban enviar una misión de paz liderada por algún comunista, Jane Fonda o la princesa Ana. No un

puñado de policías como nosotros. Entonces oí en la radio a nuestro hombre, el mayor Tello al mando de uno de nuestros Hueys.

—Buen hombre, Tello —dijo el capitán—. No se anda con chiquitas.

El coronel López asintió.

—Tello le dijo al general Costa que las mujeres seguían junto al lago con el cuerpo de la niña. Estarían allí haciendo sus ritos, cosas de indios. Así que me dije, tenemos que capturar el cuerpo. Sin cuerpo, no hay crimen. Sin crimen, no hay problema. ¿Tienes esos cuchillos quirúrgicos y las sierras?

—Solo tenemos una sierra, con poca antelación. Tendremos que usar nuestros cuchillos de vaina. Trajimos bolsas de supermercado —dijo el teniente.

El helicóptero cayó en un vacío unos largos segundos.

—Quizá esos pilotos sepan de lo que hablan —dijo el coronel López—. Me dijeron que el tiempo está hecho una mierda. Quieren volver a casa donde mamá.

El coronel esbozó una pequeña sonrisa.

—Estoy siendo injusto. Estos muchachos de la Fuerza Aérea son buenos tipos, geniales. Ellos están dispuestos a seguir adelante, siempre y cuando cortemos directamente a través de este paso alto, para hacer el trabajo en dos o tres minutos. Mantienen los motores en marcha, recogen el cadáver y de allí directo a Matria y un coctel.

El helicóptero cruzó otra bolsa de aire. El coronel continuó. El avión de reconocimiento ha hecho un buen trabajo. Las mujeres siguen allí con el cadáver. López hizo una pausa, pensando, mientras el helicóptero daba bandazos y coletazos.

—Escuchen. Tienen que ser claros con los chicos.

Señaló con la cabeza a los *rangers*, algunos con el cuerpo agitado y la cabeza hundida en bolsas de plástico. El coronel sabía que el mareo, como el mareo en el mar, era contagioso. Los muchachos se beneficiarán del aterrizaje.

—Respiren hondo —dijo en voz alta, sin ser oído—. Estas son las reglas de hoy. Primera. No patear, no golpear a ninguna de las mujeres por ninguna razón. Repito por ningún motivo. Todo el mundo sonríe y dice «buenas tardes, señora». Dos. Tomen el cadáver. No necesitan ser amables con él. Ustedes dos y otro tipo. Sin rifles. Sin porras. Su único trabajo es el cuerpo en el helicóptero. Tírenlo ahí.

Señaló una lámina de plástico detrás de los pilotos.

—Los motores estarán al máximo en modo despegue. Que quede bien claro. Cuerpo en helicóptero. Luego nos quitamos. Sin armas. Muchas sonrisas.

El ingeniero de vuelo, un ucraniano, volvió de la cabina y se agachó para decirle al coronel:

—Radio, señor.

Momentos después, López estaba de vuelta en su asiento.

—Lima es un despelote. «Melanie secuestrada por nativos de la selva» está en la televisión. En la radio se habla de que Melanie tendrá que cumplir 20 años como esclava. Moldado está que se sube por las paredes. Él insiste en que tenemos que sacar a Melanie antes de la hora del té. Les dije que no podía oír. Y seguimos con el plan A, adiós. Nos ha caído una tormenta. Más o menos cierto.

El helicóptero se balanceó, dio un trompazo y cayó en otro bache.

—Abriremos la puerta lateral antes de aterrizar. En el momento en que los patines golpeen, las compuertas se abrirán. Quiero ocho *rangers* en la parte trasera, en abanico por todos lados, especialmente detrás. Las armas a la espalda, no en las manos. Sonrían, sonrían. Solo ocho. El resto se queda. Tienen vía libre. Ustedes dos y uno más salgan por este lado, sin llevar nada. Sin armas. Salgan al trote sonriéndole a las mujeres. Roces, no empujones. Tomen el cuerpo. Uno de ustedes, usted capitán, póngaselo al hombro. Teniente, usted y el otro lo ayudan a pasar entre las mujeres. Rápido pero suave. Nadie dispara. No, repito, no disparen al bosque aunque vean gente. Entiendan esto. Repito. No disparen a nada, perro, llama, humano.

Levantó la mano derecha, el índice hacia arriba moviéndose horizontalmente de lado a lado en una clara negativa.

—Ni a los árboles. No estamos aquí. Nunca habremos estado aquí. Esta visita no ha sucedido. No dejen caer nada. Ni cartuchos. Ni colillas. No más niños muertos.

El ingeniero de vuelo volvió.

—Ocho minutos para el aterrizaje, señor.

—Prepara a los chicos —dijo López. Se adelantó mientras el helicóptero pasaba sobre la cuenca de Guayatacocha. Vio oscuras borrascas a su izquierda frente a las laderas nevadas y los glaciares. Este era un país de adultos. Vio cómo llamas y alpacas se dispersaban en tierra, unos cientos de metros más abajo.

Los pilotos fueron guiados por el avión de vigilancia a un par de miles de pies por encima. Habían perdido contacto visual al surgir las nubes de tormenta, aquí donde el húmedo aire de invernadero de la Amazonía se eleva hasta el hielo estratosférico de los glaciares. Los

pilotos de reconocimiento habían informado que su avión estaba siendo empujado hacia el norte. Los dos pilotos del helicóptero estaban totalmente concentrados en sus instrumentos, el terreno poco atractivo de abajo, delante, atisbos de picos nevados a babor. Las nubes se espesaron.

López no quería distraerlos. Por delante aparecía un gran lago que se extendía al pie del glaciar, una cadena de colinas boscosas y valles escarpados a estribor. Picos nevados en lo alto, a babor. Los destellos de la luz del sol se reflejaban en los ojos de los pilotos. Sabían lo rápido que el tiempo podía cerrarse en esas altitudes y convertirse en granizo. Las feroces tormentas eléctricas eran habituales a esta hora de la tarde, en esta época del año.

—¡Un minuto para el aterrizaje! —gritó el copiloto, medio volteándose hacia el coronel.

—Mantén los motores y rotores al máximo para el despegue. Dos minutos, tres máximo. Te daré la orden. Los hombres traerán el cuerpo. Luego a Matria —dijo López.

Los pilotos asintieron. El rugido desgarrador de los turbos sorteó el viraje, gruñó, se dejó caer en la tormenta. A través de la lluvia y el granizo que golpeaban la burbuja de la cabina como guijarros, el coronel vio al grupo de mujeres a la orilla del lago.

—Adelante. Entren directamente, sin explorar. Aterricen lo más cerca que puedan de las mujeres —gritó el coronel.

Los pilotos asintieron. Vieron a un niño que agitaba un par de banderas blancas. Sucedía en todas partes en los bosques. No se les ocurrió preguntar cómo sabía el chico que lo debía esperar. El coronel López se lo habría preguntado si lo hubiera visto. El helicóptero cayó unos metros en otro bolsón de la tormenta.

López regresó a trompicones a su asiento en la cabina principal. Se ató el cinturón.

López Málaga no era del tipo nervioso. Un policía en activo contra verdugos como Sendero Luminoso, abogado además, iba a ser un activo en cualquier parte. A medio minuto para el aterrizaje, López no se preocupaba, aunque bien podría hacerlo, por la tormenta. Correspondía a los pilotos ocuparse del tiempo. Él no podía aportar nada. Menos aún le preocupaba recoger el cuerpo de la chica muerta y deshacerse de sus pedazos.

Estaba pensando en Melanie.

Por radio, había evitado las nerviosas preguntas de los jefes de Lima sobre su rescate. Sabía que, en cuanto el helicóptero aterrizara en Matria, la radio le exigiría que encontrara a la primera dama.

Esta noche no, Melanie.

Capítulo 34



El coronel López Málaga reflexionaría en los días siguientes sobre que debía haber intuido que había algo más. Aquella gente de la tribu se había hecho en poco tiempo con dos helicópteros de ataque Huey completamente operativos con pilotos y tripulación policial, además de, por el mismo precio, una primera dama. Y solo era la hora de almuerzo. La escolta de escopetas exigida por el reglamento no había aparecido. López aún tenía la esperanza de que apareciera un Huey.

Estas y otras cosas pasaban por la mente del coronel López Málaga a medida que aumentaban los rugidos y el tono de los motores y rotores del Hip. Había dicho a los pilotos que entraran directo, sin rodeos. El joven ingeniero de vuelo de la cabina se agachaba gritando con las manos en alto, los dedos extendidos.

—¡Diez segundos!

Los miembros del grupo en pos del cuerpo estaban sujetando correas y barras. El grupo de ocho que se preparaba para salir por la puerta trasera estaba inclinado hacia delante en sus asientos, con los kalashnikovs preparados.

El teniente bajó la palanca de golpe, abrió la puerta de un empujón y saltó metro y medio hasta el suelo, sobre la hierba gris y húmeda, mientras el helicóptero chocaba contra la pista de aterrizaje. El capitán lo seguía a medio segundo de distancia. Le siguió el tercer hombre. Se dirigieron directamente hacia las mujeres.

El comandante Tello debía haberles hablado de los perros.

Las puertas traseras fueron desbloqueadas por el ingeniero de vuelo y se abrieron. Ocho *rangers* salieron en abanico, cuatro a cada lado, por debajo de la cola. López mantuvo el equilibrio con una mano en una barra. Se levantó para saltar por la puerta lateral, siguiendo el grupo que iba por el cuerpo.

¡Bum! Un fuerte golpe doble, la onda expansiva de un explosivo sacudió el helicóptero. Los turbos rugieron cuando el piloto pisó a fondo el acelerador y puso el rotor a toda potencia para el despegue. Fue la sacudida del rotor, más que la explosión, lo que hizo que López saliera disparado por la puerta, mitad caída, mitad salto.

La explosión hizo que el helicóptero se estremeciera brevemente.

El efecto en los hombres fue profundo. Un golpe de realidad convirtió una patrulla rutinaria en un peligro explosivo. A López le habían dicho que aquí no había nada, un puñado de amas de casa campesinas. Con calma, cortésmente, sonriendo, levantaban el cadáver, trotaban los pocos metros de vuelta, lo tiraban en la cabina, saltaban dentro y partían. No era la primera vez que alguno de ellos hacía desaparecer un cadáver.

La explosión sugería que algo iba claramente mal. ¿Una emboscada? Sonó como un proyectil, una pieza de artillería, algo a

punto de fallar. Los artilleros tenían el alcance. El siguiente proyectil haría crujir al helicóptero. ¿Tal vez un cohete ligero?

En ese mismo momento, vio a los perros. Liderados por un tosco mastín, una jauría de pastores alemanes gruñones y ladradores se dirigía directamente hacia él.

El coronel López señaló con ambos brazos y gritó a través del rugido del helicóptero:

—¡Agarren el cuerpo! ¡Vamos!

Avanzó un par de pasos, trotando y sonriendo.

* * *

Desde los árboles, Q'ori y Amaru, preparados para actuar según su plan de secuestro del helicóptero, observaron cómo la máquina aterrizaba, abría sus puertas traseras y arrojaba *rangers* armados y vestidos de negro.

Q'ori disparó la pistola de señales. Los arqueros soltaron las flechas de fuego.

Una pausa. El ¡bang! Golpe, ¡bum!

Desde el bosquecillo, el helicóptero se estremeció, gimió.

Detrás de la máquina, hacia el lago, había estallado un tumulto. Q'ori observaba. Las mujeres se habían levantado de un salto, señalando con dedos furiosos, gritando, chillando contra el estruendo ahogado del helicóptero, arremetiendo, abalanzándose sobre los tres *rangers*. Dos hombres cargaban algo sobre la espalda encorvada del tercero.

Ella lo sabía. Levantó el brazo derecho y gritó.

—¡Vamos! ¡Ataquen!

Amaru era un comandante nato. Vio la trifulca, cuya causa no adivinó de inmediato, entre los *rangers* y las mujeres. Saltó de su caballo, corriendo delante de sus hombres con las palmas de las manos en alto, deteniéndolos. Cabalgaban hacia una lluvia de balas asesinas.

Había visto cómo los *rangers* salían en tropel de la parte trasera del helicóptero, cada uno con un kalashnikov. Su escuadrón morochuco n.º 2, 10 metros más arriba, siguiendo correctamente las instrucciones de Q'orianka, había iniciado su movimiento.

¡A la carga! Sus perros, los perros de todos, incluidos los mastines gigantes, ya estaban 20 metros por delante, desesperados por unirse, por fin, a una auténtica pelea de perros.

Amaru giró y se subió a su poni. Sus hombres no habían esperado.

Detrás de la retaguardia, Amaru viró bruscamente a la izquierda para unirse a Q'ori, colocándose delante de ella. Buen movimiento, observó Larry, mirando a través de sus prismáticos.

Los arqueros de Q'ori avanzaban disparando flechas certeras contra los *rangers*. La mayoría de ellos había caído al suelo empapado por el aguanieve, ya herido o buscando refugio.

Amaru gritó, haciendo un gesto a los arqueros para que se acercaran a Q'ori, cuya cabalgadura avanzaba a paso firme.

El helicóptero rugía, con fuerza de despegue a toda potencia con dos turbinas. A su alrededor había una confusión de *rangers* dando tumbos, perros lanzándose, saltando en alegres y mordelones ataques.

Los soldados de caballería morochuca derribaron a los aterrorizados policías que quedaban.

* * *

Las mujeres habían visto salir tropa de negro por la parte trasera de la gigantesca máquina. No entendían lo que estaba pasando.

Sonrientes, trotando, con las manos en alto, sin armas ni porras, los ladrones de cadáveres se abrieron paso por entre el grupo que rodeaba a Miski. El teniente y el *ranger* asignado se agacharon, tomaron el cuerpo de Miski, lo arrojaron sobre el hombro del capitán, como un saco de papas.

Las mujeres indignadas reaccionaron. De entre la multitud surgieron dos pastores alemanes a quemarropa.

Los perros fueron directo hacia el capitán, le saltaron a los brazos. El capitán tropezó, cayó, se cubrió el cuello, la cara. Miski cayó al suelo. Los otros dos la levantaron.

El coronel López avanzó hacia el cuerpo en lo que se había convertido en una batalla de gritos y gemidos. Un arrebato limpio había estallado en una pelea callejera desordenada.

Las mujeres recogían piedras, las tomaban con ambas manos y las estrellaban contra las caras y los puños de los *rangers*, que hacían todo lo posible por cumplir las órdenes de no luchar.

La explosión, inofensiva en sí misma, había dado vuelta a la situación. Las mujeres no sabían que había una situación, hasta que comprendieron que la policía en su enorme helicóptero se estaba robando a Miski.

El coronel López agitó los brazos, y gritó a los vigías periféricos:

—¡Vamos! ¡La chica!

Se precipitó al combate, se agachó sobre el cadáver, levantó los 50 kilos de Miski sobre la espalda del tercer hombre del cuerpo, corrió, irrumpió de nuevo en la puerta del helicóptero a 15 metros de distancia.

El teniente había saltado al marco de la puerta. El *ranger* con Miski corría como un jugador de fútbol, bloqueando, pateando, dando codazos. Dos pastores le pisaban los talones, un fila le saltaba al brazo, las mujeres lo jalaban de las mangas, tiraban del cuerpo. Cuatro *rangers* manejaban la defensa.

El capitán y el teniente bloquearon los gritos de ataque. Dos *rangers* más entraron en la refriega, arrojando a las mujeres al suelo, con puntapiés, golpes y brazos rotos, trabajo policial de sábado por la noche.

La ferocidad de las mujeres que chillaban, de los perros que gruñían y ensayaban mordiscos, entre el rugido ahogado de los turbos y el vaivén de los rotores, impedía a los *rangers* que luchaban percibir y ver a la caballería, a los arqueros.

Dos escuadrones de una docena de jinetes cada uno iban al galope, de seis en fondo. Una docena de pastores avanzaba a toda velocidad, saltando por encima de rocas, hierba, ladrando, flanqueados por un puñado de enormes mastines. Diez segundos para el impacto. El comandante enarboló un gallardete que ondeaba en la agitada borrasca del lago. Una carga de caballería medieval.

Los morochucos llevaban largas boleadoras, de las que derriban a un toro. La segunda línea, 10 metros por detrás, traía huaracas, temibles y letales contra soldados alineados con rifles automáticos.

Los hombres y los caballos habrían sido abatidos por los kalashnikov al acercarse.

Hoy los soldados estaban contenidos, confusos, con órdenes de no disparar bajo ningún concepto. Estaban dispersos, abrumados. Los que no participaban en la reyerta eran derribados por potentes flechas y lanzas atlatl. En esta desorganización, no pudieron mantenerse en pie y disparar. Corrieron hacia las puertas traseras del helicóptero. No lo consiguieron.

Los arqueros, muchos de ellos mujeres jóvenes, salían corriendo del bosque más cercano al helicóptero. Otro escuadrón de jinetes había surgido del otro lado, a galope tendido desde un centenar de metros. Ya estaban lanzando flechas, clavándoselas al menos a un *ranger* en el muslo. Su objetivo era la puerta lateral del helicóptero, de pronto el espacio de dos metros por uno más peligroso del Perú.

El coronel López vio que les superaban en armas, flanqueo, número y maniobra. Había ayudado a lanzar el cuerpo al helicóptero. Tardó demasiado en darse cuenta de que le habían acorralado. Vio a dos de sus *rangers* en el suelo, moviéndose, no muertos. Era un sálvese quien pueda, no él esta vez.

—¡Despeguen! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Despeguen! —gritó a los pilotos desde cerca de la escotilla abierta haciendo señas con los brazos, con las manos.

Los pilotos no lo entendieron de inmediato y perdieron segundos antes de cerrar las puertas traseras y accionar los aceleradores.

López giró sobre sí mismo, con las manos en alto en señal de rendición ante quien fuera, mientras se dirigía a uno de los *rangers* tendido en el césped, rodando de un lado a otro, sosteniendo con ambas manos una flecha que le sobresalía de la cadera. Una breve

descarga de granizo se convirtió en fría aguanieve cuando alcanzó al muchacho.

Detrás de él, las turbinas rugían, el latido de los rotores se tensaba, se aceleraba a medida que la máquina se elevaba. Había algo raro en el sonido, un ahogo, un estrépito. López no giró.

La caballería morochuca estaba a 20 metros, los perros acosándolo. Las flechas zumbaron, una cerca de su hombro.

Se encorvó junto al muchacho herido. Resultó ser lo correcto. Los perros, al ver a un amigo que les daba la bienvenida, se acercaron corriendo. En lugar de atacar, lloriqueaban, movían la cola, olisqueaban, lamían las manos del guardabosques y la cara de López.

—Te pondrás bien —le dijo López al niño. No redujo el dolor ni la llovizna helada. Calmó el pánico de los golpes explosivos, los gritos del campo de batalla. También el rugido del helicóptero que despegaba sin ellos.

El Mi-17 se había retrasado seis, siete, ocho segundos después de que López le ordenara partir. El teniente había dudado en abandonar a López y a los hombres heridos. El oficial vio al coronel López alejarse con las manos en alto. Un par de flechas atravesaron la puerta lateral, pasaron cerca de su oreja, a pocos centímetros de su mejilla, silbaron, se clavaron en la pared interior. El teniente se volvió, saltó hacia los pilotos.

—¡Vamos, vamos, vamos!

La puerta seguía abierta cuando la máquina se elevó. Un par de flechas más la atravesaron.

Un envolvente juego de boleadoras lanzadas a boca de jarro por un morochuco de 18 años derribó a uno de los hombres que

quedaban atrás. Siguiendo a sus perros, el joven que lanzaba las bolas saltó de su poni al galope, torciéndose el pie. Ya derrotado, el *ranger* había sufrido un par de costillas rotas y una fea mordedura del mastín del chico, que insistió en agarrar el tobillo del desdichado joven para arrastrarlo un par de dolorosos metros hasta un nuevo claro de hierba húmeda y piedras.

La caballería morochuca, en plena carga de 40 metros atrás, había hecho girar sus boleadoras para conseguir el impulso necesario para lanzarlas contra el rotor trasero ascendente del helicóptero. En lugar de lana de llama, las fuerzas de defensa lupaqa habían mejorado estas armas, utilizadas a diario durante milenios para derribar llamas, caballos salvajes y cuatreros. Las actualizaciones incluían cableado doméstico para resistir el impacto de enrollarse alrededor de las aspas del rotor trasero en lo alto de la cola de babor.

Con el rotor trasero detenido, un helicóptero es incapaz de mantener el rumbo una vez en el aire. Peor aún, toda la máquina empieza a girar en un círculo loco. Si el Hip hubiera despegado instantáneamente cuando López le hubiera gritado, gesticulado, chillado, ordenado «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!», podría haber escapado a la lluvia de boleadoras, lanzas y flechas.

La investigación sumaria del accidente declararía más tarde que fueron las boleadoras las que se estrellaron contra el rotor trasero y derribaron el aparato. Los escuadrones de atlatl habían arrojado sus lanzas ligeras arrastrando cable eléctrico con trozos de media libra de hierro oxidado que habían colocado en el suelo cerca de donde se había abanderado el helicóptero. La teoría era que la cuerda que arrastraba la lanza de alto vuelo enredaría el eje del rotor principal.

Los pernos de hierro repiquetearían, golpearían el chasis y, con suerte, anclando un eje, enredarían la cuerda. El examen posterior al accidente encontraría la cuerda enrollada alrededor del eje. No estaba claro si había contribuido a derribar la máquina.

La primera línea de jinetes se había alejado unos 50 metros cuando el coronel López gritó y agitó los brazos:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Los pilotos estaban a punto de despegar. El teniente había dudado. ¿Abandonar a un coronel a los salvajes? ¿El aire espeso con flechas asesinas, lanzas, bravos de ojos salvajes? López estaba ordenando su propia muerte.

La caballería en carrera estaba a 25 metros, a quemarropa para un valiente andino montado con músculos de hierro, heredero directo de los mongoles de Gengis Kan. Estaban de pie sobre sus estribos, usando ambos brazos para hacer girar las superbolas, golpeando ahora como tentáculos de pulpo aferrados al rotor de cola, asfixiando la hélice mientras el helicóptero se elevaba, rugiendo más alto a toda potencia. Su rotor principal lanzaba tornados sobre el campo de batalla empapado de aguanieve, incluyendo a las angustiadas y enfurecidas mujeres de abajo, una refriega de jinetes, arqueros, mujeres y perros.

El monstruo, un bruto Gulliver atrapado por Liliputs, un mastodonte, se elevaba cojeando furiosamente hacia una tormenta andina. La máquina patinaba hacia arriba. Cuando el helicóptero estaba a 15 metros del suelo, se balanceaba hacia estribor, casi hacia la selva baja. En respuesta al esfuerzo del piloto por autorrotar, un procedimiento estándar en caso de fallo del motor, volvió a girar sobre la orilla del lago.

La caballería, los arqueros y las lanceras atlatl pensaron que se trataba de una huida. Larry Shiels, observando a través de sus prismáticos desde unos 800 metros de distancia, sabía lo contrario. Sabía, como el piloto, que el helicóptero estaba condenado. En Vietnam había visto cómo un cohete se clavaba justo en el rotor de un Bell UH-1 Iroquois, un hábil disparo de algún muchacho del Viet Cong. Él, que había estado suspendido a 300 pies sobre la jungla asiática, zigzagueó locamente, precipitándose sobre los árboles. Todos los que iban a bordo habían muerto.

Aquí, sobre la orilla del lago, el Hip, dos veces más grande que un Huey, había iniciado una incontrolable patinada en carrusel. Los pilotos siguieron los procedimientos de emergencia, intentaron eliminar la resistencia para evitar que el sistema del rotor se frenara. Estaban sobre el lago. Si el rotor trasero se frenaba, las palas podían reventar, cortar el cono de cola o simplemente dejar de volar. En cualquier caso, la situación era «irrecuperable», como se indicaba en el manual.

El helicóptero se estrellaría. Era simple física. Tercera ley de Newton, para cada acción hay una reacción igual y opuesta. Sin el rotor de cola, estaban perdidos. Los pedales antipar del piloto eran inútiles, estaban bloqueados.

El piloto estaba reduciendo el ángulo, el empuje de los rotores, en un intento de amortiguar y contrarrestar el balanceo, sabiendo en su corazón que el helicóptero y todos los que iban en él eran una causa perdida. El espejo lateral habló de un neolítico extinto, el horror había paralizado la máquina.

A los pocos segundos de despegar, se encontraba a 200 pies y a salvo de la turba. Demasiado tarde, vio que huía del enemigo

equivocado hacia las fauces del enemigo imbatible de los aviadores, un colapso del sistema estabilizador. Daba tumbos descontrolados, aplazando el mal momento, hacia un final seguro de agua fría.

Un nuevo destino para el espíritu de la chica muerta en el suelo detrás de él captando la venganza sin vista de una raza antigua, los verdaderos dueños de los señores de estos picos de nieve, estas nubes, estos bosques, estos lagos.

Pateó una barra en su pie izquierdo, apagó el motor, pensó en sus hijos, en su madre. No sería un choque explosivo. Estaban a 15 metros del agua gris-negra. El copiloto, buen muchacho, gritó a la multitud silenciosa y sin motor:

—Aterrizaje forzoso en el agua en tres segundos.

El piloto cortó la bomba de combustible.

En tierra, los lupaqas observaron horrorizados, asustados, fascinados, cómo el rugido de la máquina desaparecía en el aguanieve. Momentos antes pensaron que el piloto estaba reduciendo la potencia para dirigirse sobre el agua. En cuestión de segundos, la amenaza para los *rangers* que escapaban no estaba en tierra. Se aferraba a ellos en el propio aire.

El helicóptero se había convertido en su propio enemigo.

Nunca debía haber intentado huir. El miedo engendrado por los miembros de la tribu a caballo, las mujeres, la tormenta de lanzas y flechas, la expectativa de un cohete explosivo, el clima cada vez más denso. El contundente coronel rugiéndoles: ¡Vamos! Se enfrentaría a su responsabilidad, fría y violenta con su puñado de tropa herida.

Había sido un mensaje contundente, una orden directa e inequívoca del oficial al mando. Las máquinas militares pasan años, siglos, tratando de lograr una obediencia instantánea. La Policía

peruana no estaba destinada a ser militar. Se trataba de una incursión policial en lo que resultó no ser un puñado de campesinas, sino una bien equipada emboscada antisecuestro.

Los pilotos comprendieron que habían sido derribados por armas ancestrales que reclamaban el cuerpo y el espíritu de una hermana asesinada. La venganza es nuestra, decían los señores de estas montañas, lagos, ríos, cabeceras del Amazonas. Si te está pasando, no quieres que sea rápido e indoloro, quieres, querido Dios que sea nunca, no ahora, al menos. No hay tiempo para lágrimas.

El monstruo convulsionaba, rotaba, respondía a otras fuerzas. Descendiendo. El piloto apretó el acelerador, desconectó el accionamiento del rotor mientras el helicóptero se bamboleaba y giraba más deprisa.

La mente del piloto giraba, sus brazos, sus manos rígidas, mientras caían en picada en el agua helada de color gris negro, pronto a unirse a los mamuts cazados por los antepasados de los hombres y mujeres de abajo. Dentro de siglos, los arqueólogos podrían extraerlos a él, a los *rangers* y a la niña de una trampa congelada en la ciénaga, con la fragancia de sus agonizantes y jadeantes respiraciones, de las fauces del pasado.

* * *

El coronel López Málaga se situó junto al niño herido para observar la siguiente oleada.

Una chica a caballo, con las rodillas y los estribos en alto, galopando con un puñado de jinetes subalternos y su jauría de

pastores alemanes y mastines saltarines, se le echaba encima. Había llegado al helipuerto desocupado y saltó del caballo.

Era un comandante enemigo, embarrado, mojado, erguido, firme, frío. A sus pies yacía un niño convulso. Un cuerpo inmóvil, inconsciente, tal vez muerto, a pocos metros. Más allá, otro *ranger*, sentado con la cabeza entre las rodillas, se mecía bajo la lluvia. Un par de los perros de un momento antes se habían quedado con ellos, lamiendo la cara del chico, sus manos, el otro moviendo la cola ladrando, dando la bienvenida a los compañeros de la manada que llegaba.

El coronel López estaba entreabriendo su abrigo con la mano derecha, mientras la otra levantaba su gorra de béisbol blanca y embarrada, en señal de saludo, de rendición.

López había visto a Q'orianka en un destello del campo de batalla, la arrogancia alerta de un comandante. Se notaba. Ella también lo había visto, al civil, desde el otro lado del prado, como solían ser las batallas. Había estado observando, a lo Napoleón, el ataque de la caballería al helicóptero.

Amaru había destinado a un tropel de caballos para acompañarla, a proa y a popa. Un ascenso en el campo de batalla. Larry lo descifró, divisó el nuevo estatus de las insignias militares desde el otro lado del lago. Al otro lado de sus prismáticos se libraba una batalla de vida o muerte.

Q'ori había tendido una audaz emboscada, que convulsionaría la capital, sería noticia en todas partes. Habría «Tú estás aquí, Perú», mapas de la Amazonía en los noticieros de televisión. Volvió a mirar por los prismáticos, afinó el enfoque.

El Hip se había derrumbado en el lago. Ya era un desastre. La baliza buscadora habría emitido un SOS completo, captada por los satélites, empezando por el sistema soviético. Kura tomó otro helicóptero, esta vez no una avispa ligera, sino una máquina de guerra adulta.

Q'ori había visto a los morochucos descender con entusiasmo sobre la bestia. Con un pánico impotente, disfrazado de miedo helado, esperó por un momento que la máquina rebotara alto, que escapara. Tendrían el cuerpo de Miski, sus vidas, su máquina. Al menos sus tropas, las mujeres, estarían a salvo. Rezó a los dioses para que el helicóptero despegara en el mismo momento, y por la misma razón, el coronel López pedía a gritos que se fuera.

Por un momento pareció que lo habían capturado, que le habían impedido levantar el vuelo. Temió angustiada, sentada inmóvil en su poni, que aquello se convirtiera en un tiroteo a balón parado con kalashnikovs escupiendo desde la bestia herida.

Los lupaqas tomarían posesión, a costa de más lupaqa muertos y heridos. El precio de recuperar el cuerpo de Miski sería doloroso, mucho más de lo que Kura querría. Capturar a un grupo de policías peruanos y su helicóptero no significaría nada para las familias de los muertos. Se había extralimitado en sus funciones, no había comprendido los riesgos.

El ataque con armas prehistóricas contra un aparato de la era espacial había tenido éxito. Quizá demasiado. Nada de quizá. Vio cómo el helicóptero derrapaba, frenético, traqueteando agónicamente sobre la costa como si hubieran atado cruelmente una lata vacía a la cola de un perro callejero.

La mente de Q’orianka se había trasladado a la figura de la chaqueta negra, la gorra blanca detrás de donde el monstruo había aterrizado a pocos metros de las mujeres. La figura, alerta, segura de sí misma, aparecía impasible a media distancia a través de la llovizna, la confusión del campo de batalla.

Guayatacocha se convertiría en el símbolo de la resistencia aguerrida de los lupaqa, los amazónicos, contra la Conquista. Todos miraban, incrédulos, asustados ante el horror de los últimos momentos. La lluvia se había convertido en aguanieve, una tormenta local a orillas del lago. Parches de sol reaparecían en los lejanos campos nevados.

Ambas partes se quedaron con el corazón paralizado, congeladas, al comprender lo que estaba ocurriendo. Los lupaqas querían a Miski de vuelta, sí. Pero no querían su bendito cuerpo a costa de más jóvenes muertos, otro desastre.

Q’orianka saltó hacia delante, abriéndose paso, alrededor de su repentinamente estática caballería suelta, atlatls y arqueros. Un antiguo impulso de las luchas de la prehistoria la empujaba a capturar, a proteger quizá, al vencido jefe enemigo. La había visto derribarlo a caballo, de pie sobre los estribos, con los ojos oscuros e inexpresivos al galope, tirando de una catapulta de mandíbulas de acero. Estaba inmóvil, con la cabeza alta, pensativo, ambas manos en alto. Un morochuco de pensamiento rápido había extraído la Beretta de 9.0 mm de la funda de su cadera, su espada concedida a un noble captor. La rendición, el derrumbe, siempre ha sido la parte peligrosa de una batalla.

Capítulo 35



El gruñido del general Costa había informado a Kusi por la radio del Huey n.º 2 de que se había producido un incidente «grave, muy grave» en Guayatacocha.

—Pongan a ese comandante y a los pilotos en línea —había ladrado. Estaba desesperado—. Mientras tanto, diles que es a volar todos hacia el lago.

—¡Olvídate de Melanie! —añadió rugiendo—. ¿¡Dónde coño están esos pilotos!? ¿¡Mis helicópteros!?

Las noticias recibidas de Zara en la radio del palacio eran, en pocas palabras, que el pelotón de policía del helicóptero Hip había aterrizado casi encima de las mujeres que estaban con Miski, había recogido su cuerpo y, en pocos minutos, estaba de vuelta en el helicóptero, con el motor rugiendo a toda potencia y los rotores girando a velocidad de despegue.

Q'ori, Amaru, con un contingente de 40 hombres de caballería lupaqa, habían cargado contra el helicóptero, lanzando bolas de alambre contra el rotor de cola. Esta mortal confusión de cables, ejes metálicos y pesas arrojadas desde todos los ángulos a babor se enganchó en los rotores de proa y popa, mientras la estruendosa

máquina despegaba, derribando e hiriendo a un par de mujeres tastayoc.

En cuestión de agudos segundos, estaba ahogándose, tosiendo, como un ciervo herido, sobre el lago en un remolino, sumergiéndose en 20 pies de agua helada.

Al menos cuatro *rangers* se habrían ahogado, atrapados en el fuselaje. Ese número aumentaría.

Tanto Kura, en D. C., como Q'orianka, en el frente de batalla, habían pedido ayuda médica, mantas, tiendas de campaña, ropa de abrigo y comida para los *rangers* empapados de frío.

Kusi sintió que la presión barométrica bajaba, mientras daba manazos a los nuevos mosquitos en la humedad. En unos minutos llovería a cántaros, presagiando un chaparrón.

Había hecho una carrera olímpica a través del campo pegajoso, saltó un atajo pantanoso de arroyos, zanjas, en busca de ayuda. Le ordenó a un puñado de jóvenes:

—Montones de tamales, tortillas, yuca, papas. Baldes de pollo, cuy, pescado. Ron.

Puso manos a la obra para conseguir el resto a través de la comunicación VHF con la clínica de la Catedral.

Los lupaqas tenían ahora, además de la vieja máquina de Larry, el Águila Dorada, dos helicópteros de ataque Huey de primera clase y el biplano Antonov de 12 pasajeros de la capitana Chasca. Tenía que averiguar la mejor manera de transportar suministros a Guayatacocha. Los lupaqas tenían los dos Hueys de la Policía. Los cuatro *rangers* y su comandante estaban fuera de combate.

Para llevarlos hasta el lago, había tres pilotos de la Policía, sin contar al que estaba en una clínica de Lupaqa con una pierna rota, más Larry y su lugarteniente Hugo en camino a encargarse del Águila Dorada.

Larry había asegurado media docena de tanques de plástico de combustible de aviación en un claro de la carretera principal entre Tres Cruces y Matria. Además, tenía tres camiones cisterna en camino. Tanto, que había vaciado Cusco de sus reservas para la Policía y el Ejército.

La idea original del Alto Mando Lupaqa en Tastayoc había sido dejar que el helicóptero de transporte de tropa aterrizara sin oposición en Guayatacocha. No encontraría a Melanie, no haría nada, se iría zumbando.

Eso no ocurrió.

En cuanto le llegó en Washington la noticia de la muerte de Miski, Kura Ocllo, ciertamente aconsejada por Sayri, envió un mensaje: «evitar convertir la muerte de Miski en una guerra mayor. La política sigue siendo ganar sin combatir».

El encargado de la embajada americana en Lima lo llevó en persona, sin comentarios, al presidente Moldado. Como la mayoría de los mensajes diplomáticos, este tenía mala cara. Es decir, parecía, según esperaban Kura y Sayri, que sus corazones lupaqa estaban en el lugar correcto, amante de la paz, y que debían tomarse al pie de la letra. Eran simples nativos de la Amazonía.

Naturalmente, Kura se había emocionado, a pesar de su rabioso dolor por Miski, cuando Q'ori, Kusiñawi, Huchu, Tonyo y sus perros secuestraron el Huey n.º 1 con Melanie y los policías en la lista de

pasajeros. Literalmente rugió, los animó entre lágrimas en su *suite* del Hay Adams.

El cable, enviado a mediodía, pretendía disuadir al portatropa Hip de iniciar su propia búsqueda armada de Melanie.

Esto, también, había sido un objetivo para conseguir que el Huey n.º 2 aterrizara en puerto Minas y recogiera a Melanie, a quien un grupo disidente lupaqa había capturado y supuestamente estaba devolviendo al Perú.

Esta «tontería», como la describió más tarde la Embajada de Estados Unidos en un cable al Departamento de Estado, se la habían tragado, según la misma autoridad, «a pie juntillas» la Policía y el presidente.

—Los lupaqas saben que Lima sigue pensando que los indios son tontos —dijo el embajador.

* * *

Kusiñawi, la princesa Sacha, Ingrid, la jefa del hospital, la condesa Mamaqhawa, su personal de apoyo y, ahora, Melanie estaban preparando comida, suministros médicos y mantas para despachar los Hueys apropiados para una misión de rescate en Guayatacocha.

Q'ori, con Amaru y su caballería, intentaban rescatar a los *rangers* de la Policía medio ahogados y totalmente congelados. Los informativos lupaqa de Lima, Nueva York y Londres emitían los primeros boletines con la historia del helicóptero de fabricación rusa derribado por primitivos con arcos y flechas.

(AP) LIMA: «Un helicóptero Mi-17 de la Fuerza Aérea del Perú que transportaba tropa se ha estrellado en un remoto lago andino, matando al menos a cuatro personas. El helicóptero fue derribado por una fuerza furiosa de indios amazónicos que utilizaban arcos y flechas, lanzas y cuerdas. La tribu informó del accidente por radio de onda corta a Lima, la capital peruana. Según estos informes, los hombres murieron ahogados, atrapados por las heladas aguas del lago. Se desconoce el número de heridos. Los nativos, miembros de la hasta entonces desconocida nación lupaqa, dijeron que habían derribado el helicóptero con sus armas ancestrales cuando este atacó a un grupo de mujeres que se preparaban para enterrar el cadáver de una joven nativa de 18 años asesinada, presuntamente por balas de la policía, ese mismo día».

Capítulo 36



Las únicas personas que se encontraban a orillas del Guayatacocha a primera hora de la tarde y que no veían cómo el Hip patinaba, rugiendo a gran altura entre el aguanieve de los Andes, sumergiéndose en las negras aguas, eran los hombres heridos que el helicóptero había dejado atrás momentos antes. Estaban en mal estado. Pero vivos.

Esto no se aplicaría momentos después al hombre que se retorcía, gimiendo entre las piedras y las duras hierbas del ichu. Tenía una lanza atravesándole las tripas.

Vivos era más de lo que se podría decir de la mayoría de los ocupantes del helicóptero, atrapados, ahogados, congelados. Se habían alejado chillando de la costa hacia el húmedo aire andino, escapando de una ruidosa horda hacia el húmedo desastre.

El herido de la orilla tenía un atlatl atravesado en el estómago. Había sido lanzado a corta distancia con una fuerza experimentada. La lanza había atravesado el músculo y el intestino inferior blando, cortando la columna lumbar. La hoja sobresalía unos centímetros de la espalda del hombre.

El escuadrón de atlatl señaló a dos de los estudiantes de medicina de servicio hoy en las maniobras de las Fuerzas de

Defensa.

Los gritos del hombre fueron amortiguados por el aguanieve, el granizo, la llovizna, el bullicio de un campo de batalla y el ronco traqueteo del helicóptero siniestrado. ¿Cómo extraer el arpón sin desgarrarle las tripas y la cola lumbar?

Sollozaba, gemía de agonía y de miedo. La sangre goteaba, casi un torrente, por ambos lados de la herida.

Lo que más asustó a los enfermeros fue el flujo de sangre, ya no un goteo, que salía de la boca y la nariz del *ranger*. Su corazón latía entrecortado, agitado, y su respiración se retorcía de vez en cuando.

Los médicos hicieron señas a Amaru cuando él y sus caballos pasaron al galope camino del desastre del helicóptero en el lago. Amaru no tuvo que desmontar para ver que el *ranger* sufría una agonía inmerecida.

—Una dosis completa —dijo a los médicos.

Amaru advirtió al camarógrafo lupaqa que la grabación no sería agradable de ver. Sin embargo, se convertiría en una prueba sólida para «registrar» el incidente. Estos eran los primeros planos iniciales desde que el Hip había aterrizado. Los equipos de cámaras, incluido el de Melanie, se habían escondido en el bosque.

La secuencia de vídeo confirmó lo que la gente de Lima y de todas partes ya sabía: no querían ser atravesados por una lanza amazónica.

Un par de chicas del equipo de atlatl se habían acercado a Amaru.

—Enhorabuena, gracias Suri. Se lo diré a Kura —dijo Amaru. Era el equivalente a ser mencionado en los despachos, un honor en el campo de batalla.

Amaru era el único lupaqa con experiencia militar. De unos 30 años, era una década mayor que el grueso de su tropa.

—Toménle la mano. Ayúdenle a superarlo. Su placa de identificación dice que es Betto —les dijo a las chicas.

Las chicas se arrodillaron junto al moribundo *ranger*.

—Hola Betto, querido. Te vas a poner bien. Te vamos a poner una inyección para quitarte el dolor. Eres un héroe.

La otra chica le limpió la sangre y la lluvia de la cara. Betto se agitó y gimió. El celador le introdujo la aguja de una pesada jeringuilla en la cadera y empujó lentamente el émbolo hacia abajo. La chica contó hasta diez, vio que el rostro de Betto se relajaba y su cuerpo se desplomaba.

—¿Cómo se llaman tus hijos, Betto?

Los ojos de Betto se cerraron, sus labios se movieron en el comienzo de lo que podría haber sido una sonrisa. La sangre seguía goteando de la parte inferior de su boca.

—Les enviaré un mensaje, Betto. Les diré que estás bien y que estarás con ellos cuando llegue el helicóptero. Estarán felices, riendo. Tú también, Betto —continuó la chica. Se le saltaron las lágrimas al pensar en los dos o tres niños que no volverían a ver a su padre. Betto tosió entre la sangre, se estremeció, volvió a toser y abrió los ojos por última vez.

—Vamos, chicas. Ya está —dijo el celador—. Alguien más se las arreglará.

Las chicas se fueron juntas a reunirse con sus camaradas, incluidos sus líderes Suri y Phuyu, el que había arrojado la lanza.

Los equipos de camarógrafos, incluido el de Melanie, que había sido expulsado del vuelo a puerto Minas, se habían centrado sobre

todo en el helicóptero que se estrellaba contra el lago. El camarógrafo de Lupaqa captó unos instantes en los que el celador cerraba los ojos de Betto y le cubría la cara con una sábana de plástico.

La secuencia fílmica de los últimos momentos de Betto, tomada de cerca, sostenida por un monopie, incluyendo a la chica hablando con Betto sobre sus hijos, y la lanza de atlatl en su estómago, y saliendo por la espina dorsal, aparecería sin cesar en los noticieros de televisión durante los días siguientes en toda Sudamérica y Centroamérica. Las imágenes pagaron al camarógrafo lupaqa tres años completos en la Academia de Cine de Nueva York, el comienzo, sin duda, de una distinguida carrera.

En un momento, el *ranger* ya no lloraba, ni luchaba. La muerte del chico se produjo tras la conjunción de mortíferas armas neolíticas, la carga de caballería contra kalashnikovs y un helicóptero último modelo.

La lanza atlatl había sido lanzada por una muchacha de 16 años desde 10 metros. Había visto al *ranger* levantar su kalashnikov contra los morochucos.

Más tarde dijo que le había apuntado a la cadera, debajo del chaleco antibalas. No habría fallado. Él había girado hacia ella.

Una solitaria pradera andina se había convertido por segunda vez en pocas horas en un campo de exterminio en el que, cabría suponer, nunca había pasado ni pasaría nada.

Phuyu había sido recompensada por ser decisiva, rápida como el rayo y mortalmente precisa con un éxito no deseado. Ella era otra que no miraba el helicóptero. Le daba arcadas de mortificación.

Suri, junto con el resto de sus camaradas atlatl, la sostenían, la consolaban y la llevaban a su tienda en el bosque, donde la esperaba un fuego de leña, sopa caliente y un trago de ron. Había pasado de adolescente a adulta en unos segundos.

Un par de décadas más tarde, Phuyu se encargaría de la sanidad de la tribu, madre de tres hijos camino de convertirse en directora del programa de medicina de una de las universidades madrileñas. Q'ori y más tarde Kura le darían las gracias reales, becas para un hermano y una hermana menores.

Suri había, como Q'ori, absorbido la lección Miski: no vacilar; algo que aprenden cazadores, soldados y atletas. Kura la había puesto a cargo del entrenamiento de tiro con arco, catapulta y batalla con atlatl.

Muchos del escuadrón de defensa eran mayores, sobre todo los arqueros. La fría autoridad y el prestigio de Suri la convirtieron en uno de los nombramientos más inspirados de Kura. Ella se encargaría de que los estudiantes que volvían del extranjero para hacer el servicio militar pasaran por rápidos y duros campos de entrenamiento de los que se sentían orgullosos de graduarse.

* * *

Los pilotos de los helicópteros habían lanzado la señal de SOS de repetición automática transmitida al sistema de satélites. El Ejército y la Fuerza Aérea soviéticos informaron de las señales y las transmitieron al Ministerio de Defensa de Perú en Lima en cuestión de minutos.

Los soviéticos habían hecho una doble comprobación estándar. La señal del helicóptero peruano llegaba automáticamente, lo más probable era que se hubiera producido un accidente.

Esto actualizó el foco de atención del equipo encargado de los incidentes en Moscú. Los soviéticos habían sido durante una década los principales proveedores de equipo militar y armas del Perú desde que el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas de Velasco había roto con Washington. Durante años, tanques T-74 habían custodiado la patria, y cazas Sukhoi habían defendido el espacio aéreo del Perú. Los transportes aéreos Antonov y los helicópteros Mi-17 eran una parte importante del paquete.

Los contratos de servicio, repuestos y entrenamiento de las aeronaves, que debían pagarse en efectivo y no solo con harina de pescado, café y cacao, incluían la electrónica de objetos perdidos, en la que participaba una misión militar peruana en Moscú.

Para abreviar una larga historia, el accidente de Guayatacocha ocurrió sobre las 9 de la noche en Moscú, mucho después de que abrieran los pubs los viernes. Los oficiales de guardia de la estación terrestre del satélite en Ucrania sabían que este SOS podría no llegar a ninguna parte, como es habitual en los países de baja intensidad. Lo enviaron inusualmente a la misión militar de Estados Unidos en Moscú en sincronía con los mensajes directos a la oficina del agregado de defensa de la embajada soviética en Lima.

En aquellos primeros días del GPS, el posicionamiento estadounidense sería más preciso. Como el helicóptero era soviético, les interesaba un rescate rápido.

Este alboroto sobre la ubicación de la emergencia no era un detalle. Los hechos eran que pocos minutos después de la 1 de la

tarde OBR987, el Mi-17 había, en lo que a Lima se refería, salido del aire. Tras una breve ráfaga de SOS, había desaparecido.

El bimotor de vigilancia había sido desviado de su ruta de patrulla por la tormenta. Los pilotos de los dos Hueys de la Policía que sabían cómo llegar a Guayatacocha estaban separados de sus máquinas y de sus radios.

A nadie del Ejército, la Policía o la Fuerza Aérea en Lima se le había ocurrido precisar dónde estaba este lago. Esto preparó el escenario para un nuevo giro en la «Persecución de Guayatacocha», como la bautizaría el embajador de Estados Unidos en Lima.

El Control de Tráfico Aéreo de Cusco tuvo la mejor idea, ya que el Mi-17 había seguido los procedimientos operativos estándar para presentar un plan de vuelo adecuado e informes de ubicación posteriores.

* * *

Entre los 10 000 lagos de los Andes peruanos, el Guayatacocha era grande, de ocho o diez kilómetros de largo y un kilómetro y medio de ancho. En realidad, eran tres lagos, que habían cortado a través de pequeñas crestas y montículos a lo largo de milenios.

Aldeas y granjas dispersas y un par de grupos de cabañas de pescadores recogían la nieve y el deshielo de los glaciares de una cordillera inusualmente alta y estrecha que se elevaba sobre profundos valles y abismos. Una muralla de crestas boscosas que se adentra en la Amazonía occidental.

El otro ocupante del helicóptero que había quedado atrás y herido era, por supuesto, el coronel Francisco «Pancho» López Málaga. Había intentado despegar el helicóptero para escapar de la caballería. Su objetivo era el cuerpo de Miski, arrebatado de los ritos que le estaban administrando las mujeres del lugar.

En este caso, los motivos habían sido variados. A los morochucos se les había dicho que su misión era retener o derribar el helicóptero sin herir a nadie. Las mismas órdenes se habían dado a los arqueros, ballesteros y lanzadores de atlatl. Estas instrucciones, en el mejor de los casos limitadas, habían sido inventadas por Q'orianka como una repetición, en su mente, de su exitosa operación extemporánea de la mañana.

La idea para el Ataque n.º 2 había sido capturar y dejar en tierra el helicóptero de la tropa en buen estado y adquirir un pelotón de policías como prisioneros. Esta victoria militar impulsaría el movimiento independentista, reforzado por el asesinato de Miskitani aquella mañana.

El helicóptero chocó contra el lago con una sacudida devastadora, sin apenas ruido, fuente de agua ni olas. El golpe debió de romperles los huesos y aplastarles la cabeza a quienes se encontraban apretados como sardinas en la cabina a 50 metros de la orilla.

Q'ori giró sobre su poni, observando.

Choque fue la palabra. Se podría esperar que el agua permitiera un aterrizaje más suave que el suelo. La diferencia práctica para los ocupantes era marginal. La caída había sido de 25 metros, según el registrador de vuelo.

Los efectos secundarios de un choque en el agua serían mucho más dañinos que los de un choque en tierra firme. Un choque en tierra es, aparte del fuego, una cosa hecha. Un choque en el agua es tan malo como en tierra: el agua es un material duro.

En este caso, la segunda etapa, ante los ojos del centenar de defensores de Lupaqa, fue una nueva pesadilla.

El Mi-17 había caído en 20 pies de agua, que cubrieron la máquina. Minutos más tarde, se posaría de lado, con la puerta abierta boca arriba, sumergido, parte del rotor principal y la cola sobresaliendo.

Estaba a 50 metros de la playa, un largo trecho teniendo en cuenta el agua helada y el suelo de barro. Las únicas embarcaciones a flote en esta parte del lago eran canoas de totora construidas por pescadores para transportar a un par de personas con un remo y una pértiga. Una de ellas se encontraba a 200 metros de la orilla. Un par de jinetes de Amaru galopaban por el sendero de la orilla para ir a buscarla. Otros tres jinetes corrían unos 400 metros más para recoger otras dos embarcaciones similares. Estas canoas tradicionales serían inadecuadas para rescatar a una docena de hombres.

En tierra, Amaru, Q'orianka y sus equipos no tenían forma de adivinar a qué profundidad se posaría el helicóptero.

—Dile a los morochucos que traigan las cuerdas de las mulas de carga. ¡Rápido! Esa agua está helada —ordenó Amaru.

Capítulo 37



Todo era urgente. Los lupaqas y los morochucos se apresuraron a buscar cuerdas y trozos de madera mientras observaban, conmocionados desde su posición en primera fila, la violenta sacudida cuando la máquina se estrelló contra la superficie del lago. Si la tripulación de vuelo, los *rangers*, no hubieran muerto por traumatismo craneal, cervical y vertebral, se habrían ahogado cuando el agua del lago, no muy por encima del punto de congelación, los arrastró hacia abajo para siempre.

Cualquiera que no hubiera muerto estaría, en el mejor de los casos, inconsciente, en agonía inmovilizada, con la columna vertebral y el cuello aplastados y la cabeza rota. Pocos habrían usado los cinturones de seguridad. No les habría dado tiempo el frenético despegue.

Estos eran los puntos de discusión, mientras caballos, cuerdas y hombres se precipitaban al agua entre la orilla y el helicóptero que se hundía. Este torpe aparato era una trampa mortal en tierra, en el aire y más aún bajo el agua.

Q'orianka volvió a la pradera para ver cómo estaba el comandante enemigo. El coronel López Málaga tenía suerte de no estar muerto con las flechas y las lanzas de atlatl clavadas dentro y

fuera suyo. Se había expuesto a sí mismo y a sus hombres y había sido rotundamente derrotado por el espíritu de Miski, cuyo cuerpo había sido arrojado al suelo de lo que se había convertido en un ataúd volador. Su espíritu caminaría sin miedo entre los otros recién muertos...

Las damas de Tastayoc, con sus ritos de pasaje y su apasionada defensa del cuerpo aún tibio de Miski, habían realizado una tarea excepcional. Junto con la némesis andina, la diosa de la venganza, hija de Zeus, se habían vengado de los arrogantes invasores, vencedores de mil batallas semejantes. Su propia máquina había matado a sus asesinos.

* * *

Larry Shiels, al otro lado del lago, vio que no había forma de que pudiera ser útil para ayudar a rescatar a cualquier sobreviviente. Llamó a Zara, dictó un reporte para Kura, describiendo la batalla, el secuestro de Miski, el derribo del Mi-17 y el estado de los sobrevivientes, si los había. Hizo hincapié en la misión policial de arrebatar el cuerpo de la niña muerta para destruir las pruebas del asesinato.

Luego llamó a Sacha. Le repitió lo que le había contado a Kura Ocllo, añadiendo detalles y color: «¿Quién había hecho qué?».

—¿Y ahora?

Sacha le relató en un par de frases el estado de los dos Huey, completos con pilotos, en puerto Minas.

Larry le dijo que debían cargar los helicópteros con personal médico, material de primeros auxilios, mantas, comida...

—Vamos a necesitar bolsas para cadáveres.

La siguiente llamada de Larry fue a Q'ori para avisarle que el avión de vigilancia volvería al lago en cualquier momento. El aguanieve y la lluvia estaban aumentando. El avión habría captado el SOS del Mi-17.

—No importa si ven a tu gente. Mejor si lo hacen, de hecho. ¿Vas a intentarlo? — refiriéndose al proyecto de bajar al avión.

—Sí. Los atlatls y los arqueros se apresuran a alinearse. Amaru quiere probar con las ballestas —dijo Q'ori—. Le dije a Kusiñawi que enviara los dos Huey cargados de médicos, vendas, medicinas, mantas, tiendas. Podemos conseguir comida en Tastayoc. El equipo de televisión del gobierno está aquí. Sus videos y fotos ya están yendo a Lima. Pruebas de todo lo que hemos estado diciendo. Confunden a Palacio. —Q'ori hizo una pausa—. Puedo ver a tres *rangers* siendo arrastrados por el agua hacia los caballos. Cuantos más de ellos vivan, mejor.

—Uno de los Antonov de Chasca se está preparando. Ojalá que puedan transportar sobrevivientes y cadáveres a Cusco. Quizás eso evitará que Lima envíe más helicópteros. Si todo va bien, Chasca estará aquí por la mañana. Tengo que conseguir que Tastayoc despeje su pista de aterrizaje.

—A ver si puedes organizarlo.

No se trataba de una pregunta, ni tampoco de una orden. Sin embargo, no había duda entre ellos. Q'orianka había asumido la autoridad de Inka. Aquí estaba diciéndole a Larry que organizara a Tastayoc para suministrar comida y refugio a los heridos, a los

equipos médicos de rescate que llegaran. De paso, debería asegurarse de que la pista de aterrizaje, a medio terminar, estuviera en condiciones. Buscaba en su mente lo que podría estar olvidando. Miró hacia el lago.

—Alguien, parece que un piloto, está subiendo al techo del helicóptero, otro tipo y otro. Puedes ver que están heridos, ayudándose uno al otro.

—Nos están llamando por el canal 16. Los helicópteros —dijo Larry.

El principal problema inmediato de los dos helicópteros de la Policía era la falta de combustible y la negativa de los pilotos a volar un minuto más sin autorización del cuartel general. Al principio, los generales se negaron a creer que el Mi-17 había sido derribado y destruido, incluso cuando empezaron a llegar las señales SOS de soviéticos y estadounidenses. Aún no habían asimilado la pérdida de sus dos Huey a manos de los nativos. ¿Cómo habían desaparecido el mayor Tello y su escuadrón?

—¡Ponga al capitán en la línea!

—Señor, el capitán está en una canoa ambulancia dirigiéndose a un hospital de los nativos.

Por último, el general Costa, jefe de la Policía de Cusco, comprendió el desastre del Mi-17 y autorizó, de hecho suplicó, que los Hueys transportaran medicinas, tiendas de campaña, médicos y enfermeras. Hugo transportó en el Águila Dorada un par de barriles de combustible de aviación. Suministros y personal médico fueron llevados hasta el lago. El rescate estaba en marcha.

—Tenemos tiendas, mantas. Están encendiendo hogueras. Todo el mundo está congelado. Yo también. Apenas puedo apretar estos botones. Cambio. Fuera —le dijo Q'ori a Larry.

Larry Shiels, jefe de facto de las Fuerzas de Defensa Lupaqa, pensó, como casi todos los días, que tenía mucho más que aprender de sus amazonas, jóvenes, mayores e intermedias, que ellas de él. Esta chica, y había muchas más de donde ella venía, hombres y mujeres disfrazados de estudiantes, niños y niñas, habían decidido quién debía hacer qué.

Q'ori tenía su plan de batalla para entrar de lleno en la nueva refriega a los pocos segundos de un gran desastre, el accidente del transporte de tropa, que ella había provocado de la misma forma que horas antes se había apoderado sin dudarlo de un Huey de la Policía con toda su tripulación. ¿Su arma? Un pesado garrote ceremonial de madera negra tallada, procedente de un museo o de una tienda de antigüedades, en este caso, de siglos de historia amazónica. Se había utilizado para aplastar el cráneo de esclavos y enemigos desafortunados.

Q'ori, sin pensárselo dos veces, había destrozado la espinilla de un valiente piloto de helicóptero del siglo XX, obligándolo a secuestrar su propia máquina. Había dado el visto bueno para derribar un bimotor de la Fuerza Aérea. Tenía una idea clara de lo que hacía.

Kura Ocllo II aprobaría el intento. Un general estadounidense o canadiense nunca lo intentaría. Sayri, el reflexivo cacique de la generación anterior, lo desaprobaría si se le preguntara. Pero tanto él como Inka Kura Ocllo estaban de tertulia en Washington y tampoco se les preguntaba. Momentos después, Larry advirtió que

no era tan sencillo. Kura Ocllo había ganado una delicada batalla política. Los lupaqas eran una tribu no más perdida que los italianos en Roma o los escoceses en Londres.

Desde poco después de ese amanecer lupaqa se había transformado en una agresiva fuerza de ataque de acción rápida, que había capturado dos helicópteros de combate Bell, sus tripulaciones, un rehén de alto nivel y derribado una máquina de guerra de construcción soviética. Para redondear el día, se estaban preparando para hacer lo mismo con otro costoso activo de la Fuerza Aérea.

Los pilotos no habían encontrado cartas de aviación de la zona lupaqa, solo una colección de croquis ininteligibles de carreteras, agricultura y misioneros.

Este avión de reconocimiento estaba equipado con cámaras aerofotográficas en buen estado, con los correspondientes equipos de registro de azimut, distancia, altura y cartografía. El elemento esencial, un teniente entrado en años, era la única persona que sabía cómo hacer que el equipo produjera negativos nítidos en blanco y negro de gran formato.

Sayri, antes de partir con Kura hacia Washington, había observado el avión a principios de semana. Había estado volando en un patrón en el aire despejado de la primera hora de la mañana. Hizo una nota mental para adquirir las fotos y ofrecer un trabajo a quienquiera que las estuviera tomando.

Cuando el avión apareció temprano, flanqueando al Huey Melanie, Larry supuso que se trataba de la misma nave. Había advertido a Q'ori y Amaru que volvería para barrer el lugar donde las damas del distrito estaban llevando a cabo los rituales prefunerarios

de Miski. Había acertado en esa secuencia. No había dado el salto esencial, obvio en retrospectiva, de que el motivo de la visita del helicóptero era el secuestro del cadáver.

Cuando se quedaron solos un momento, Larry le preguntó a Q'ori:

—¿Cuándo te diste cuenta de que el helicóptero venía por Miski?

Q'ori apartó la mirada como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Por qué otra razón un gran helicóptero, presumiblemente lleno de policías y soldados, lucharía en un clima peligroso? Si buscaban a Melanie, sabían por el envío de Mamaqhawa desde la casa comunal que estaba en algún lugar tropical, no en lo alto y frío.

—Podrías haber enviado a un puñado de chicas con dos o tres morochucos de aspecto inocente que lanzaran las boleadoras. El helicóptero nunca habría bajado —dijo Larry.

Esta vez lo miró directamente.

—Fue el Gobierno, la Policía, quien ideó este robo de cadáver.

—Derribar el avión de reconocimiento lo hará claro. Lo que sea que envíen, lo tomaremos, lo derribaremos... Mañana les devolveremos sus muertos. Los heridos, cuando estén en condiciones de viajar. Los entregaremos con los Antonovs de Chasca. Mucha TV en Lima, Nueva York, Moscú.

Larry oyó llegar el avión desde el este. Se inclinaba, descendía, bajo y despacio, como si pretendiera aterrizar en Guayatacocha.

Capítulo 38



Tanto en Washington como en Lima se habían enterado de la noticia a primera hora de la tarde. Un helicóptero soviético último modelo había sido derribado por flechas y huaracas de una tribu perdida de la Amazonía. Venían en plan de ataque a los indios. Media docena de soldados, tal vez el doble, muertos.

Lima estaba más que asombrada, había parado en la certeza anticipada de ver cómo algo se desliza de mal hacia peor. El secuestro de Melanie Moldado, sedienta de poder, por parte de nativos amazónicos, acusada de asesinato, fue un comienzo prometedor.

Los peruanos urbanos vieron que estaban al comienzo de una telenovela de acción de la vida real. Alguien había metido la pata a lo grande. En un mano a mano político que se había salido de control.

La habilidad y sorprendente agresividad de los nativos de la selva era auspiciosa. El presidente Moldado, confundido jefe de Estado, entrando y saliendo de su Mercedes negro blindado, hacía de marido preocupado.

—Estoy preocupado por mi Melanie. ¿Qué marido no lo estaría? —dijo el presidente a las cámaras de televisión. Hizo una pausa,

miró a su alrededor, desafiando a los piratas informáticos con sus máquinas de grabación—. Confío plenamente en nuestras maravillosas fuerzas policiales.

—Voy a descender como ángel vengador, sobre estos indígenas sabelotodo, antisociales —dijo el general Zapata, vicepresidente de Moldado, ministro del Interior, comandante de la Policía—. Tienen la fantasía de que son iguales a nosotros. Se aprovecharon del buen corazón de nuestra primera dama. Nos acuchillaron por la espalda cuando el presidente Moldado les envió un montón de regalos maravillosos.

—De mí se acabó la generosidad. Quería ayudarlos a salir de su ignorancia.

—Mis muchachos solo están haciendo su trabajo, manteniendo la paz, defendiendo a todas las madres y niños peruanos.

El general Zapata hizo una pausa y terminó con una mueca.

—Ya les daré, arcos y flechas.

Miró a su alrededor, sombríamente divertido.

—Tengo que irme. El primer ministro ha convocado una reunión del Gabinete. Una cosa. No quiero oír más tonterías sobre derechos humanos o que la Policía del Perú no puede usar sus armas de fuego defensivas contra los enemigos del Estado.

En Washington, Nueva York, Londres y en las capitales del mundo había que elegir entre poner la historia de los indios amazónicos en la parte inferior de la portada o como noticia principal en la página de noticias extranjeras. Tal vez ambas cosas, con una serie de fotos que incluían alpacas, Machu Picchu y una foto de archivo de Kura Ocllo sosteniendo a una furiosa víbora shushupe de dos metros. Un

portatropa soviético había sido derribado en un lago por arcos y flechas. Había empezado como una fiesta de niños en una tribu de mundo perdido, liderada por una científica rebelde...

El equipo de consultores de D. C. estaba enviando mensajes frenéticos, primero a sus contactos en *The Guardian*, *Daily Telegraph*, *BBC*, *Pravda*, *Le Monde* y *El País*, seis o siete horas antes del huso horario del este. Skip y su equipo de asesores les contaban con urgencia cómo la princesa Inka Kura Ocllo había almorzado en el Pentágono con el vicepresidente George Bush y el secretario de Defensa Caspar Weinberger. Esto había sido una especie de secreto, pero el aparente estallido de la guerra entre Perú y los indios lo había cambiado todo. Bush había quedado tan prendado de Kura que le había pedido que actuara como su asesora personal sobre la Amazonía. Y empezar diciéndole al Banco Mundial y a los demás que dejen de pagar carreteras en la selva. Lo mismo para las represas hidroeléctricas y las minas.

—Dile al Banco Mundial y a los europeos que compren lo que queda de selva y se lo devuelvan a los indios.

Cuando Kura escuchó el mensaje radial de Q'orianka, dictado como un resumen ejecutivo por Larry, contándole cómo los morochucos y los arrojadores de lanzas atlatl habían derribado el gran helicóptero, su prioridad fue llegar a casa y hacerse cargo con las primeras luces del día siguiente. Perú contraatacaría con Dios sabe si una docena de helicópteros y un batallón de soldados disparando y destruyendo el reino Lupaqa.

El pasado, y con él el futuro, sería destruido, arrasado. Ellos, Sayri y Kura, tenían que llegar allí, detener una conflagración. Podría

ser demasiado tarde ya. Lima descendería sobre ellos, como los gobiernos en todas partes. No sería ni siquiera un pie de página en la historia.

Kura necesitaba llegar a casa, ver el cuerpo de Miski. Ella quería cancelar la conferencia de prensa.

—¿Cancelar? Ni se te ocurra —gritó Skip por el teléfono—. Tu objetivo es la independencia, no cómo escabullirte de algún problemita local. Hemos agotado todos los boletos. Lo llamamos «Indios amazónicos derriban helicóptero soviético en un intento de independencia». Hemos hecho un gran esfuerzo. Una chica ha sido asesinada con un disparo a quemarropa. ¿Murió en vano?

Sayri interrumpió: —Mensaje recibido. Plan A entonces. Kura estará allí.

Más urgente, tenían que conseguir a la Cruz Roja… Al Dalai Lama. Al papa.

Sayri telefoneó a un compañero de críquet de Cambridge que dirigía la delegación británica en las Naciones Unidas en Nueva York. Dio a la secretaria su nombre de Cambridge y añadió, teniendo que deletrearlo, «Inka, jefe, de los lupaqas».

—¿Como en Sudamérica? —preguntó la chica.

—Exactamente. Es un poco urgente si es posible.

—Espere. Veamos si sir Richard batea o sirve hoy.

—¿Sayri?

—Sí, Richard. Sayri Lupaqa como diría en mi tarjeta, si tuviera tarjeta. Estoy en Washington.

—Qué alegría oírte, querido muchacho. Me acabas de despertar de la reunión más aburrida de Nueva York. ¿Eres tú el que está causando esos problemas en la Amazonía?

—El mismo. Estamos en un pequeño aprieto.

—A mí me parece que tratándose de ti, es Sudamérica la que tiene el problema.

—Sí, Richard, necesito una mano para ayudarnos a mejorar nuestras cartas.

—El Ministerio de Asuntos Exteriores SW1 aquí a su servicio, escudero. ¿A quién quiere entonarle el trago?

—Lo que necesito Richard, es un verdadero árbitro. Desde nuestro punto de vista, la Cruz Roja sería la primera de la lista. Es un poco urgente.

—Estoy contigo —dijo sir Richard—. Mira, dame tus números. Hay Adams, ¿verdad? Voy a despertar a los de la Cruz Roja en Ginebra para que envíen un árbitro a Lima de inmediato. Sayri, me has alegrado el día. Deja que parezca que hago algo útil. ¿Quieres que hable con alguien más? ¿Fidel Castro, Ms. Thatcher?

Clic. Silencio.

La batalla de Guayatacocha, las batallas más bien, se habían convertido en un torbellino. Si la capital decidía enviar más helicópteros militares llenos de jóvenes uniformados disparando armas automáticas, decenas de lupaqa morirían.

Kura tuvo que consolarse, agradecer los valerosos esfuerzos de los osados jóvenes guerreros. Con los escasos fragmentos anecdóticos de radio que ella y Sayri podían percibir en los comedores de los hoteles y en las limusinas negras Hertz reservadas a los líderes del Tercer Mundo, estos valientes debían de estar preguntándose si se habían excedido.

Debía abandonar Washington para enfrentarse a las duras afirmaciones del lejano presidente Moldado de que el helicóptero

había sido derribado por «misiles cubanos». Melanie había sido secuestrada por indios del cártel, había dicho.

¿Cómo responder a esto? Tal vez el camino era el silencio. Aquí estaba Kura, haciendo la ronda de grandes nombres en D. C. para proporcionar la historia de fondo de «Las super amazonas reclaman la independencia».

Capítulo 39



Q’ori, en uno de su media docena de pensamientos durante el asalto al helicóptero y su desplome en el lago, decidió que debía hacer su transmisión como si estuviera haciendo un informe confidencial directamente a Kura. Empezaría: «Excelencia, soy Q’orianka...». Añadiría un matiz de autenticidad adicional, emplearía un estilo de comandante para informar a su jefe de Estado, escueto.

El aguanieve había empapado sus *jeans* y sus zapatillas. Un auxiliar le había traído una camisa limpia, una chompa y un poncho de plástico. No había lugar seco donde sentarse. Sabía que tenía un público tan impresionante como acaso nunca tendría un lupaqa. Un picnic de niños había pasado de malentendido menor a confrontación internacional. Habló despacio y con claridad, con la mirada fija en el rostro de Kura sentada en su trono de palacio. Una parte de ella concentrada en ver a Kura sentada en la mesa en una *suite* de hotel escuchándola. Kura en una radio a transistores, con una taza de té del hotel en una mano.

—Les habla Q’orianka Condorcanki desde Guayatacocha a 3200 metros sobre el nivel del mar en el reino amazónico lupaqa. ¿Me copian? Cambio.

—Aquí Control Lupaqa, Q'ori. Cambiando al canal 67, seis, siete. Cambio.

—No, Zara. Necesito que este mensaje llegue a todas las estaciones, en especial a Kura Ocllo II en Washington. Quédate en el canal 16, por el momento. Quiero asegurarme de que Su Alteza pueda captar nuestro informe. Cambio.

—Aquí Zara. Q'ori. Continúe en el canal 16. Cambio.

—Aquí Q'ori. Mi mensaje es el siguiente. Aquí en el lago donde esta mañana murió nuestra Miskitani, ha habido en la última media hora un gran enfrentamiento, con resultados muy graves. ¿Cómo me reciben?

—Le copio bien, Q'ori. Hable normal. Cambio.

La voz de Q'ori había ido en aumento. Zara sabía por las luces que parpadeaban en su tablero de control de reserva que había un público de pie, una aurora boreal en explosión. Quería que Q'ori se mostrara fría, tranquila, autoritaria, sin excitación. Al escuchar más tarde la repetición de este intercambio, Kura tomó nota mental para incorporar a Zara a su personal de palacio: tenía 16 años, camino de 26, y era una lupaqa de nacimiento y formación.

—Estoy de pie bajo el frío viento y el aguanieve en la orilla de nuestro Guayatacocha, mirando los restos de un helicóptero peruano de gran tamaño que se hunde en sus aguas. La tripulación lucha por escapar de la cabina trasera y de la cabina del piloto. Puedo ver la mayoría de sus marcas de identificación, un número que nuestros escuadrones de rescate y equipos de defensa vieron al llegar hace un cuarto de hora. ¿Me recibes? Cambio.

—Q'ori. Está despejado. Continúe.

—Correcto. Este helicóptero gigante llegó hace unos 15 o 20 minutos, vino directo de las montañas al sur y al oeste, a través de una tormenta de nieve y granizo. Sabía a dónde iba y aterrizó a pocos metros del grupo de señoras que preparaban el cuerpo de nuestra Miskitani, muerta a tiros por la policía de Melanie esta mañana.

Q'ori hizo una pausa. La señal de radio crepitó.

—Aquí Radio Lupaqa. Consejera Q'orianka, continúe. Tengo a Su Alteza en la línea en Washington. Continúe, consejera Q'orianka —dijo Zara.

Volvió la voz de Q'ori.

—Al aterrizar, las puertas del helicóptero se abrieron y de ellas saltó una docena de *rangers* de la Policía portando rifles automáticos. Se abalanzaron sobre las mujeres gritando, empujándolas. Agarraron el cuerpo de nuestra Miskitani y corrieron hacia el helicóptero. Todo esto estaba planeado, Alteza. ¿Me está copiando, Control?

—Copiando claro, consejera. Continúe —llegó la voz de Zara.

—Su caballería de morochucos, señora, atacó. Sus arqueros y arrojadores de lanzas atlatl enredaron los rotores del helicóptero, disparando flechas a los policías. Pero los del cuerpo de Miskitani saltaron al helicóptero, que comenzaba a despegar. ¿Me recibe, Control?

—Proceda, consejera. —La voz de Zara se había estabilizado, sombría.

—Las boleadoras lanzadas por su caballería, señora, enredaron el rotor trasero, mientras el helicóptero despegaba, escapando. Sus arqueros alcanzaron a los *rangers* que quedaron atrás. El helicóptero

despegó violentamente. Estaba cerca de la orilla y se elevó sobre el agua. Pero giraba sin control, gracias a las boleadoras. Se balanceaba en redondo, en un movimiento salvaje. Los motores se apagaron. La máquina se precipitó directamente al lago, a unos 50 metros de la orilla. Flotó un poco, pero luego empezó a hundirse. Pudimos ver a los hombres empujando para abrir las puertas de la cabina y las ventanas, luchando por escapar. El agua está helada, como usted sabe, señora. Dos grados tal vez. ¿Me recibe, Control?

—Entendido, consejera. Continúe.

—El mariscal Amaru dirigió al instante a sus hombres con caballos y cuerdas de lazo para rescatar a los *rangers*. Fueron más de 50 metros. Algunos nadaron con sus caballos y trajeron de vuelta a algunos de los hombres. Otros pueden estar atrapados dentro. Esperamos que esté tocando fondo, ya que la parte superior, el techo y los rotores aún se pueden ver. Hemos salvado a los dos pilotos y seis o siete de la Policía. Otra media docena no consiguieron entrar en el aparato cuando despegaba. Su comandante, un tal coronel López Málaga, se quedó en tierra.

—Ninguno de nosotros, sus queridos súbditos, señora, está muerto o gravemente herido, por lo que puedo ver. Supongo que media docena de policías se ahogaron en el lago. Algunos de los que quedaron atrás están heridos, tal vez uno muerto por nuestras flechas. Todos se han rendido.

—Suponemos que Miskitani está bajo el agua en el helicóptero. La sacaremos. Fue su espíritu, señora, el que impidió que esta gente nos la robara.

—Por fin, señora, un bimotor de la Fuerza Aérea del Perú se acerca a través de la lluvia. Discúlpeme, debo irme.

El sonido se cortó.

—¿Está ahí, Q'orianka? ¿Me recibe? —dijo Zara. Silencio.

De hecho, Q'ori podía oírlo, pero estaba corriendo a reunir a los arqueros y lanzadores de atlatl y boleadoras contra el avión. Esperaba que su transmisión llegara a las ondas de Lima, a donde fuera. No ganaría nada con más palabrería.

Un poco de teatro no vendría mal.

—Zara. Dile a *madame* Kura en Washington que sus arqueros, atlatl y lanzadores de boleadoras están a punto de ser atacados por un avión bimotor de la Fuerza Aérea del Perú que viene a baja altura sobre el lago. ¡Otro ataque! Esto es una pesadilla. Dígale, Alteza, que intentaremos derribar esto también. Rescataremos a Miskitani para que pueda unirse en forma apropiada a nuestros antepasados.

Un poco largo. Se preguntó si el rugido de los motores se oiría de fondo.

Capítulo 40



Un joven y una joven bajaron al galope de una loma desde lo alto del prado. Uno se desvió hacia Amaru, supervisando en la orilla el rescate del helicóptero entre gritos y perros. La muchacha y su poni se abrieron paso entre el grupo, gritando:

—¡Ya viene el avión, Amaru! ¡Nos va a ver!

Estos eran los niños reclutados para ayudar cuando la historia había sido sobre un picnic. Ambos tenían líneas rojas en las mejillas, intensas, finas y dentadas.

La primera noticia que llegó a las ondas sobre el accidente y el desplome del helicóptero se registró nueve minutos después de las dos de la tarde del viernes, media hora después de que la Fuerza Aérea de Perú, la Unión Soviética y Estados Unidos hubieran captado su señal de SOS retransmitida.

Los pilotos del bimotor eran los únicos fuera de Lupaqa que conocían la posición exacta del Mi-17 derribado.

Al Beechcraft lo había empujado desde las montañas hacia el norte, sobre la selva baja, el mismo frente de tormenta que había molestado al helicóptero de transporte de tropa en su camino desde

Cusco. El Hip se había sumergido solo en las frías aguas de Guayatacocha.

Q'ori, más adelante en la orilla, aún tenía un par de ayudantes con ella. El resto empujaba y empujaba, con el equipo dando los últimos toques a la preparación de los arqueros, atlatls, lanzadores de boleadoras y tiradores de ballesta. Estos apuntarían a enredar los ejes de los propulsores del avión. Con una red de cables de arrastre y fragmentos de hierro, los trozos de acero producirían, esperaban, un peligroso estruendo contra las alas y el fuselaje del avión.

¿Cuál de sus armas, si acaso alguna, podría funcionar?

Esta fue la primera oportunidad de una prueba de campo. El elaborado ataque al Hip por parte de tres docenas de cazadores y pastores de la selva y la sierra había funcionado. Un éxito tan devastador que había impresionado, tal vez asustado, incluso a los flemáticos pastores morochucos. Los que habían visto helicópteros los conocían como temibles escupidores de balas, cohetes y muerte uniformada.

Habían traído lo mismo. No había sido casualidad. Habían vencido a los invasores.

Q'orianka sintió que una ola de acontecimientos crecía sobre ella. Los atlatls le decían que debían estar detrás de los arqueros, no delante. Una luz roja parpadeaba en su VHF.

—Mensajes internos de la Fuerza Aérea. Están molestos por el accidente. Han ordenado al avión de reconocimiento «disparar a los indios». Se lo he dicho a Larry.

Los *scanners* de radio Lupaqa en Lima captaban el tráfico interno militar y policial; nada difícil. No se les ocurrió que los nativos conocieran la radio. Enviaban sus mensajes al aire.

Los 11 sobrevivientes del accidente de helicóptero estaban sentados, tumbados, angustiados, heridos, destrozados. En medio del viento frío y la llovizna, se ayudaban unos a otros a despojarse de sus uniformes empapados y ensangrentados con la ayuda de los equipos de Amaru. Luchando adoloridos, desesperados, se ponían ropa seca suministrada por los morochucos. A los pantalones y chompas se añadían mantas y gorros de lana. Se hablaba de helicópteros que traerían médicos, medicina.

Los heridos de pie —tres de la tripulación de cabina y el teniente — ayudaban a sus compañeros. Se habían enterado por sus salvadores de la llegada de un avión de la Fuerza Aérea. Animaron a los demás sobrevivientes diciéndoles que el avión enviaría sin duda una misión de rescate.

La Fuerza Aérea peruana, los rusos, los pilotos de helicóptero de todo el mundo exigirían una investigación. Los pilotos hicieron un doloroso esfuerzo por levantarse, al igual que los dos oficiales de los *rangers*, el capitán y el teniente. Podían ver al coronel López cojeando hacia ellos. Al principio, el avión no descendió por la ruta de vuelo establecida, a lo largo de la pradera. En cambio, apareció por detrás del risco boscoso de Larry. Unos segundos más tarde, rozó el agua a poco más de la velocidad de aterrizaje, dirigiéndose directo hacia el helicóptero, ya tres cuartas partes hundido, presumiblemente asentado sobre el lecho del lago.

La cola del Mi-17 estaba alta. Un tercio de la cabina estaba por encima del agua. Unos 60 centímetros de la cabina principal y el fuselaje eran visibles. Alrededor de los restos del aparato, que se hundía, había tres piraguas de totora remadas por pescadores. Los barqueros saludaron a los pilotos.

El avión inclinó un ala y voló en círculos sobre el bosque, volviendo en sentido contrario desde el punto de vista de los posibles equipos antiaéreos.

Los lupaqas ya estaban en el suelo, avisados por Larry, incluidos Q'ori y Amaru. No así los sobrevivientes del accidente. Los *rangers* de la Policía, los dos pilotos y el ingeniero de vuelo estaban tumbados, sentados o medio de pie en sus propios grupos. Saludaron al avión con vítores.

Estaban demasiado abatidos, preocupados y helados para advertir que el cañón de un arma asomaba por la portilla de estribor de la cabina. El avión voló hacia las colinas detrás del prado.

Al otro lado del lago, Larry ajustó el telescopio de francotirador que dominaba el cañón del fusil de 7.62 mm sobre su trípode mientras el avión aparecía sobre la cresta, 200 o 300 metros más arriba y un par de kilómetros más allá de la orilla del lago, 600 metros al otro lado del agua.

El avión había volado bajo. Larry creyó ver el cañón del arma cuando pasaba por encima de su escondite. Lo había estado buscando. A través del telescopio, de cerca, una varilla oscura asomaba por la ventanilla de estribor del copiloto. Su memoria frontal le decía que no había estado allí en el anterior sobrevuelo al helicóptero sumergido. Larry pulsó el canal 16 abierto para poder dar la noticia en español: —Cañón de fusil apuntando fuera de la cabina de estribor del avión de la Fuerzas Aérea.

En la distancia, el avión se curvó hacia arriba, hacia abajo y alrededor para comenzar su vuelo rasante sobre los lupaqas y los sobrevivientes. Tenía dos, quizás tres segundos. ¿Era el cañón de un rifle, de una escopeta?

Los lupaqas estaban tumbados o permanecían ocultos, protegidos por sus caballos. Los sobrevivientes de los *rangers*, con sus cálidas chompas de sierra y sus polainas, habían saludado al avión en su ascenso y gritaban, vitoreando, cuando volvía a acercarse.

Por encima del ruido del motor llegaron cuatro, cinco, seis disparos. Uno dio en los cuartos traseros de uno de los caballos, otro en una silla de montar. Un tercero impactó en la cabeza de un maltrecho *ranger*, matándolo al instante.

—Se estaba muriendo de todos modos, creo —dijo más tarde un médico lupaqa.

Otro alcanzó el pecho y el pulmón derecho del teniente, que moriría a la mañana siguiente. Otro se clavó en la cadera izquierda del coronel López, sin llegar al hueso. Salió despedido hacia el suelo húmedo y rocoso por el impacto.

Media hora antes, el coronel López Málaga había sido el solucionador de problemas del gobierno que se dirigía a sacar las castañas del fuego a los irritados nativos como primer paso para rescatar a la primera dama de Perú. En lugar de eso, había perdido a la mitad de sus hombres, un helicóptero nuevo y la nave insignia de la flota. Estaba desesperado. Le ardía la pierna.

En el helicóptero había un botiquín de primeros auxilios con uno o dos pinchazos de morfina, pensó en un gemido de confusión. Tal vez habían estado utilizando dumdums, como él mismo había sugerido para algunas unidades de policía del ministerio.

Muchos días después, el piloto sobreviviente del Beechcraft, el capitán Fuentes, dijo que los tres tripulantes pensaban que el grupo

de sobrevivientes, vestidos como estaban con chompas prestadas y equipo de montaña, eran indios que se burlaban de ellos.

Larry ya conocía la escena. Había alineado el rifle y las miras telescópicas. Le habían enseñado y había aprendido que la única forma de realizar un disparo con éxito era siguiendo una rutina estricta dentro de un tiempo establecido. Había que estar impasible, inmóvil, relajado. Rara vez valía la pena intentar un tiro rápido. Tenía tiempo de sobra.

La decisión de apretar el gatillo dependía de si tenía motivos para creer que el avión estaba disparando a los lupaqas. Estaba convencido de que existía la posibilidad de que la tripulación del avión disparara en venganza. Y así había sido. La tripulación suponía, como todo el mundo en la capital, que los lupaqas estaban utilizando armas de fuego, incluidos lanzacohetes.

Otra complicación era que Amaru y Q'orianka estaban poniendo mucha fe y energía en hacer una prueba completa en tiempo real para ver si podían derribar un avión que volara bajo. Hoy era ideal. Tenían claro que estaban en guerra con Lima. Ahora mismo, en sus mentes, debían continuar lo que en pocas horas se había convertido en una batalla.

No podía apretar el gatillo hasta que el avión estuviera a menos de 100 metros de la gente de Q'ori. Si disparaba demasiado pronto, el Beechcraft podría caer sobre ellos. Si lo hacía más tarde, la tripulación del avión podría estar rociando a la caballería de Amaru con fuego de rifles automáticos. Más niños muertos.

El mundo se había ralentizado. Mientras Larry miraba por la mirilla al avión que sobrevolaba la pradera bordeada de bosques, pensó en la indecisión de Miski aquella mañana. El punto de mira

estaba como debía en la mitad superior del panel de babor del parabrisas de la cabina cuando terminó de apretar el gatillo junto con la explosión de la bala al salir del cañón. Automáticamente recargó, apretó de nuevo. Su mente registró el estallido de los disparos lejanos que cruzaban el lago un par de segundos después de haber sido disparados. Para entonces, el mundo había cambiado.

Visto a través del visor, el parabrisas se hizo añicos al pasar por encima de los arqueros lupaqas. El avión se sacudió. A cada lado del visor, vio destellos, que más tarde resultarían ser atlalts, flechas, boleadoras que golpeaban o fallaban mientras el avión se dirigía hacia arriba, virando a babor.

Los motores cambiaron de sonido. Habían estado girando suavemente, mientras el avión volaba lento y bajo por la pradera. Segundos después de que las balas golpearan los parabrisas, rugieron a toda potencia. Un motor tosió, tartamudeó.

Larry vio cómo el avión, durante un par de segundos, se dirigía directamente hacia él sobre el lago. Los crujidos de sus dos disparos al parabrisas quedaron enmascarados por el ruido de los motores. Estuvo tentado de disparar otra vez. No lo hizo.

Capítulo 41



Segundos después de que las balas de fuego amigo dispararan desde el avión de la Fuerza Aérea peruana contra los *rangers* de la Policía, la aeronave estaba siendo arrastrada hacia abajo, desde el frío y delgado aire de las alturas, hasta las heladas aguas del Guayatacocha, con un motor chillando y ahogándose, como lo habían hecho las turbinas del helicóptero una hora antes.

Esto se consiguió mediante una concatenación de armas neolíticas, entre ellas media docena de tipos de flechas, proyectiles de ballesta, lanzas atlatl, boleadoras de dos y tres piezas lanzadas por encima de los dos motores del avión que se aproximaba. Una pesadilla de tela de araña.

Los lupaqas lanzaron sus proyectiles, se arrojaron sobre las duras piedras mojadas para evitar quedar atrapados en la maraña de cuerdas que arrastraban sus lanzas y flechas. Las hierbas salvajes de la pradera junto al lago se habían convertido en una zona de conflicto al estilo antiguo, donde un campo de batalla se detiene, retrocede y vuelve a encenderse en las cercanías.

Las flechas y los atlalts llevaban sendas estelas de cable que terminaban en un trozo de chatarra. La idea era disparar los

proyectiles por encima de las hélices, enganchando los ejes en un atasco de cordaje.

Un par de arqueros utilizó flechas con vainas de plástico en lugar de puntas. Las vainas contenían tinta negra hecha de savias de plantas sobre una base de goma líquida pegajosa y salvaje. Disparada contra el parabrisas, oscurecía la visión. Funcionó bien en las pruebas con carros, que no eran un blanco tan fácil como parecía. El chofer, aterrorizado, frenaba en seco.

Para esta prueba con un avión de ala fija, las cápsulas estallarían al entrar en contacto con el parabrisas a 400 kilómetros por hora, esparciendo su pegajoso mejunje. Se necesitaba mucha más sustancia viscosa de la que cabía en el morro de una flecha moderna. Los equipos técnicos de los lupaqas, en su mayoría adolescentes, tenían esperanzas puestas en lo que podría convertirse en una poderosa herramienta militar. Soñaban que podría convertirse en un proyectil aire-aire útil contra los helicópteros que utilizan flechas con astiles de aluminio o plástico.

Esta prueba de campo de armamento autóctono, especialmente la sustancia viscosa negra, se echó a perder, para disgusto de Q'ori, Amaru y sus equipos, cuando Larry disparó al parabrisas desde el otro lado del lago. Sin duda, las balas sellaron el destino del avión y su tripulación.

La captura por parte de los lupaqas del equipo de cámaras cartográficas, la película y los diagramas iba a suponer un importante beneficio colateral a gran escala. Los jóvenes querían ver si la sustancia viscosa de la jungla funcionaba. Larry diría más tarde, para suavizar la situación, que el colapso y la caída del avión se debieron «en un 99 %» a la obstrucción y el bloqueo del motor de

babor por las cuerdas que salían de los pernos de la ballesta. Un examen de los restos del avión, realizado primero por Larry y los lupaqas, y más tarde por Beechcraft, concluyó que el motor de estribor había seguido funcionando a trompicones. Según el piloto sobreviviente, el reventón del parabrisas hacía «imposible» ver por dónde iban.

—No podíamos distinguir la brújula, el altímetro. La lluvia picaba, empañaba. Conseguimos emitir el SOS. Sabíamos que teníamos que bajar al agua, cerca de la orilla —dijo el capitán Fuentes.

Pobres desgraciados. La visibilidad era nula con el aguanieve y el granizo llegando como un huracán. No tenían control arriba, abajo, babor, estribor, tenían suerte de estar en el aire. En el momento en que se habían comprometido a aterrizar, con un motor apagado, se enfrentaron al agua helada del lago. Chocaron de lleno contra los restos de una avalancha de rocas de un barranco en las laderas del acantilado.

De los tres tripulantes, el copiloto, que había estado disparando al grupo en tierra, murió en el accidente. El avión había saltado, volcado sobre su espalda, con las alas y la cola destrozadas, arrancadas. Debido a la altitud, el tanque de combustible, tres cuartas partes vacío a esas alturas del día, no había explotado.

El teniente de más edad, Victorino Montes, encargado de aerofotogrametría, tenía rotas las costillas, las dos piernas y un brazo y el cuello descoyuntado. Su cabeza, aparte de arañazos y magulladuras, seguía siendo «operativo», según diría más tarde. Sus entrañas estaban aporreadas pero intactas.

El capitán Fuentes se dislocó un hombro, se rompió la cadera y se destrozó un tobillo. Además, resultó algo más herido cuando lo

sacaban del accidente con calzador.

Un grupo de pescadores de Tastayoc, a un par de millas de la orilla más alejada del lago, había sacado a los dos sobrevivientes en los últimos momentos de luz del atardecer, horas después del accidente.

El viernes por la tarde y en la oscuridad de una noche andina ventosa y fría, el teniente Montes y el capitán Fuentes fueron transportados hasta la orilla del lago gimiendo en delirios de agonía helada. Sus salvadores los depositaron sobre una pila de redes y aparejos en el duro fondo de un viejo bote de aluminio.

Un muchacho estaba achicando salpicaduras y agua de lluvia con una lata, desde dos pulgadas de agua helada al fondo de la barca. Un par de docenas de buenas truchas estaban sueltas en la proa. La embarcación, propulsada por un viejo motor fuera de borda Evinrude de 15 CV, avanzaba con paso firme a través del aguanieve y el viento de los glaciares para reunirse con el helicóptero herido en lo que se había convertido en el campamento principal a orillas del lago.

El accidente del avión de reconocimiento fue noticia instantánea de radio y televisión en Lima y en el resto de América. Fue noticia de primera o segunda plana al final de la tarde en Washington y Nueva York, respaldada por tomas y fragmentos de audio de Kura.

—Esta es una campaña asesina de ataques de Perú contra nativos desarmados y pacíficos. Está claro que no hay ningún adulto al mando en Lima, solo algunos policías locos.

—Regreso inmediatamente a mi reino.

Más tarde los aldeanos transportaron los cuerpos mutilados y aplastados lago abajo hasta el pie del glaciar, donde los enterraron

provisionalmente en el hielo recubierto de piedras para dificultar la tarea de los pumas y buitres carroñeros. Este era el glaciar donde el cuerpo de Miskitani hubiera sido puesto.

Los comentaristas progubernamentales llamaban a los lupaqas «un nuevo Sendero Luminoso». Los más imaginativos salieron con cuentos tradicionales como «los salvajes no están dispuestos a compartir sus antiguos tesoros con Perú». Un presentador de noticias declaró: «Se cree que nueve *rangers* de la Policía y personal de la Fuerza Aérea han muerto en dos incidentes de aviación separados. Entre 12 y 15 *rangers* de la Policía están heridos o retenidos por la tribu en una situación confusa tras los violentos enfrentamientos del viernes que acabaron con la detención de la primera dama Melanie Moldado».

Aquella tarde y noche, las redacciones de televisión y radio de Lima se apresuraban a ordenar las nuevas piezas de una noticia que no cesaba de aparecer. La detención por asesinato de Melanie por nativos de la Amazonía se había producido a media mañana. Al mediodía se informó que dos helicópteros de la Policía habían sido capturados y confiscados por los nativos. Una hora más tarde, un nuevo helicóptero Mi-17 con una veintena de *rangers* de la Policía se había precipitado contra un lago de glaciar con la mitad de la tripulación muerta. Una hora más tarde, un avión bimotor de cartografía de la Fuerza Aérea se precipitó contra el mismo lago. La destrucción del helicóptero y de la avioneta había sido comunicada por el canal abierto lupaqa, recogido por las emisoras comerciales de Cusco. La policía declaró: «No tenemos más información».

En Washington, el Departamento de Estado informó que un helicóptero de transporte militar Mi-17 de fabricación soviética había

dado la voz de alarma en la cordillera de los Andes, al este de Cusco.

La Fuerza Aérea del Perú no había hecho ningún anuncio.

La Fuerza Aérea se enfrentó a otra complicación. No sabían por qué la policía tenía su helicóptero y a sus pilotos y tripulación de vuelo. El presidente había pedido al ministro FAP que le preste el helicóptero informalmente «para rescatar a Melanie».

Resultó que la misión de los *rangers* no era un rescate. Era «para encubrir un nuevo crimen: el asesinato de una niña india a manos de uno de los policías de Melanie».

La voz que llegaba por la radio era la de una mujer calmada y autoritaria que se identificó como la condesa Mamaqhawa, magistrada del reino de Lupaqa.

—Deseo informar a nuestro pueblo y a quien pueda estar interesado, incluyendo al presidente Moldado en Lima, que un helicóptero de la Fuerza Aérea del Perú, identificado en el fuselaje como OBR 987, se ha estrellado y hundido en nuestro Guayatacocha. Parece que había 20 policías armados a bordo más una tripulación de vuelo de cuatro hombres. Seis o siete, tal vez más, murieron en el accidente o se ahogaron en el lago. Los jóvenes lupaqas están tratando de salvar a todos los que puedan.

—He ordenado que dos helicópteros, que nuestras fuerzas de defensa han incautado hoy mismo, se desplacen con nuestros médicos, enfermeras, medicinas, vendas y mantas. He pedido a *madame* Melanie Moldado que acompañe a nuestros equipos médicos para ayudar y consolar a su pueblo en apuros. Como sabrán, he detenido a *madame* Melanie por cargos relacionados con

la muerte de una joven lupaqa esta mañana. Este helicóptero de transporte de tropas y su tripulación de policías no vinieron a nuestro país a rescatar a *madame* Melanie. Ni siquiera la buscaban. En lugar de eso, desembarcaron sin permiso, agredieron vergonzosamente a un grupo de nuestras mujeres que estaban llevando a cabo los ritos religiosos para nuestra querida hija Miskitani, de 18 años, asesinada a tiros esta mañana.

La magistrada Mamaqhawa hizo una pausa, miró fijamente a la cámara, recuperó audiblemente el aliento.

—Este helicóptero y su policía habían venido a llevarse a Miskitani, con el cuerpo aún caliente. Su cuerpo sería descuartizado y arrojado al bosque. Perú encubría el asesinato. El ministro del Interior, un tal general Zapata, pensó que solo éramos nativos ignorantes que no conocíamos los videos, las cámaras y las radios. Nuestros equipos lupaqas han rescatado a 11 ocupantes del helicóptero accidentado, les han prestado primeros auxilios, ropa de abrigo, comida, fuego. Poco después de rescatar al último sobreviviente, un avión de la Fuerza Aérea peruana sobrevoló y abrió fuego, matando a dos *rangers* sobrevivientes e hiriendo gravemente a su comandante, el coronel Francisco López Málaga.

La condesa Mamaqhawa volvió a hacer una pausa. En la versión en video, que llegaría a Lima la tarde siguiente, miraba fijamente a la cámara, con los labios muy juntos, tranquila.

—Tenemos videos y fotografías. Y una descripción del coronel López Málaga. Nuestros cirujanos están tratando de salvar su vida ya que fue baleado por la Fuerza Aérea del Perú —continuó la condesa, sabiendo que el nombre confirmaría a los jefes de Lima que los lupaqas sabían de qué hablaban.

La versión sonora de la emisión de la magistrada llegó a los noticieros de radio y televisión a las siete de la tarde del viernes. Las emisoras de radio la emitieron íntegra.

El canal abierto lupaqa llegaba un poco entrecortado pero claro en ondas largas, medias y cortas. Instaladas hacía una docena de años, y mejoradas por Sayri con antenas altas y resistentes, llevaron el servicio SSB local y de larga distancia y onda corta a todo el mundo, a las aldeas más aisladas de las montañas, valles y ríos selváticos del reino lupaqa, y a un cinturón de regiones circundantes de Brasil, Bolivia y el sur de Perú, con repetidoras en Cusco y Lima.

Esta animada red significaba que en los días de noticias como hoy, todo el mundo estaba conectado. En las discusiones de los meses venideros, las facciones modernizadoras destacaron los enlaces de radio y televisión como prueba de la verdad progresista. Las generaciones más viejas decían que todo el alboroto, empezando por la muerte de Miskitani, era una señal inequívoca de que el movimiento independentista estaba llevando al reino al final de cien generaciones de historia pacífica. En esta ocasión, las ondas de los lupaqas tenían un centenar de oídos externos escuchando el tráfico, empezando por las unidades de la Policía, el Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea en Puerto Maldonado, Quillabamba y Cusco. Estas retransmitían, rebotando cualquier cosa que saliera de Lupaqa, a sus cuarteles generales de la capital, a los ministerios. Las emisoras comerciales de radio y televisión estaban sintonizadas, interrumpiendo su programación con cualquier novedad sobre «La crisis de Melanie».

El secuestro de una joven indígena muerta, un encubrimiento presuntamente ordenado por el presidente de la República. Una

primera dama del jet set detenida por nativos de la Amazonía acusada de asesinato, un escuadrón de policías armados con kalashnikovs en un helicóptero de fabricación soviética de la Fuerza Aérea del Perú derribado con arcos y flechas en un lago. Un segundo accidente aéreo y dos militares muertos por fuego amigo.

La emisión de la magistrada cayó como una bomba. Fue el primer relato directo de los enredados acontecimientos del día. Cada uno había parecido más inverosímil que los anteriores. El relato limpio de la condesa hizo que, por primera vez, la confusión cobrara sentido. El presidente Moldado guardó silencio.

Capítulo 42



El embajador de Perú en Washington, en traje Brooks Bros., declaró a CNN:

—Estos indios son marxistas. Violentos, entrenados por Cuba. Tienen como rehén a la primera dama del Perú, una valiente servidora pública, una Madre Teresa. Dicen que la convertirán en su esclava.

Sacó el pañuelo del bolsillo del pecho y se sonó suavemente la nariz.

—Han derribado un helicóptero de nuestros oficiales peruanos de mantenimiento de la paz. La mitad de nuestros muchachos ha muerto. Utilizaron misiles cubanos para derribar otro avión. Un avión cartográfico desarmado de la Fuerza Aérea que trabajaba para el desarrollo de su propia región —continuó—. Estos nativos están dirigidos por elementos criminales. Dicen que quieren enfrentarse solos, junto a los cubanos. Los llevaremos ante la justicia. La independencia es palabrería para encubrir su violencia terrorista. Este es un caso criminal interno.

CNN lo cortó ahí. El embajador en realidad estaba simplemente mostrando a sus colegas en Lima que él sabía cómo hablar a los

gringos, diciéndoles que no se metan.

Skip había contratado a una joven, Polly Quinn, del *Washington Post*, para supervisar las relaciones de Kura con la prensa. Polly sería su guardaespaldas personal ante la prensa de Washington. Se dio cuenta de que Kura estaba acostumbrada a defenderse sola. Un primer impulso de Kura fue dar a los periodistas un sermón sobre la arrogancia de los capitalinos peruanos. Polly le dijo de inmediato a Kura que era una idea terrible.

—A los periodistas no les gusta que les griten.

A Kura le gustó el consejo que, en cualquier caso, encajaba con su ansiedad por salir de Washington camino a casa, a 7000 kilómetros al sur, pasando sobre el Caribe y luego ascendiendo y sobrevolando los Andes. Cerró los ojos, vio como en una película, sus brazos sosteniendo a la moribunda Miskitani, los ojos de la joven vidriosos, deslizándose hacia la eternidad.

Polly Quinn estaba preparando a la Inka para una operación quirúrgica: la reunión con una potencia mundial, el cuerpo de prensa de Washington. Polly le hacía una pregunta a Kura y justo cuando Kura estaba entrando en materia, Polly levantaba la mano.

—¡Alto! ¡Próxima pregunta! ....

Kura comprendió que iba a estar en la línea de fuego. El punto de inflexión había llegado. Kura tomó aire.

—No se agite, princesa. Calma, mire hacia otro lado. No se incline hacia adelante. El micrófono ya está en su sitio. No diga «Buenas noches». No se aclare la garganta. Responda de inmediato. Parezca paciente, sí, pero como si tuviera una reunión importante pendiente. Alguien, quizá yo, interrumpirá de súbito, y usted se

levantará y empezará a andar sin levantar las cejas. Nada de despedidas —dijo Polly.

* * *

La sala del National Press Club estaba llena. Kura entró medio minuto antes de las cinco de la tarde, lo que pilló desprevenidos a los organizadores, una táctica que Polly ya había utilizado antes. Kura se acercó al micrófono.

—Nosotros, los lupaqas, hemos vivido en el corazón de la Amazonía occidental, incluidas las cabeceras andinas, durante miles de años. Hoy hemos sido atacados por un Perú que hasta hace unas semanas no sabía que existíamos.

Detrás y a un lado había un gran mapa de Sudamérica. Tenía pegada una flecha que decía «estás aquí» dentro de la masa verde de la Amazonía.

—Esta mañana trajeron sus armas automáticas, fusiles de asalto kalashnikov que no poseemos y no permitimos. Antes de las nueve de la mañana, después de una fiesta infantil de bienvenida al distinguido visitante, mataron a tiros a una joven de 18 años, herido de bala a un niño de 12 años y matado a sus perros de compañía. Llegaron en un helicóptero Bell de la Policía, trayendo a nuestra invitada Melanie Moldado, esposa del presidente. Una buena mujer, estoy segura. Pero vino con guardaespaldas armados. No tenemos idea de por qué le dispararon a nuestra joven, a nuestro niño, a sus mascotas —continuó Kura—. Esta tarde, hace tres horas, llegó un enorme helicóptero, un Mi-17, con 20 *rangers*, que atacaron a

nuestras mujeres y se robaron el cuerpo de Miskitani, la joven que habían asesinado antes. Para impedir que se llevaran el cadáver, nuestros campesinos y adolescentes dispararon lanzas, flechas, lanzaron boleadoras, su único armamento. Aún no sé cómo, pero el helicóptero cayó en el lago Guayatacocha. No sabemos cuántos están muertos o heridos.

Dio un paso atrás y saludó a Polly con la cabeza.

The Washington Post: ¿Qué va a hacer con este ataque? ¿Qué habló con el vicepresidente Bush?

Kura: Pido a Estados Unidos que ayude a Perú a mantenerse al margen de Lupaqa. Tanto nosotros como Perú necesitamos los esfuerzos de Estados Unidos y de otros países para salvar la Amazonía.

The New York Times: Su país busca la independencia. ¿Por qué?

Kura: Somos independientes desde hace miles de años. Perú nos reclama basándose en tratados de hace 500 años entre el papa y España. Avanzamos rápido hasta hoy. Nuestras escuelas lupaqas, servicios sanitarios y seguridad son los mejores de Sudamérica.

El Comercio, Lima: ¿Qué derecho tienen a pedir rescate por nuestra primera dama?

Kura: No estamos pidiendo rescate por *madame* Melanie. Nuestras autoridades la están protegiendo de la familia de la chica muerta. Fue su guardaespaldas quien disparó a nuestra muchacha, a quemarropa. Los fotógrafos del Gobierno del Perú lo tienen registrado. ¿Por qué los policías del Perú usaron kalashnikovs contra niños y sus cachorros? Pregúntele al presidente Moldado.

La *BBC*, Londres: El Gobierno del Perú dice que ustedes son marxistas y mafiosos.

Kura: En el Perú hay muchos marxistas y mafiosos. Ninguno de ellos está en nuestro reino.

La República, Lima: El Gobierno de Lima dice que ustedes son financiados por los cárteles de la droga, por Cuba. ¿Quién financia a su tribu?

Kura: La educación y la sanidad de nuestro reino están financiadas por universidades y fundaciones de investigación de Europa y Norteamérica. No necesitamos mucho dinero. No tenemos carreteras, ni burócratas, ni políticos, ni armamento.

The Guardian, Londres: Los cables dicen que un helicóptero portatropa de fabricación soviética fue derribado por su gente. ¿Cómo lo consiguieron?

Kura: Ni idea. Solo tenemos arcos, flechas y lanzas. Pregúntele al Perú qué hacían enviando soldados fuertemente armados a asaltar y matar a nuestras mujeres, niños, perros de compañía y robar nuestros muertos. Pregúntele al presidente Moldado por qué envió un escuadrón con kalashnikovs a un picnic de desayuno infantil.

Capítulo 43



La última pregunta en la reunión del National Press Club fue: —Princesa, ¿cuál es su próximo paso? —La pregunta venía del editor diplomático de *The Washington Post*.

—Estoy pidiendo a la Cruz Roja Internacional que intervenga. Le pido al vicepresidente Bush y al secretario Weinberger, también a Su Santidad, el papa, y al rey de España, que sugieran al presidente Moldado que impulse la paz y la conservación en la Amazonía. No más kalashnikovs.

Alta, elegante y formal, Polly se esforzaba por no poner los ojos en blanco. Sentía que sus colegas ya estaban hartos de la independencia de la Amazonía. Estaban encantados, sí, con Kura y podían ver que era un reportaje fotográfico de primera plana: «Princesa amazónica a generales: ¡Fuera de nuestra Amazonía!». Un postón diría: «Cerbatanas contra cañoneras soviéticas» habían cambiado su atención.

Polly se inclinó hacia adelante para hablar:

—¿Princesa? Aeropuerto.

—A la pregunta de «dónde». Voy a tomar el primer avión al sur, a la Amazonía, a donde pertenezco —se le adelantó Kura

—Me uniré a mi pueblo lupaqa en los bosques y los ríos para ayudar a nuestra nueva heroína en su camino hacia los dioses de la selva.

Polly se inclinó hacia abajo, apagó el micrófono y le dijo a Kura:

—Póngase de pie, sin sonrisa, un ligero saludo real como la reina; gire, así, así, así. Estoy detrás suyo. Muévase, muévase.

Los fotógrafos y los cámaras de televisión dispararon cuando Kura se volvió hacia la puerta. No muy lejos, Polly leía en silencio una hoja arrancada a una máquina de cables.

—AP informa de un Beechcraft desaparecido sobre el lago. Nos vamos de aquí —le dijo a Kura.

* * *

Sin duda, Inka Kura Ocllo II debía apresurarse en volver a casa, a Lupaqa. La cuestión era si Sayri debía dirigirse a Lima, el ojo de la tormenta, o quedarse aquí, moviendo los hilos en D. C.

Sir Richard, si alguien podría enviar a la Cruz Roja a Lupaqa. También intentaría llegar hasta el papa. Llegar hasta el rey de España sería más difícil. Su Majestad en Madrid tenía, como su espantoso predecesor Franco, poco que hacer la mayoría de los días. Las personas que no tienen nada que hacer son las más difíciles de mover a la acción.

Sayri se comunicó por teléfono con sir Richard en Nueva York.

—Sayri, muchacho. Por suerte estoy en casa, celebrando una de esas cenas íntimas de una docena de personas, una de las cuales, sin embargo, va a tener que cantar por su cena de tu parte. Es el

ministro de Asuntos Exteriores español. Este señor, si las comunicaciones internacionales funcionan de verdad para variar, va a hablar con ese tipo, el presidente de Perú, desde mi teléfono aquí dentro de media hora. Si le salen bien las cuentas, le dirá al presidente Moldado que Su Majestad el Rey y el resto del Gobierno de Madrid no verán con buenos ojos más ataques a los aborígenes amazónicos. El rey se comunicará con Su Santidad, para hacer una declaración en la que se informa que España y el Vaticano ofrecerán todo su apoyo a ambas partes. Paz y buena voluntad. Eso es Madrid y algo así como el Vaticano. El muchacho de la Cruz Roja suiza está tomando el avión de medianoche desde Buenos Aires hasta donde nuestra excelente embajadora Daphne McCloud en Lima enviará su vehículo; puede que vaya al aeropuerto o envíe un asistente o al menos un chofer con gorra de visera. Es de primera. Ofrecerá al suizo una cama para pasar la noche en la residencia para que tenga la protección del Imperio británico. Supongo que Su Excelencia ya estará en contacto con el muchacho suizo y la banda de música de Perú. Escucha, Sayri, tengo que ir a servir la sopa con los invitados. Si no, me meto en un lío con la señora, que te manda muchos recuerdos y dice que tiene un arenque del Duty Free y una lata de frejoles con tu nombre en un rincón de su despensa.

Capítulo 44



Cuando Hugo recibió la noticia de Larry por VHF, él y su equipo ya estaban listos para volar. Se habían subido al Águila Dorada, con los primos Takiri/Yaku en la parte trasera. Hugo había cambiado al canal de radio de la Policía, un modesto trabajo de pirateo realizado semanas antes. Al subirse, oyeron al general Costa, en Cusco, preguntar dónde coño estaba su maldito Huey n.º 2. Emergencia con los malditos nativos.

Los dos helicópteros secuestrados por Kusiñawi estaban listos para volar. Las tripulaciones de vuelo incluso habían comido algo. El Huey n.º 1 solo tenía un piloto.

—Van a necesitar médicos, medicina, tiendas, mantas, de todo —le dijo Larry a Hugo—. Envía mensajes para que despejen las cubiertas en el patio de detrás de la enfermería en puerto Minas. Tú pilotea el Águila con Takiri. Tenemos que probar el cabrestante. Vamos a necesitar una tonelada de combustible.

Así se puso en marcha la misión de primeros auxilios lupaqa. Ingrid había sido médica voluntaria en Vietnam del Norte y comprendía las emergencias... Se detuvo un momento media hora más tarde escuchando a tres Bell Hueys rechinando a toda potencia

en el campo detrás de los muelles de puerto Minas. Larry pensó en Ingrid desde su mirador. Se habían criado y entrenado para esto. Ingrid había sido quien extrajo las balas vivas de su hombro y su pierna tras su accidente en Lupaqa un par de años antes.

Para Ingrid, aquello había sido una repetición de incontables operaciones de primera línea realizadas sobre rústicas mesas de caña. Le había dado a Larry un palo de goma dura para que lo mordiera mientras los valientes lupaqa luchaban por sujetar al gigante negro. Larry había decidido, apenas mataron a Miski, que era el momento de sacar su Huey Águila Dorada de debajo de la manga. Hugo lo pilotaría para recoger médicos y mantas en puerto Minas. Sacha ya había decidido que Melanie iría en el primer vuelo arriba a lago de Guayatacocha. Un fotógrafo lupaqa ya estaba en la orilla del lago. Larry necesitaba que Hugo llevara el Águila Dorada al lago para poder realizar él mismo los delicados vuelos necesarios para ayudar a los últimos sobrevivientes del helicóptero hundido, si los había.

—Cada uno de los otros helicópteros tiene que volar y tanquear en nuestro depósito de combustible —le dijo Larry a Hugo por VHF —. Yaku tendrá que copilotar uno de esos vuelos.

Más tarde, en el campamento de emergencia de Guayatacocha, Larry encontró a Kusiñawi.

—Jesús, hombre —dijo Larry—. Birlar un helicóptero de la Policía es algo. Birlar dos, parece que estás pescando el hábito.

Estrechó la mano del chico y le dio una palmada en la espalda.

—Enhorabuena. Buen trabajo. Sé de buena tinta que Kura y Sayri, en medio de la tristeza, están encantados.

Era la primera vez que alguien le decía algo amable a Kusi sobre su trabajo matutino. —Gracias, señor —dijo el muchacho, ocupado en averiguar cómo meter y sacar a quién y qué de sus Hueys—. Hugo resolvió mi problema de combustible.

—Quédate por aquí. Tengo que irme. Llévate a Sacha con Melanie. Parece que se llevan bien —dijo Larry.

* * *

Los noticieros del viernes por la noche y las portadas del sábado por la mañana mostraban radiofotos borrosas en blanco y negro de *Lupaqa News* del hundimiento del helicóptero de tropa Mi-17. La foto clave para los medios de comunicación de Lima era Melanie en bata blanca atendiendo a un *ranger* herido con los restos del helicóptero en el lago, y picos de nieve al fondo. La princesa Sacha, tiendas de campaña, hogueras, aparecían en otras fotos. No aparecieron fotos del Beechcraft.

En un artículo figuraba el presidente Moldado con: «Ha habido un malentendido», junto a una foto borrosa del Águila Dorada de Larry sacando a uno de los tripulantes del Mi-17 medio sumergido. Una foto mostraba a un Huey de la Policía con Melanie y Sacha descargando mantas.

La historia del derribo del recién entregado helicóptero de guerra soviético, destruido por nativos de la Amazonía que utilizaban boleadoras y ballestas, el asesinato de la joven nativa de 18 años y la detención de la primera dama de Perú ocuparon las portadas de todos los periódicos.

Los noticieros no siempre podían decidir si se trataba de un artículo internacional de primera línea o de un resumen del mundo viejo y divertido. Empujados por la insistencia del Servicio de Noticias Lupaqa en que la tribu era la «Salvadora de la Amazonía», algunos periódicos y emisoras le dieron una sólida difusión.

«La primera dama ayuda a los rescatados en la tragedia del helicóptero en la Amazonía», tituló el *Daily Mail*. *The Guardian* se lanzó por «Tribu verde amazónica ahoga a atacantes de helicóptero policial». Los periódicos y emisoras de Lima se dividieron entre «La policía denuncia asesinatos de nativos» y «Nativos de la selva liberan a Melanie en la tragedia del helicóptero».

El sábado por la tarde, los medios de comunicación de Lima titulaban: «Iglesia y la Cruz Roja impulsan la paz en el desastre del helicóptero en la jungla de Melanie».

Cuando quedaba poco más de una hora de luz vespertina del viernes, la doctora Ingrid estaba haciendo el triaje de los sobrevivientes del Mi-17. La capitana Chasca había aterrizado con su biplano An-2 en la pista de Tastayoc, un camino de trocha mejorado, ligeramente enderezado y ensanchado, con 400 metros de longitud, más una curva de 50 metros en el extremo superior, con cinco o seis grados de pendiente.

A 11 300 pies de altitud, la velocidad superaba con creces las especificaciones de velocidad máxima/mínima establecidas en el manual. La capitana Chasca había llegado con un par de barriles de combustible Av. Fueron bien recibidos una arroba de yuca asada y tres paiches gigantes, además de media docena de botellas de ron Selva Lupaqa, que alegraron a los sobrevivientes y a sus asistentes médicos.

Gracias a los depósitos de combustible escondidos por Hugo y Larry, los helicópteros podrían moverse. El plan era que Chasca transportara por aire desde Tastayoc a siete u ocho sobrevivientes heridos hasta Cusco a primera hora de la mañana del sábado.

—Estarán mucho mejor conmigo en la enfermería —dijo Ingrid.

Las instrucciones por cable de Sayri habían sido claras.

—Es vital que entreguemos a las autoridades de Perú al menos media docena de heridos, además de Melanie. Fotografías esenciales.

Ingrid decidió que ocho heridos del Mi-17 podían pasar la noche en las tiendas junto al lago, listos para ser trasladados en helicóptero al amanecer al Antonov de Chasca, sobre la colina, en la pista de aterrizaje de Tastayoc. Ella se llevó media docena de los casos más graves en uno de los Hueys de la Policía a su propia unidad de cuidados intensivos en la Catedral.

A Melanie le dieron a elegir entre pasar la noche en el campamento del hospital junto al lago o regresar a puerto Minas. Escogió este último diciendo que quería estar con «sus chicos», uno de los cuales era el teniente de los *rangers* que había sobrevivido al accidente de helicóptero y al que disparó el Beechcraft en su última pasada sobre el campo de batalla de Guayatacocha. En realidad, solo quería estar calentita y lejos de la frígida orilla del lago.

Q'ori, Amaru, la caballería de morochucos y los contingentes de arqueros tenían sus propios campamentos, más agrestes, en el bosque, a unos 800 metros de distancia. Recibieron una generosa ración de paiche asado y yuca traída por Chasca desde su base ribereña de Mono Blanco en la selva baja.

Hugo y Takiri tuvieron una tarde llena de acontecimientos. El Águila Dorada, el Huey modificado de Shiels, incluía un sistema de poleas y cabrestantes. Los chicos habían hecho una prueba en la base de la Baticueva en la que uno de ellos se descolgaba del helicóptero suspendido, enganchado a una correa de paracaídas modificada. En teoría, la correa podía transferirse a una víctima.

Larry le había comprado a cada uno de los muchachos un elegante buzo térmico acolchado de una talla más grande que la suya para que les quedara holgado, además de botas, guantes y gorros. Hugo tenía el Águila Dorada sobre el lago...

Los restos del Mi-17 sobresalían unos metros por encima del agua. Un par de botes de totora de pescadores traídas por Amaru desde una bahía a varios cientos de metros de la orilla del lago estaban en camino, con un par más, aún a cierta distancia.

Larry había estado aquí y había hecho esta operación de rescate flotante muchas veces. Era lo normal para un piloto de la Marina. El aguanieve había disminuido. Fuertes ráfagas de viento del glaciar hicieron difícil mantener una posición, especialmente en la altitud de más de 10 000 pies.

Realmente se necesitaba un copiloto experimentado, pero Hugo se había ido con los Huey de la Policía para guiarlos hasta el vertedero de combustible oculto cerca de Matria. Una ventaja para Takiri/Yaku era que pesaban poco más de 50 kilos cada uno. Larry vio a tres hombres en el techo del helicóptero que se hundía, dos en el techo de la cabina y un tercero medio extendido sobre el rotor principal. En cada una de las dos canoas de totora había un par de sobrevivientes que estaban siendo remados hacia la orilla.

Uno de los muchachos se enganchó al cable, el otro manejó el cabrestante motorizado dejándolo caer, un poco demasiado lento al principio, un poco demasiado rápido al final. Así las cosas, se dejó caer, empapado hasta la cintura en agua a 8 °C, y peligrosamente cerca de una maraña de alambres y cables, restos de flechas, lanzas de atlatl, boleadoras.

Ayudado por un tirón del cabrestante situado 20 metros por debajo del ruidoso Águila Dorada, el chico se estabilizó en los escasos metros cuadrados de lo que había sido el techo de la cabina del Mi-17. Los *rangers* estaban sufriendo tres formas de agonía, sin contar la miseria por el frío del aguanieve sobre el agua del lago helado y el tiritar del natural miedo a una muerte miserable.

Takiri estaba a un par de metros del hombre que se aferraba al eje del rotor. Resultó ser Dimitri, el ingeniero de vuelo soviético, que solo podía asentir o sacudir la cabeza con los dientes apretados mientras Takiri se esforzaba por abrocharle el arnés de repuesto bajo las axilas.

El chico intentó empujar el arnés entre las piernas del herido, pero Dimitri gritó: la base de su columna vertebral resultaría aplastada. En lugar de eso, el chico ató las correas sueltas alrededor del pecho de Dimitri, mejor eso que nada. Luego hizo una señal a Yaku a través del aguanieve, la ráfaga de viento y el estruendo ensordecedor para que las levantara.

Había unos 50 metros hasta la orilla, donde una docena de pares de manos de arqueros y morochucos estaban extendidas, deseando que la pareja cruzara hacia ellos, hacia la vida.

Dimitri tenía al mejor piloto de rescate del mundo 20 metros por encima. Levantar a los dos y alejarlos de la maraña de rotores y

cables supuso sacudidas hacia abajo y hacia arriba. Dimitri gritaba mientras tomaban tierra y flotaban unos metros por encima de la superficie. Tardaron medio minuto en llegar a la orilla.

Larry condujo al Águila Dorada por los interminables metros hasta el campamento de tiendas que otros estaban montando desde los recién llegados Hueys n.º 1 y n.º 2, con los brazos por debajo de Dimitri colgando con demasiada incomodidad y agonía como para responder. Larry continuó hasta la tienda principal del hospital. Lo hicieron bien.

Mientras el Águila Dorada sobrevolaba la explanada de la carpa principal, que aún se estaba levantando, Yaku, en el helicóptero, soltó el trinquete del cabrestante. Dimitri y Takiri cayeron sobre un montón de los brazos que los esperaban. Dimitri gemía, indefenso. Takiri estaba inmóvil, en estado de shock por el frío húmedo y lo que resultaría ser una costilla fracturada y una docena de magulladuras. Pasó un largo rato mientras los rescatadores jugueteaban con las correas y los ganchos hasta que quedó claro que el cable del cabrestante principal estaba libre.

Ingrid había llegado momentos antes con un par de jóvenes médicos y cuatro enfermeras. Los arqueros y morochucos estaban entre intentar rescatar las vidas que quedaban en el helicóptero y atender a los *rangers* que habían tenido la suerte de quedarse atrás.

Ingrid tenía preparado un anestésico para Dimitri y Takiri.

—Ambos necesitan una taza de té dulce —dijo—. Todos también. Pide a Amaru, a Q'ori que prepare cuatro, cinco hogueras, no demasiado grandes. Este tipo es ruso. Yo me encargaré de él. Su columna vertebral está mal. Córtale la ropa, toda. Cúbrelo con una

sábana y dos mantas. Agua caliente, agua caliente. Necesitamos litros.

Hacía muchos años que Ingrid había renunciado a gritar contra los causantes de las desgraciadas lesiones que tan bien sabía reparar. Hoy conocía a los que movían los hilos. Había renunciado a culpar a soldados y aviadores de estupideces, de errores crasos. Tenía tres nuevos pacientes, ya medio deshechos por las balas que tendría que extraerles. Uno no sobreviviría.

Melanie había crecido en las siete u ocho horas transcurridas desde que había aterrizado como invitada de honor en una fiesta infantil en las afueras de su mundo. Una docena o más de jóvenes habían muerto desde entonces.

Podía imaginarse el caos en Lima. Aquí estaba, en el frío húmedo de Dios sabe dónde. Estaba siendo tratada correctamente, cierto después de aquellas esposas, aquella mula, tirada en el suelo de aquel helicóptero.

Le diría al presidente que todo esto había sido una chapuza desde el principio. Kura, Su Alteza Real, no se había molestado en estar a su lado y había puesto al mando a un puñado de críos. Ahora la culpaban a ella del desastre.

No pasaría la noche en este frío bestial, sino abajo, en el calor. Tenía los dedos, las manos y los pies mojados, helados. Esta vez será mejor que envíen el avión presidencial.

Capítulo 45



Los ayudantes de la doctora Ingrid habían llamado a los médicos y a los asistentes para que sacaran del almacén las reservas de medicamentos, vendas, anestésicos y antibióticos. En cualquier caso, estaba preparada.

—Mi vida es una emergencia continua —decía con flotante precisión germánica—. Por eso las nuevas emergencias son para mí la vida normal.

Lo hacía sin prisa, a la mitad del tiempo que cualquier otro. Los pacientes se recuperaron al doble de velocidad, quién sabe por el efecto de una larga mirada de los ojos azulados de Ingrid, su voz firme diciéndoles:

—Ya está. Mejor que nunca.

A pocos meses de llegar, unos años atrás, podía decirlo en piro, asháninka, machiguenga, en una réplica del acento, y repreguntar en dialecto a un paciente sobre el tipo de serpiente o araña que lo había picado.

Utilizaba fotos, que tomaba con una vieja Leica, para su guía de campo identificando plantas, hojas, insectos. Clasificaba sus curas de hierbas, materia médica, con los curanderos, convirtiéndose en

experta en mezclas y potencias del tabaco crudo, la ayahuasca, el kambo, administradas según las fases de la luna.

Los curanderos y las mujeres habían pasado a confiar en la doctora Ingrid con encantamientos e ícaros. Ella comprendía la dificultad que tenían para explicar con palabras por qué y cómo funcionaría una poción. Hacían experimentos. Ella los invitaba a su laboratorio para que miraran por el microscopio el espíritu de la planta, del insecto.

—Ven que es como ellos, científica, sensible y sensata —decía Sayri.

De huesos finos, Ingrid caminaba y se movía con rapidez, sin prisa, encorvaba los hombros, sacaba la barbilla como hacen las mujeres altas.

En Vietnam y el Congo había desarrollado el talento natural de los selvícolas para absorber las señales inconexas que predicen por dónde podría aparecer el peligro. Los pacientes y otros médicos permanecían cerca, advirtiendo cómo había escapado de una bomba estadounidense, explotada momentos después.

Cuando su marido, un cirujano ortopédico, murió, «desaparecido para siempre» en un ataque de un B52 contra la frontera de Laos, ella se unió a una orden de monjas de Moravia con una misión de sanación, una especie de Médicas sin Fronteras soviéticas.

Kura e Ingrid se llevaban bien. Ingrid no subestimaba el coraje de Kura al cambiar las certezas de la investigación científica por amorfas realidades políticas. A Kura le interesaban especialmente las investigaciones de Ingrid sobre las feromonas.

En el documental de Lupaqa, Kura explicó al mundo el proyecto:

—Estamos desarrollando feromonas para atraer o repeler serpientes, arañas, hormigas soldado y hormigas bala, avispones. Esperamos desarrollar concentrados de estas sustancias químicas para protegernos.

La película mostraba a Kura sosteniendo una serpiente gigantesca.

—Se trata de una shushupe de uno de nuestros criaderos de serpientes cerca de un dragado de oro en Madre de Dios y de los campos de gas de Camisea. Es una de las muchas serpientes venenosas de ese territorio, como la *fer-de-lance*, la coral o la loro machaco.

Ingrid también coleccionaba y estudiaba arañas, orugas, avispones y hormigas. Sus venenos podrían ayudar a desarrollar sueros para curar debilidades genéticas y del sistema inmunitario, posiblemente el cáncer o la esclerosis múltiple.

Capítulo 46



La fría llovizna había teñido la tarde de un gris sombrío, haciendo que la noche que se avecinaba cayera más rápido, más negra. Había amenaza de aguacero, pero ahora se había suavizado hasta ser una neblina húmeda. Hacia la medianoche, el aire se despejaría en una crujiente luz de estrellas, convirtiendo los glaciares invisibles en una dura presencia con la promesa de una mañana limpia y cálida surgiendo de las nieblas de la selva baja, corazón del continente.

Desde su campamento en lo alto del otro lado de Guayatacocha, Larry observaba las hogueras y las linternas de querosene. A un lado del campamento de los *rangers* había un grupo de carpas de hospital con iluminación y mantas eléctricas suministradas por un generador portátil. Más arriba estaban los dos helicópteros Huey. Habían llegado con las últimas luces del día después de tanquear en el depósito de combustible situado sobre una cresta en la parte baja del bosque, cerca de la carretera a Cusco.

Los Huey estarían listos al amanecer para transportar a un grupo de *rangers* heridos a través de un paso hasta la pista de aterrizaje improvisada a las afueras del pueblo de Tastayoc. Desde allí, el Antonov los trasladaría, tal como estaban las cosas, a Cusco. Esta

había sido una breve instrucción de Sayri. Si no se confirmaba, los helicópteros transportarían a los heridos a la enfermería de la Catedral, que sería, en cualquier caso, la mejor solución médica.

Había sido un día duro para los Huey. La tripulación de cada uno de ellos estaba acostada sobre colchones de aire en sus cabinas traseras, lista para la acción, con la esperanza de que los eficientes lupaqa le hiciera empezar el día antes del amanecer con un café caliente. Esparcidos por el suelo detrás de la pista de aterrizaje había montones de cartones, restos de los copos de maíz, azúcar, cigarrillos y leche en polvo enviados por el presidente de Perú. Regalos costosos.

Larry estaba, como en las anteriores tardes, en el lago, sentado en su silla de lona. Este y un futón ligero eran los dos principales elementos de su equipo personal que llevaba consigo, mientras recorría el reino lupaqa en canoa, mula y helicóptero, organizando patrullas de defensa locales y ayudándolas a decidir cómo enfrentar a los leñadores, mineros, misioneros y sombríos colonos invasores.

Esta noche había sido diferente.

Larry Shiels volvió a revolver en su mente las mortíferas refriegas de flechas y balas que había observado desde ese mismo lugar, prados y bosques vacíos desde la última Edad de Hielo. Los estallidos de hoy en el increíble choque en espiral de un helicóptero desbordado contra las aguas del lago. Minutos más tarde, un avión patrulla que escupía fuego de fusil automático se había desviado, estrellándose contra los acantilados de la playa del lago helado a un kilómetro y medio de la orilla.

Una de las preocupaciones inmediatas era que esta secuencia de confusión en el campo de batalla pudiera desestabilizar la apacible

vida campestre de la tribu. Esta opinión era quizás exagerada. Los lupaqas habían estado repeliendo enemigos desde siempre. Crecieron haciendo frente a la vida del bosque. La vida eran acontecimientos más que amenazas. Hoy los fantasmas tradicionales se habían transformado con una rapidez espantosa, pasando de fantasmas de armario a una realidad infernal y estridente, a una violencia venenosa de otro mundo.

Hoy podría haber sido una catástrofe. Los jóvenes lupaqa, en cambio, habían derrotado a estos flamantes engendros.

Los peruanos no esperaban ser contraatacados por nadie, y mucho menos por nativos de la selva. Se habían convencido a sí mismos de que solo tenían amas de casa a las que patear. En lugar de eso, una horda de caballería, implacable, de arqueros duros, los habían envuelto.

Los arqueros y los jinetes se habían estado preparando para esto con la ayuda de Larry. El objetivo había sido evitar que algo así ocurriera realmente. Una carga de caballería a finales del siglo XX contra ametralladoras. La preparación sin duda había causado el estallido de hoy.

Sayri le había recordado a Larry cómo había empezado todo unos años antes, cuando Larry pilotaba a través de una tormenta en una cordillera sin cartografiar. En lugar de darle con el pico de hielo y enterrar el helicóptero en pedazos, los lupaqas convirtieron tanto a Larry como a su máquina en activos. Hoy había llegado otro helicóptero no invitado, torpe y amenazador. En cuestión de minutos, los lupaqas lo habían destruido. ¿Era esta la manera de mantener su país seguro? ¿O era buscarse verdaderos problemas?

Capítulo 47



La voz ronca y el rostro furioso del ministro del Interior, el vicepresidente Zapata, aparecieron ante las cámaras a tiempo para el telediario de las diez de la noche del viernes.

—He tenido cuidado de ser reservado sobre los acontecimientos de hoy en nuestra región amazónica para proteger a nuestro pueblo y a la primera dama de mayores problemas. Un grupo de delincuentes internacionales se ha erigido en una tribu perdida de la Amazonía para robarle a la nación peruana sus abundantes recursos naturales. Como la mayoría de ustedes sabe —prosiguió—, *madame* Melanie voló esta mañana a dicha región amazónica. Iba a dirigir una reunión infantil de buena voluntad, aprovechando la ausencia del autodenominado líder de esta supuesta tribu lupaqa. Naturalmente, acudió con el apoyo policial habitual para cualquier alto cargo del Gobierno. Todavía estamos reconstruyendo la historia. Sabemos que los lugareños le soltaron los perros a la primera dama y su equipo. Durante la refriega, una nativa apuntó con su arco directamente a la primera dama y su guardaespaldas, totalmente uniformado, y dentro de la legalidad peruana, disparó y mató trágicamente a la chica. Y vaya sorpresa, los nativos estaban totalmente preparados con cientos de individuos armados, que

asaltaron y maniataron a la primera dama. Una banda internacional de estafadores, aliada con los cárteles colombianos y mexicanos, se ha apoderado de los miembros de estas tribus. Les hemos seguido la pista. *Madame* Melanie estaba dando un paso valiente para defender a la gente inocente de esta remota zona. Presentaremos cargos por el asesinato de un número desconocido de nuestros valientes *rangers* de la Policía. Dos de nuestros aviones han sido derribados y otros dos están desaparecidos. Hoy mismo, nuestra fiscalía ha presentado una denuncia contra la líder tribal por encabezar una organización criminal, tal y como se define en la legislación peruana. Al mismo tiempo, nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, en asociación con el Ministerio del Interior, ha solicitado a Interpol su inmediata detención y extradición siguiendo los procedimientos legales del caso. Esta nativa ha vertido una serie de mentiras y acusaciones contra mi persona y mi gobierno. Les pido paciencia en esta delicada y peligrosa situación. Los mantendré plenamente informados a medida que vayamos descubriendo los detalles de este complot para desestabilizar y arrebatar el control de nuestro querido territorio amazónico.

Equipos de cámara de Los Ángeles, Miami, Sao Paulo y México corrían para abordar los aviones con destino a Lima a medianoche. A la mañana siguiente, las portadas mostraban fotos de archivo de *Elle* y *Vogue* de una Melanie más joven junto a imágenes de la angustiada primera dama en su comparecencia en la Amazonía. Fotos y videos de jóvenes lupaqa, en su mayoría muchachas, con cerbatanas de dos metros, lanzas, flechas y caras pintadas, algunas sujetando víboras que parecían enfadadas, fueron suministradas a AP, Reuters y UPI por el servicio de noticias lupaqas.

«Los primeros en morir», titulaban las fotos de los perros muertos en los tabloides. Los cachorros muertos y moribundos aparecieron en las páginas interiores, en los reportajes fotográficos y en los noticieros de televisión. El discurso del presidente también fue portada.

En el momento en que las declaraciones de Mamaqhawa llegaron a las ondas, Kura estaba en el aire, en ruta hacia Bogotá desde el aeropuerto National en D. C. La Embajada del Perú había informado a los alguaciles que Kura volaría desde Dulles a Lima vía México.

El equipo lupaqa en Washington había decidido, tras recibir el informe de situación de Larry, que Kura debía regresar de inmediato. Sayri se quedaría en D. C., desde donde las comunicaciones con la Catedral eran sólidas. Él podría manejar diplomáticos y banqueros, así como las relaciones públicas y el control de daños. Una prioridad era hacer entrar a la Cruz Roja Internacional en la sala.

La Embajada de Perú-Washington no se hizo esperar: «Los ataques contra patrullas rutinarias de la Policía peruana fueron llevados a cabo por combatientes amazónicos bien armados, financiados y entrenados por intereses criminales y políticos internacionales vinculados a cárteles de la droga con base en Colombia, Cuba y México. La operación, cuidadosamente planeada por un grupo de renegados disfrazados de nativos tradicionales, había llevado a cabo un secuestro despiadado y una destrucción sin sentido».

El embajador declaró que el Ministerio del Interior y, por separado, el Estado Mayor Conjunto estaban tomando medidas inmediatas para «sofocar esta rebelión extremista desamparada que intentan llevar a cabo terroristas en el estilo de Sendero Luminoso».

* * *

Una ventaja para Sayri y una generación mayor de lupaqas reflexivos resultó ser recuperar la película y los instrumentos cartográficos del Beechcraft derribado. Por sugerencia radial de Sayri, Larry pilotaría el Águila Dorada al día siguiente con dos ingenieros de una de las minas lupaqa hasta los restos del avión, a kilómetro y medio del otro lado del lago, donde se dieron las batallas. La mayor parte de la película fue rescatada.

El teniente Montes, especialista en fotogrametría, iba a pasar el resto del año siendo curado y atendido por los médicos lupaqas. Sayri organizaría el traslado de su mujer y su hijo para que se reunieran con él.

Con un equipo de Lupaqa y la propia colección de mapas del reino, USAF/DoD, el Ministerio de Transportes y Comunicaciones, militares, el teniente rescatado y sus colegas de Lupaqa elaboraron un conjunto indiscutible de cartas, pionero electrónico de los Sistemas de Información Geográfica (SIG), trazadas por satélite.

Un año después, incorporaban la geología, los caudales variables de los ríos, el grosor de los glaciares, las densidades de población, la temperatura, la humedad y las presiones barométricas.

A Sayri, a medida que se acercaba a la mediana edad, le gustaba llamar «fractal» a su falsa expansión cartográfica del reino, tras escuchar una conferencia de Mandelbrot en la que afirmaba que no hay líneas finas ni descripciones exactas de nada, empezando por los mapas.

Este mapa intachable de los lupaqas se registró ante las autoridades del caso, incluidos el Departamento de Defensa, Nat

Geo, el Banco Mundial, la DEA, el BID, la Unión Europea, la Unión Soviética, las Naciones Unidas y China. Los mapas eran tan convincentes que los lupaqas debieron tener cuidado de que no les engañara su propia inteligencia.

El reino lupaqa volvió a ampliar su territorio a una mitad más. En D. C., las nuevas fronteras serían la base de las negociaciones con Perú, Brasil, Bolivia y la ONU.

Capítulo 48



La católica Cusco es la ciudad más antigua de América, una especie de hermana menor de Teotihuacán (México). Cusco tiene murallas y calles incas. La catedral y las iglesias coloniales están construidas sobre cimientos inca.

La residencia del arzobispo se encuentra a mitad de la calle Triunfo, detrás de la catedral, en el corazón de Cusco, la capital inca y colonial, en lo alto de los Andes tropicales.

Antes de la Conquista, Cusco había sido un centro religioso y político por cientos de años, uno de los deslumbrantes núcleos de civilización que surgieron en toda América antes de la llegada de los europeos.

A su vez, el Imperio inca había sido el sucesor de una serie de distinguidas culturas extendidas por los valles del Alto Amazonas. Culturas de tierras altas que se remontaban a miles de años antes de la Conquista, hogares de pueblos tan consumados como cualquier europeo de la época. La producción de alimentos, la agricultura, para empezar, era más sofisticada y productiva que en cualquier lugar de Europa o China. Había almacenes de maíz, papas y quinua.

Grandes rebaños de llamas, alpacas y vicuñas pastaban un resistente ichu a 5000 metros sobre el nivel del mar. Caminos de piedra para todo tipo de clima unían un extremo del imperio con el otro, los valles altos y los bajos.

En 1533, Pizarro y sus españoles, al atravesar un paso sobre Cusco y su valle, no podían creer que fuera mucho más bello que todo lo que habían visto en Europa. Fue aquí donde los hermanos Pizarro conocieron a Kura Ocllo I, esposa, hermana del inca Manco Cápac, sucesor del recientemente fallecido Atahualpa.

Ellos y sus camaradas de México iban a tomar, sin pagar, a costa de decenas de millones de vidas amerindias, el oro y la plata que financiarían la moderna economía mundial.

Los españoles hicieron de Lima, con su puerto del Callao, a 800 kilómetros por la sierra, la capital de su imperio sudamericano. Cusco, el corazón del reino, se convertiría en una atracción turística sudamericana. Su interior, rico en minerales, y su potencial agrícola estaban aún por ser desarrollados.

En los años 80, Cusco era una vieja ciudad de calles empedradas entre altas casas españolas de gruesas paredes, patios de piedra, escaleras interiores, balcones, corredores serpenteantes, una mezcla de portales de madera para carrozas que se abrían a patios. Algunas casas se habían convertido en modestos hoteles y en pensiones.

La catedral y el arzobispado permanecen hoy a la cabeza de esta antigua ciudad, no especialmente concurrida.

El arzobispo Humberto Castañeda era un político eclesiástico de 44 años. Estaba en contra del ala de la Teología de Liberación de la Iglesia latina, no porque no quisiera un mejor trato para los pobres.

Lo quería. Su opinión era, sin embargo, que dicha ala arrastraría a la Iglesia a convertirse en otro grupo de presión de izquierdas.

Castañeda no se permitía la autoflagelación de los partidarios de la línea dura. «La Iglesia es para el aquí y el ahora, no para el paraíso venidero», le gustaba decir. Pensaba que la Iglesia debía presionar para elevar la condición de segunda de las mujeres en el lugar de trabajo, en sus familias, incluso dentro de la Iglesia. Esto lo calificaba como liberal, con mayúscula.

—La Iglesia debería meterse en política, no mantenerse al margen —decía.

Su Excelencia el arzobispo Castañeda era el obispo más conocido del Perú, mucho más que el anciano cardenal Mandázuri en Lima. Estaba entre los pocos obispos latinos conocidos en otros países, y no desconocido en Roma; era locuaz, serio y moderno.

En la capital, los periódicos lo apreciaban, aunque los editores de derecha lo llamaban «populista». Los de izquierda lo llamaban «anticuado». En otras palabras, era justo lo que se precisaba.

Había aprendido a ser parco en sus comentarios, a no aparecer nunca junto a otros obispos y menos con el cardenal. Cualquier cosa sobre la que quisiera ser citado aparecía primero en sus sermones. Un periodista tenía que estar en la catedral los domingos.

—Como les digo a mis feligreses, el Génesis es claro y sencillo. Dios creó al hombre y a la mujer iguales pero diferentes. Según mi experiencia, hay pocas cosas que las mujeres no puedan hacer igual de bien —diría más tarde.

En una institución enfáticamente machista, esto se consideraba entre espeluznante y herético.

De joven sacerdote, el arzobispo había sido durante un caluroso año capellán de un grupo de unidades del Ejército peruano en la Amazonía. El padre Humberto se había encontrado a cargo de 500 jóvenes, reclutas en su mayoría, dispersos a lo largo de unos cientos de kilómetros de selva tropical, maltratados por madereros, cultivadores y traficantes de drogas, contrabandistas, nativos hostiles y prostitutas.

Los soldados habían sido mayormente abandonados por sus oficiales en Iquitos. El arzobispo había mantenido la conexión militar y seguía presionando al Ministerio de Defensa en Lima para que mejorara las condiciones de las unidades del Ejército semiabandonadas en la selva y de los remotos destacamentos de montaña.

La Iglesia, así como el Ejército, apreciaban la combinación de energía bien dirigida de Humberto, encaminada a mejorar las condiciones, sin hacer escándalo público. Utilizó la misma discreción para mejorar los servicios públicos en las barriadas de Lima y otras ciudades costeras, donde demostró talento para recaudar fondos. A los 40 años fue nombrado arzobispo de Cusco.

Humberto Castañeda era también un general de tres estrellas en los registros de personal del Ejército. Entregaba su modesta paga militar a las monjas que dirigían un orfanato para niños discapacitados y abandonados. Con este y otros gestos, el joven arzobispo trataba de mitigar un persistente sentimiento de que su ambición por ascender en la jerarquía eclesiástica era indigna de un verdadero cristiano.

Sabía que no tenía sentido. Se aseguró de tener unos cuantos caprichos personales por los que sentirse incómodo, como una cama

cómoda, sábanas limpias, un edredón para las frías noches de montaña, una botella de coñac decente, un puro cubano cerca en su escritorio de caoba.

A las nueve de la noche de aquel viernes, oyó el teléfono cuando bajaba por el corredor de piedra. Un ama de llaves se encargaba de las tareas vespertinas, que incluían una taza de chocolate caliente con miel y galletas.

El arzobispo no era bebedor, aunque tampoco era de los que no bebían. A veces se servía una copa del VSOP que le traía con un paquete de Camembert y media docena de botellas de agua de Vichy el cónsul francés, propietario de un hotel boutique a una manzana de distancia por una calle adoquinada solo para llamas. El arzobispo recomendaba el hotel a cualquiera que le preguntara, añadiendo algo así como que su propio cuarto de huéspedes era «más adecuada para los necesitados».

Tomaba ejemplo de la antigua tradición de los señores obispos, que no rechazaban a los pobres respetables. Los eclesiásticos visitantes esperaban con toda razón su hospitalidad.

La experiencia le había enseñado a Humberto a bloquear la entrada a sus dependencias arzobispales privadas, una planta baja y un primer piso en torno a un patio empedrado. Empleaba a dos jóvenes sacerdotes y a dos o tres seminaristas para atender las necesidades de los invitados desde las oficinas del arzobispado, a una manzana y pico de distancia. El mensaje era: «el arzobispo está ocupado en estos días».

Humberto no era huraño, ni mucho menos. Consideraba que su posición, el sacrificio de un eclesiástico solitario, justificaba una arraigada falta de interés por la sociabilidad nocturna. En ocasiones

aceptaba que le pidieran dirigirse a grupos locales de madres o filántropos a cambio de la promesa de una cena bien preparada. La versión que circulaba era que dedicaba las noches al estudio y a la oración monacal.

Nadie estaba contestando el teléfono, que, tras un insistente silencio, volvió a sonar. Y luego otra vez. Al cuarto o quinto timbrazo, el dueño de casa ya había recorrido casi todo el oscuro corredor, vencido por la persistencia. Descolgó el antiguo aparato de baquelita de la pared con un lejano.

—¿Sí?

—Arzobispo, siento mucho molestarlo a estas horas. Necesitamos su ayuda —la voz, lejana en el otro extremo, fue directa hacia él, y continuó sin vacilar—. Soy Inka Sayre, del reino de Lupaqa, en las marchas orientales de vuestra diócesis, a trescientos kilómetros de donde usted se encuentra.

El arzobispo se aclaró la garganta para indicar que estaba al teléfono.

—Lo llamo desde Washington, D. C., para proponerle que actúe mañana por la mañana temprano. Nosotros proporcionaremos la logística, un avión. El objetivo inmediato es impedir que el Gobierno invada y ataque a nuestra gente en la selva. Necesitamos sus buenos oficios para negociar la paz —continuó Sayri.

En efecto, el reino de Lupaqa era conocido por el arzobispo, aunque solo desde las horas tempranas de ese día. Había sido el gran acontecimiento, la noticia de la radio, que todo el mundo escuchaba.

El sacerdote a cargo de esas cosas le había dicho a quien preguntara: «El arzobispo Humberto dijo que es esencial evitar más

derramamiento de sangre. El Gobierno debe ser prudente antes de enviar más tropas».

Lo impresionó que lo llamaran desde Washington, y que este Sayri fuera alguien como él. Necesitaba ponerse al día sobre quién, qué y dónde de esos lupaqas.

—Dime, Inka Sayri. Me alegro de su llamada.

El reino de Lupaqa estaba dentro de su diócesis. ¿Era real? Él, como todo el mundo en Cusco y en el resto de Perú, había escuchado las ráfagas de información radiofónica en directo durante todo el día con una mezcla de incredulidad e incomprensión. Algunas fotos en blanco y negro habían aparecido en la televisión por la noche. También había fotos de helicópteros de la Fuerza Aérea con sonrientes muchachos y muchachas nativos que llevaban arcos y flechas, cerbatanas, junto a mastines y pastores alemanes que infundían miedo. Algunas mostraban a Melanie Moldado jugando y riendo con niños lupaqas.

El asombro no se debió principalmente a que unos nativos con arco y flecha hubieran derribado y capturado tres helicópteros militares y un avión, con una docena de muertos, sino a que al parecer nadie sabía que había indios enérgicos, pulidos, equipados con radio y fotografía en la cabecera del Amazonas.

El arzobispo sonrió mientras encendía los restos de su cubano. Sintió un aleteo de orgullo posesivo. Según la tradición de la Iglesia, esta era su gente. ¿Cómo habían conseguido derribar un transporte de tropa? Había volado en ellos un par de veces: poderosas y ruidosas bestias.

Su chocolate caliente estaba en camino. Se sirvió una taza y respondió:

—Dime, Sayri, ¿cómo puedo ayudar? He oído cosas en la radio.

—Puede resolver una situación peligrosa —dijo Sayri, directo al grano.

La conversación se prolongó por media hora, ordenando los detalles.

El arzobispo colgó, terminó su cubano y la taza, y se sirvió un nuevo chorrito.

Hojeó la agenda y marcó un número local. Cuando contestaron, el arzobispo dijo: —Por favor, pregúntele al general si tendría la amabilidad de ponerse al teléfono. Soy el arzobispo Castañeda.

Capítulo 49



La gente de Sayri había encontrado un Lear en Atlanta. Alguien había cancelado. El estallido de una guerra Perú vs Lupaqa, con los alguaciles husmeando por ahí, casi en cualquier lugar, parecía trampa.

Debía de estar planeado desde hacía tiempo, una trampa lista para saltar. Fue una advertencia clara de que los lupaqas no eran los únicos listos sentados a la mesa. ¿Quién había planeado la visita de Melanie? Más le valía a Sayri averiguarlo. En Lupaqa, los jóvenes hombres y mujeres al mando habían rechazado helicóptero tras helicóptero de invasores que habían matado, a tiros, a una joven armada solo con un arco y una flecha. Si alguien podía encontrar respuestas, sería Sayri.

Estaba ocupado arreglando cosas, llevando a Kura y a su séquito de vuelta a casa. Podría tratarse de alguien que los obligara a hacer movimientos equivocados o los movimientos correctos en el orden equivocado. Esta discusión se iniciaría días después, una vez resuelta la emergencia inmediata. Quizás solo se enfrentaban a los habituales fantasmas de un conflicto.

El avión tanquearía en Bogotá, desde donde descenderían de puntillas por los Andes, la pared occidental de la Amazonía, durante

unas tres horas. Había dudas sobre la disponibilidad de combustible en Cusco para el viaje de regreso del Lear.

El estallido de enfrentamientos mortales entre jabalinas de la Edad de Piedra y fusiles Kalashnikov Gatling de alto calibre había tenido lugar menos de 12 horas antes. A Kura, sentada en el avión con destino a Atlanta, le parecieron más bien 12 semanas.

La guerra de hoy era el fin de la paz eterna y del bendito olvido. Estaba ocurriendo bajo la mirada de Kura. Ella había hecho campaña para conducir a su reino hacia una independencia que protegiera los valles y los ríos de la destrucción del progreso.

Le habían dado ese trabajo. Las matriarcas se estaban uniendo ahora que ella era Inka. A todas ellas les encantaría verla triunfar. Kura, que no se quedaba atrás como política, se dedicó a escuchar a este importante electorado. Las mujeres se encargaban de la educación y la salud.

Por educación, tradición y definición, los lupaqas no eran individuos, sino miembros de una tribu, un clan y una familia competentes. El primer día de un nuevo mundo había terminado.

Medio milenio atrás, los lupaqas habían sido atacados de la nada, diezmados por la primera de las sucesivas bandas. Nunca estaban solos, al menos nunca se sentían solos. Ningún miembro de la tribu querría jamás quedar aislado, estar desconectado de su clan. En este asiento de avión, Kura iba acompañada a proa y popa por una docena de primos activistas, amigos y consejeros. Advirtió que estaba impacientándose por un viaje de una noche que, hace solo medio siglo, le hubiera llevado casi dos meses a lomo de una mula, en barco a vapor o en canoa.

Con un poco de suerte, Kura, su séquito, incluida Polly Quinn y una grabadora de vídeo, conseguirían reunirse con el arzobispo del Cusco, general de tres estrellas del destacamento de región de las Fuerzas Armadas.

Iba a ser en Cusco donde Kura empezaría a calmar a todos en su mundo real. Ella lo sabía, Sayri lo sabía, todo el mundo sabía que los lupaqas no estaban preparados ni equipados para hacer frente a una reedición de los conquistadores. La antigua tradición lupaqa no podría hacer frente a las ametralladoras, los gases lacrimógenos y las granadas de mano mejor de lo que lo había hecho Atahualpa, quien cinco siglos antes se había enfrentado a Francisco Pizarro, a mercenarios, a mosquetes, a caballos, al acero, a la viruela, a la hepatitis vírica y a la avaricia cristiana.

Esta vez Kura y los suyos utilizarían la avaricia, la arrogancia y la ignorancia de los invasores para someterlos a una derrota. El mundo se convertiría, al menos por el momento, en un lugar mejor. De nada les serviría a los lupaqas ser una especie de isla aislada y oscura de cordura en un mundo que desaparece en un desastre climático liderado por el colapso de la Amazonía.

Capítulo 50



Kura Ocllo se fundió, esperaba, como una don nadie con la tropa que la rodeaba, silenciosa, moviéndose rápido, atenta a una emboscada. Entraron en la zona de tránsito de El Dorado de Bogotá desde el avión de Atlanta. Cualquiera que pensara que Kura se dirigía a Lima habría perdido el rastro.

No había razón para esperar que la policía de aquí recibiera una orden a través de Interpol. Más tarde se enterarían de lo cerca que habían estado de ser atrapados allí por trámites iniciados en Lima. Los alguaciles se habían equivocado de aeropuerto.

Para el aeropuerto El Dorado de Bogotá eran altas horas de la noche, y estaba abarrotado de viajeros. Nadie parecía estar pendiente de nadie.

Sin embargo, había un nuevo problema. Los del Lear se negaron a volar a Cusco, tres horas al sur. El operador no pudo obtener confirmación de que hubiera combustible disponible. Cusco era un destino de enlace en una zona de semiguerra de Sendero Luminoso. El personal del Lear dijo que arriesgaban que el avión llegara tarde a su siguiente vuelo chárter programado.

El combustible estaba en Lima, un riesgo inaceptable para Kura.

La gente del chárter ofreció una alternativa, un Hawker Siddeley 748 turbohélice, que los haría aterrizar en Cusco a primera hora. Las alternativas en caso de mal tiempo serían Ayacucho o El Alto, La Paz.

—Vamos —dijo Kura.

Polly observaba y escuchaba fascinada. Esto no era la Washington Beltway. Así era como se llegaba al reino amazónico en guerra, esquivando tormentas de picos de nieve andinos, militares sudamericanos y rebeldes residentes. Volar durante la noche a Bogotá y alquilar aviones a nombres como Cusco, o La Paz, le hizo darse cuenta de lo lejos que estaba de su zona de confort.

Estaba en un grupo que sí lo sabía. Parecía que su corazón se había trasladado a un nuevo lugar no muy lejos de su garganta. Miró a sus nuevos amigos, tranquila, alerta. Su español universitario no estaba a la altura de las discusiones técnicas.

Se había hecho amiga de los jóvenes lupaqas. Equilibrados, rápidos, buenos conversadores, un grupo de alto vuelo. Dos de las chicas, estudiantes de Cornell y Maryland, se habían encargado de mantener a Polly en el camino, de asegurarse de que ni ella ni sus maletas se desviaran.

Alguien hizo señas, todos se movieron como pájaros, una bandada que avanzaba al trote por el oscuro cemento del aeropuerto. Polly pudo ver que Kura tenía jóvenes en cada hombro, delante y a un lado, tres más detrás, mirando hacia arriba y alrededor mientras charlaban en voz baja. Alegres, tal vez, no cálidos, admiradores. Kura no necesitaba llevar ni siquiera su propio pasaporte.

Tenían que caminar varios cientos de metros entre reflectores. Polly se enteró más tarde de que un par de los jóvenes llevaba cerbatanas de bambú de medio metro colgadas de la cadera. En esta ocasión, iban armados con una versión amazónica del chisguete de pimienta, más molesto que letal.

Llegaron a un gran avión de pasajeros de dos hélices. Polly pudo ver las cabezas de la tripulación a través de la ventanilla de la cabina. En la escalerilla estaban un asistente de vuelo y el copiloto, que saludaron amistosamente a Kura y le hicieron una reverencia, más un saludo de bienvenida a la compañía.

Detectó al menos cuatro policías en las sombras del fondo que rodeaban el avión mirando hacia el exterior, con ametralladoras ligeras cargadas.

Embarcaron rápidamente. El copiloto le había mostrado a Kura un par de asientos más grandes frente a otros dos, con mucho espacio para las piernas en la parte delantera de la cabina. Continuó hacia adelante dejando la puerta abierta para que los pasajeros pudieran ver lo que ocurría con las luces y los interruptores mientras los motores cobraban vida, haciendo temblar el avión, lo que aumentaba la sensación de que esta era la forma adecuada de dirigirse al corazón de Sudamérica.

Una camarera bajó las luces cercanas y arropó a Kura con un pequeño vaso de té caliente en el que había vertido un trago de coñac.

Polly sintió una cálida sonrisa de privilegio y placer al ver que Kura Ocllo II era tratada con la cariñosa consideración que merece una princesa.

Kura ya dormía cuando el avión se preparó para despegar, dio una sacudida, rugió hacia delante, dejó la pista y se dirigió hacia el sur, hacia una parada para tanquear en Leticia, el puerto amazónico de Colombia.

El controlador del chárter había decidido que debían tener los tanques llenos para el tramo final de unos 1000 kilómetros hasta el Cusco, a más de 11 300 pies. Y lo que es más importante, unos tanques llenos proporcionarían una mayor autonomía frente a los caprichos de la meteorología andina.

Polly se adentraba en un mundo nuevo en el que ya la hacían sentir como en casa. Había visto a esos veinteañeros, individualmente independientes, seguros de sí mismos, trabajando juntos.

Después de cargar combustible a las 3 de la mañana en Leticia, volarían a una altura de entre 9000 y 12 000 pies, esquivando bancos de nubes cúmulus. Al acercarse al Cusco, subirían por el cañón de Mainique, si las condiciones meteorológicas lo permitían, y continuarían hasta los 14 000 pies para superar las cordilleras al este de Cusco, a 11 300 pies, uno de los aeropuertos comerciales más altos del mundo.

* * *

En la cabina, el capitán James «Jimbo» John Hatfield había desplegado la carta de la USAF en la que figuraban Cusco y el este del Perú. Jugueteó con la radio, encendió el micrófono, leyó en él un código numérico y unas letras, y al instante recibió una llamada con

la contraseña de respuesta en una voz suave y clara. El capitán Hatfield se sentó y se puso manos a la obra.

—Capitán, necesito las coordenadas más precisas posibles de Camisea. También, su orientación sobre la mejor aproximación. ¿Cuáles son las condiciones del terreno? ¿Seco, húmedo o muy húmedo? Cualquier otra información, incluyendo anchura y longitud del campo.

Siete minutos después, se despidieron.

—Hasta pronto, capitán.

—Hasta pronto, capitana Chasca.

Jimbo Hatfield estaba encantado.

El Hawker Siddeley 748 turbohélice, que otrora había llevado a los peces gordos brasileños por su trozo de Sudamérica, seguía volando. Un rugido silencioso, un bache ocasional, una zambullida, un deslizamiento sobre el Alto Amazonas peruano, una vasta región de selva tropical, lagos, grandes ríos, viva por la noche, un mundo de cazadores y cazados.

Al salir del cañón del Mainique, sobrevolaban Machu Picchu, y su ala se inclinaba sobre el pico nevado de Waqaywillka, de más de 5000 metros, cuyo nombre en quechua se traduce como «Lágrima sagrada».

* * *

Kura, estirada entre suaves mantas en la cama del asiento presidencial, necesitó moverse. Sintió que el zumbido de los pesados

motores Rolls Royce bajaba un tono. El avión marcó el inicio del descenso. Le esperaba un largo día, que empezaba ahora.

Dos de sus autoproclamadas damas de compañía la arrullaban mientras la levantaban, riendo suavemente: —Upsy Kura, querida—. Le acariciaban la cara, el cuello, las manos, los dedos, los pies con toallas suaves y cálidas humedecidas con perfumes delicados de las tierras altas, aceites almizclados de la selva. Se enjuagó la boca.

—Sírvete, querida Kura —dijo en machiguenga una estudiante de física de Princeton, llevándole una taza a la barbilla.

Olió café.

Se le hizo un nudo en la garganta y el corazón se le aceleró al mirar por la ventanilla la medialuz del amanecer andino. Por encima de ellos, en el ala de estribor, vio los contornos de los glaciares grises que se alzaban sobre las capas dispersas de nubes, la niebla matinal en los profundos y oscuros valles de la montaña, las selvas del Jardín del Edén de las estribaciones de los Andes.

El corazón se le apretó mientras miraba, más allá de la confusión, los malentendidos, los peligros, los desdichados desastres de la violencia enfrentada ayer.

El avión empezó a perder altura, descendiendo a velocidad de crucero hacia el aeropuerto Velasco Astete del Cusco, a 11.300 pies de altura, aunque solo la mitad de la altura de los picos.

Kura debía estar preparada para negociar sentada o de pie con un arzobispo y, con suerte, con militares. Quizá tendrían que conducir hasta la ciudad. En el momento en que sorbía un expreso brasileño, el avión estaba en su aproximación final. Colinas de bosques y pueblos al extremo de ambos alerones plegables.

Los pilotos podían ver desde un par de kilómetros una luz roja intermitente al extremo de la pista. Agudizaron el sonido de las hélices mientras bajaban las revoluciones y los alerones para el aterrizaje.

Capítulo 51



Un momento después de las 5 a.m. del sábado, un joven sacerdote con sotana y pantalones bajo una parka abrió la puerta principal de la residencia del arzobispo en la oscura calle adoquinada Triunfo. El aire negro era seco, uno o dos grados bajo cero.

A 50 metros, en la calle vacía, había una ambulancia roja. Una fuerte luz intermitente giraba por encima de la cabina, mostrando a una mujer vestida con un pesado poncho de lana blanca con una cruz roja sobre el pecho y pantalones beige claro. La mujer levantó la mano y le hizo señas de apuro tocándose la muñeca.

—Muévete.

La ambulancia estaba de espaldas a la calle, cerca de una puerta lateral de la catedral. Un montón de habitaciones coloniales, oficinas de los jesuitas, se fundían en la residencia del arzobispo. La ambulancia podía correr hacia la céntrica y abierta Plaza de Armas o desviarse por una calle con ramificaciones hacia el casco antiguo.

El sacerdote levantó la mano, se dio vuelta y volvió a entrar en la residencia. Una pausa silenciosa antes de que la puerta se abriera de nuevo. Precedido por el joven sacerdote, salió el arzobispo con un pesado poncho sobre la sotana. En la cabeza llevaba un alto chullo

de lana que le cubría las orejas y las mejillas. El sacerdote, cargado con una bolsa de viaje, trotó por la estrecha acera delante del arzobispo.

Resistió, según contó más tarde a Kura, el impulso de decir: «¿Cuál de ustedes es el arzobispo? ¿Vienen los dos?».

—Buenos días, señorita. No, solo soy yo. ¿De qué organización es usted? —preguntó el arzobispo Humberto.

—Soy médico en el hospital de Manu, junto al ferrocarril. Suba, monseñor. Nos vamos.

—¿Doctora? —dijo el arzobispo—. ¿Como en curar huesos o hablarme del páncreas? Es muy emocionante saltarse semáforos en rojo. Nunca lo había hecho antes.

—Yo tampoco —dijo Taruca—. Si chocamos, puedo reparar sus huesos rotos. Usted puede bendecirme.

El arzobispo sonrió, con la mano agarrada del tablero.

—¿Dónde se formó, doctora Taruca?

—En Cuba, Canadá, Chicago. Pulse ese botón si quiere hacer sonar la sirena. Es legal.

Hizo una pausa.

—Daría un buen titular: «Arzobispo y joven doctora en la selva rebelde de Cusco en choque de ambulancia».

—Perdone, doctora, pero ¿cuántos años tiene?

—Veintidós, casi 23, padre.

—¡Jesús! —dijo—. Parece de 18.

—¿Se le permite decir «¡Jesús!», así?

—¿Yo? Usted también puede. Pero debe mirar al cielo, amar y respetar. Él y yo, somos socios —dijo el arzobispo apretando el puño.

Taruca le dijo más tarde a Kura: —De no haber tenido el pie sobre el freno, el otro en el acelerador, y el dedo en la sirena, me habría arrodillado y firmado. Está de nuestro lado.

—Está de su propio lado —había dicho Kura.

Era más avispado de lo que cabría pensar de un cura importante, pensó Taruca.

—Jesús es el jefe, claro —dijo—, pero ni siquiera en Cusco microgestiona.

—Voy por detrás. Asegúrate de que tenga una ruta de escape —dijo Taruca, mientras bajaban a toda velocidad por la carretera de acceso al aeropuerto.

El arzobispo sonrió. Esto era como una de esas películas.

—Doctora Taruca, he quedado en reunirme en el edificio del aeropuerto con el general Uzátegui, jefe del Ejército en Cusco. Espero convencer al general para que vuele conmigo. Y con Inka Kura Ocllo.

—¡Nos va a entregar!

Taruca frenó en seco, olvidando levantar el pie del embrague, y patinó sobre una cola de pez helada, desviándose delante de un autobús.

Cuando la ambulancia se detuvo. El arzobispo Humberto dijo con frialdad:

—Nunca entregaré a nadie que pida ayuda en este mundo ni en el otro. Si me permite que se lo diga, doctora, ¡despierte! ¿Podemos ir un poco más despacio? No puedo concentrarme en asuntos lupaqa, mientras estoy en la línea con el Todopoderoso para salvarnos. Gracias, querida. Demasiada excitación antes de mi café.

Taruca miró al frente, de un tirón.

—Lo siento, padre, estamos un poco tensos. Me refiero a nosotros, los lupaqas. Mis instrucciones son ir por la parte trasera de la pista hasta una entrada secreta que solo conocen cientos de empleados del aeropuerto, incluida la policía. Aparco al final de la pista, espero a que el avión de Kura haga una pasada baja.

No dijo que, cuando viera el avión, encendería la luz intermitente superior como señal de OK. Si, tras aterrizar y aparcar, algún militar o policía se acercaba al avión, Kura debía saltar a la ambulancia y salir pitando.

Taruca decidió que no era necesario que el arzobispo lo supiera. Si hubiera sido un verdadero macho eclesiástico, habría ordenado a Taruca que lo llevara a la torre de control del aeropuerto. Ella se habría negado. El intento de los lupaqas de conseguir una tregua auspiciada por la Iglesia habría empezado con mal pie.

—Gran plan. Haremos esperar un poco al general, lo pondremos nervioso —dijo el arzobispo.

Tras unos cuantos giros bruscos en falso, Taruca y Su Ilustrísimo, el arzobispo de Cusco, pasaron delante de modestas viviendas provisionales con gallinas, niños, perros, y mujeres barriendo, que empezaban su jornada, más curiosos que preocupados por una ambulancia de gran tonelaje que atravesaba una zanja y cables rotos en la maleza del lado equivocado de lo que, en una hora, se convertiría en un concurrido aeropuerto. Un par de Cessnas monomotores de cuatro plazas que se dirigían a la selva ya estaban rodando para despegar en el otro extremo de la pista.

Taruca fue tropezando con matorrales, maleza y charcos, y pasó junto a algunas vacas atadas, burros al borde de una pista agrietada.

La oscuridad de la noche se había convertido en día. Taruca apagó los faros, metió la cabeza por la ventanilla y apagó el motor.

—Hace frío, frío, frío. Espero que no sea demasiado tarde. Tengo un termo de café y unos huevos duros.

—Muy bien —dijo el arzobispo—. Creo que esta ocasión merece una pequeña Gracia rápida. *Benedictus Benedicat*.

—No me extraña que sea obispo —dijo Taruca—. Nosotros también consultamos a nuestros dioses todo el tiempo.

—Un sorbo de café y un huevo estarían bien.

Taruca le entregó una caja de plástico y un termo. Sacó un *walkie-talkie* VHF de debajo del asiento y pulsó unas teclas. Crepitó, silbó.

—Clínica Amazonas 543, Cusco, llamando al vuelo 333 de Bogotá, acercándose a Cusco. Espero —dijo. Repitió el mensaje.

En la torre de control, a un par de cientos de metros de la pista, el único controlador de guardia miró a su izquierda en dirección a la ciudad. Al final de la pista, vio una camioneta rojo claro. Se volvió hacia la sala. Frente a uno de los mostradores había un hombre de bigote fino vestido con un uniforme militar con tres escudos en los tirantes.

—General —le dijo el controlador al hombre del bigote—. Estoy captando en VHF un mensaje repetido desde algún lugar en tierra, en Cusco, a un vuelo que sale de Bogotá. Puede que sean las personas que están buscando. Hay un Ford F150 todo terreno rojo en el otro extremo de la pista. No sé si tiene autorización. No es mi trabajo.

El general Uzátegui estaba de pie, mirando la ambulancia de Taruca. Hizo una señal al controlador para que le trajera prismáticos.

—Alguien se robó los míos —dijo el controlador.

—¿Pueden avisar por VHF? —preguntó el general.

La radio principal crepitó:

—Vuelo 333 procedente de Bogotá solicita autorización para aterrizar, Cusco.

Se repitió.

—Estoy a unos tres minutos al oeste y al norte.

—Vuelo 333. Tiene permiso para aterrizar —dijo el controlador.

El controlador y el piloto continuaron la secuencia estándar de dirección del viento, visibilidad, temperatura.

Cusco tiene una aproximación muy curvada por el valle del Vilcanota desde el sur y el este. El aterrizaje está a 3225 pies de altura. Pasarían unos minutos mientras el avión volaba, ahora a la vista, inusualmente cerca del aeropuerto.

—Están encendiendo una luz —dijo el controlador. Levantó el auricular VHF—. Ambulancia roja en la pista del aeropuerto. Identifíquese.

No hubo respuesta.

—Identifíquese de inmediato —repitió el mensaje.

Un momento después, el auricular del controlador silbó y crepitó. Se oyó la voz de un hombre.

—Controlador, controlador. Soy el padre Castañeda. ¿Está con usted el general Uzátegui? ¿General Uzátegui? Cambio.

El controlador entregó el auricular al general.

—General Uzátegui llamando al padre Castañeda —repitió.

Llegó la voz del arzobispo:

—General. Por favor, venga a mi ambulancia. No traiga tropa. Solo usted y un conductor. Cambio.

—Entendido, padre. No hay problema. Estaré en una camioneta del Ejército.

Esta escena radiofónica se estaba representando ante un público desatento, mientras el Hawker Siddeley 478 aterrizaba a un kilómetro de la torre de control, al otro extremo de la pista. La noche anterior, el general Uzátegui había urdido el intercambio radiofónico con el arzobispo para librar al capellán de un posible anzuelo en el sentido de que, al unirse a la misión de misericordia de la Iglesia, se estaba extralimitando en sus funciones oficiales. Esto demostraría que el general de la Iglesia no había ido a Lupaqa por capricho religioso.

El Hawker Siddeley pasó rugiendo.

—Un avión de verdad —dijo el controlador a nadie en particular, admirando el profundo estruendo de los enormes motores Rolls Royce, verdes y amarillos sobre un fondo blanco y plateado. Brasileño.

En lugar de frenar y girar hacia el patio de la terminal, rugió directamente hacia el extremo más alejado de la pista, ante la luz intermitente de la ambulancia.

No había peligro. Los primeros vuelos desde Lima llegaban dentro de una hora. El aeropuerto de Cusco no abría oficialmente hasta las 7 de la mañana.

Capítulo 52



El general Uzátegui y su chofer habían salido por la entrada principal de la torre de control del aeropuerto.

Desde la pantalla panorámica situada sobre el edificio principal del aeropuerto, el controlador observó cómo la camioneta del general recorría la pista siguiendo al avión, que ahora se detenía y empezaba a retroceder como si se preparara para un nuevo despegue. La ambulancia apagó su luz de advertencia y se dirigió lentamente hacia el avión.

—Vuelo 333. Controlador de Cusco. Su puesto asignado está en la terminal principal, a 250 metros a estribor sur. Las instalaciones de tanqueado están 500 metros más abajo, al sur, junto a la base militar —dijo el controlador en su micrófono

—De acuerdo, controlador, y gracias. Esperamos seguir contando con su orientación. Se lo agradezco.

Un golpe seco en la puerta del controlador. Alguien intentaba forzar el pomo.

—¿Quién está ahí?

—General Costa. Policía.

Costa había llegado tres meses antes procedente de la costa norte. Era su primer destino como jefe de departamento. Tras un día

difícil, que empezó con el robo de un par de sus helicópteros por parte de unos nativos bolcheviques, y terminó, hasta el momento, con dos desastres aeronáuticos distintos, por la tarde recibió una llamada del general Zapata, ministro del Interior.

—¡Esto es un asunto policial! Al amanecer, estás en el aeropuerto y agarras a esa mujer india. Es una criminal nativa de la jungla, así que la arrastras, la empujas delante de las cámaras. Parecemos idiotas totales. Estoy trabajando para conseguir ayuda de la Fuerza Aérea, marines, más helicópteros, uno o dos escuadrones más de *rangers*. Enseñen a estos malditos indios cuál es su sitio. Escuchen: esta mujer nativa, «Kura» algo…, probablemente tratará de regresar a su tribu. Ella tendrá que ir a través de Cusco. Ella está en la lista de la Interpol. Depende de nosotros atraparla... Coordinen con la gente del aeropuerto. Atrápenla.

A las 06:00 de la mañana, el general Costa se encontraba con dos autobuses llenos de policías uniformados. Había asimilado la advertencia de la noche anterior. Era casi inaudito que un ministro se preocupara de los detalles de una operación policial de identificación. El general Costa debía comprobar la identidad de todas las viajeras de entre 20 y 50 años.

El subtexto era que la Policía se encargaba de sacar a Zapata, ministro del Interior, de un problema que él mismo había producido. Zapata no estaba tan preocupado por su trabajo como por sus aspiraciones presidenciales. Aquellos indios malhumorados tenían secuestrada a la primera dama de la nación, además de los *rangers* de la Policía heridos y capturados, por no mencionar, solo Dios sabía, cuántos muertos. Qué desastre provocado por su potencial compañera de fórmula.

El general del Ejército Uzátegui también tenía dos autobuses llenos de tropa estacionados en el aparcamiento junto a las oficinas de policía y seguridad del terminal principal. La policía de Costa llegó unos minutos después, con dos autobuses que transportaban una veintena de efectivos. Los jóvenes mandos del Ejército y la Policía se preguntaron qué pasaba.

Desde la torre de control, el general Costa vio el Hawker Siddeley en el extremo superior de la pista con mucho movimiento a su alrededor, incluida una camioneta del Ejército que frenaba en seco y un 4x4 rojo.

—Es un chárter —le dijo el controlador.

Costa sabía que tenía que revisar el avión.

—¿Quién es el tipo del Ejército?

—El general Uzátegui —respondió el controlador—. Si no me equivoco, ahora mismo está reunido con el arzobispo Castañeda.

—¡Jesús! —dijo el general Costa.

—¿Por qué no se une a ellos? —dijo el controlador—. Empiece el día con una bendición y una taza de café decente. Es un avión brasileño.

El general Costa no tuvo que ser Sherlock Holmes.

—¿Cuánto tiempo estará allí ese avión? —preguntó al controlador.

—No mucho. Voy a llevarlo a la terminal. Le ahorraré el viaje.

El controlador habló por el micrófono.

—Vuelo 333. Diríjanse inmediatamente a la terminal central para completar el papeleo. Para tanquear, si lo desean. Su ubicación es la número 2.

—Vuelo 333 a controlador. Sí, señor. Procederemos al espacio 2 —dijo, un momento después, una voz con acento norteamericano.

El controlador y el jefe de Policía observaron cómo dos hombres, uno con sotana y otro con uniforme de general, hablaban con media docena de hombres y mujeres jóvenes junto a una escalera ligera que salía de una puerta para equipajes situada en la parte trasera del fuselaje. Trasladaban una gran caja de la parte trasera de la ambulancia al avión. Bolsas para cadáveres. La puerta se cerró, la camioneta del Ejército con el general Uzátegui y la ambulancia rodaron hacia el terminal. Los motores del avión tartamudeaban y rugían.

A unos 800 metros de la pista de aterrizaje, en la base militar, los soldados recibieron órdenes por VHF de dirigirse con sus autobuses cargados de hombres a la terminal, para tomar posiciones cerca del avión. El jeep del Ejército y la ambulancia se detuvieron a escasos metros el uno del otro. Los dos generales salieron frotándose las manos por el frío, saludándose mutuamente.

El arzobispo había estirado brazos y piernas y miraba hacia atrás, hacia el avión que se aproximaba. ¿Tenía un arzobispo más rango que un ministro? El general Uzátegui, escarmentado por unas rápidas palabras del arzobispo, dijo:

—Estoy seguro, Guillermo —el uso de su nombre de pila, otro destello de advertencia—, tú, el arzobispo y yo podemos trabajar juntos en esto. Tengo mis instrucciones, como usted tiene las suyas. Supongo que todos estamos implicados en este asunto de los nativos y la primera dama.

—Sí, señor. El general Costa no tenía obligación de decirle a nadie cuáles eran sus órdenes.

El autobús lleno de policías le dijo al arzobispo que tenían un problema. Era el momento de subir al escenario, como en la ópera, cuando el bajo se desliza para explicar cómo se va complicando la trama.

—Buenos días, general Guillermo.

Se estrecharon la mano. El arzobispo añadió una paternal palmada en la espalda. Se habían conocido en alguna ceremonia. El arzobispo se había mostrado amistoso, interesado por cómo le iban las cosas al general en Cusco.

—Venga a verme cuando tenga un momento libre para tomar un té o una cerveza. Me interesan especialmente los asuntos de seguridad. Fui un joven sacerdote en el Ejército y ahora soy, de hecho, general de brigada, una especie de pluriempleo.

Hoy, en el asfalto del frío amanecer, este chisme gratuito se filtraba en «Importante» en el dossier del general Costa sobre el arzobispo.

La ambición de Costa era jubilarse en dos años con un expediente limpio, pensión completa de Estado Mayor, que incluiría un coche y gasolina gratis. Montaría una empresa de seguridad con un par de policías jubilados más en Arequipa, su ciudad natal. Sería una figura respetada en el country club. La gente le pediría favores, arreglaría cosas, cuadraría círculos burocráticos. Todo lo que tenía que hacer era evitar que le echaran la culpa de una metedura de pata ajena.

No hacía falta ser Agatha Christie para ver que algo fuera de lo común estaba pasando con este suave sacerdote. Este arzobispo bien parecido debe ser un jesuita, inteligente; vigila tu espalda. Uno o dos años más joven que él, suponía. El general Costa no

necesitaba el susurro de su mujer para darse cuenta de que era el enérgico y simpático padre, y no el crujiente general del Ejército, quien dirigía este espectáculo.

—Mis instrucciones, monseñor, son simples. Tenemos una orden para detener a esta Kura, líder de la tribu causante de atentados, muertes, detenciones ilegales y robo de bienes del Estado dentro de mi jurisdicción. El ministerio tiene información de que está regresando al Perú desde Estados Unidos, posiblemente a través de Cusco —dijo.

El Hawker Siddeley gruñía y rugía detrás de ellos, con sus propulsores golpeando y diciendo: «Quítense de en medio». Los policías con sus pistolas, porras y esposas, los soldados con sus rifles automáticos y ligeros salían a trompicones de sus autobuses, a la espera.

—¡Guillermo! Como sabes por tu ministro, el Gobierno está enfrentando una emergencia aquí en la selva. Anoche se puso en contacto conmigo por teléfono un altísimo personaje —dijo el arzobispo Castañeda. ¿El presidente? ¿Un cardenal?—. Me pidió que haga todo lo posible para reunir a la Policía, al Ejército para evitar que esta espantosa conflagración cueste más vidas. Vidas peruanas. Me puse en contacto con amigos, y he llegado a un acuerdo con los nativos. Me han prometido que devolverán a la señora Melanie a un representante del Gobierno. Usted es el que el Gobierno necesita. Podemos hacerlo.

—Vayamos al grano, Guillermo. Tienes que venir conmigo en este avión —dijo y agitó el anillo episcopal detrás de él, señalando el Hawker Siddeley. El arzobispo, media cabeza más alto, giró, tomó del brazo al general Costa y lo acercó al avión.

La sensación de Costa, hasta el momento, era que el arzobispo, a diferencia de la mayoría de los sacerdotes, estaba acostumbrado a tomar decisiones. La experiencia le había enseñado, como policía de alto rango, a hacer lo menos posible durante el mayor tiempo posible. Hoy, en esta mañana desapacible, fría y ruidosa, los tres estaban a pocos minutos de saltar a la oscuridad con paracaídas mal embalados. Pensó en la arenga de la noche anterior de un Zapata furioso.

—Hagámoslo paso a paso. Mis órdenes, monseñor, son detener a esta Kura y entregarla a Lima. Eso significa que tengo que revisar a los pasajeros de este avión.

Intuyó que el arzobispo podría ser más jesuítico que él. Había dicho que tenía una orden para detener a la mujer. Esto era impreciso. No había obtenido una orden de un magistrado real. Podría conseguir una bastante rápido. Pero el arzobispo tenía a Uzátegui y un escuadrón de tropa totalmente equipada con AK47. Si salía del aeropuerto para solicitar una orden, el avión de los peces gordos estaría rugiendo por la pista en modo despegue antes de que él llegara al primer semáforo. Lo haría, hiciera lo que hiciera o dejara de hacer. Un general emparejado con un arzobispo gana a un jefe de Policía en solitario, cualquier día.

—Su Gracia, le sugiero que llame al presidente o a mi ministro —dijo Costa—. Hagamos las cosas con calma, con orden y sin prisas.

El arzobispo empezó el apretón de la anaconda.

—Lima no tiene más idea de qué hacer aquí que el Santo Padre. En cambio, nosotros, humildes burócratas, podemos resolver el problema de Lima y salvar vidas en ambos bandos. Primero, tenemos un avión que nos llevará directamente al campo de batalla,

donde podremos recoger a los heridos, más Melanie. Problema resuelto. Será usted, general Costa, quien devuelva a Melanie al presidente Moldado, ante un centenar de cámaras. Es un paquete, Guillermo.

—Mis hombres acompañarán al avión a tanquear. Tardarán unos minutos. Luego nos vamos. Eh, Guillermo —dijo el general Uzátegui. Y volviéndose hacia el general Costa—: No necesitaremos nuestros cepillos de dientes. Estaremos de vuelta esta tarde. Aunque tal vez quieras ir directamente a Lima con *madame* Melanie.

El general Guillermo Costa podía ser solo un policía, pero comprendió que estaba siendo acorralado por este sacerdote, con un general del Ejército como ejecutor. Su instinto le decía que podía ponerse firme, repitiendo que sus órdenes eran claras. Su tarea consistía en parecer que seguía órdenes, pasar dos años sin que lo jalaran por el retrete de otro.

De pie, sin café, siendo guiado de Guillermo en Guillermo por esta ruidosa y helada pista parecía la descripción exacta de una fosa séptica a la que estaba siendo empujado. El general Costa sabía que la mujer Kura a la que debía capturar y enviar rápidamente a Lima, bajo vigilancia, se encontraba a bordo de aquel lujoso avión. En teoría, podía impedir físicamente que el avión despegara. Pero, mejor olvidar eso también. En armamento, sus policías estaban muy por debajo de la banda de asesinos uniformados de Uzátegui. Perdería su trabajo, su pensión, todo, si intentaba algún tipo de enfrentamiento. Por no hablar de un peso pesado, arzobispo brigadier.

El general Costa no tuvo problemas para ver que estaba, en ese minuto, al borde de un precipicio andino sin fondo. Lo más seguro

sería dejar ir al avión, devolver a sus hombres a sus cuarteles en la ciudad. Enviaría un télex al ministro sobre Uzátegui y el arzobispo volando hacia un destino desconocido, seguramente algo relacionado con estos nuevos rebeldes.

La opción era subirse a un avión sin nombre que se dirigía a quién sabía dónde, sin rellenar formularios, esperando la respuesta.

Tentación.

Costa podía confiar en que el arzobispo le aseguraría una carrera segura hacia la jubilación. Podría ser un sacerdote, pero era, bastaba ver este avión, un operador.

—Por invitación insistente de nuestro arzobispo, me embarcaré en el avión junto con el general Uzátegui —dijo el general.

El arzobispo asintió.

—Gracias, general. ¿Listo para embarcar? Tendré que pedirle, Guillermo, que pase su revólver a una de estas buenas gentes. Las armas, según sus estatutos, no están permitidas. El general Uzátegui ya ha entregado el suyo.

Capítulo 53



En los últimos cinco minutos, el general Guillermo Costa había dejado atrás toda una vida de rastros. Esto es lo que era en la vida real «preso por mil o preso por milquinientos». Tenía la impresión de ser uno o dos centímetros más alto. Cuando la puerta se cerró tras él y el teniente, los turbos estallaron en un rugido. Luego otro. El avión avanzaba hacia el fondo de la pista.

El general fue empujado a su asiento junto al general Uzátegui, que le dio una palmada en el brazo.

—Ha tomado la decisión correcta, general.

Levantó la mano como si sostuviera una copa:

—Salud.

El arzobispo del Cusco estaba sentado junto a un nuevo miembro de la Fuerza de Rescate de Melanie. Una tranquila joven amerindia con plumas y broches de oro y plata en el pelo y en los dedos, mantenía una conversación concentrada con el arzobispo.

Se trataba de Kura Ocllo, sin duda, contra la que tenía una orden de arresto con indicaciones de hacérselo pasar mal. Aquí estaba ella, como era de prever, sentada en su propio avión de primera clase junto a un arzobispo y dos generales en actividad.

Debía de ser la que habían traído al avión un momento antes en la ambulancia, patinando hacia la puerta trasera. No habría estado en el avión aunque él hubiera impedido que despegara.

Su mente, poco ejercitada en el cumplimiento del deber, empezó a sumar. Avión de lujo, un arzobispo de guardia, un general del Ejército y, a partir de ahora, un jefe de Policía, un líder tribal, por no hablar de una ambulancia para que un taxi se adelantara a los policías de tráfico. El general Costa acumuló todo eso contra su propio bando. Vamos por eso.

No había podido comunicarse con sus hombres en el aeropuerto. El sabiondo del teniente Soldán había cerrado su VHF. Le puso una carga. La operadora dijo que alguien debía haber dejado el teléfono descolgado. El general presumiblemente había ordenado al teniente Soldán subir al avión.

Una airada llamada telefónica de un asistente ministerial en Lima exigiendo saber qué estaba ocurriendo no había sido atendida. La gente del Ejército en el Ministerio de Defensa había recibido antes un mensaje de Uzátegui diciendo a Lima que el Hawker Siddeley, perteneciente a Kura, había partido con su cuota original de pasajeros más cuatro adicionales.

—Dígale a Comunicaciones que esté escaneando para pasar inmediatamente al ministro y a los jefes de Estado Mayor.

La gente del Ejército no lo había comunicado inmediatamente al Ministerio del Interior. El mensaje del Ejército había dicho que el avión se dirigía a Puerto Maldonado, la dura ciudad fronteriza de la selva en el río Madre de Dios, un poco más abajo de donde el SOS había fijado el accidente del Mi-17, a 35 minutos de vuelo de Cusco.

Había pasado una hora. El avión no había aterrizado en Maldonado. El HS748 informó al controlador de Cusco de que había aterrizado en Camisea, una pista poco utilizada construida por Royal Dutch Shell. La petrolera estaba «reconsiderando» su campaña de exploración en Perú y no estaba activa en la zona.

Por lo tanto, el avión no estaba desaparecido, como se relató en la posterior investigación del Congreso. El Ejército y la Policía no tardaron mucho en averiguar que la pista de Camisea era la más cercana a la zona andina donde habían caído el helicóptero y el Beechcraft.

El general Uzátegui había convencido al Ejército y a la Fuerza Aérea de que se mantuvieran a la espera de sus mensajes de radio antes de enviar helicópteros. Había recomendado al Ministerio de Defensa que no prestara a la Policía aviones ni pilotos hasta que él y el arzobispo hubieran informado a Lima sobre los muertos y heridos.

El salto de 25 minutos desde las heladas alturas de Cusco a través de la cordillera oriental hasta las llanuras selváticas a 600 metros de altitud vio a Kura Ocllo y al arzobispo sentados uno al lado del otro en lo que se convirtieron en discusiones cada vez más tensas. Los generales Costa y Uzátegui se inclinaban hacia delante para recoger datos. La jefa de la tribu se aferraba a su posición. El sacerdote presionaba más, diciendo que no había tiempo para negociar.

Durante el breve viaje desde el frío Cusco a la calurosa Amazonía, el arzobispo, para sorpresa de Kura, molesto, había dominado la conversación. Ella había estado trabajando durante las horas de vuelo desde Washington, preparándose para decirle al arzobispo, a cualquiera que pudiera aparecer, sus condiciones para

liberar a Melanie, prohibiendo que más soldados o policías peruanos entraran en Lupaqa.

Los dos generales se habían sentado a escuchar, como pretendía el arzobispo, que hablaba claro, en voz baja, como podría ser un director en la sala de juntas de una empresa explicando un nuevo plan, un cambio de estrategia. Ambos generales se habían inclinado hacia delante.

Castañeda tenía el don de la exposición. Sin apartar los ojos de Kura, pretendía claramente que viera que los dos jefes militares estaban captando el mensaje.

—*Herzliche Glückwünsche Erzbiscof, Zwei Generäle für den Preis von einem*. Felicidades, arzobispo. ¡Dos generales por el precio de uno! —Kura empezó con una amistosa entrada diplomática.

El arzobispo había asentido con la cabeza, pero se levantó y se lanzó al ataque sin pausa.

—Es muy sencillo. Su Sayri y yo identificamos dos cosas que tenemos que hacer hoy, esta mañana, de hecho. Si no lo cortamos de raíz, estallará. Los primeros en sufrir serán los suyos, *frau* Kura.

—No sé muy bien a dónde quiere llegar, monseñor.

Kura estaba siendo paciente, distante. No hacía falta ser biólogo cuántico para darse cuenta de que le estaban preparando algo que no iba a querer tragarse.

Taruca se había apresurado en su ambulancia para subir a Kura a bordo. En el último momento, justo cuando subían la escalera y saltaba a bordo, se apresuró a decir:

—Kura, estoy oyendo en mi VHF que la Policía ha ordenado detener el avión, todos detenidos.

—Disculpen, señoritas, soy el jefe de la Policía de Cusco. No nos detendrán. Dicho esto, mejor nos ponemos en marcha, evitemos discusiones —había dicho el general Costa, sentado frente a Kura.

Taruca bajó los escalones a resbalones. La puerta se cerró con estrépito. Los motores rugieron. El avión aceleró. Iban rugiendo por la pista hacia el despegue. Kura tenía medio ojo fuera por si había algo más. Taruca había sido su última oportunidad de no tener que rendirse.

El arzobispo continuó por encima del ruido.

—No habrá tiempo para hablar. Uno es rescatar, si me entiende, a la señora Melanie; llevarla de vuelta a Lima. Si por problemas de transporte o de clima no podemos sacarla, necesitamos un mensaje mío, suyo, de Melanie, todos sonriendo de acuerdo. Le he prometido a nuestro general Costa aquí presente, que será él quien la lleve de vuelta a Lima, donde su marido.

—En efecto, monseñor. Pero nuestras leyes y costumbres son sencillas y justas —dijo Kura. El arzobispo levantó una mano para detenerla.

—Inka Kura, estoy deseando discutir estos importantes asuntos con usted. Nuestro trabajo hoy, el suyo y el mío, no se mide en minutos sino en segundos. Su trabajo, si me lo permite, es salvar las vidas de los jóvenes lupaqa, de su propia familia, de estos niños para empezar. No más niñas muertas. Su trabajo hoy no es ganar. Usted ya ha ganado.

Kura negó con la cabeza.

—Nuestra única tarea hoy, la suya y la mía, en este minuto, no es la justicia, la compensación, el honor o la independencia, por muy importantes que sean para usted y su pueblo. Su única tarea hoy —y

esto lo tengo absolutamente claro por Sayri— es detener más violencia, la pérdida de más vidas. Tenemos poco tiempo. De hecho, ningún tiempo —dijo el arzobispo.

—Sí, monseñor —dijo Kura.

—Sayri dijo que era rápida como ninguna. No estamos discutiendo aquí Verdad y Justicia. Estamos en un nuevo frente, uno mucho más peligroso que el que su tropa tan valiente y competentemente llevó ayer.

El avión estaba en su aproximación final a la pista de aterrizaje de Camisea.

Kura había dedicado su mente durante las etapas entre Washington, Atlanta, Bogotá y Cusco a esquemas de venganza, de compensación. Habría un tratado que prohibiría a las autoridades peruanas entrar en el reino. Todos los extranjeros tendrían que obtener visados del Consulado de Lupaqa en Cusco. Nada de turistas. Autogobierno.

El avión estaba aterrizando. La presión había bajado al nivel del mar. El aire cálido sustituía a los restos del frío del altiplano. Mientras el avión frenaba y rodaba, a través de las ventanillas podían ver el ancho río Urubamba, uno de los grandes afluentes del Alto Amazonas.

Un enjambre de embarcaciones fluviales y canoas cubría la superficie. Un remolcador empujaba un par de barcazas río arriba. Grupos de casas de palma sobre pilotes se acercaban a la orilla. Una ráfaga de aire selvático caliente recorrió la cabina. Los propulsores, los turbomotores, emitieron un último rugido, zumbaron hasta un chisporroteo final.

Hubo un silencio cuando la puerta del avión se abrió de golpe, dejando entrar una nueva oleada de aire caliente de la jungla, cargado de olor a pescado y a vegetación podrida. Con eso llegaron los graznidos y las llamadas de los pájaros.

—Antes de embarcarnos en nuestra siguiente etapa —le dijo el arzobispo a Kura mientras los demás pasajeros, los asistentes y los generales se levantaban—. Mi última reflexión es esta. Ha hecho que gente poderosa parezca estúpida o tonta. Querrán vengarse.

Capítulo 54



—Podríamos haber saltado en paracaídas y ahorrar gasolina —les dijo el capitán Jimbo a los generales en una mezcla de portugués y español. Todo el mundo se despojaba de sus chaquetas y chompas, deseando tener un sombrero como el arzobispo y los pilotos.

Estaban bajo las alas del Hawker Siddeley para resguardarse del sol del desayuno, aún cálido, bienvenido tras el agudo frío cusqueño.

Kura había aterrizado con la primera luz escarchada de lo que sería un largo día. El arzobispo y los demás absorbieron el suave calor, los pájaros, los grillos, la brisa con sabor a verde del profundo valle de Lupaqa. Cusco, alta, aislada, fría, orgullosa bajo los incas, hosca con los criollos españoles, contrastaba con la vida rebosante y reflexiva de esta cálida selva tropical, su mundo.

La tripulación del HS distribuía botellitas de repelente de insectos y crema bloqueadora, restos de bocadillos de Bogotá con botellas de agua. Echaron un vistazo al tráfico fluvial matutino de transbordadores maltrechos para pasajeros y mercancía de media distancia, surcando la corriente a mitad de camino o sorteando los remolinos cerca de las orillas en las curvas interiores de los meandros. Las piraguas se deslizaban por ambas orillas, y las aldeas de casas de palma sobre pilotes se encontraban en la lejana orilla

opuesta, en los bordes de un bosque ralo que se adentraba en las colinas neblinosas.

Kura ya había estado aquí antes. Lejos, en un afluente se encontraba, en lo más profundo del bosque, la aldea de Piro de la que Miskitani había salido como una pequeña refugiada descalza de alguna disputa entre aldeas un decenio antes.

Media hora después de su propio aterrizaje, oyeron el zumbido agudo de un avión.

—Es un monomotor, podría ser un Pratt & Whitney de 12 cilindros —dijo el piloto del HS 748 a su copiloto. Estaban ayudando a la tripulación a colocar en un acantilado con vistas al gran río Urubamba, una gran lona parasol de cuatro esquinas y unas sillas ligeras y taburetes, que procedían de un presidente de Brasil, antiguo propietario del avión.

—Ese es nuestro viaje. Un ala y una oración. Usted se encarga de la parte de la oración —le dijo Kura al arzobispo, en un esfuerzo por recuperarse del sermón que había recibido en este corto salto de un mundo a otro.

—¡Jimbo, mira! —dijo el copiloto, tapándose los Ray-Ban con las manos.

En lo alto, sobre el calor brumoso, el olor a jungla, el aire azul y suave, los pilotos pudieron distinguir un biplano monomotor. Encajaba.

Parecía, al menos para el arzobispo Humberto Castañeda, que lo entendía, con un retroceso de simplicidad medieval a una película en blanco y negro cuando saltó a la vista, como lo que, increíblemente, era. Hasta ese momento de hoy y con la charla de la noche anterior con Sayri, se había preguntado sin necesidad de palabras, por qué

había sido esclarecedor. Lo había pensado, tal vez en su mundo onírico episcopal, tal vez mientras consumía uno de los huevos duros de la doctora Taruca. Reflexivo, oportuno, profundo, como Taruca.

Hasta ahora, su conclusión había sido que Sayri había hablado con sentido común, simple y clarividente, sobre una concatenación de sucesos y personas extraordinarios. Podría parecer el choque sin sentido de dos especies infrahumanas criadas para la violencia a lo largo de los eones, como avispones contra tarántulas. Ocurrió en la puerta de al lado solo unas horas antes, a personas de las que, al parecer, ni él ni nadie sabía nada. Estaban dentro de su diócesis. En esta conversación había aparecido a primera hora como si fuera normal, una hembra delgada y firme, una tensa Sancho Panza, en su ambulancia mulata, huevos y café en un termo, y había sido un protomilagro, el pistoletazo de salida del día.

En una profesión especializada en tratar con la duda, este era un día de convicción. Estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno. La visión del biplano flotando seguro de sí mismo, dirigiéndose hacia él, para él, le dijo que había entrado en una nueva dimensión. Tal vez a la siguiente galaxia, como prometían las religiones desde los albores de todo. Esta visión, podía oírla, podía verla, podía ver a todos a su alrededor mirándola con, como la suya, la boca y la mente abiertas. Se encontró pensando con gratitud que era igual que todos aquí, no más inteligente, no más bobo.

Juntos se habían visto abocados a un día con decisiones. Suyas eran las acciones que salvarían algo que necesitaba ser salvado. Ayudar a la gente que necesitaba, que merecía una mano.

Se le cayó la baba. Desde su conversación telefónica con Sayri, se había metido en una película aparte, como un cine con diferentes

salas, cada una de las cuales ofrecía un mundo distinto. Era un compañero de Colón en un nuevo mundo. Kura Ocllo y su séquito lo llevaban a un nuevo país, hablando a otro nivel. Este chárter de lujo en una pista de aterrizaje medio abandonada con, en la misma escena, canoas de 10.000 años remadas por personas que llevaban aquí desde mucho antes de su mundo de profetas del mar Muerto.

El biplano apagó el motor con un estruendo de toses y silbidos mientras flotaba entre las crecientes olas del calor matinal de la jungla.

—Esto es un auténtico *déjà vu*. Pellízqueme—dijo el arzobispo.

Era, por supuesto, el Antonov Royal Lupaqa Air Force One, el avión más vendido del mundo, fabricado en Kiev. Planeó, chocó contra la grava de la pista de aterrizaje y avanzó unos 50 metros.

—¡Hermoso! —dijo Jimbo. La capitana Chasca Nichols, porque por supuesto era ella, taxeó con gruñidos y rugidos, viró hasta situarse a escasos metros del Hawker Siddeley.

Polly, del *Washington Post*, estaba filmando mientras uno de los estudiantes de Harvard fotografiaba a Chasca saltando a tierra.

—¡Oh Dios, oh Dios! —dijo Jimbo—. Nadie va a creer esto.

El lente de Polly siguió a la joven comandante del Ala Aérea, futura mariscal donde las haya. Chasca cayó de rodillas sobre una manta extendida unos metros delante de Kura, inclinándose con la frente, las manos abiertas sobre la manta. Las cámaras de Polly enfocaron a las dos mujeres.

El arzobispo y dos generales, entre otros, acogieron a Tonyo, de 12 años, y a Q'orianka, que siguió a Chaska en su bienvenida ritual a la Inka.

Al cabo de unos segundos, Chasca levantó la vista. Las lágrimas corrían por el rostro inmóvil de Kura. Sus ojos, recordaría Polly más tarde, estaban fijos en la vasta selva que se extendía más allá de la orilla más lejana del río Urubamba, de la cual había surgido Miskitani, una descendiente cabal de los habitantes de 12 milenios antes. Miski había tenido una mente brillante, un cuerpo resplandeciente y suavemente ondulado, una imagen actual de los pueblos de las vastas culturas amazónicas que habían dado lugar a la versión neotropical amazónica de sapiens.

Chasca, Miski y Kura habían sido amigas. Chasca estaba de pie, corriendo a los brazos de Kura.

Monseñor Humberto aprovechó el momento para dar gracias a Dios por permitirle entrar en una reedición de los viejos tiempos de los misioneros franciscanos y dominicos del siglo XVI. La Iglesia había estado en primera línea del mayor tsunami humano que vería el mundo, la avalancha de personas que cruzaron el Atlántico desde Eurasia y África para apoderarse de las Américas.

Los dos generales, como el arzobispo, en mangas de camisa, observaron cómo un par de estudiantes de Lupaqa, junto con la tripulación del Hawker Siddeley, pasaban mangueras de reabastecimiento desde la parte inferior del HS hasta los tanques presumiblemente vacíos del Antonov, este potente Gypsy Moth que había pasado de una fantasía de antaño a la realidad de sus vidas.

Los atentos edecanes de Kura, que el arzobispo y los generales vieron, eran guardaespaldas, cada uno con sus manos vacías, una o dos pulgadas hacia arriba y al frente.

Kura había recuperado la vida y la confianza al ver, sentir y abrazar a la firme y flexible capitana Chasca, piloto de biplano. Ella

era la vida real, el poder del antiguo éxito, la gloria. Chasca había devuelto a Kura a la nueva dimensión, desde el mundo retorcido y colapsado de Lima, California, el resto de Norteamérica y Europa occidental.

La voz del arzobispo era la de un auténtico sacerdote de alto vuelo, aunque las palabras eran de Sayri. Las órdenes de marcha venían de lo alto. Ayudaba que el sacerdote fuera un ser humano. No estaba predicando, sino dando instrucciones de mando directamente de sus propios padres a través de Sayri. Kura Ocllo II, destacada bióloga cuántica, cazadora de la selva y madre, recibía su guía de los dioses andinos, la sabiduría de cientos de generaciones. No necesitaba adivinar. Kura solo tenía que asegurarse de que sucediera.

Su vista se fijó en uno, luego dos, en media docena de sonrientes hombres lupaqa que salían por la puerta hacia la escalerilla de autoservicio del Antonov. Un par de ellos, tras echar un rápido vistazo, volvió a entrar al Antonov y regresaron con media docena de *rangers* heridos y cojeando, asistidos por lupaqas vestidos con camisetas claras y pantalones cortos con cruces rojas improvisadas.

El arzobispo Castañeda y los dos generales se adelantaron rápidamente para dar abrazos a los recién llegados, manos amigas para los heridos, todo ello captado por Polly en su cámara de vídeo del *Washington Post*, al igual que las instantáneas del ayudante del estudiante de química de Harvard.

Más tarde, ese mismo día, los clips y las fotos, junto, por supuesto, las imágenes de Kura, Chasca, el arzobispo, el Antonov, las canoas en el inmenso río, aparecerían en las pantallas de

televisión, en las portadas de los periódicos de Moscú, Londres, Nueva York, en todas partes, con dosis dobles en América Latina.

—Hablando de conejos sacados de una chistera —diría Su Excelencia el arzobispo Humberto Castañeda unas semanas más tarde a Su Santidad ante una copa de jerez traída por una monja española en el Palacio Apostólico, en la parte trasera del Vaticano —. Su Santidad podría reflexionar, aun reconociendo que siempre tiene razón, podría pensar que quizá hubiéramos hecho mejor en escuchar a los aborígenes la primera vez. Tal vez era mejor que fuera así.

Kura se enfadó porque el sacerdote la trataba como a una niña que no había entendido bien la lección. Como directora de un departamento de investigación en una importante universidad alemana, estaba acostumbrada a decir a los demás lo que tenían que hacer, a imponer la ley.

Reconoció que no se le había ocurrido nada ni remotamente parecido al plan de Sayri y el arzobispo. Comprendió que Sayri y el arzobispo habían dado en el clavo, que ella había estado vagando sola como una nube perdida. Había estado pensando en movilizar a los combatientes, preparándose a la Churchill para defender a su país contra un desagradable invasor. Se había estado preparando para continuar la lucha con la certeza de que algunos de sus jóvenes resultarían muertos y heridos. El equipo Sayri-arzobispo no iba a luchar. Se estaban rindiendo. El arzobispo se lo dijo, en términos inequívocos.

Capítulo 55



Nadie le tuvo que decir al joven lupaqa, que había llegado con el arzobispo Castañeda a esta pista de aterrizaje medio abandonada en la selva, que ayudara a los heridos. Un par de camillas plegables aparecieron del Antonov.

—¡Métanlos directo al avión grande! —gritó Tonyo.

La mayoría de los heridos esbozó una sonrisa y un «Gracias, gracias». Los generales Uzátegui y Costa se habían acercado al trote. Se estaban haciendo a la idea de que debían estar al frente, no frunciendo el ceño desde detrás de las faldas episcopales del sacerdote.

—Somos ganadores, padre, porque trabajamos juntos —dijo Kura —. Somos el equipo lupaqa. Un equipo siempre vencerá a un no-equipo. Un tramposo gana dentro de su grupo. Pero un grupo de tramposos perderá contra un grupo de cooperadores. Esta ley genética se aplica a todos los animales sociales, hormigas, abejas, avispas, termitas, sapiens.

Kura le había dicho a Polly que «pusiera las cámaras sobre los generales, los heridos. Un poco sobre el arzobispo».

Polly estaba sudando, como todos los demás.

—¡Chico, tráeme unas toallas mojadas, mojadas! —le había dicho a Tonyo. Aguijoneado por el «chico», Tonyo vio que Polly era, no obstante, una pieza clave del espectáculo de hoy. Encontró un balde en el Antonov, lo llenó con agua del arroyo y tomó un trozo de tela del HS.

Fue recompensado.

—¡Eh, campeón! Haces que las cosas sucedan. ¡Muchas gracias! ¿Puedes manejar una cámara? Pégate a mí. Lleva esto. Y esto. ¿Cómo te llamas?

Tonyo, convencido, cargado con las bolsas de la cámara, el monopie y la cámara misma, permanecería con Polly durante todo el tiempo. Ella dirigía a los camarógrafos y pedía a los generales que ayudaran a llevar camillas separadas. Hizo que el general Costa levantara en hombros a un joven *ranger* con un vendaje en la cabeza y el brazo en cabestrillo. Grabó al general Uzátegui llevando un gotero sobre un muchacho en camilla, con chicas lupaqa en cada esquina y el ancho río Urubamba detrás.

Esta secuencia se pasaría y se repetiría en los noticieros de televisión de Lima, en los canales latinos del extranjero esa tarde, esa noche y en las noticias del desayuno del día siguiente.

—Esa chica se ganó el sustento con esos clips —dijo Sayri más tarde.

Polly dirigió a los generales para aparentar algunos negocios delante de la Cruz de Malta roja del Antonov, con la leyenda Servicio Médico Amazónico.

Kura había llamado a Chasca para decirle que se mantuviera alejada de las cámaras para no distraer la atención del mensaje. En

cualquier caso, Chasca se estaba asegurando de que tenía el depósito lleno del preciado combustible Turbo A-1 de repuesto.

Jimbo, el piloto del HS 748, preguntó a Chasca con un saludo:

—Capitana, estoy disponible en cualquier momento para unirme a su equipo. Soy Jimbo. Este avión está alquilado. junto con mis propios servicios —saludó al Hawker Siddeley—. Nos conocimos por radio. Veterano de Vietnam a su servicio. Puedo volar cualquier cosa.

La capitana Chasca le devolvió el saludo.

—Gracias, capitán Hatfield. La próxima vez que aterrice aquí, tenga la amabilidad de traerme dos, mejor dicho, tres barriles de combustible para helicópteros y más Turbo A-1.

Cualquier piloto de la selva sueña con alijos secretos de combustible. Como jefe operativo de la Real Fuerza Aérea Lupaqa, Chasca era responsable de dos nuevos aviones de la flota: los Huey confiscados a la Policía. Con su acento británico, una cicatriz que había que acariciar en el lado derecho de su cara, Jimbo Hatfield movería cielo y tierra para traerle el combustible. Soñaría con sus perspectivas hasta bien pasados los decenios de su jubilación.

Polly hizo unas cuantas fotos y vídeos desde lo alto del arzobispo y Kura hablando, con el ancho río Urubamba a sus espaldas, su tráfico despreocupado del pasado o del futuro.

—Usted toma decisiones rápidas, profesora Inka Kura Ocllo II. Me ha sacado de la Edad Media a lo que es hoy —dijo el arzobispo.

—Está bien, monseñor. No tiene que adularme —dijo Kura, observando el traslado de los *rangers* heridos al avión fletado—. Los lupaqas no somos mandamases. Eso es cosa de la Iglesia y de los gobernantes. En cuanto dijo unas palabras, entendí la idea. Me di cuenta de que mi propio pensamiento independentista no se ajusta

al menú de hoy. Para que quede claro, hoy debemos hacer todo lo que impida un mayor conflicto entre nuestros lupaqa y el gobierno de Lima.

Kura y el arzobispo se pusieron en pie, acompañados por dos de los asistentes de Kura.

—Esperaba el lío latino de siempre —continuó el arzobispo—. Todos gritándose unos a otros. Usted y sus lupaqa son diferentes, muy por delante del resto de nosotros. Hoy convertirá una causa perdida en una victoria o quizás mejor llamarlo un paso en una nueva dirección... Significa que ganará diciendo que ha perdido. Significa que se mantiene en el juego diciendo que no se mantiene en el juego.

El arzobispo hizo una pausa.

—Soy un veterano en la selva, en las montañas. Pero este es un mundo nuevo para mí. Veo canoas de 10 000 años de antigüedad en el mismo marco que los mejores aviones. Y, sobre todo, veo trabajar a jóvenes que se mueven y piensan como equipo.

Tan pronto como Chasca supo por Jimbo que el Hawker Siddeley había aterrizado en Camisea, Q'orianka se había subido a bordo del puente aéreo que Chasca había enviado por la mañana temprano con Tonyo y los hombres heridos desde la pista de aterrizaje a medio construir de Guayatacocha, con cohetes JATO bajo las alas. Necesitaba el despegue asistido por reactores para salir del valle.

—Me encantan esos jets —dijo la capitana Nichols.

Q'ori relató a Kura y al arzobispo lo sucedido el día anterior: las batallas de Guayatacocha, el procesamiento de Melanie en el sistema legal lupaqa, el secuestro de cadáveres, el asalto al

helicóptero de las tropas, la destrucción del avión de la Fuerza Aérea cuando disparaba a su propia tropa en tierra, el secuestro por un par de equipos jóvenes de los dos Bell Huey. Por último, lo que sabía de la muerte de Miskitani. Tonyo se lo contaría con todo detalle.

El arzobispo Humberto vio que estaba recibiendo la verdadera historia, la que le estaban contando a Kura. Q'ori, pudo ver, era más que brillante, sin vacilaciones, sin desperdiciar frases, pensamientos, tranquila, rápida, incisiva.

—De pequeños, en la selva, aprendemos a ser como los demás animales, a pensar como ellos —le había dicho Kura en el vuelo desde Cusco—. Sé rápido o estás muerto. Son las hembras las que mandan. Q'ori es como una víbora. El estómago de un jaguar le dirá que ataque. Si no tiene hambre, no lo hará. Es diferente para las víboras.

El arzobispo había estado esperando este viaje desde el momento en que había colgado el teléfono a Sayri la noche anterior. Los disparos directos de Kura zumbaban, crepitaban a través de la ionósfera de los satélites y emitían bocanadas de aire fresco de alta tensión, poco habitual en el negocio de los obispos. Sería un salto a la clandestinidad, al trabajo encubierto en todo caso, de la jungla que tenía a sus puertas. Los jóvenes, nativos, cazadores de la selva, muchos con doctorados, eran una característica de la acción. Algunas eran chicas, mujeres, una novedad aquí en provincias, especialmente para un eclesiástico del interior.

Aquí estaban, brillantes como alfileres, afilados como bisturís imponiendo la ley con puntas de flecha bien elegidas. Su venerable diócesis, con sus glaciares de la Edad de Hielo, congelados del mismo modo que la Antártida, aunque aquí bajo el implacable sol

ecuatorial, se sumergía, como él lo había hecho unos momentos antes, en el inframundo de la bulliciosa y reventona Amazonía. «Entre el infierno y el mar», les decía a sus colegas extranjeros. La operación de hoy fue cristiana, humana. Un inquisidor quisquilloso podría objetar detalles como la falta de documentación sobre este grupo prepotente, que emergía tan explosivo y elegante de lo intemporal. Sayri había dicho que lo contaría todo con una botella y un cubano.

¿Cómo podía saber un líder de la selva, que se desplazaba entre Washington y una casa comunal a orillas de una cocha, que Su Gracia, el arzobispo de Cusco, era aficionado a dar una calada a un puro y a beber un trago de VSOP?

Era su deber. Había sido cauteloso, nervioso si se quiere, en la fría oscuridad de la madrugada cuzqueña, con la doctora Taruca conduciendo una ambulancia contra el tráfico por los adoquines de la callejuela de Cusco, la Jerusalén de las Américas. Unas pocas palabras. Se habían convertido en cómplices, golpeando juntos al sistema.

Una obertura a los desafíos, las discordias estrepitosas de mandarines embrollados, mortificados, expuestos en las portadas como tenebrosos pavoneadores de ciudad oscura. ¿Cómo habían caído las poderosas y mohosas sobras de los conquistadores?

Él, su obispo, su colega, les diría que perdonaran y olvidaran. Más le valdría gastar su aliento de puro practicando anillos de humo. La diócesis del arzobispo contenía famosas pruebas del mundo precristiano, anterior a todo, un mundo civilizado del que estos lupaqa habían salido, antes de que Jesús saliera de Belén para salvar a la humanidad.

Observó a los hombres y mujeres jóvenes que se movían con rapidez, atendiendo con destreza y evidente amabilidad a los hombres que sus compatriotas habían derribado y desmoronado el día anterior. Los nativos lo habían llamado a él, un señor católico, para que les rescatara de su éxito, de su osadía, de sus sueños.

A través de las explicaciones y protestas de las mujeres, pudo oír que sabían que se habían pasado de la raya. ¿Quién podría culparlas? Eran una recreación, la secuela, de sus distinguidos predecesores, los incas. Su mundo anterior a la conquista había sido un mundo de valles boscosos, de finas terrazas de piedra, cuna de una civilización avanzada, de arte, ingeniería, astronomía y agricultura de categoría mundial.

Su mundo, en su diócesis, estaba salpicado de templos señoriales, famosas ciudadelas de piedra. Sus ríos, también los suyos, desembocaban en la gran selva tropical, que ya no era un horror recalentado por las serpientes. Era la última bocanada de oxígeno del mundo industrial.

El arzobispo miró las aguas crecidas y competentes del Urubamba. Un privilegio, pensó, seguir las ondulaciones de corrientes profundas, selva tenue, grandes cordilleras empañadas, la unidad de cuidados intensivos de la Tierra.

Un par de horas antes, el arzobispo había estado en la ambulancia de la doctora Taruca, surcando viejas calles de callejones construidas para el tráfico unidireccional de llamas. Ahora el sol ardía. Gracias a Dios se había acordado de su sombrero. Había dejado su sotana blanca tropicalizada en el armario. Solo sería un trabajo rápido. Si se hubiera dado cuenta de que iba a haber fotógrafos, el blanco habría sido más apropiado.

El arzobispo miró al otro lado del río. No era un lugar de vacaciones, pero para él resultaba mucho más atractivo con su dramático telón de fondo de cadenas montañosas reales. Era mejor que las deterioradas riberas, llenas de petróleo y basura, en Iquitos y Pucallpa, donde había estado destinado como sacerdote subalterno.

Hoy se alegró de sentir el sudor que le caía por la espalda a primera hora del día, un recuerdo de su juventud esperanzada. Con suerte, dentro de una hora o dos estaría en lo alto de las montañas, en el frescor del lago donde aquellos astutos lupaqa habían birlado para su propio uso dos helicópteros peruanos y, por increíble que parezca, habían derribado un flamante helicóptero de combate de la Fuerza Aérea. Y un avión, según su relato.

No había asimilado bien el tamaño y el alcance de la secuencia del cachiporrazo hasta que había oído, hacía un momento, un relato directo y serio del acontecimiento de las flechas contra las máquinas por parte de la comandante lupaqa, esta tranquila comandante de 18 años. Observó los altos pómulos nativos de Q'orianka y su boca ancha de labios finos. No era más una campesina oprimida que, por ejemplo, María Callas.

Miró a los bulliciosos muchachos y muchachas de la tribu con sus esotéricos transportes. Un elegante motor turbo inglés junto a su compañero de cuadra más pequeño llamaban la atención en cualquier lugar del mundo consumista actual de reactores veloces como agujas. No tenía ni idea de cómo funcionaba un motor a reacción, pero apostaba lo que fuera a que los chicos de la tribu sí.

El biplano de nariz alta estaba acurrucado en el seno del elegante avión de pasajeros verde y amarillo, mamando combustible

de aviación. Los muchachos y muchachas lupaqa, escoltados por los generales peruanos, seguían cargando, ayudando a los *rangers* heridos hacia el lujoso avión de pasajeros. Ambos de otra época, sin embargo, ciertamente comerciales en la pista de aterrizaje abandonada junto a esta antigua vía fluvial.

Mientras escuchaba los informes sin florituras de las mujeres sobre lo que debía de ser, se mire por donde se mire, un enfrentamiento histórico entre lo antiguo y lo moderno, observó cómo trasladaban a los maltrechos y destrozados y lisiados sobrevivientes de una máquina inverosímil a la otra. Había volado en ella, algo de lo que no podían presumir la mayoría de sus predecesores, inquisidores a la antigua usanza en algunos casos.

Eran, seguramente, los túmulos de una nueva revolución en la que los habitantes de la selva surgían de verdaderas civilizaciones golpeando el cemento, los burócratas con los secretos olvidados de la grandeza conquistadora. No lo había visto venir. Con las rebeliones, el truco consistía en detectar cuáles se mantendrían, cuáles desaparecerían en los océanos obstruidos de plástico de hoy.

El arzobispo Castañeda era un verde tranquilo, mal visto por las jerarquías eclesiásticas por progresista. El río Urubamba, con sus rápidas canoas y sus transbordadores, continuaría con esta «revolución», podría serpentear eternamente. Había estado recogiendo lana. Guardándola para el sermón del domingo.

—Señoritas, gracias a las dos por incluirme en este relato tan útil sobre lo que ocurrió ayer. Un desastre —dijo el arzobispo cuando Q'ori hubo terminado. Hizo una pausa y continuó—. Una pregunta: ¿por qué necesitaban destruir el helicóptero para recuperar el cuerpo de la chica muerta?

Q’ori lo miró fijamente.

—No podíamos creerlo. Los policías saltaron de la máquina y se dirigieron hacia Miski. Nuestras mujeres locales habían estado siguiendo los ritos tradicionales previos al entierro, preparando su alma para el otro mundo. Los soldados cogieron su cuerpo e intentaron huir. Las mujeres, los perros y nuestra gente, que observaban desde el bosque, se quedaron atónitos. Cargaron, salieron corriendo con caballos, jabalinas, flechas, boleadoras. Eso fue lo que derribó la máquina. El cuerpo de Miski sigue dentro del helicóptero en el fondo del lago, junto con algunos de los soldados. Aún no sabemos cuántos. Para la historia completa, habla con el comandante de la Policía, el coronel López Málaga. Fue alcanzado en la cadera por su propia gente del avión militar. Está en mal estado y lo cuidan en nuestro sanatorio.

El arzobispo asintió, no se convertiría en un perro en su pelea. Q’ori quería asegurarse de que el arzobispo tuviera la historia.

—El coronel me dijo que su objetivo era tomar el cuerpo y hacerlo desaparecer en el bosque. Sin cuerpo, no hay crimen.

El arzobispo asintió. Tenía más preguntas.

—Doña Q’ori, para que quede claro, ¿por qué había tantos hombres y mujeres montados y armados asistiendo a esta fiesta infantil de Melanie?

Buena pregunta, pensó Kura. Agradeció que Q’orianka le contara lo que había pasado y le refrescara las decisiones que Larry y ella habían tomado una semana antes, con la ayuda de Sacha. La visita de Melanie había quedado enterrada en una página posterior de sus preocupaciones.

—Nuestros nuevos equipos de defensa estaban haciendo sus primeras maniobras en las montañas. Incluyen la caballería de los morochucos. Estos ejercicios de entrenamiento coincidieron con la inesperada petición de Melanie de reunirse con Kura.

El arzobispo Castañeda podía percibir las páginas que faltaban en el relato de Q'orianka, en los cuidadosos asentimientos de Kura, en sus silencios. No le correspondía a él insistir. Otras preguntas esperarían. ¿Sabían que iba a llegar el helicóptero? Si era así, ¿cómo? ¿Tenían los lupaqas algún herido? ¿Más muertos?

—Gracias, Q'ori —dijo Kura, y llamó a Chasca para que dejara tanquear.

—¿Cómo se le ocurrió traer aquí a estos heridos? —preguntó el arzobispo a la capitana Nichols—. Un avance enorme. Gracias a usted, capitana, llevamos ventaja.

—Más rápido que Lima, supongo —dijo Chasca, con Kura escuchando atentamente. Ella también necesitaba saberlo, se alegró de que fuera el arzobispo quien preguntara primero—. Los pilotos hablan con los pilotos.

—Estábamos limpiando una pista de aterrizaje cerca de Guayatacocha en Tastayoc —dijo Q'ori—. Nuestro centro de comunicaciones recibió una llamada de Sayri desde Washington. Dijo que valía la pena el esfuerzo, el riesgo de traer el Antonov. La capitana Chasca no tenía combustible para llegar a salvo a Cusco con un cargamento completo de heridos. Era buscar problemas. Ni siquiera teniendo en cuenta las montañas. Hay más heridos llegando en helicóptero.

Chasca se excusó para volver a su Antonov.

—Llévense las bolsas para cadáveres —dijo Q'ori.

La dificultad de la capitana Chasca para aterrizar y despegar en Tastoyoc había creado un nuevo problema logístico para la misión diplomática entrante. No disponían de transporte hasta Guayatacocha. Si el biplano de 12 plazas tenía problemas, el HS 748 de 40 plazas ciertamente no podría aterrizar en la pista de matorrales. Podían enviar el Hawker Siddeley a Cusco con los heridos, lo que no era mala idea. El resto podría hacer autostop con Chasca hasta la Catedral. Pero necesitaban estar en el lago con el resto de los *rangers* heridos.

Los dos Huey expropiados estaban en Guayatacocha, donde habían sido llevados por sus propios pilotos la tarde anterior para transportar los suministros médicos a los médicos y a las enfermeras. Habían despegado inmediatamente para cargar combustible en el depósito de Larry, en Matria.

El arzobispo contempló el inmenso río, la selva más allá, escuchó a los monos, los pájaros, los bichos. El espeso ambiente de profundo olor marrón verdoso de la Creación original.

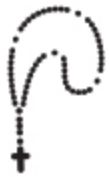
Tenían que moverse y no perder el tiempo precioso hoy, dando palos de ciego en arbustos ajenos.

—A los negocios, señoras. ¿Dónde está Melanie? ¿Cómo subo a Melanie, y a los heridos restantes, tal vez algunos muertos, a este avión, y vuelo con ellos a Lima? Hoy mismo. Ahora. Creo que nos entendemos. Las charlas sobre el futuro pueden empezar mañana, tan pronto como quiera, una vez que estos pobres muchachos y la esposa del presidente estén a salvo en algún lugar al otro lado de esas montañas.

No desperdició una sonrisa mientras agitaba su anillo episcopal en el brumoso oeste.

—Pongamos en marcha este primer espectáculo. ¿Dónde está Melanie?

Capítulo 56



El arzobispo estaba sentado con Kura y Q'orianka a la sombra de la lona. Se había despojado de su sotana cusqueña, que yacía doblada en su bandolera, lista para ir a donde lo llevara uno de los aviones. Iba vestido como un barón de la Iglesia en su día libre, un alguien, sí, enjuto, espigado más que desnutrido, un profesor quizá de matemáticas, en mangas de camisa y pantalones holgados con un par de botas alemanas de montaña. Él y las dos jefas lupaqa esperaban, pacientes, a Chasca, a los pilotos del Hawker Siddeley y a su ingeniero de vuelo, chequeando algo bajo el largo y alto capó con herramientas prestadas por el chárter.

Una preocupación era el tren de aterrizaje del Antonov. Los puntales habían sufrido tensiones tras el duro aterrizaje de la noche anterior en Tastayoc. El despegue, cargado de heridos esta mañana, forzado por los cohetes de potencia JATO a 12.000 pies, había aumentado la preocupación de Chasca.

El capitán Jimbo se había ofrecido como copiloto, «un honor, señora».

—Muy sabio —dijo distraídamente el arzobispo, con los ojos y la mente puestos en el tráfico sobre las anchas aguas del caudaloso río

Urubamba. Los ríos, las canoas conectan. Habían mantenido unido al Amazonas. Soñaba con aldeas remotas, inalteradas a lo largo de los siglos. Estaba en un momento tranquilo observando a estas dos poderosas mujeres en este rincón poco conocido de su diócesis, su profundo y culto pasado, su inquieto presente, su poco prometedor futuro.

Al igual que Q'orianka, había traducido la declaración de Kura como «No me verán ni viva ni muerta con la mujer que mató a mi Miski». Suspiró. Debería volver a la selva como párroco.

El Antonov con la capitana Chasca permanecería en Tastayoc, listo para cubrir algún vacío de transporte.

—Puede que te quedes sin helicópteros —resopló Chasca. Volvió trotando a través del creciente calor hacia el mundo masculino del mantenimiento de aeronaves.

De joven, la ligera voz de tenor del arzobispo no llegaba muy lejos. Cuando estudiaba en Berlín, había intercambiado lecciones con un joven actor, Klaus Kinski, que buscaba consejos sobre cómo un misionero podría tratar con la gente de las tribus en Brasil. Kinski había enseñado a Humberto Castañeda a proyectar su voz al fondo de la sala. «Debes pronunciar tus con-so-nan-tes». Kinski llegaría a Perú una década después como actor principal de *Aguirre y la ira de Dios*, de Werner Herzog, donde Castañeda aparece unos segundos como él mismo, un sacerdote.

Como predicador y conversador, el arzobispo tenía fama de hablar rápido y claro, sin levantar la voz ni aporrear el púlpito. Los hombres y mujeres lupaqa habían aprendido desde niños a permanecer en silencio, dando sentido a los sonidos más suaves del bosque.

—*Frau* Kura, *fräulein* Q'ori. Antes de despegar voy a pedirles unos minutos de su tiempo…, van a decidir el futuro de su pueblo. Pueden pensar que han ganado una victoria. La realidad es que han causado un desastre a su pueblo.

El arzobispo sabía que no estaba acostumbrado a tratar con mujeres, o incluso con hombres, tan versados en lógica y precisión como él. Llevaba un par de horas viendo y oyendo en acción a esas mujeres dueñas de sí mismas, junto con su personal de apoyo, y no le cabía duda de que el resto de la tribu tenía el mismo molde... Estaban acostumbrados a tratar con gente tan ágil como ellos.

—Los políticos, burócratas, ejecutivos y militares que encontrarán en Lima y en otros lugares —empezó diciendo—, no están acostumbrados a tomar el tipo de decisiones y riesgos a los que ustedes, aquí en la selva, sí lo están... Pocas personas en el mundo podrían actuar con tanta decisión como ustedes lo hicieron ayer. Hoy ustedes y yo hemos estado viendo cómo trasladaban a los mutilados y a los heridos, de un avión pequeño a otro más grande para llevarlos hasta la ayuda médica que esperan recibir en Lima. Las carreras de estos chicos están acabadas. Para los que están en las bolsas de cadáveres no es, por supuesto, su carrera la que ha terminado. Fueron empujados a un avión hace 24 horas con destino, por desgracia para ellos y sus familias, al reino de Lupaqa, donde se había producido un malentendido... Mirando las caras de los que aún están vivos, y las de los muertos, supongo que ninguno de estos chicos tenía, a principios de ayer, mucho más de 20 años.

Hizo una pausa.

—La causa de las muertes, incluida la de su joven ayudante, y las heridas es su decisión de luchar si es necesario por la independencia

de su reino. Han ido mucho más allá de lo que la mayoría de la gente de Perú y Sudamérica considera razonable. Matar gente es inaceptable. Herir y matar policías es inaceptable. Su tribu consta de varias decenas de miles. La población de toda América se acerca a los mil millones. Anteayer eran desconocidos. Hoy no se les conoce como personas pacíficas e inteligentes, sino como pendencieros y violentos. Un problema que hay que resolver, no una ventaja que hay que apoyar. Han lanzado deliberadamente a su tribu a la política de la República del Perú y, en efecto, del resto de América, del mundo si lo prefieren... No tenemos tiempo para hablar de los aciertos y errores de unos y otros. Pronto se discutirá en Lima y en otros lugares. Haré todo lo que esté en mi mano, al igual que otros, para...

El arzobispo prosiguió.

—La única pregunta que tienen que hacerse es: ¿Cómo podemos salir de este lío? Se han granjeado la enemistad de personas legítimamente poderosas que no pueden permitir bajo ningún concepto que ustedes se salgan con la suya. Esto es un *Zeitenwende*, un momento decisivo, tanto para ellos como para ustedes. La gente que dirige las cosas en Lima no es especialmente brillante. No funcionaría si lo fueran. Los gobiernos han evolucionado para que la gestión de un país corra a cargo de los mediocres. No es tarea de los poderosos, de los ricos, ser inteligentes, amables y considerados. Ustedes y su pueblo son brillantes y están sufriendo las consecuencias. Hoy, quiero decir en este minuto, deben demostrar a sus lupaqa, viejos y jóvenes, que la gente decente puede, a pesar de la evidencia, salvarse de la salvaje torpeza de los gobiernos sin recurrir a su propia capacidad de —el arzobispo hizo

una pausa, luego fue por ella— venganza tan descuidada como la de cualquier otro gobierno.

Las observó mientras hablaba. Permanecían quietas, sin moverse. Kura le diría más tarde que tanto ella como Q'orianka podrían haberle leído de memoria su planteamiento, su admonición, palabra por palabra.

—Los generales, los políticos, pueden sonar, aquí en sus ríos, en el gran bosque, como unos don nadie que no saben nada. En su mundo, en el que viven, todos más allá de unas pocas almas privilegiadas como ustedes, proporcionan una especie de estabilidad. La confusión es deliberada. O si lo prefieren, inmaterial. Requiere que la gente se atenga a reglas arcanas. Las que ustedes, lupaqa, se han negado a obedecer, según las pruebas aportadas por estos heridos y muertos. Sudamérica, con su política deleznable, es la parte más estable del mundo. El resto, empezando por Norteamérica, están, todos estamos de acuerdo, dirigidos por turbas de linchamiento. Mi sugerencia es que, en vez de eso, deberían intentar unirse a ellos. No patearlos donde les duele y llamarlo Independencia.

Los ojos de Kura no parpadearon. Parecía como si no estuviera escuchando.

—No veo ninguna diferencia práctica entre su arrogancia y la de ellos, salvo que ustedes añaden un toque de esnobismo al estilo inglés.

El arzobispo Castañeda vio cómo Kura apretaba los labios y entrecerraba los ojos. Creyó que se atrincheraba, que no iba a escuchar a aquel predicador santurrón. No se equivocaba. Las mujeres independientes, y estas dos eran tan independientes como

cualquiera en el mundo, pueden ser tan rápidas para apreciar el sentido común, lo que la condesa Mamaqhawa describiría más tarde como «sentido común perceptivo». Las tres vieron que el arzobispo estaba exigiendo a un grupo de feligreses rebeldes que se despabilaran, que fueran realistas.

Kura, lejos de sentirse malhumorada, intentaba no reír de placer al pensar en cuántos años hacía que nadie se atrevía a decirle las cosas en su cara. Algún árbitro del cielo le había concedido un penal a este príncipe de la Iglesia que hablaba claro, y el príncipe lo estaba lanzando hasta el fondo de la red. Pensaba que hacía solo uno o dos días, en Washington, una sala llena de bandidos de carretera habían sido unos ingenuos pusilánimes comparados con este cura de pueblo, como le gustaba llamarse a sí mismo en esta frontera prohibida. ¿Qué hacía George Bush entre comidas? Aquí estaba el arzobispo, que no tenía ningún problema en reprender cara a cara a una política nativa y malhumorada, diciéndole la cruda verdad de casa. Estaban en la lejana frontera del mundo librando una batalla que nunca ganarían, quizá nunca deberían ganar, al igual que sus predecesores.

—Inka Kura, no comprende el peligro que le causará su éxito en el campo de batalla, tu victoria. Usted y sus lupaqa serán borrados. No con los años. Quiero decir ahora, en semanas, asesinados, groseramente maltratados, convertidos en miserables como los otros pueblos en la Amazonía. Han visto a los fantasmas de las tribus de las reservas en Estados Unidos, Canadá, Australia. Ese será su legado, no los florecientes emprendedores que le legó Sayri.

Kura no reaccionó. No movió un dedo.

—Q’orianka tiene, allí puesta, más horas de experiencia en el campo de batalla que cualquier general del Ejército en Sudamérica hoy. Los ejércitos latinos están diseñados para no entrar en batalla, y mucho menos para ganar.

—Sabíamos lo que ibas a decir antes de que lo dijeras —respondió Kura más tarde. Por su parte, el arzobispo la había visto asimilarlo. El músculo de la mandíbula de la joven Q’ori se tensó. Una dura, una guerrera, no una política.

—Inka Kura, ya has visto algo de eso. Vayamos usted y yo a ver de nuevo a esos chicos en su avión. Es solo el desayuno del día después de su asalto a cuatro máquinas militares. Usted, *fräulein* Q’ori, los metió sin piedad en este lago helado. Una docena de jóvenes ha muerto y muchos más están gravemente heridos. Le he preguntado a su buena doctora si podría morir alguno de aquí a Lima. Dice que no. Los casos marginales están en su hospital donde, *Deus volente*, los veremos vivos, mutilados, tal vez por el resto de sus vidas.

Ni Q’ori ni Kura se inmutaron, con los ojos fijos en el forastero. Sus oídos abiertos.

—Tienen unas horas para encontrar una salida. Si no, llorarán al ver las mutilaciones de sus familias. Dios y yo también lloraremos —continuó el arzobispo.

El silencio fue roto por la explosión, el rugido *in crescendo* del motor de 1500 CV del Antonov. Al cabo de unos instantes, todo volvió a la calma. Una advertencia.

—No tenemos tiempo. Lo entenderán cuando les diga esto: para ganar, hay que perder. Tienen que arrodillarse y decir: «Ustedes ganan» —prosiguió el arzobispo.

Chasca, con la tripulación y Jimbo habían acelerado, golpeando tuercas, pernos, pateando neumáticos, encajando cohetes en vainas de sujeción.

—Para que ganen, deben ceder, capitular. Esto es lo que deben hacer. No les estoy dando consejos. Intento salvarlos de su éxito y, perdónenme, de su arrogancia. El mensaje es: No se defiendan. Todo lo que pueden hacer es confesar. Es su única oportunidad de escapar. Su inocencia no afecta al asunto. El tribunal nunca será persuadido de la convicción de su culpabilidad. Estoy citando a Kafka. Con la misma facilidad, podría estar leyendo *1984*, algo de Tuchman, de Cicerón o de Cervantes. No pueden, no tienen cómo vencerlos. Las veo como dos joyas, brillantes diamantes de inteligencia y, lo que es peor, de buena naturaleza, de bondad. Yo estaría allí encendiendo la leña en su auto de fe.

El arzobispo se puso de pie.

—Espero su próxima pregunta.

Las cosas se aceleraban alrededor del Antonov. La capitana Chasca Nichols se estaba ajustando las botas de vuelo y las gafas. El capitán Jimbo había terminado de revisar sus bolsillos en busca de pasaportes y documentos de vuelo.

Q'orianka frunció el ceño. El arzobispo no sonrió.

—Ahora, todos nos metemos en este avión con alas de ángel. Luego solo tienes que seguir el guion. Vamos a ver lo buenas que son uniendo puntos, inclusive los que se mueven por sí solos.

Capítulo 57



La capital estaba alborotada. La noticia, a mediodía del viernes, de la detención de la primera dama por una tribu amazónica que la había acusado de asesinato había sido recibida con cierta satisfacción. Melanie Moldado no había desarrollado el estilo necesario para impresionar a los pobres como la nueva Eva Perón. Los acomodados la encontraban pretenciosa, una *nouveau* sin *riche*.

El accidente de este helicóptero soviético de alta gama no sería un accidente si Melanie estuviera implicada. El misterio del asesinato en la jungla de Moldado. Algo faltaba. Alguien estaba siendo económico con la verdad. La radio, la TV, los senadores, el Congreso exigieron saber qué estaba pasando. Un avión de reconocimiento de la Fuerza Aérea informó que el helicóptero había caído en un lago andino alimentado por un glaciar.

Las declaraciones de Radio Lupaqa retransmitidas desde Cusco lo confirmaron con un añadido, repetido a menudo: «La señora Melanie Moldado está liderando las labores de rescate. Estas están siendo coordinadas por dos helicópteros Bell Huey de la Fuerza Aérea del Perú que operan juntamente con el servicio hospitalario local».

La confusión se agravó con el silencio. El Gobierno había perdido el hilo.

—Estamos preocupados —declaró un portavoz del presidente Moldado—. Queremos devolver la paz y la tranquilidad a este rincón lejano de nuestro país maravilloso, a excepción de las actuales inclemencias meteorológicas.

—La Fuerza Aérea y la Policía han enviado cuatro de nuestras mejores máquinas a esa oscura parte de nuestro país en una misión totalmente inexplicable —dijo un general retirado de la Fuerza Aérea en la televisión, repetido en Radio Perú por todo el país—. Tres excelentes helicópteros, entre ellos el Mi-17, el mejor de su tipo. Además, un excelente avión de reconocimiento Beechcraft con pilotos y tripulación de primer nivel. Los cuatro —el general levantó la mano hacia las cámaras moviendo un dedo tras otro—, los cuatro han desaparecido. Uno se ha estrellado definitivamente en este lago. Tenemos los detalles del SOS, que tristemente no dejan lugar a dudas. Yo soy el que sabe lo que está pasando. Lo que puedo decirles es que no me gusta.

A pocas cuadras de las oficinas de Palacio de Gobierno, de los ministerios, el centro de la capital con las sedes de los bancos, las cámaras Alta y Baja del Congreso convocaban a un debate de emergencia.

Una cáscara de plátano bajo sus zapatos bien lustrados llegaba en un momento especialmente malo para el presidente. El artículo 117 de la Constitución peruana establece que una mayoría de dos tercios puede destituirlo por «incapacidad moral». El presidente perdería inmediatamente su puesto, y sería susceptible de un rápido enjuiciamiento si no era capaz de entrar por una puerta trasera en una embajada latina amiga. Esposa opcional.

—Su esposa llevada a la Amazonía como esclava. Nativos atacan una nave de la era nuclear con lanzas y flechas. Se estrella. Veinte jóvenes peruanos, guardianes de nuestra democracia, han muerto. Esa es la definición de incompetencia moral —comentó un presentador de noticias de TV en un editorial instantáneo.

El presidente Moldado aparecía como un zalamero sin fondo, sin control sobre una esposa sospechosamente vivaracha que hablaba francés. Historias, ni viejas ni frías, sobre cientos de millones en bonos del Banco Central vendidos con descuento en los mercados de Tel Aviv y Singapur por Joseph Hyman, financiero, amigo de la familia Moldado.

¿Por qué necesitaba el presidente guardaespaldas israelíes y un pasaporte de la República de Irlanda en el bolsillo trasero? País asolado por la inflación, una guerra interminable contra los alborotadores comunistas.

Sus primeros esfuerzos de aquel día fueron los mejores. Estaba inaugurando proyectos escolares en la costa norte, donde atendió una llamada abierta de Radio Perú en la capital:

—Presidente, la señora Melanie ha sido acusada por la magistrada nativa como responsable del asesinato de esta joven tribal de 18 años. ¿Qué hace usted al respecto?

—He enviado nuestro helicóptero más nuevo con un escuadrón completo de nuestros mejores *rangers* de la Policía. Ellos solucionarán el malentendido. Melanie quiere ayudar a estas personas, perdidas en el pasado, a unirse a la gran familia del Perú. Melanie sabe cuidar de sí misma. Este es otro ejemplo de la vida cotidiana entre los grupos maravillosamente diferentes que representan el estupendo pasado y el estupendo futuro de Perú.

No está mal. Un pequeño globo de información además de la palabrería habitual. Esto había sido a mediodía. El choque y las muertes horas después fueron otra cosa. En el Congreso, los partidos de derecha exigieron al Gobierno, concretamente al presidente Moldado, una actuación inmediata para «controlar a los indios, darles una lección».

Estaba claro, decían las alas derechas de ambas cámaras, que el accidente había sido causado por los lupaqas. Cuando se iniciaron las sesiones vespertinas, ya aparecían fotografías en los noticieros de televisión en las que se veía a Melanie con una bata blanca de laboratorio limpiando la frente a un sobreviviente de la policía. Cada vez estaba más claro que el helicóptero había aterrizado y había sido atacado.

—También han derribado un avión de reconocimiento de la Fuerza Aérea —dijo un senador—. Es evidente que forman parte de Sendero Luminoso. Exigimos el envío inmediato de nuestros militares para sofocar a estos rebeldes castristas. A continuación, tomarán el control de nuestros valiosos territorios amazónicos. Estos están llenos de petróleo, gas, oro y otros minerales. Millones de dólares en madera dura esperando ser convertidos en puestos de trabajo. Exigen abiertamente su independencia. Independencia, un cuerno. Esto es puro y simple robo a plena luz del día. Por accidente, literalmente, la trama ha sido descubierta. Este Moldado es, claro como el agua, el testaferro de los bancos y delincuentes internacionales que roban la riqueza del Perú. Él y la esposa y sus amigos financieros —y todos sabemos quiénes son— están robando la independencia del Perú. Es un traidor. Debe irse.

Eso lo dijo un almirante retirado de la Marina.

En la Cámara Baja, un profesor universitario de izquierda agitaba un periódico ante el presidente de la Cámara.

—¿Quieren pruebas? Hoy en Washington D. C., la llamada Inka, la mujer jefe de esta tribu de supuestos nativos se codea con el líder del complejo militar-industrial, el señor George Bush, el vicepresidente nada menos que de los Estados Unidos de América. Esta mujer, que no es más amazónica nativa que yo, señor presidente, almuerza en el Pentágono. Hay fotos que lo demuestran. Es evidente que están ultimando su plan para apoderarse de la Amazonía.

Un diputado de la coalición gubernamental de Moldado tuvo la presencia de ánimo de decir: —Señor presidente, ¿podemos pedir a los partidos de la oposición que aclaren si nos acusan de estar en manos de los comunistas cubanos? ¿O son los gringos republicanos de derecha del Pentágono? Vamos, cabezas de chorlito. Tenemos graves accidentes que aclarar.

—¡Sr. presidente, exijo que el diputado se retracte de «cabezas de chorlito»!

Esta versión limeña de la democracia no era peor que la de Westminster. El hecho era que no estaba haciendo ningún bien a la causa lupaqa. Los gritos se reflejaban en los titulares y en los comentarios de radio y televisión.

Capítulo 59



En la pista de Camisea, junto a las cálidas y fangosas orillas del río Urubamba, Tonyo subía a los pasajeros al biplano An2 para emprender el empinado vuelo por el flanco oriental de los Andes hasta el corazón del reino de Lupaqa.

Al mismo tiempo, iba guardando las bolsas de las cámaras de Polly Quinne, la redactora-fotógrafa del *Washington Post*. Destino: la pista de aterrizaje de Tastayoc, a un par de horas a lomo de mula de Guayatacocha, escenario ayer de la batalla de caballería contra helicópteros. La capitana Chasca Nichols y Jimbo Hatfield, su copiloto para ese día, estaban en la cabina haciendo las comprobaciones previas al vuelo.

La lista de pasajeros estaba encabezada por Kura Ocllo II y el arzobispo de Cusco, monseñor Humberto Castañeda, el general Juan Carlos Uzátegui, comandante del batallón n.º 9 del Ejército de Cusco, y el general Guillermo Costa, jefe de la Policía de la región Cusco.

Cuando los colegas americanos y europeos le preguntaban «¿Dónde?», el arzobispo Castañeda les decía que que su arquidiócesis era en la práctica más grande que Bélgica y Holanda juntas. Tenía media docena de cadenas montañosas con picos de

6000 metros e incontables kilómetros de selva tropical sin cartografiar.

No menos importante hoy en esta compañía era Q'orianka Condorcanki, de 18 años, la adjunta designada mientras Kura y Sayri estaban en DC. Q'ori había asumido el día anterior el mando de las fuerzas lupaqas.

—Está a punto de conocer a la jefa de nuestro Servicio de Salud —le dijo Q'ori al arzobispo—. Es una monja, con experiencia en medicina de urgencias. Le gustará. Estos pobres hombres estarían mucho mejor bajo su cuidado. Parece que la política se ha impuesto, monseñor.

El arzobispo había asentido, no sonrió. No era un asunto para sonreír. Sin embargo, le impresionó recibir aquella patadita en la espinilla de aquella joven tan tranquila, ¿señora? ¿muchacha?, que, después de todo, había sido la que, según tenía entendido, había dado las órdenes de derribar el helicóptero y el avión. No le sorprendería saber que ella también había soltado algunas de las flechas que derribaron las dos aeronaves en Guayatacocha.

Como calentamiento, las fuerzas terrestres lupaqa, dirigidas por esta Q'orianka, habían capturado a primera hora del día dos helicópteros de combate de la Policía. Los habían puesto en marcha y operado eficazmente para la operación de rescate.

Fue Q'orianka quien había detenido a la primera dama de Perú, quien había ordenado que la ex chica de portada Melanie Moldado fuera esposada junto a los guardaespaldas mugrientos y manchados de la Policía, y la había metido con ellos en la parte trasera de un helicóptero capturado.

La mayoría de las muchachas de su edad vivían con mamá y papá, llevaban uniforme escolar, se reían de los chicos, consideraban pecado fumar un cigarrillo o beber medio vaso de vino blanco. Esta señora de la guerra, que aún no había salido de la adolescencia, estaba a punto de derrocar a un gobierno de políticos con manoplas. Aquí estaba él, un arzobispo del Sacro Imperio Romano, dirigiendo desde algún lugar de la selva tropical un intento desesperado de sofocar una incipiente guerra amazónica desencadenada por este peso ligero en cuya boca podría congelarse la mantequilla.

El arzobispo esperó su turno. Q'ori estaba de pie detrás a un lado. No podía medir más de 1.60 metros. Digamos que medía 1.70 metros. Había encontrado tiempo antes de su huida de Tastayoc a primera hora de la mañana para pintarse en cada mejilla un pulcro circulito rojo y negro con una mancha dorada en el centro, lo que indicaba, según le había dicho Kura, que Q'ori estaba en lo más alto de la administración del palacio Lupaqa.

Mientras se preparaban para embarcar, observó que sus manos y antebrazos eran grandes, sueltos, maternales, lo mismo que había notado con Kura. Podía imaginarse que servirían para que cualquiera de las dos diera un buen golpe o se tomara una taza de té chino con la princesa Ana.

Q'ori era pulcra, de nacimiento y de formación. Hoy, bajo el calor del Amazonas, vestía una *cushma* entallada de algodón crudo color beige marfil, sandalias hechas con neumáticos viejos —quizá una declaración política— y un par de medias blancas hasta el muslo. Llevaba su equipo en una maltrecha bandolera Adidas. El arzobispo suponía que sería la guía en el campo de batalla.

Q’ori y el arzobispo parecían ser los últimos en llegar. Humberto hizo pasar a Q’ori con un movimiento de cabeza.

—Usted primero, padre. Yo soy la que cierra la puerta —dijo.

Eso no era precisamente exacto. Un grito vino de fuera.

—¡Momentito!

Era Tonyo, en realidad, el encargado hoy de las puertas. Estaba esperando a Polly, que había estado tomando primeros planos «para el registro» de la tropa herida atendida por los médicos Lupaqa en el interior del Hawker Siddeley.

Polly subió al Antonov. Tonyo cerró la puerta de golpe y el motor delantero emitió un rugido estremecedor.

Jimbo estaba radiante desde el asiento del copiloto.

Enfundada en su casco ruso de cuero pulido, Chasca, con la fina cicatriz que le salía por debajo de la mejilla, miraba por encima del morro y a través de la pesada hélice de cuatro plumas.

—Taxéenos, capitán. Duro a babor —le dijo a Jimbo, que parecía tranquilo. Realmente había volado casi todo lo que tenía alas. Estaba a punto de pilotar una carcocha comunista de 1500 CV fabricada en Ucrania.

—¡Despejen el puntal! —había gritado por la ventanilla lateral. Unos clics y el rugido. Soltó el freno, giró lentamente, como un profesional, hacia la pista de grava, barro cocido y hierba. A una señal de Chasca, Jimbo giró sobre sí mismo, el avión listo para despegar, con el morro orientado hacia una ligera brisa.

—Bueno, entonces, será mejor que la hagas despegar. —Chasca no necesitó sonreír—. No es diferente de un DC3.

No había estado en un DC3, y mucho menos piloteado uno. Repetía lo que decía un instructor soviético. «Un poco antes de que

la aguja toque la línea negra, jala la barra un poco hacia atrás, suave. Vuela solo. Babor sobre el río en dos-sesenta. Si seguimos en el aire, será mi turno».

Jimbo era un hombre feliz. Se concentró en el despegue, en flotar hacia el cielo. El río, con colinas boscosas y montañas, aparecía abajo.

—Vale. Es mío —le dijo Chasca al oído—. Tiempo de vuelo restante como 20 minutos. Que lo disfrutes.

Fue una subida empinada por valles boscosos a través de nubes sobre crestas, cascadas, granjas aisladas, picos nevados a estribor. Una cresta final.

—Ahí está la pista de aterrizaje —dijo la capitana Chasca.

—¿Esa trocha?

—Cuide su lenguaje, piloto. Esa es la pista principal de Tastayoc International. Usted y yo, con una Inka vestida de gala y el arzobispo, la estamos inaugurando. Prepárese para aterrizar.

—¡Jesús! Caramba.

Estos comentarios llegaron como una combinación de encontrar, sentir que estaban flotando hacia abajo como en un paracaídas hacia un carril para ciclistas con picos de nieve en la nariz. Personas. Caballos. Un helicóptero, uno de los Huey de la Policía, descubrió. Este había traído a primera hora a los heridos del hospital de campaña nocturno de Guayatacocha.

Chasca hizo una pasada baja, haciendo señas a los niños para que se alejaran. Bajó el avión flotando, aterrizó sobre un par de baches, recordando la repentina patada hacia arriba que había utilizado hacía poco más de una hora con los cohetes JATO, esperando que los profesores y las madres, como se les había

ordenado la tarde anterior, mantuvieran a los niños atrás. Vio por el rabillo del ojo que estaban sentados, pegados al suelo por el obediente sentido común de la gente del campo.

Polly fue la primera en salir, seguida de los generales, de Q'ori y el arzobispo. Tonyo estaba apostado en la puerta; Krum, su pastor alemán, a su lado, moviendo la cola, aullando en el momento oportuno. Vítores de bienvenida, una avalancha de niños hacia Kura, a quien conocían de las visitas a una nueva escuela y de uno de los puestos de primeros auxilios de maternidad de Ingrid.

Un desayuno a base de chuletas de cordero, papas asadas y café. El general Costa estaba especialmente interesado en saber qué había pasado con sus Huey de boca del teniente Federico, copiloto del Huey n.º 1, que había llevado a Melanie y a sus policías a la Catedral tras el asesinato de Miskitani y la detención de Melanie.

Q'ori organizó una reunión inmediata para los generales, el arzobispo y, por supuesto, el teniente Federico. Dejó a Tonyo en la mesa para que el teniente se mantuviera sincero. No le costaría recordar cómo Q'ori había destrozado la pierna del capitán y amenazado al copiloto con lo mismo, desarmando a ambos.

El trabajo de Q'ori hoy era hacer que el arzobispo y los generales sintieran que tenían una comprensión honesta de lo que pasó ayer en Guayatacocha. Y al mismo tiempo, hacerles sentir mejor por haber sido derrotados por campesinos. Cómo un puñado de niños de la selva había demolido destacamentos policiales fuertemente armados. El teniente Federico contaría a los mandos cómo habían sido dominados por adolescentes de mente ágil.

Estos nativos del bosque habían organizado una operación de rescate médico instantánea.

Los mandamases ya habían visto en Cusco, en Camisea y aquí, en una ladera de la Sierra, a estos jóvenes que pensaban y actuaban de otra manera.

El arzobispo vio a las madres y maestras dando a los niños de seis y siete años platos de chuletas y papas amontonadas sacadas de un horno de piedras calientes, una huatia. Un niño le llevó un plato al arzobispo con un cuidadosamente educado «Cómalo mientras esté caliente, padre».

—Gracias, joven —había respondido el arzobispo. Lo mismo cada general. El teniente recibió «capitán». Otros niños trajeron tazas de café de cerámica. Kura, la última en ser servida, fue tratada de «Alteza» y con un beso en la mano.

El niño, con dos o tres detrás y a cada lado, seguía cerca de Kura, frotaba su frente contra la espalda y los hombros de ella, con amplias sonrisas. Ella, con los dedos, daba a cada uno una chuleta o una papa de las que ya había mordisqueado. Una excusa para más platos. Un niño preguntaba a cada invitado si quería más.

Durante el desayuno, Polly estuvo haciendo fotos. Acompañada por Tonyo, siguió las instrucciones de Kura de mantener el foco sobre el arzobispo. Una instantánea muy utilizada por los periódicos de la capital al día siguiente mostraba a Castañeda y a Kura Ocllo, con las cabezas juntas, junto a los dos generales que sostenían tazas de café. En el fondo cercano había niños y mamás. Más atrás, una silueta del Antonov, y en el horizonte, un par de picos nevados.

En un videoclip difundido por la televisión de Lima y de otros lugares se veía al arzobispo de la mano de niños que lo rodeaban, hablando con una mamá que tenía un bebé en brazos, Kura a su lado, los glaciares al fondo.

Q’orianka, Chasca Nichols, Jimbo y Polly se sentaron en otra mesa más pequeña. Q’ori debía haber estado, por derecho, con el arzobispo y los dos generales. Pero quería apartarse de la mesa principal. Kura era la estrella.

Q’ori solo había estado haciendo su trabajo, sobrellevando el día, que había terminado anoche, preparando este desayuno con la ayuda de las señoras locales. Pretendía que los visitantes asimilaran la idea de que los lupaqas podían ser formidables amigos y aliados. El arzobispo observó que el par de docenas de niños de primaria que les servían el desayuno eran seguros de sí mismos, más amistosos que los niños de la jungla. También se fijaría en los pastores alemanes y mastines de raza presentes con los niños, las madres y los profesores.

Q’ori estaba poniendo su granito de arena para ayudar a Kura a mantener el mensaje: estos amazónicos, esta gente de la sierra, devolvería el golpe, se convertiría en un enjambre de avispones. En una fracción de segundo, habían agarrado, picado sin vacilar. No se dejarían avasallar como los incas. La operación de rescate estaba demostrando que los lupaqas estaban en la misma liga que los generales.

—Hoy es el día de hacernos humildes, Kura —había dicho Q’ori durante el viaje en avión—. Esta es la primera y última vez que nos peleamos.

—Sí —dijo Kura.

Capítulo 59



El arzobispo Castañeda sabía que debía moverse, acelerar la acción. Una vez pasada la tormenta, sin duda regresaría a este reino arraigado en el mundo perdido del antiguo Perú.

Había sido una Amazonía culta y amable, como la describió Kura mientras daba el último bocado a una tortilla. Le había hablado de su palacio, de una vasta catedral subterránea de piedra caliza. Caminos de piedra, valles en andenes.

—Hay muchas ciudades perdidas en las profundidades de la selva —siguió Kura, con los niños riendo por entre sus piernas—. Los primeros sacerdotes sabían de ellas. La gente desapareció. La selva se apoderó de ellas. Los lupaqas hemos sobrevivido, hemos prosperado.

Sólidos como los Andes, fluidos, rebosantes de energía amazónica. Aquí habían crecido, florecido y desaparecido civilizaciones. Aquí estaba una de ellas saltando hacia delante tan afilada como las lanzas, los sables y las flechas que horas antes habían derribado a dos modernas aeronaves de guerra, estrellándolas con sus tripulaciones contra un implacable lago andino.

Oyó el graznido de un par de halcones. Un arroyo borboteaba por los prados al pasar junto a un helicóptero silencioso, cuya tripulación permanecía a la espera, cerca de las ruedas inmóviles del biplano, reliquia de alguna época pasada aquí, en la improvisada pista de aterrizaje.

Atrás quedaban bosques antiguos que se extendían hasta los picos nevados, la cordillera Lupaqa. Aquí comenzó el Amazonas, una fuente de vida natural en la Tierra. Él, un cohete del Vaticano, debía volver a entrar en la maleza del siglo XX. Las épocas que siguieron a la Conquista habían sido duras. Él haría su parte hoy para que esto funcione. Él debía acelerar a los generales, a los heridos, a la primera dama, a Kura, hasta la capital.

Cardenales y arzobispos habían maniobrado y manipulado el mundo durante siglos. Hoy le tocaba a él agitar algo que mereciera la pena con la divina providencia. Dios lo había puesto de guardia en el aquí y ahora. La Iglesia lo haría de nuevo, movería piezas sobre el tablero.

Un viaje en mula de distancia desde su taza de café a través de un abra de montaña, un choque mortal, un accidente no del todo accidental, amenazaba con provocar una guerra. Una reedición de los conquistadores, Pizarro y la medievalidad asesina, el cruel vandalismo de las incursiones por esclavos, los trabajos forzados y torturados de la bonanza cauchera. ¿Dónde habían estado los curas?

El verdadero trabajo del día comenzaría, no aquí. Sería en la capital, a 800 kilómetros de distancia por la espina dorsal de Sudamérica. Un siglo antes, el viaje a través de los Andes habría durado dos meses. Hoy serían dos horas.

Comprendió por qué el personal de Kura, presumiblemente la atenta Q'orianka, quería sentarlos a él y a los generales a tomar un desayuno campestre aquí. Tastayoc era una parte principal de la región serrana del reino lupaqa, fronteriza con Perú, como le había indicado Q'ori.

Kura era una política. La fotógrafa gringa que revoloteaba, se abalanzaba y hacía clic, añadía lustre internacional a la batalla de ayer.

El arzobispo había sido presentado por Chasca Nichols, la audaz piloto de habla rusa, a su madre a la cabeza de un conjunto de primos, tíos y tías.

Le esperaba un día incierto. En un momento, los niños se pondrían en fila, si él no estaba atento, para empezar a cantar y bailar. Había estado aquí cientos de veces, y le quedaba toda una vida por delante.

Hoy no era un pastor de las alturas con aureola. Él, como Kura, era un político, un ejecutivo de proyecto con una agenda, un calendario. Tenía que transportar al hospital a hombres gravemente heridos a través de los Andes hasta el nivel del mar. Para él, los hombres se habían convertido en la preocupación más importante.

Estaba orgulloso, feliz de su sólida conexión con los soldados de primera línea que aquí, como en todas partes, eran maltratados y denigrados. Hoy eran policías con dolor, en peligro. En la pista de Camisea, había dado su bendición al proyecto de transportar a los heridos, incluso a los moribundos, a la capital para aprovechar las ventajas del avión potente. Sin embargo, una vez que vio la forma competente en que los trataban aquí, se lo pensó dos veces antes de transportarlos.

—Doña Q'ori. Si la Iglesia tuviera la sensatez de tener mujeres a bordo, seguiríamos gobernando el mundo, quizá convirtiéndolo en un Valle de Lágrimas más agradable. Sus dioses saben lo que hacen. Me llena de un nuevo sentido de la vida. Lo ha hecho desde el momento en que subí a esa aterradora ambulancia en el apagón de Cusco unas horas antes. Parecía un año. Le presentaré a Su Santidad, lo animaré, le daré algo por lo cual sonreír —dijo el arzobispo.

El arzobispo contempló el viejo bosque ondulante, las volutas de nubes en los valles, los glaciares blancos.

—Con los generales, puedes ser tan abierta como quiera. Muéstrele cómo es. Puede permitírselo. Estos dos son más despiertos que la mayoría. Cuénteles cómo fue. El shock, la historia real. Violenta redada policial. Lo captarán. Se lo pasarán a los de Lima, los que tienen chofer y gasolina gratis. Sentirán que hay una verdadera mente militar trabajando aquí.

Kura estaba escuchando.

—Un asunto importante para ambos son los cuerpos. Dígales sus planes. Necesitarán enviar buzos. Harán un gran escándalo con el cuerpo de la chica. La policía la mató. La policía voló para secuestrarla. Su cuerpo yace en el helicóptero del fondo del lago junto con los cuerpos de los *rangers*.

El desayuno había terminado. Q'ori, con los generales, Tonyo y Polly, embarcaron en el Huey n.º 1. Kura se quedó atrás. Los mandos visitantes pasarían la siguiente hora y pico recorriendo el lago para ver los restos de los accidentes.

Capítulo 60



El día anterior, viernes, se había producido una explosión de destrucción deliberada a orillas de un lago gris bajo los glaciares del no mapeado Alto Amazonas, detrás del Cusco. A grandes rasgos, había sido una serie de refriegas en lugares remotos, convertidas en un estallido de primera plana por la simplicidad primitiva de un bando y la intimidación con ametralladora del otro.

Naturalmente, había algo más. «Tribu perdida del Amazonas» seguía llamando la atención. «Ricos» lo subía a una página principal. Primera página si se trataba de derrocar a un Gobierno.

Los parpadeantes videos en blanco y negro y las fotos de jóvenes lupaqa con armas primitivas recordaban anteriores guerras épicas de película, de mundos perdidos en los que héroes y heroínas vencían en el último rollo a las fuerzas del mal. Las fotos y los breves clips de televisión parecían mostrar una batería de ballestas, como las vistas por última vez en las cruzadas. No un moderno sistema de defensa antiaérea.

Los jóvenes de todo el mundo quisieran alistarse, enfrentarse a los malos. *The Economist* lo comparó favorablemente con las multimillonarias máquinas de guerra en los misiles balísticos

intercontinentales y los submarinos nucleares. Un periódico limeño calculó el presupuesto de defensa lupaqa en 20 000 dólares.

Días después, el diario publicó una rectificación de la oficina lupaqa en la capital, agradeciendo al diario 'su interés' y añadiendo: «El comandante Amaru, jefe de nuestra Unidad de Defensa, dice que la cifra puede estar cerca. Sin embargo, no parece incluir el cuidado de los niños y la comida de los perros».

El viernes los lupaqas habían derribado en poco tiempo un Mi-17 último modelo construido por Mil Moscow en su planta de aviación de Ulan-Ude y un avión de patrulla de vigilancia de ala fija bimotor Beechcraft A80. Todo ello en un rincón sin cartografiar del Alto Amazonas en el que los únicos expertos preparados para las cámaras eran los propios lupaqas. Algunos de ellos aparecían en la televisión y la radio como jóvenes amerindios bien hablados, con elegantes *cushma*s, las mejillas con pequeños círculos rojos y negros. Estos jóvenes aparecían en las cadenas de televisión de Estados Unidos y Canadá, en Londres, París, Berlín, por supuesto, Madrid, Buenos Aires, Río y el resto.

Desde otro punto de vista, nadie, literalmente nadie, había considerado que un pueblo primitivo pudiera ser lo suficientemente inteligente como para organizar sus armas de caza neolíticas para derribar aviones de guerra modernos, disparar más que kalashnikovs. Mientras lo hacían, seguía la historia, estos nativos de la selva tropical habían capturado, sin hacerse problemas, un par de helicópteros Bell Huey de la Policía intrusa. Estos helicópteros los estaban utilizando, de forma enérgica, para acabar con su victoria como complemento médico y de rescate de su sistema hospitalario de la selva.

Como una yapa, la elegante esposa del presidente, una franco-peruana, había sido capturada, esposada y amenazada bajo la ley nativa con una sentencia de por vida como esclava en un sombrío mundo verde y oscuro de anchos ríos serpenteantes bajo interminables olas de luz y oscuridad, destellos de relámpagos, espesas tormentas de lluvia fría de una semana de duración.

Las historias de los periódicos hablaban de «pobladores» a la manera de las novelas de aventuras de otros tiempos.

Toda una historia. Todo el mundo pensaba que los nativos americanos precolombinos habían sido aniquilados, como los aborígenes de Australia, salvo un puñado conservado para el *National Geographic*. No habían sido capaces de salvarse. Había sido una repetición de cuando 30 000 años atrás los sapiens exterminaron a los neandertal que nos dejaron unos pocos puntos de su ADN. En algún momento debimos ser bastante amigos.

De nuevo, es triste, pero el progreso significa romper huevos, destrucción creativa. Incluso el útil hombre de las cavernas que pinta obras maestras en las paredes rocosas tiene que pasar página, ceder el paso a la historia, transformarse, unirse a la descarriada competencia.

Los europeos, navegando por el Atlántico habían tratado del mismo modo a los sioux, comanches, navajos, iroqueses, lakotas, de la manera sin ton ni son que exigía el nuevo orden, tal y como quedó registrado en cien películas de serie B. Lo mismo había ocurrido con los aborígenes y los patagones. Los esquimales fueron los siguientes en la lista. Sus lenguas y culturas fueron arrasadas, y los restos, tambaleantes y sin suerte, fueron relegados a montones, desolados por el alcohol y las reservas sin agua.

Hoy, desde algún rincón insospechado de una región en decadencia ignorada por la historia, la Amazonía seguía, al parecer, en forma.

De la melancólica penumbra estaba surgiendo una animada tripulación de fornidos humanos más que nuevos. La cepa europea parecía las anticuadas bandas guerreras de seres autoexterminables de la lista de especies en peligro de extinción del Fondo Mundial para la Naturaleza.

Y ello incluso cuando el Norte Global enmohecido estaba talando como fanáticos enloquecidos lo que hace una década o dos antes había sido el mayor bosque salvaje del mundo, impenetrable. Lo estaban reduciendo a palitos de fósforos.

Un pueblo evidentemente notable, no más perdido en realidad que un escocés en Edimburgo, había emergido del inconquistable laberinto verde, de los inescrutables misterios verde oscuro de la selva tropical.

Las cadenas de televisión recuperaban de sus bibliotecas documentales producidos por estos nativos en los que describían abiertamente lo que hacían. Eran un secreto enterrado por la incredulidad, por la idea y el prejuicio de que los nativos eran innatamente no demasiado brillantes, no plenamente desarrollados. En un corto, los nativos explican cómo estaban dando los últimos retoques a un minicontenedor de plástico ligero que explotaría y se desmoronaría al menor contacto.

Las películas mostraban cómo eso podría suceder dentro de un avión o helicóptero. El artefacto se introduciría con precisión de ballesta a 140 mph a través de una puerta o una ventana de la cabina.

El contenedor que se desmoronaba liberaba hormigas bala, comunes en la Amazonía, cuya picadura es un legendario cuatro de cuatro en el Índice Schmidt de dolor. El entomólogo de Arizona describió la picadura como «dolor puro, intenso y brillante, como caminar sobre carbón encendido con un clavo de cinco centímetros incrustado en el talón».

El veneno de la hormiga bala contiene poneratoxina, un péptido neurotóxico paralizante. La película incluía un comentario de Schmidt que otorgaba también un cuatro a la picadura de otros dos insectos amazónicos. El comentario decía que el equipo de I+D de lupaqa estaba experimentando con la avispa halcón tarántula, dolor que Schmidt describió como «cegador, feroz y escandalosamente eléctrico».

El documental de lupaqa señalaba: «Estamos trabajando en un análisis químico del veneno de la avispa, que es desconocido. Esperamos sintetizar este y otros venenos».

Si alguien hubiera prestado atención a esta y otras claras declaraciones de intención y de capacidad, podría haber deducido que merecía la pena subir a los lupaqas a bordo. Otro candidato de Schmidt, también calificado con un cuatro, fue el aguijón de la avispa guerrera, que describió como: «Tortura. Estás encadenado en el flujo de un volcán activo. El dolor dura hasta dos horas».

El narrador de Lupaqa continuó:

—El índice Schmidt de dolor de picaduras, como se informó en el *The New York Times*, surgió de la búsqueda de una hipótesis más amplia: que la evolución de la sociabilidad en los himenópteros dependía del desarrollo de veneno que fuera a la vez doloroso y tóxico. El dolor es un anuncio de daño en el cuerpo, pero las

moléculas que producen dolor y las que son tóxicas y causan daño activamente no son lo mismo.

Cualquier militar o policía medianamente avispado habría advertido que estos jóvenes nativos no solo jugaban con arcos y flechas. Estos venenos podían colocarse en una aguja hipodérmica ligera en el extremo delantero de un proyectil, capaz de diezmar una fuerza contraria sin matar a nadie. Control de disturbios, por ejemplo.

Los lupaqas habían hecho circular entre el Ejército, la Fuerza Aérea y la Policía el documental en el que aparecían atlatlones, lanzadardos mejorados y ballestas, en un esfuerzo por advertirles de que no enviaran tropas.

La película mostraba cómo las puntas de flecha podían penetrar chalecos antibalas, el veneno entraba por un rasguño de una minijeringa hipodérmica quirúrgica, su émbolo activado por la fuerza de la flecha. La aguja a alto impacto podría ser mortal. Silenciosa, rápida como el rayo, como una víbora.

Hubo una secuencia de 11 segundos, primero en tiempo real y luego repetida a cámara lenta, en la que se mostraba una *fer-de-lance* de dos metros, con sus colmillos cayendo en modo de ataque, golpeando a una gran rata del bosque. También mostraba una cerbatana de metro y medio y un arco y flecha olímpicos que golpeaban la pierna desprotegida de una víctima. La cuestión no necesitaba explicación.

Una secuencia mostraba un dardo catapultado en una calle de la ciudad por un adolescente con un cohete de muñeca de aluminio «preciso a los 50 metros», decía el comentario. Nadie tuvo que poner en palabras el «no hacen falta kalashnikovs». Al ver las fotos

de los restos del Mi-17 hundido, nadie tuvo que decir en voz alta «no necesitan lanzacohetes». Diría el encargado de la embajada americana: «El mensaje era claro: No queremos hacer daño. Simplemente no se interpongan en nuestro camino». No era que las ballestas potentes y precisas y las agujas de flecha fueran rivales para el armamento moderno. No hacían falta expertos militares para darse cuenta de que utilizaban la última tecnología olímpica.

Eran cazadores de la selva en la selva. Aparecían invisibles, veloces, silenciosos, lanzaban sus susurrantes víboras, avispones, hormigas y se fundían, silenciosos de nuevo, en el misterio ineluctable de la antigua selva tropical.

Sería un comandante temerario, como habían demostrado las batallas de ayer, quien quisiera averiguarlo por las malas. Mientras tanto, no importaba. Proporcionaron coloridos comentarios laterales a las historias principales.

Rescatado de las bibliotecas, el documental pesaría sin duda en la mente de los jefes del Ejército para que fueran prudentes a la hora de lanzar contraataques punitivos contra personas que les habían demostrado a ellos y al mundo que eran hábiles, valientes, organizados.

Capítulo 61



El primero en salir del Huey, de vuelta en el helipuerto junto al lago, fue Tonyo, que llevaba bolsas con el equipo de prensa y un trípode, seguido de Polly, con la cámara preparada. A continuación salieron los generales Uzátegui y Costa.

Amaru vio aparecer a Q'orianka, un fantasma de luz que se deslizaba por el borde trasero del hangar de armas, como un gato. Permanecería detrás de los hombres, fuera de la pantalla. En lo alto de su ligera *cushma*, aparecía el sobredimensionado cuello gris perla de una camisa de lana de hombre. Entre su esbelto cuello y el abultado pecho anidaba un pañuelo de seda a rayas marrón oscuro. Amaru notó brevemente que el cuello la hacía parecer más pequeña, como una niña vestida de adulto.

Le había enviado un mensaje con las instrucciones de Kura. Amaru era el único que debía contar a los visitantes las batallas de ayer y responder a sus preguntas. Amaru, el bravucón escudero de campo, hablaría claro a los generales, con los pies en la tierra, con un desafío discreto: los lupaqas no iban a dejarse avasallar.

—Pregunten lo que quieran —dijo Amaru, vestido de *jeans*, una chaqueta de cuero claro y una gorra de béisbol oscura con Barcelona en la parte delantera. Hablaba sin prisa, en tono de conversación.

Los llevó a dar una pequeña vuelta. El grupo paseó un poco, incluso en un momento por las tiendas del hospital, ahora casi vacías.

La parte superior del Mi-17 apareció fuera del agua a 50 metros de distancia, otro mundo, una historia muerta. Relató brevemente los esfuerzos de los lupaqas por sacar a los sobrevivientes de la nave que se hundía. Nada más que decir.

—Van a necesitar buzos —terminó diciendo Amaru.

—Una pregunta, comandante —dijo el general Uzátegui—. Ustedes usan rifles para cazar. ¿Por qué no para defensa?

—La ley peruana dice que los policías no pueden usar armas automáticas contra nativos. El coronel López Málaga se atuvo a eso. Él, como le dije, fue uno de sus hombres abatido por su propio avión de la Fuerza Aérea. Nuestro mejor cirujano lo está operando esta mañana —dijo Amaru. Se sacudió las manos como si las librara de molestos insectos—. Para nosotros, las flechas y los dardos son mejores contra las personas. Mejor que las armas automáticas. En el bosque todo está cerca, a corta distancia. Se puede oír respirar a una persona, olerla. Solo se tiene un disparo. El segundo disparo, no lo oye. Uno es el blanco. Los cuchillos y los machetes son buenos.

Los generales asintieron, una clase clase magistral de un minuto para recordar a Lima la realidad sobre el terreno. Una advertencia.

—Para los soldados, la selva no es fácil —dijo Amaru. Y dirigiéndose a los visitantes, prosiguió—: Nuestras flechas tienen una precisión de siete u ocho centímetros a cien metros. Tardan un segundo.

Estaba explicando a los visitantes que recorrían el lugar del accidente del Beechcraft.

—Estamos desarrollando contenedores de plástico especiales que se fijan detrás de la punta de flecha. Podemos llenarlos con una variedad de objetos ligeros. Puede ser una docena de avispones, 20 o 30 hormigas picadoras isula, muy dolorosas. Los dispararemos desde el suelo a cualquier puerta abierta, por ejemplo, al compartimento de armas de un helicóptero. Con la potencia de una ballesta, la carga útil podría ser una pequeña víbora, un *fe-de-lance*, delgado y agresivo. Esto será útil para nuestras patrulleras contra mineros de oro, leñadores, contrabandistas de cocaína. Este tipo de cosas podrían ser útiles para sus propias unidades especiales.

—Me gustaría ver una demostración —dijo el general Uzátegui.

—Podemos proporcionar las víboras, del tamaño que desee. Estaremos encantados de llegar a un acuerdo, señor —dijo Amaru. Y prosiguió—: No sabemos qué hacer con los cadáveres. El agua está muy fría. Nuestro interés es recuperar el cuerpo de nuestra joven Miskitani.

Amaru había hecho el trabajo de hablar de los cuerpos con claridad, con sencillez. No había necesidad de más comentarios. Los generales lo tenían claro. Miski muerta había sido arrebatada al condenado Mi-17 junto a los *rangers* que la acompañarían, maltrecha, ahogada, muerta.

—Volvamos a lo de ayer —dijo Uzátegui—. ¿Por qué ordenó a su caballería que atacara? Los arqueros bastaban para detener el helicóptero.

—Su verdadera pregunta era: ¿Por qué tendió una trampa: dejó a las damas cuidando el cuerpo de la chica para que lo vieran los *rangers*? Pero esto podría provocar una discusión sin aclarar nada.

—No creíamos que las ballestas fueran a sujetar el helicóptero —respondió Amaru—. Sabíamos que si se paraba el rotor de cola, el helicóptero no podía ir a ningún lado, no podía despegar. La única forma segura de tumbar la cola era con las boleadoras, las huaracas que lanzaban los morochucos. —Y continuó—: Estábamos escondidos allí en el borde del bosque. Necesitábamos estar más cerca, rápido.

Amaru miró hacia los rotores que colgaban sobre el lago.

—Todos vimos hombres armados atacando. Ustedes saben que las mujeres andinas pueden ser feroces e intrépidas. Para ser franco, generales, no pude contenerlas.

Los generales asintieron. Lo habían entendido. En los enfrentamientos con la policía en los Andes, son las mujeres las que van por delante.

Amaru había alzado la voz. También le hervía la sangre. Hoy seguía muy enfadado.

Q'orianka, olvidada por un momento atrás, miraba más allá de Amaru. Vio a los arqueros y a los morochucos avanzando desde el bosque hacia ellos a trote rápido. Cada jefe iba acompañado por un paje a caballo, a veces dos, y un mastín o un pastor alemán.

Habían pasado a un galope ligero, un escuadrón completo, quizá tres docenas de arqueros, mujeres jóvenes y hombres. Cada uno llevaba un arco completamente tensado, flechas en las manos como los expertos que eran, no en un carcaj como en una película de Hollywood, y podían disparar a tres enemigos en la garganta en dos o tres segundos, sin importar el terreno.

A un lado venía una unidad de seis lanzadores de atlatl. Desde un poco más arriba, los visitantes vieron y oyeron el estruendo de

los cascos de un par de escuadrones de jinetes que avanzaban al galope. Uno o dos hacían girar bolas de huaraca sobre sus cabezas.

Nadie sonreía. Los generales no se miraban entre sí.

Amaru, de cara a los jinetes, levantó dos grandes manos cuando casi estaban encima de él. Se detuvieron ruidosamente a menos de tres metros de los visitantes.

—¡Tranquilos! —gritaron los jefes de escuadrón.

Amaru dio un paso atrás. Q'orianka había observado cómo Polly y Tonyo giraban la cámara hacia los arqueros y la caballería que avanzaban. Ahora estaban volviendo a colocar los trípodes para enfocar de nuevo a Amaru, pasando de vez en cuando por encima de los visitantes.

Después de un momento, Amaru dijo a la tropa: —Estos señores son el general Uzátegui, comandante del Ejército del Perú para Cusco. El general Costa, comandante de las fuerzas policiales de la región de Cusco.

Los ojos de los visitantes recorrieron la tropa con sus libreas de colores, sus pulcras monturas y sus ligeras bridas. Los perros y sus acompañantes estaban adiestrados, sentados o quietos. Muchos de los morochucos desmontaron, y sus pajes más jóvenes sujetaron los ponis.

Todos, incluidas las mujeres, llevaban chalecos de cuero, polainas de piel de gamo, guantes, tocados de diversos colores y estilos de clanes y familias.

El día anterior, estos jóvenes habían librado una feroz batalla. Aquí estaban de nuevo, «guerreros de fin de semana», como los llamaría más tarde *The Guardian*.

—Inka Kura Ocllo II, ha regresado del extranjero —se dirigió Amaru a sus tropas—. Esta mañana se encuentra en Tastayoc. Me ha pedido que les dé las gracias de todo corazón. Pronto estará aquí para una ceremonia en honor de nuestra hermana Miski. Ella sabe que son cada uno de ustedes los que la han salvado de ser secuestrada, incluso muerta, por estos recién llegados invasores.

Hizo un gesto con el brazo hacia los restos de la máquina anegada.

—Generales. Los lupaqas no tenemos nada en contra del Ejército ni de la Policía. Necesitamos trabajar juntos. Ustedes necesitan nuestra ayuda. Nosotros la de ustedes. Algún traidor en la capital está intentando causar problemas a su gobierno —dijo Amaru.

Capítulo 62



Kura ya se sentía más cómoda con el arzobispo. Atribuía su tenaz resistencia inicial a su desesperación por la pérdida de Miski y a un temor razonable a que en Lima intentaran apresarla. Podrían enterrarla durante meses, años, incluso en las mazmorras de su sistema judicial medieval. Le rondaba por la cabeza la idea de hablar de ello con el sacerdote, esperando que la tranquilizara. Era un hombre de negocios, rápido de reflejos y poco moralista.

—Padre, usted va a tener su paseo aquí en un momento. Tiene un piloto americano. Tipo fuerte y silencioso. Su esposa, la princesa Sacha, hace de azafata.

El arzobispo asintió. Una cara seria era más divertida que una sonrisa. No quería que aquella mujer tan lista viera abiertamente que estaba disfrutando. Las cosas estaban seriamente peligrosas. Pero aquí no. La ópera bufa fuera de control comenzaría en la capital.

—Quizás usted y yo, doña Kura, encontremos un momento en el avión para repasar sus objetivos inmediatos.

No era una pregunta. El arzobispo necesitaba asegurarse de que Kura estaría en el avión a Lima. No le importaba ser la mano detrás de la cortina, una buena posición para un eclesiástico a la sombra de

los líderes. Pero el trabajo de Kura era dar la cara. Si se presentaba tímida, herida, resentida, sería sacarle los dientes delanteros a la piraña. Estos lupaqa parecían más bien merodeadores en manadas hambrientas. Él empezaba a comprender, y seguramente ella también, que no se trataba de una disculpa llorona, de un triste desliz. Al contrario, debían entrar con una *blitzkrieg* de poder, un sermón enardecedor.

El arzobispo estaba captando una nueva idea de la realidad aquí, al aire libre. Tal y como iban las cosas, la Amazonía ya estaba frita. El mundo necesitaba esta tribu de especialistas en primer ataque. Protección agresiva, sí. Desarrollo, carreteras, nunca. Esta inmensa tierra verde de agua limpia y oxígeno, rebosante de vida, se convertiría sin ellos en otro sucio polvorín superpoblado de Oriente Próximo. El arzobispo miró a la Inka, glamorosa, pensativa, reservada, segura ante las cámaras. Añadió un pensamiento no tan pasajero: —En Lima, su objetivo es desviar la atención hacia otro. Alejar la culpa de usted misma y, sobre todo, de los militares. La Fuerza Aérea se enfadará, pero no con usted. Se convierte en lo que todos prefieren: una riña entre ellos mismos. Bastante tienen con Sendero Luminoso como para querer recoger la caca de turistas políticos como los Moldado.

El lenguaje utilizado era poco clerical, pero entraba dentro de su conversación pública cotidiana. Los feligreses del arzobispo tenían que llegar temprano para encontrar asiento en sus sermones dominicales. Para irritación de sus colegas, estos eran retransmitidos por un centenar de radios no eclesiásticas de todo el país y de otros lugares bajo el título genérico de «Una palabra al oído». El sermón semanal se comercializaba, en beneficio del presupuesto de la

Iglesia, como «Un mensaje de servicio público del Banco de Crédito Popular».

—Puede sonar contradictorio. Pero, cuanto más hinque sus garras de jaguar en el Gobierno y la Policía, más simpatía sentirá por los militares. Hágase amiga del Ejército. Su tribu seguirá activa.

La Inka se permitió el lujo de mirarlo largo, cinco, seis, siete segundos. Lo hacía casi distraídamente, como un francotirador que espera el momento de apretar el gatillo. En esta ocasión, Kura estaba pensando cómo podría compensar su petulancia en el vuelo desde Cusco, un resabio de la amenaza de arresto en el aeropuerto de D. C., mientras se enfrentaba a su desesperación por Miski.

Oyeron el agudo silbido de un par de halcones. Kura miró hacia un grupo cercano de altos alisos.

—Halcones Aplomados en busca de desayuno —dijo—. Halcones elegantes. —Miró de nuevo a Castañeda—. Gracias, padre. No necesito robarle tiempo confesando pecados. En los buenos tiempos, un Inka no podía hacer nada malo. Éramos los dioses, mirando desde las montañas —hizo una pausa—. Los inkas y los arzobispos no debemos dejarnos llevar por los acontecimientos. Estaré con usted en el avión, siguiendo su ejemplo, lanzándome a esta empresa con el entusiasmo del interés propio y la desesperación. —Y añadió —: Q'orianka no se unirá a nosotros.

El arzobispo sonrió.

—Estoy seguro de que los generales se convencerán de que su corazón lupaqa está en el lugar correcto y respeta las leyes de su selva domesticada. Parece un Inka, habla como un Inka. La gente captará el mensaje, empezando por Moldado, que está hasta el cuello de otros problemas.

Oyeron el traqueteo de una máquina nueva. En unos instantes, la pulida Águila Dorada de Larry se asentó, más gorda, con amplias ventanillas de plexiglás, una pintura verde dorada real y una potencia más profunda y suave que la de los Huey de la Policía. No apagó los motores. La puerta se abrió ante la amplia sonrisa de Sacha. Kura y el arzobispo asintieron con la cabeza. La princesa levantó la mano del arzobispo y se inclinó para besarle el anillo. Ya en el interior, Sacha hizo pasar al arzobispo para que tomara el asiento del copiloto. Takiri, vestido con un elegante chándal y un par de gafas de sol con una amplia sonrisa, le colocó unos auriculares en la cabeza del arzobispo y le dio una palmada en el hombro con el pulgar hacia arriba. El arzobispo miró a Larry una y luego otra vez, ya nada lo sorprendía aquí, en Lupaqa.

—Mantenga los pies lejos de los pedales, padre —gritó Takiri a través del ruido—. Y no pierda de vista a Ho. Su mordida es peor que su ladrido.

Larry, el piloto de Kentucky, le dedicó una sonrisa relajada, volvió a los diales y a las pantallas de las ventanas. El arzobispo oyó a través de los auriculares la voz del niño que parloteaba.

—La enfermería, ¿verdad, padre? —dijo la voz del chico—. ¿Le gustaría pasar sobre el lago, ver el choque? Está en el camino.

—Vale, sí. —Adoptando la jerga actual, añadió un pulgar hacia arriba.

—Sobrevuele el lago, capitán —gritó el muchacho al piloto. Larry asintió.

Era una vista magnífica de la cordillera, mientras pasaban a poca altura por un par de pasos sobre prados, bosques, barrancos, granjas y cascadas. El lago había sido más grande de lo que

Castañeda había previsto, unos 800 metros de ancho y varios kilómetros de largo. Pasaron sobre los restos del Hip, a un lado para no empantanar los botes que trabajaban junto a los restos. Siguieron descendiendo a través de valles boscosos hasta llegar a conjuntos de claros, caseríos y una aldea dispersa, granjas con tejados de paja, jardines, arroyos y senderos. Un ancho río serpenteaba por el fondo de un amplio valle.

El piloto estaba concentrado, relajado, y no prestaba atención a sus pasajeros más allá de una sonrisa ocasional. El muchacho estaba junto al arzobispo, hablando de vez en cuando a través de un micrófono en sus auriculares. —Este es el valle de Chorohuaico. Lleva a algunas de nuestras minas. Allí, en esas colinas, vive la mayoría de nuestros cazadores machiguengas. Cuidan nuestros bosques.

—¿Cómo se llama? —preguntó el arzobispo por el micrófono.

—Takiri, señor. Ayer, bajé a mi amigo Yaku. Rescató a uno de la tripulación. El ingeniero ruso de su avión en Camisea.

—Recuerdo a Dimitri. ¿Dónde está Yaku ahora?

—Lo veremos en la enfermería. Se rompió algunas costillas. Se congeló. ¿Puede bendecirlo?

—Desde luego que sí.

Por los auriculares, Sacha dijo: —Una noticia en Lima, padre. Una en las portadas de hoy. El director para Sudamérica de la Cruz Roja tendrá una audiencia con el presidente Moldado esta mañana.

Capítulo 63



El Águila Dorada aterrizó en el campo de fútbol, a unos doscientos metros de la sala de urgencias de la enfermería de Lupaqa, cerca de la Catedral. Los pasajeros se quitaron capas de ropa mientras caminaban por los jardines tropicales, que acompañaban a un complejo médico de 50 hectáreas.

—Cultivamos nuestra propia fruta y verdura —dijo Sacha al arzobispo—. Los pacientes se encargan de la jardinería. De todos modos, suelen ser buenos agricultores. Mucha investigación farmacéutica sobre plantas medicinales, hongos, insectos, reptiles y peces. Ingrid cree que la jardinería cura a cualquiera.

El arzobispo no preguntó quién era Ingrid. Había oído su nombre. Sacha prosiguió: —La gente pasa meses aquí para no caer nunca enferma. Ingrid dice que la medicina del próximo siglo será «curarse antes de enfermarse». Le gustan las medicinas mágicas como preventivas, la ayahuasca, las setas kallampa, el cactus wachuma, la medicina de la rana kambo. Actúan tanto sobre el espíritu como sobre el cuerpo.

Agitó un brazo a través de los árboles, llenos del canto de los pájaros, hacia un grupo de largos edificios de madera con tejados de

paja.

—Los laboratorios del centro de investigación.

El río Lupaqa principal, con sus brisas río arriba, estaba a unos cientos de metros de la amplia sala de techo alto y sus bulliciosas enfermeras entre las camas. Una amplia terraza cubierta con macetas, sillones y mesas aseguraba corrientes de aire fresco para aliviar el calor de la selva a media mañana y ofrecía espacio a los visitantes. Bandas de colibríes zumbaban y revoloteaban sobre arroyos y estanques, largos montículos de plantas de roca, plátanos, arbustos en flor, árboles frutales tropicales, finos cedros viejos y caoba hasta la sala de la enfermería destinada a los sobrevivientes de Guayatacocha del día anterior. Entre ellos se encontraban los dos guardaespaldas con heridas de flecha y mordedura de perro, así como el coronel López Málaga, oficial al mando de la unidad de *rangers* del Mi-17, alcanzado por una bala de fusil de la Fuerza Aérea desde el Beechcraft después de que él y sus hombres se hubieran rendido a la caballería y a los arqueros lupaqa en la orilla del lago.

Melanie Moldado estaba junto a la cama del teniente con el pulmón perforado por la bala del Beechcraft. Intercambió miradas silenciosas con el arzobispo. Había tomado prestada una bata blanca de laboratorio, se había recogido el pelo en una coleta y se había dejado una doble onda descuidada en la frente, un rasgo característico. Polly y Tonyo, un paso por detrás de Larry, habían llegado en helicóptero desde el reconocimiento del lago con Hugo en el Huey n.º 1. Los fotógrafos de prensa importunaban con su mera presencia. Kura había ordenado a Polly que sacara muchas fotos de Melanie.

La Dra. Ingrid llegó al borde del grupo.

—Sí —le dijo al arzobispo sin presentarse—. Este está expectante. Código negro. Su departamento ahora, padre. He aligerado sus dosis de dolor. Está consciente.

El arzobispo estaba sentado junto a la cama del teniente moribundo, inclinado hacia delante, tomándole la mano, hablando en voz baja, con su cruz pectoral colocada sobre el pecho del teniente. Comenzaba la Extremaunción, inclinándose para ungirlo. Esta fue la fotografía utilizada por los periódicos dominicales y las cadenas de televisión. En ella aparecía el arzobispo Castañeda, crucifijo en mano, al lado de un claro perfil de Melanie sentada, inclinada en señal de simpatía hacia la cabeza del teniente.

El arzobispo se dirigió al coronel López, comandante de la expedición Mi-17. Para el arzobispo, el coronel era testigo clave en toda la maraña de la expedición. Esta mañana, estaba sedado. Dos balas del Beechcraft le habían destrozado la cadera. Ingrid sabía de balas. Extraería dos dumdums de nariz blanda, prohibidas por la Convención de Ginebra, de la cadera del coronel. Una sería entregada a los militares peruanos. La otra sería fotografiada, empaquetada y entregada a la Cruz Roja en presencia de los embajadores americano y británico.

La primera pregunta de Castañeda: —¿Estaba seguro el coronel de que el Beechcraft había disparado?

—Fue el avión —dijo López, ronco y desfallecido. Estaba de pie, agitando los brazos, sonriendo.

—¿Cuál era su misión, coronel? ¿Cuáles eran sus órdenes? —preguntó el arzobispo.

López tenía los ojos cerrados. Hizo un esfuerzo.

—Rescatar a Melanie. Tomar el cuerpo. Arrestar a algunos indios. Suavemente, suavemente. Sin asperezas. Esas fueron mis órdenes. —Y añadió con esfuerzo—: El presidente fue específico.

—¿El presidente dio las órdenes?

López asintió. No mencionó que él mismo había diseñado las órdenes.

—Eso es todo, padre. Parte al quirófano —dijo Ingrid.

—Gracias —respondió el arzobispo, y siguió recorriendo la sala, hablando con cada paciente, anotando los nombres de las esposas y madres con las que había que ponerse en contacto. Polly tomó fotos de cada uno.

Takiri miraba al arzobispo para asegurarse de que visitaría a su primo, que había insistido en que lo pusieran en el mismo pabellón que «los hombres». Castañeda se unió a él con Polly. Yaku respondió con una pequeña sonrisa y un aleteo de pestañas. Takiri se asustó al ver el rostro pálido de su primo, exangüe y pétreo, con tubos en la nariz y la boca. Tenía goteros en ambos brazos. Los cables desaparecían por entre los vendajes que le rodeaban el pecho, los pies y las piernas. Una enfermera maternal los ajustaba y estaba atenta a los pitidos de los instrumentos. Decía: «Yaku es un héroe. Tiene toda nuestra atención». Las lágrimas corrían por las mejillas de Takiri. Estaba claro que Yaku estaba en problemas.

—¿Cómo está, enfermera? —dijo el arzobispo, como diciendo «Dímelo con confianza».

—Puede que lo traslademos a Cuidados Intensivos para darle un poco de paz y tranquilidad. Estuvo demasiado tiempo en el agua helada. Tiene dos costillas fracturadas. La mayoría de sus dedos están torcidos y magullados. Uno está roto. El resto de su cuerpo

está destrozado. Igual que los otros. Los que salieron. Yaku va a necesitar un buen descanso antes de volver a jugar al fútbol.

Castañeda le dio a Takiri un pañuelo y un abrazo.

—Rezaré por vosotros dos todos los días.

Nadie tendría que decirle nunca a Larry que había expuesto precipitadamente a Yaku/Takiri en el cabrestante a un peligro injustificado. Comprendió que había dado un paso demasiado lejos con sus más fieles compañeros del reino. Fuera de la enfermería, antes de regresar a los helicópteros, Castañeda mantuvo una reunión de pie con Sacha e Ingrid, con Melanie al margen del grupo.

—Con su permiso, doctora Ingrid, dejaré a estos hombres a su cuidado —dijo el arzobispo—. Si los empujamos al avión ahora, seguro que algunos morirán.

—La mordedura de perro y las heridas de flecha pueden darse de alta. Las otras, deben quedarse. Aunque necesitamos más medicina. Estamos haciendo la lista —dijo Ingrid.

—¿El chico? ¿Yaku? —preguntó el arzobispo. A Ingrid le gustaba el arzobispo. Era alguien que hacía que las cosas sucedieran.

—Yaku saldrá adelante. Es fuerte. Sus oraciones, nuestro amor y el zumo de selva harán el resto.

El rostro de Castañeda brilló en una amplia sonrisa, complacido por la confianza, experiencia y actitud de la monja doctora. Esta no tendría ningún problema en decir al padre sus verdades.

—Gracias, doctora.

El arzobispo se alejó a grandes trancos por los senderos de piedra incrustada y grava a través de los jardines, los demás trotando tras él hacia el campo de fútbol donde Krum y Ho permitirían incluso a un sacerdote de alto rango acercarse al Águila

Dorada hasta que Tonyo, luchando en la retaguardia con las bolsas de Polly y las fundas de las cámaras, diera el visto bueno.

Capítulo 64



El arzobispo Castañeda había percibido ya en el desayuno en la pista de aterrizaje de Tastayoc la necesidad de acelerar el paso y salir de mañana, para dar el pistoletazo de partida en la capital a primera hora de la tarde. Con un poco de suerte, la velocidad podría desequilibrar a los capitalinos. La televisión, la radio y los periódicos confundirían aún más los acontecimientos. La información sobre lo ocurrido era escasa, y la mayoría procedía de la población local, por lo que se consideraba *ipso facto* poco fiable.

Sus anfitriones aquí en la selva le sugirieron que se sintiera como en casa, que asimilara las colinas del bosque, los glaciares no tan lejanos, el frío y el calor, en olores húmedos del verde profundo, la mezcla mágica de sonidos estridentes y campanudos de este reino amazónico. Al diablo la capital. Los políticos zapateaban y golpeaban. La Policía y los militares sabían que ellos, en el confuso y mortal enfrentamiento, habían sufrido una secuencia inexplicablemente clara y sólida de pérdidas. Era imposible que hubieran sido infligidas por primitivos mal armados y desorganizados. Debía de tratarse de una combinación de accidente y grupo rebelde organizado y financiado por extranjeros.

Esto significaría que los militares tardarían en negociar un armisticio. ¿Cómo podían parecer duros sin hacer nada contra una tribu victoriosa? Una vía era encontrar otros chivos expiatorios y echarles encima pólvora que picara. Los Moldados y el ministro del Interior encabezaban esta lista.

Fue la esposa del presidente quien, con un guiño a Zapata, había conseguido helicópteros y *rangers*, un pelotón de caros funcionarios públicos, para un fin aparentemente privado. Los jefes militares estarían encantados de apretar, quizá aplastar, a la molesta pareja formada por la primera dama y el general Zapata. Ambos estaban ya a la defensiva en relación con las acusaciones de corrupción y las insinuaciones de escándalo, aunque estas iban con el trabajo.

A bordo del Águila Dorada, Sacha volvió a colocar al arzobispo en el asiento del copiloto. Larry se había desviado unos minutos para sobrevolar a baja altura el palacio lupaqa. La lenta vista desde el aire puso de manifiesto la realidad del mundo perdido, la seguridad en sí misma de una obra maestra. El arzobispo de Cusco no necesitó comentarios para comprender el funcionamiento del sistema. No se trataba del habitual embrollo remendado del Tercer Mundo. En este primer encuentro, parecía una isla bien ordenada, un archipiélago quizá, dentro de un vasto mar interior de misterios antiguos y nuevos.

Veinte minutos más tarde, Larry levantó la mano, señalando hacia el gran río y el destello del Hawker Siddeley en la pista de Camisea. Una mancha flotante en el aire se transformó en el biplano Antonov blanco que se acercaba por delante de ellos. Al acercarse más, pudieron ver el helicóptero de la Policía, el Huey n.º 1 ya en

tierra, pilotado por el teniente Federico con Hugo como copiloto. Habían llevado a Melanie Moldado, a los generales y a los tres guardaespaldas de Melanie en el vuelo de media hora de regreso a Camisea desde la enfermería, con el mayor Tello y sus hombres con problemas de barriga merodeando detrás.

Cuando el Águila Dorada aterrizó, era cerca del mediodía del sábado. Una lluvia temprana estaba demostrando que el sentido meteorológico del arzobispo era más agudo de lo deseado por él. Fuertes gotas salpicaban el avión, arrancando de los matorrales circundantes olores verdes y frescos que animaban el pesado aire. La niebla de las tierras bajas se elevaba a regañadientes desde el ancho río, cuyas frías aguas de las tierras altas se calentaban en una somnolencia tropical.

—Un chaparrón pasajero —dijo Kura, mirando las colinas nubladas sobre las que iniciarían su vuelo a Lima a través de una de las grandes cordilleras del mundo. No estaba convenciendo a un par de aviadores curtidos por la experiencia—. ¿Estamos listos?

La tormenta vespertina que había azotado el campo de batalla de Guayatacocha 24 horas antes se estaba acumulando para repetirse sobre las murallas de las cordilleras andinas ecuatoriales, un mundo en sí mismo, que separa la vasta Amazonía de los estrechos desiertos costeros que orillan el Pacífico.

Una profunda zanja a 800 metros de la costa arrastraba las aguas antárticas de la corriente de Humboldt, creando bajo el sol tropical uno de los cotos de pesca más ricos del mundo, portador de un planeta de ballenas, densas nubes de aves marinas en picado y veleros clíper. Los picos dentados de los Andes, en línea directa desde la selva hacia los pasos a través de la costa de Lima, se

desvanecían de la vista en la acumulación diaria de cúmulos. Los pilotos sabían que estaban viendo los picos más altos de América, fuentes de las aguas de un continente, y el enorme sistema fluvial ubicado junto a ellos.

El Hawker Siddeley era potente, en cuanto a motores de pistón, pero no podía saltar como los jets sobre el clima a 35 000 pies de altitud. Podían quedarse en tierra en Cusco o, peor aún, en Ayacucho. Esto pondría a los hombres heridos en doble peligro y frustraría cualquier solución rápida del alboroto político lupaqa. El arzobispo confiaba en que los pilotos, seguros de sí mismos, y su elegante y sólido aeroplano se colaran por entre los meteorólogos la gente del tiempo de Dios. Aquí, en la Amazonía, era donde empezaba la lluvia del mundo.

Una vez pasadas las nubes, entre las montañas, Castañeda se encontraría en lo que se estaba convirtiendo en su territorio profesional: intentar que la gente no cometiera más estupideces. Pecados, sí. Pero, Dios mío, sobre todo estupidez a secas, la madre del pecado. Dios sabía cuántas idioteces, crueldades o simples errores había cometido la Iglesia bajo la etiqueta de «infalible».

Le gustaría sentarse un día de éstos con Dios, que imaginaba vestido con una gorra de cazador, chaqueta de tweed y pantalones de golfista, como un hermano mayor de Sherlock Holmes. ¿Quién iba a decir si aquellos nativos habían sido inteligentes o, para ser educados, se habían equivocado al estrellar los aviones de la Fuerza Aérea? ¿Habían dado los lupaqas a los señores de la capital una lección de actitud pendiente desde hacía tiempo? El arzobispo esperaba que alguien estuviera empujando a todos a bordo. Cada retraso conllevaría el riesgo de que algún patán tropezara con una

nueva empresa oficiosa e invasiva. La gente se arremolinaba en el suelo. El arzobispo subió los escalones de la HS, Kura detrás de él. Jimbo se detuvo.

—Dos horas hasta Lima, señora.

—¿Tal vez pueda hablar con usted? —le dijo Kura a Castañeda. Levantó los ojos al techo.

—Por supuesto —dijo el arzobispo.

Kura se inclinó hacia delante desde su asiento enfrentado.

—Padre, me voy a la litera presidencial a dormir durante la tormenta. Esta incursión en lo desconocido de Lima podría ir en cualquier dirección. Yo causé este lío. Debo sacarnos de él. Le he pedido a Kusiñawi que se siente a su lado.

Kusi había subido a bordo del HS a pedido de Kura en el último minuto, añadido a la lista de la capital. Podía contar cómo habían capturado a los dos Huey y, lo que era más importante, podía organizar mejor que nadie los pasos a seguir para la recuperación con las brigadas de rescate de la Policía y el Ejército del Aire. Castañeda no sonrió ni habló.

—Tengo que pedirle un favor.

Ella le miró largamente.

—Creemos en Dios. También en nuestros apus.

El arzobispo asintió. Ella continuó:

—Cuando esto termine, ¿vendrá y, con su sombrero de obispo puesto, abrirá una iglesia para nosotros? Tenemos una catedral subterránea tan antigua como Jerusalén. Lupaqa es, como ha visto, un Jardín del Edén con serpientes y manzanas incluidas. Hay una iglesia colonial de piedra y adobe en un pueblo de la Sierra a pocos kilómetros de Tastayoc. Los lugareños la cuidan.

—Sé lo de la iglesia —dijo el arzobispo.

Kura comenzó a masticar una raíz y añadió algunas hojas.

—Una vez que Miski sea recuperada...

Las hojas de la selva y la raíz estaban haciendo efecto rápidamente.

—¿Quizás podría asistir al funeral?

El arzobispo tomó entre las suyas las manos somnolientas de Kura, mientras un asistente llegaba para llevarla a la parte trasera del avión.

—Estaré allí con usted, Inka Kura. La iglesia lupaqa es un trato.

Los motores rugieron cuando Kusiñawi se sentó junto al arzobispo.

Capítulo 65



El arzobispo Castañeda, Polly, Kusiñawi y Melanie no tardarían en desear que Ingrid les hubiera proporcionado la raíz masticable *knockout* de la selva, como había hecho con Kura y los *rangers* heridos. Hoy, los aviones comerciales vuelan por encima de los 30 000 pies, tranquilos por sobre las condiciones meteorológicas de las zonas más altas de los Andes. El antiguo Hawker Siddeley bimotor tenía que volar a través del clima andino a muy bajo nivel. Se aproximó al abra a 14 500 pies entre grupos de picos y glaciares que frisaban los 20 000 pies. Para ese mediodía, el tránsito a través de un mundo cargado de cúmulos al sur de Ayacucho se estaba cerrando. Aconsejados por las torres de control de Cusco, de Ayacucho y de la Fuerza Aérea en Lima, esta era su última oportunidad de volar por entre las montañas que separan los millones de kilómetros cuadrados de la cuenca del Amazonas de los desiertos a lo largo de la costa pacífica del Perú. Los pilotos decidieron que las urgencias médicas de muchos de sus pasajeros y la tranquilizadora presencia de un arzobispo debían favorecer las probabilidades de un viaje exitoso hacia la costa a ciegas a través de una cadena de explosivas tormentas eléctricas, que hacían crujir y

estremecían al avión. Los heridos, como también Kura, tenían la ventaja de estar fuertemente sedados, aunque ellos, más que nadie, necesitaban ataduras firmes. Era incómodo y angustioso para todos. Los pasajeros sentados se sujetaban de los reposabrazos mientras el avión caía a través de bolsas de aire, rebotaba, se estremecía y se desviaba.

—No pasa nada, amigos —llegó la voz de Jimbo, tranquila, despreocupada—. Están en el mejor avión del mundo, con pilotos experimentados. Pronto lo superaremos.

Momentos después, los choques y sacudidas se suavizaron en baches a través de las térmicas que ascendían desde un desierto ecuatorial al mediodía. El cabeceo del avión se relajó con una inclinación hacia adelante.

A través de las ventanillas vieron un valle profundo y tranquilo, de tierras de labranza y pueblos, y un río de montaña, con crestas desérticas de color beige arena que se alzaban a cada lado. La costa y el océano aparecieron con el gris del Pacífico a medida que se iban inclinando hacia el norte. Media hora más tarde, sobrevolaban la habitual niebla marina, que cubría la capital y los valles vecinos. El avión bajó en forma rutinaria hasta tocar tierra en el aeropuerto internacional Jorge Chávez, junto a las flotas pesqueras y las humeantes fábricas de harina de pescado del Callao.

El personal de vuelo había traído toallas húmedas calientes y jugo de fruta. El arzobispo Castañeda pensó en Kura y en su petición de restablecer la Iglesia en el reino. Tan lista como parece. Tiempo de *realpolitik*. Esperaba que la conexión con la Iglesia fuera de ayuda en los días difíciles que le aguardaban. Estos lupaqa estaban tan cerca y al mismo tiempo tan lejos del concepto que todos tenían

de cómo debían comportarse los nativos amazónicos. Cómo debían mantenerse, en una palabra, tranquilos. El Perú y los peruanos deberían aprender de ellos. Podría suceder, aunque esta perspectiva había tenido un comienzo ciertamente rocambolesco.

Una de sus primeras tareas en Lima sería presionar al cardenal para que le pidiera al Santo Padre una bienvenida calurosa a los nuevos hermanos y hermanas de la Amazonía. El cardenal era un vejete de derecha, lo que significaba que el arzobispo tendría que entrar, como de costumbre, por la puerta trasera que le proporcionaban los miembros latinos más conocidos de la curia en Roma. El arzobispo Castañeda ya había estado andando desde antes de las cinco de la mañana, a un mundo de distancia en lo alto de Cusco y su vecina selva profunda, averiguando lo que de verdad había sucedido el día anterior en Guayatacocha. Luego había tenido que presionar diplomática pero implacablemente a la señora Inka Kura Ocllo y su equipo para que liberaran a la ruidosa aunque intrascendente Melanie, además de una selección de muertos y heridos, para llevar a Lima. Encima de eso tenía que pedir perdón a un grupo de políticos, la mayoría de ellos indeseables. Estos eran, visto desde la selva, una de las principales causas de los problemas actuales.

Esto estaba ocurriendo. Melanie y los muertos y heridos volvían del campo de batalla y la propia Inka se preparaba, estaba seguro, para hacer y decir lo que hiciera falta para evitar que más policías y tropas entraran en Lupaqa. El arzobispo no tenía forma de saber que, mientras él se pasaba el día arreglando el mundo, los políticos utilizaban el incidente de Melanie para hacerse con el poder.

El arzobispo había pasado parte del vuelo escuchando el relato de Kusi sobre el día anterior. Cuando sobrevolaron el océano, ya había comprendido cómo aquella joven de pensamiento rápido y decisivo, con Q'ori y Amaru, y la caballería de morochucos y los arqueros de la selva, simplemente se había saltado las reglas de la guerra moderna. La batalla de ayer había sido una repetición en vivo de la Edad Media, donde el mano a mano significaba lo que decía... El arzobispo había estado en miles de confesionarios; sabía que estaba recibiendo la verdadera historia. Dio las gracias al ángel que le había pasado la llamada de Sayri la noche anterior. El auxiliar de vuelo del Hawker Siddeley les dijo que desembarcarían en la sección militar del aeropuerto. Las ambulancias esperaban con el presidente Moldado y el jefe de la Cruz Roja Internacional, bajo la protección de la Embajada británica. Para el arzobispo, que buscaba buenas noticias donde en realidad no podía haberlas, eran heraldos bienvenidos de información de detrás del telón. Más tarde vería cómo estos fragmentos aparentemente positivos habían estado enmascarando una nueva amenaza que se acercaría al desastre total.

La zona militar tenía sentido para los heridos.

Kura volvió a su asiento, con los ojos brillantes y, al menos temporalmente, descansada. Tocó la mano de Kusi.

—Consigue un recibo para cada herido, con una foto. Lleva a Polly directamente a nuestras oficinas. Su película vale el rescate de un arzobispo. Será portada en todas partes.

El avión estaba entrando a su sitio de desembarque. Kura se había refrescado manos y cara con toallas calientes.

—Hemos ganado la batalla —dijo—. Ahora tenemos que evitar perder la guerra. Decisiva y valiente, Kura era lo que se necesitaba en una comandante en jefe. Estaba en primera línea y el arzobispo pensó más tarde que había visto cómo, al frenar el avión, la Inka se daba cuenta por primera vez de que iba a encarar las consecuencias. Le había hecho señas a la azafata para que le diera otra toalla caliente y había enterrado la cara en ella durante varios segundos. Tuvo, tal vez, la premonición del desastre que un comandante debe estar preparado para afrontar.

El avión se detuvo y los motores rugieron. El asistente de vuelo abrió la puerta principal, y entró el ruido del aeropuerto con el aire húmedo oceánico de el Callao. El arzobispo había estado observando a la Inka, quien, le gustara o no, estaba a punto de convertirse en una sensación de primera plana. Para la Inka, una científica internacional de pura cepa, una habitante de la selva tropical, una cazadora solitaria y silenciosa, rara vez una de las presas. En las ciudades, los hombres cazaban en manada, en grupo, en organizaciones que luchaban y competían entre sí, robándoselos unos a otros. El arzobispo había dado a Kura instrucciones claras, incluso órdenes, de pedir clemencia, de arrastrarse por el perdón de los jefes de las docenas de grupos, empezando por el Ejército, la Fuerza Aérea, la Policía, los congresistas, que podrían ver una ventaja en perdonar a salvajes ignorantes, nativos que no habían aprendido los caminos del mundo. ¿Quién podría tratar con coherencia a esta gente de pensamiento lineal? La Inka no había cambiado su *cushma* de algodón y sus sandalias de goma, una cacique amerindia trabajadora.

—Hemos creado un problema embarazoso para el Gobierno y los militares —le dijo a Kusi—. La óptica lo es todo. Melanie está trayendo a casa a los muertos y heridos. Nosotros no.

—Querrá aprovechar al compañero de la Cruz Roja y a la embajadora británica, una dama, creo. Son su protección —dijo el arzobispo. La puerta de pasajeros estaba abierta frente a una multitud que esperaba. Sesenta o setenta cámaras, equipos de televisión y reporteros, retenidos por un pelotón de marines con casco. Un espacio despejado en el centro estaba ocupado por una sola figura, el presidente Moldado.

Melanie, con un recién adquirido sentido de la corrección, se vistió con una *cushma* adecuadamente ajustada para sustituir sus rotos y sucios atuendos del día anterior. El general Costa pasó rozando y dio un paso hacia abajo, el primero en aparecer. A continuación, levantó ambos brazos en un breve saludo doble.

—Síganme abajo, despacio —dijo Melanie.

Moldado se dirigió hasta el pie de la escalinata. Costa hizo chocar sus talones y saludó. La primera dama ya estaba en brazos de su marido.

Polly, con la cámara contra el ojo, tenía la foto de portada «El beso» con Moldado y Melanie boca a boca en primer plano, con Kura Ocllo ligeramente desenfocada a un lado. Moldado miraba directamente a través de Kura, con los labios finos y los ojos desenfocados. Le dio la espalda.

* * *

Ese mismo día, la embajadora británica Daphne McLeod, una mujer enérgica de unos 40 años, había sido recibida por el presidente Moldado en su despacho de Palacio a media mañana, junto con el representante de la Cruz Roja Urs Schaeffer. El presidente se había mostrado desdeñoso.

—No le invito más que a una taza de té, porque no puedo hacer mucho por ustedes. Si quiere ir a la selva, tiene que arreglarlo con los indios. Parece que me he quedado sin helicópteros.

—Gracias, presidente —respondió Schaeffer—. Mi preocupación es la salud y la seguridad de ambas partes, especialmente de los miembros de la tribu lupaqa. ¿Cuál es su plan?

—Creo, *herr* Cruz Roja, que es obvio que hemos agotado todos nuestros planes A. ¿Alguna sugerencia?

—Sí, presidente. Integraremos un representante con la tribu lupaqa. Otro aquí en Lima coordinando con su propia oficina, la Policía y el Ejército. La Cruz Roja será el canal de comunicación. El objetivo número uno es no más violencia. Esto significa que el Perú está de acuerdo en no más acción. Tenemos entendido que los locales están atendiendo a los heridos que rescataron y tienen un médico extranjero en el lugar. Una alemana.

Schaeffer, suizo-alemán, estaba acostumbrado a reunirse con los presidentes cuando las cosas estaban aún peor de lo habitual, para ayudar a la gente que estaba desbordada.

—Quizá podría avisar a su ministro del Interior y a sus colaboradores que solicitaré reuniones. Lo mismo para el Ministerio de Defensa. La prioridad será ayudar a los heridos y extraer los cuerpos restantes. Me aseguraré de que los lupaqas cooperen. Necesitarán garantías de que su personal estará desarmado.

—¡Al diablo con desarmados!

Moldado había perdido el buen humor, aunque mantenía la calma.

—Veinte hombres muertos o heridos por estos indios. Pareceré aún más idiota si sugiero no llevar armas.

—No será usted el implicado, señor —dijo *herr* Schaeffer. El hombre de la Cruz Roja había agotado a Moldado, un talento suizo. El presidente entregó a Schaeffer a sus colaboradores y se levantó para indicar que se les había acabado el tiempo.

La embajadora McLeod no se levantó.

—Usted sabrá, presidente, que anoche en Washington se intentó arrestar a la señora cacique por una orden originada aquí en Lima. La orden de arresto debe ser levantada. El Gobierno del Reino Unido lleva muchos años apoyando a esta tribu excepcional con educación e investigación científica.

El presidente se sentó. Los miró a ambos.

—¿Por qué siento que estoy jugando contra la casa? Creía que era yo quien repartía las cartas.

Empujó unas fichas invisibles por la mesa en un gesto de «todas adentro».

—¿Necesitan algo más? ¿Hamacas? ¿Mosquiteros? ¿Medicamentos para las mordeduras de serpiente? —dijo sin sonreír —. Puede que esta chica india no sea la única ostra en este guiso que va a necesitar una tarjeta «Salir de la cárcel» gratis.

—Presidente, sin su autorización oficial, la Inka no puede aterrizar en Lima para resolver estos problemas —dijo la embajadora McLeod—. Esta mañana se ha vuelto a intentar detenerla en Cusco. Podemos estar seguros de que ella no confiará en nadie hasta que

se levante la orden de detención. Sin ella, ni heridos, ni muertos, ni la señora Moldado.

El presidente se encogió de hombros. Llamó a un par de ayudantes, uno de ellos coronel de los marines, y les dio instrucciones. Se firmaron hojas de papel.

El presidente volvió a ponerse de pie y esbozó una media sonrisa.

—Ustedes limpian este lío indio. Ese es el trato.

Había hecho un buen trabajo con decisiones rápidas bajo fuego. Para Moldado, el asunto de los lupaqas era un espectáculo secundario. La Cruz Roja y la embajadora no habían oído aún los rumores radiofónicos de planes de golpe de Estado para desalojarlo de Palacio. La batalla de Guayatacocha se había convertido en el momento oportuno, en pocas horas la chispa para el lanzamiento de un golpe de Estado a la vieja usanza. Sin duda él sabía más de las amenazas que para su Gobierno representaba esta explosión de la selva. Para Mauricio Moldado, el alboroto de Lupaqa contra la Policía era un asunto secundario. Para él, la batalla de Guayatacocha no había sido más que el calentamiento de su propia batalla por la supervivencia.

* * *

La Inka Kura Ocllo, una científica asesorada por un arzobispo y un exinka despabilado, no sería más perspicaz ni, desde luego, más acertada que los políticos limeños a la hora de abordar este embrollo. En Guayatacocha, los lupaqas habían estado preparados y

decididos, y habían sido rápidos y, como exigía la vida en la selva tropical, despiadados. Sayri había pensado que, con la ayuda del arzobispo, podrían salir por la vía del diálogo de un problema que, según se veía desde Lima, Washington y la mayoría de las capitales del mundo, se la habían buscado ellos mismos. Unos pocos países, entre los que destacaba Canadá, consideraban que los amerindios, desde los esquimales de la tundra helada del lejano norte hasta los patagones del Cabo de Hornos, habían recibido un trato injusto desde Colón. Sin embargo, para la mayoría, los 180 países de las Naciones Unidas, empezando por la URSS, China y Estados Unidos, cuanto menos pronunciamientos sobre la independencia de los países pequeños, mejor. Lima no se había molestado en responder a la declaración de independencia de Lupaqa y no tenía ninguna obligación moral, política ni mucho menos jurídica de hacer o decir nada. Una rápida visita de la primera dama a la fiesta de los niños había sido una medida sensata, incluso sensible. Había salido muy mal, pero muchos políticos y comentaristas respetados encontrarían el momento para decir que los lupaqas tenían toda la culpa, el gatillo fácil y la arrogancia. Inka Kura Ocllo entendió el punto y aquí estaba dispuesta a hacer lo correcto, decir que lo sentía. Frente al quejido de fondo de aviones, ambulancias, helicópteros y sirenas policiales, Moldado puso manos a la obra con una rueda de prensa de pie, su medio preferido.

—He recuperado a mi Melanie. Ella me dice que esta tribu reconoce que ha cometido un grave error. Me dice que no son terroristas ni comunistas. Solo quieren que los dejen en paz. Por desgracia, ningún hombre es una isla. Les traeremos el progreso moderno, la educación y la salud. Los convertiremos en peruanos

útiles. Para empezar, tendrán que pagar una indemnización por esta calamidad. Tal vez no necesiten mano de hierro. Pero sí mano dura.

Mientras estas nimiedades pasaban por los cables de los micrófonos y llegaban a las cámaras de televisión y radio de todo el mundo, los heridos eran trasladados en camilla a las ambulancias de la Policía.

—Gracias a Dios, Melanie ha recuperado a todos los jóvenes pacificadores que han sido atacados —prosiguió Moldado—. He ordenado a nuestros mejores médicos que me informen de inmediato. Espero que podamos salvar las vidas de estos jóvenes sobrevivientes. Melanie me dice que estos nativos tienen una médico extranjera que está cuidando a nuestros heridos en la selva. Ha traído para enterrar los cuerpos de valientes muchachos que perecieron en nombre de la democracia y el progreso.

—La tribu, gracias a Melanie, está cooperando. Tienen apoyos internacionales, que podemos identificar. Estos les han llenado la cabeza de tonterías extremistas.

Más preguntas apagadas.

—Sí, Melanie me ha dicho que el arzobispo Castañeda ha estado ayudando a los nativos a comportarse razonablemente, para no entorpecer nuestros esfuerzos. Discutiré con el arzobispo sobre cómo podemos poner fin a este brote de injustificable salvajismo.

Otra pregunta.

—Es obvio incluso para nuestros amigos revolucionarios de la izquierda que este estallido se debe a los intereses extranjeros que quieren apoderarse de las riquezas de nuestra Amazonía inexplotada.

Moldado estaba ansioso por marcharse.

—Tengo que volver a Palacio.

La radio informaba que unidades del Ejército y de la Policía, al mando del general Zapata, se estaban acercando. Poderosos, al menos ruidosos, grupos de congresistas pedían un debate y una votación de emergencia para que el presidente Moldado fuera expulsado de la presidencia por ineptitud moral. El general Zapata, como vicepresidente, lo sucedería automáticamente. En lugar de perder el tiempo con estas tonterías en el aeropuerto, se debería estar movilizando tropa y aliados.

El arzobispo Castañeda sabía por experiencia que debía mantenerse alejado de este batiburrillo de alguien que estaba entre la espada y la pared. Se estaba convirtiendo en una pelea sin cuartel. El presidente había decidido que su manera de salir del apuro era gritar más fuerte primero. Entre sus asesores y enemigos mortales se encontraba el sombrío general Zapata, ministro del Interior, que había sido juzgado en consejo de guerra cuando era un joven oficial por asesinar a civiles en el corazón terrorista de Sendero Luminoso. En un caso que aún se juzga, Zapata detuvo a un periodista, lo hizo estallar en el acto con una granada y dijo a la familia que «trajeran una cuchara» si querían recoger los restos. Fue él quien envió a los *rangers* a la muerte. Los casos difíciles como el de Zapata suelen llegar a la presidencia con la esperanza de controlar la historia enterrando su pasado en archivos perdidos.

Tras la debacle de los helicópteros, los medios de comunicación especularon con un golpe de Zapata para derrocar a los Moldado. El apoyo del Congreso iría seguido de promesas de partidas presupuestales de autoayuda. Zapata se convertiría en presidente de

la República y la vicepresidenta, una oscura burócrata, en primera ministra. Fuera cual fuese la verdadera historia, estaba claro que se había despilfarrado hombres y equipos valiosos en una oscura aventura en las profundidades de la lejana Amazonía... Una de las historias contaba que los Moldado, con o sin Zapata, habían alzado tesoros de la época inca adquiridos a la tribu, presumiblemente con fondos públicos robados. La realidad, que llegaría a las pantallas con las fotos y videos de Polly, duplicaría, y luego reduplicaría, las cifras de audiencia. Se prometió ediciones especiales de periódicos. Estos proporcionarían un *reality show* detrás del cual podría proceder el golpe de Zapata. Las fábulas del tesoro robado cuyas raíces estaban en la leyenda de El Dorado se remontaban a la Conquista.

A un increíble revés militar le seguía ahora un rumor de golpe de Estado. La conjetura cobró fuerza desde el momento en que una vivaz Melanie, menuda y ágil, descendió del elegante chárter británico con, como señaló un avispado reportero, sus lujosos pistones Rolls Royce para caer, misión cumplida, en brazos de su marido el presidente. Su aspecto cinematográfico adquirió una nueva dimensión cuando fue seguida desde el avión hasta la pista por una mujer, muy segura de sí misma, identificada como la misma estrella tribal inca de la película de Nat Geo como una especie de figura de otro mundo, de un Shangri-La desconocido. Aquí estaba ella en carne y hueso sobre el asfalto de Lima, ciertamente no una mamacha sin forma de la selva. Estaba claro que era ella, y no Melanie, quien entregaba a los *rangers* muertos y heridos que su gente había emboscado. Esta figura semimítica, causante de un ataque letal contra las autoridades peruanas, había surgido en la vida real desde su propio avión. Parecía que esta rica líder rebelde

se dirigía, de forma inimaginable, no a la cárcel, sino a la portada de *Vogue*, *Elle*, *Time*, ¡Hola! La historia iba creciendo. Los siete vicealmirantes a la cabeza de la tradicionalmente conservadora Marina de Guerra peruana se habían unido a lo que en la televisión y la radio se llamaba el levantamiento de Zapata, al igual que los comandantes de la costa norte y de la sierra. El general Zapata proponía «rescatar al país de los nidos de corrupción limeños». El imperialismo de Washington estaba preparando la apropiación de tierras amazónicas desde los tiempos de Teddy Roosevelt a principios de siglo. Esta cacique indígena había estado ayer mismo en Washington con la gente de Bush y Reagan, preparándose para dar el zarpazo y apoderarse de un pedazo de la herencia inviolable del Perú. Pronto, tronó y gritó el general Zapata en un micrófono ministerial, la Amazonía sería tomada por Estados Unidos. A partir de entonces sería «solo un paso más» hasta que «todo nuestro continente» fuera «tomado por Washington». La extrema izquierda y la extrema derecha parecían unidas en este llamamiento a lo obvio, que era que algo estaba en marcha.

El Congreso pedía la destitución de Moldado. Con una mayoría de dos tercios, Moldado estaría en la calle. Más probable que estuviera a bordo del Hawker Siddeley con la esposa o la cacique india, tal vez con ambas y una tonelada de tesoros amazónicos. Zapata ordenaría a los militares invadir Lupaqa y sofocar la amenaza. ¿Cómo pudieron unos indios amazónicos perdidos chasquear los dedos para conseguir un avión chárter de lujo? ¿Desde cuándo las tribus amazónicas perdidas se dedican a exhibir científicos doctorados con formación internacional? ¿Quién era realmente esta mujer «Inka»? A

muchos les parecían preguntas razonables, aunque las formulara un psicópata como Zapata.

El presidente Moldado y Melanie no vieron sentido en alargar una escena que los señalaba con el dedo como negligentes metepatas. Salieron del aeropuerto en menos de un cuarto de hora en el Mercedes presidencial y con su ululante séquito de compinches políticos, coches patrulla y motocicletas. Polly junto a uno de los estudiantes que habían acompañado a Kura, desde Washington, se habían apresurado a enviar su película y su video a los periódicos, a Reuters y AP, AFP, la BBC y las cadenas de televisión de Lima. Este enfrentamiento entre indios y policías levantó un nuevo velo, bajo el cual, si los dados rodaran en esa dirección, podría haber un escándalo que derribara al Gobierno. Un día feliz para los periodistas.

Los equipos de televisión, los periodistas y las mujeres que se encontraban en la pista sintieron que empezaba el tercer acto de un drama orquestado que, con suerte, culminaría en un sacrificio ritual. Alguien sería arrojado desde la altura de una pirámide, con el corazón extraído aún latiendo.

La rueda de prensa sobre el asfalto se reanudó sin pausa visible, como la rápida salida de los Moldado. Las cosas parecían calentarse cuando el arzobispo Castañeda, una figura consolidada, se puso ante los micrófonos. El más joven y, de lejos, el más inteligente de los obispos, se había esforzado por mantenerse alejado de los reflectores de Lima para evitar pisar los talones y los pies de sus mayores. Intentó, aunque quizá no todo lo que hubiera podido, ceñirse al Cusco y a la oscuridad de su diócesis andina y amazónica.

Seguro de sí mismo, sin sonreír, presentó a Inka Kura a Shaeffer y a la embajadora McLeod, y luego a los generales Uzátegui y Costa.

—Desde las primeras luces de esta mañana, he estado con estos dos jefes del Ejército y de la Policía del Cusco en las selvas de mi diócesis —dijo el arzobispo—. Esta mañana, el general Uzátegui, el general Costa y yo hemos visitado el campo donde se produjeron los desastres de ayer.

»Hemos hablado con los sobrevivientes, entre ellos el coronel López Málaga, comandante de los *rangers* del helicóptero siniestrado. Hemos hablado con los indios, como los llama el presidente Moldado, de la tribu lupaqa que fueron atacados y que contraatacaron. El presidente Moldado, a través de una información inadecuada, les ha dado una impresión falsa y una información incorrecta. Al menos ocho jóvenes están muertos y una docena gravemente heridos, después de seguir órdenes directas del Ministerio del Interior a nuestra Policía y nuestra Fuerza Aérea.

»Concretamente, se ordenó a los *rangers* atacar esta tranquila y progresista región, antigua joya de la corona de nuestra Amazonía, hogar del pueblo lupaqa. El propio coronel López Málaga me dijo que el objetivo de enviar a nuestros guerreros era traer de vuelta a la esposa del presidente a cualquier precio. Estamos hablando de una grotesca estupidez, y de pánico incompetente por parte del Gobierno.

»Si el arzobispo hubiera sabido que le estaba haciendo un favor a un desagradable golpe de Estado, se habría guardado sus comentarios hasta que todo se calmara. Tal como estaban las cosas, sumaban a la Iglesia a una lista de instituciones que al parecer apoyaban el golpe de Zapata».

—Imbécil santurrón —dijo Moldado, viendo una repetición del video. Los periodistas escribían las portadas de su primera edición del domingo. Anoche, en Palacio, estallaron encendidas discusiones cuando un alto cargo eclesiástico arremetió contra el gobierno de Moldado.

* * *

En el aeropuerto, el arzobispo terminó con: —Voy a presentarles a la jefa, la Inka, de esta insólita tribu. Se llama Kura Ocllo II. Es una distinguida científica, bióloga cuántica y profesora del Instituto Max Planck de Alemania, nacida hace 30 años aquí en nuestra Amazonía.

Castañeda se alejó del micrófono y fue empujado al último Mercedes, asignado para trasladarlo a él, a los generales cusqueños y al personal de Inka Kura a una conferencia urgente en Palacio.

Kura se acercó a los micrófonos,

—¿Deberíamos dejarla sola? —se preguntó en voz alta el arzobispo, mientras lo empujaban al asiento trasero con los generales. Kusiñawi subió adelante.

—Tiene policía de sobra —dijo Costa.

—La embajadora británica está con ella —añadió Uzátegui. Los militares refunfuñaban, siempre una señal prometedora. Esa tarde la Iglesia había lanzado una advertencia inusualmente dura contra cualquier nueva intromisión del Gobierno en la tribu victoriosa. Había sido el Gobierno, no los indios, quien había causado la muerte de una docena de policías y pilotos. Los tejemanejes administrativos dirigidos por el ambicioso ministro del Interior, con fama de no tener

en cuenta los derechos humanos. Había docenas de preguntas. ¿Quién estaba detrás de esta «tribu»? ¿Washington? ¿Los cárteles colombianos y mexicanos? ¿Un conglomerado de mineros peruanos? Brasileños, más probablemente. ¿Cubanos y bolivianos al servicio de los soviéticos? La líder de la tribu, esta impresionante joven, estaba aquí frente a ellos, con sus labios anchos y sus ojos fríos, a escasos centímetros de bancos de micrófonos y cámaras internacionales. Ella y su pueblo habían estado aquí mucho antes que Colón, el papa o Pizarro. La televisión, la radio y los periódicos tendrían hora tras hora, página tras página, copias y películas.

Capítulo 66



Inka Kura Ocllo II no oyó las sirenas. No al principio. Solo las percibió cuando se convirtieron en una molestia, sepultando sus palabras, ahogando incluso los rugidos de fondo de los aviones en las pistas. Estaba ante las cámaras, una joven líder sensata, con un mensaje, hablando a los corazones, quizá a una mente o dos, de personas razonables de todo el mundo. Debería haber sido ella la primera, la número uno, la estrella de este patético espectáculo. En lugar de eso, era la cola después de los dislates de Moldado y de un arzobispo sermoneador... Ambos habían terminado de parlotear en lo que deberían haber sido sus micrófonos. Ella acababa de empezar a lanzar sus perlas a los transmisores justo cuando la policía la bombardeó en un ruidoso ataque de pesadilla.

Ella y la Sra. McLeod eran las únicas que quedaban. La Sra. McLeod permaneció apartada, observando a la Inka con creciente consternación y alarma. Siguiendo la tradición del Imperio británico, Daphne McLeod no pareció inmutarse al encontrarse por defecto a cargo de la Inka, ahora que la Cruz Roja y el arzobispo se habían marchado, presumiblemente para llegar a un acuerdo con el presidente Moldado sobre qué hacer para proteger a los lupaqas.

Pero Moldado estaba a punto de ser derrocado, según le habían contado unos periodistas. Kura Ocllo estaba de pie en su *cushma* ante el micrófono, con las pupilas dilatadas por las gárgaras a base de tabaco que le había suministrado Ingrid. Sus mejillas llamaban la atención con los círculos negros, rojos y dorados en los pómulos. Sus párpados inferiores estaban maquillados para ocultar el cansancio. El ruido amenazador añadió elementos nuevos a Kura: confusión solitaria y miedo bajo su mata de pelo oscuro, con sencillos adornos tallados en madera y hueso.

Los equipos de televisión ya solo oían las sirenas y los agudos chillidos de la alarma electrónica. Una docena de patrulleros con luces intermitentes y camiones de personal policial chirriaban y ladraban por el asfalto, bloqueando la huida. Kura estaba rodeada de policías uniformados y enmascarados. La golpeaban con fuerza en la espalda, en la cabeza. Los puños enguantados le golpeaban la nariz y la boca. Las porras le golpeaban con fuerza las sienes y las orejas. Botas pesadas le daban patadas en las espinillas, le pisaban los pies... Las cámaras la enfocaban. Una voz, sus propios gemidos y gritos, fueron los últimos sonidos que oyó mientras perdía el conocimiento.

Capítulo 67



—¡Oh, Dios! —Estas palabras de Kura fueron los últimos sonidos coherentes de los micrófonos. Serían reproducidas sin cesar, una sombría imagen en directo de un golpe de Estado latino. Los coches patrulla derraparon a la espalda, delante y a los lados de Kura, ladrando duras órdenes electrónicas, un estado policial de película serie B en plena ebullición. A instancias de la embajadora McLeod, Kura quiso correr hacia su Range Rover diplomático. Juntas, podrían agarrar la manija de una puerta, la santidad de la inmunidad diplomática. Pero la Inka no se había movido más allá de enderezar la espalda. «Congelada en temerosa dignidad», informaba *The Observer* de Londres en su portada a la mañana siguiente junto a una foto de Kura tumbada boca abajo, esposada a la espalda sobre el asfalto con una borrosa bota de policía en la oreja.

La embajadora contempló horrorizada cómo Kura se llevaba las manos a la garganta en señal de protección mientras se arremetía contra ella. Era «como Juana de Arco enfrentándose a los ingleses», dijo *Le Monde*. Kura sintió los golpes fulminantes de las porras en la cabeza, el cuello y la espalda; botas pateándole los muslos y las espinillas, mientras la embestían, la lanzaban hacia delante a través de los micrófonos, aplastándole la nariz, la boca y la frente contra el

asfalto; una impresionante bota con punta de acero en un lado de la cabeza. Las botas golpearon sus costillas, sus caderas. Nada de esto estaba en su memoria consciente. Fue registrado en primeros planos por media docena de cámaras de televisión de gran nitidez sobre trípodes fijos e inmortalizado en película rápida de alta resolución de 35 mm.

Los policías no parecían tener especial prisa, ni tenían instrucciones de interferir con las cámaras. Los antiguos adornos de madera de hueso de su pelo fueron esparcidos y estampados por la policía en las pantallas de televisión de todo el mundo.

«¡Indignación! ¡Tombos peruanos atacan a catedrática berlinesa que es jefa amazónica!», gritaba *Die Bild* en letras de dos pulgadas de alto, con similares en pantallas y portadas a ambos lados de la Cortina de Hierro y del Atlántico, en América Latina y Estados Unidos.

A cinco kilómetros de distancia, en la embajada de Estados Unidos, en el centro de Lima, el DCM, jefe de misión adjunto, a cargo durante la ausencia del embajador, hablaba por teléfono.

—Los de la DEA me dicen que todo esto es policial, no militar. Es Zapata. Presumiblemente, el pistoletazo de salida del golpe. Un horror delante de las cámaras. Esa mujer está muy malherida. Y no sabemos dónde está. —Y continuó—: Mi preocupación es que sabemos que Zapata se enorgullece de su reputación de asesino. Sus compinches dicen a todo el mundo que la policía está enloquecida, vengando la muerte de sus camaradas.

Capítulo 68



Los abogados de derechos humanos, los líderes de las comunidades nativas de la selva y los valles montañosos, dijeron a las embajadas interesadas que cuando los líderes tribales vinieran a la capital a reclamar y protestar, recibirían «el tratamiento». La policía los metía en camiones y los arrestaba bajo cargos de terrorismo y drogas. Los arrastraban por los patios traseros de Seguridad del Estado, los golpeaban y les metían cocaína por el recto o la vagina para demostrar que eran contrabandistas. Este fue sin duda el destino de Kura.

El DCM americano estaba al teléfono informando a alguien en el Departamento de Estado.

—El Ministerio del Interior emitió un comunicado a los servicios de noticias antes del asalto, en el que decía que Kura estaba siendo detenida por cargos de terrorismo, sublevación contra el orden democrático, asesinato y violación de los derechos humanos de policías muertos y moribundos. Allí la etiquetan como presunta jefa de un sindicato del crimen organizado implicado en la producción de cocaína, el contrabando y el blanqueo de dinero. Afirma que la Policía está enviando fuerzas para restablecer la ley y el orden en las zonas tropicales afectadas al este de Cusco. Ha salido en AP,

Reuters. —hizo una pausa—. Me dicen que Zapata ha declarado el estado de excepción en todo el país. Las garantías constitucionales están suspendidas como si ya fuera presidente. El golpe de Zapata está en marcha. Pinta mal.

El DCM colgó. Tenía ante sí un télex marcado como «secreto», lo cual significaba que debía difundirse por la ciudad de inmediato. Dirigido al embajador, era del subsecretario de Estado para América Latina en D. C., el segundo mensaje en dos horas. Decía: «El vicepresidente Bush desea estar informado sobre Inka Kura».

Human Rights Watch, Amnistía Internacional, el resto en Londres, Bonn, D. C. e incluso el Kremlin a medianoche, hora de Moscú, exigían información. El Gobierno soviético pedía «aclaraciones» al presidente Moldado. En Lima, el agregado militar soviético había telefoneado a los jefes del Ejército y la Fuerza Aérea. El embajador soviético se aseguraba de que la TV y los periódicos de Lima supieran que «Inka Kura y la nación lupaqa eran amigos del pueblo de la URSS». Traducción: «¡Camaradas! Desháganse de ese matón, Zapata».

El embajador soviético difundía que el Kremlin estaba «sorprendido» de que un helicóptero soviético hubiera sido utilizado por la Policía para «atacar un enclave tribal pacífico» en la Amazonía. El helicóptero había sido entregado a la Fuerza Aérea de Perú en virtud de «un acuerdo progresivo», es decir que no había sido pagado. Como señaló un editorial de *The Washington Post* a finales de semana: «el presidente de Perú, Moldado, ha conseguido una especie de trofeo al obtener sonoras condenas tanto del Águila como del Oso». En Londres, el sábado por la noche, el Foreign Office, según los diarios dominicales de Fleet Street, había «sacado

de la cama» al embajador peruano para decirle que la Sra. Thatcher estaba «profundamente preocupada».

Los grupos de desarrollo y de derechos humanos exigieron saber qué estaba «haciendo» Estados Unidos. Resultó que mucho.

Capítulo 69



Una de las razones de la instantánea reacción internacional contra el Gobierno de Perú fue Sayri, sentado en el cuartel general lupaqa en Georgetown y su banco de teléfonos y voluntarios, y con la ayuda de amigos como sir Richard Norfolk-Whatsis en la ONU. La agenda de sir Richard contenía números imposibles de encontrar: Gorbachov, el rey de España, Dennis Thatcher, Helmut Kohl, Rajiv Ghandi y Mitterrand. Sir Richard decidió no ponerse en contacto con el ayatola Jomeini, Mobuto en el Congo o Castro. No a todo el mundo, empezando por la Casa Blanca, le hizo gracia el sentido del humor inglés.

Sir Richard llamó a Javier Pérez de Cuéllar, secretario general de la ONU, un peruano, para presionarlo a que telefoneara a Moldado, así como a los jefes del Ejército, la Fuerza Aérea y la Policía para sugerirles que mantuvieran a Moldado, el diablo conocido, que se deshicieran de Zapata y que liberaran a la indígena.

—Haz un rápido pacto de no agresión con la Cruz Roja antes de que esto nos estalle a todos en la cara —dijo sir Richard.

Desde Nueva York, Javier Pérez de Cuéllar hizo lo que le sugirió sir Richard, y le dijo al general en jefe del Ejército:

—Perú se está pareciendo a Afganistán en un mal día. Los africanos se ríen. Parece que me paseo por Nueva York con los pantalones abajo.

De vuelta en Lima, con el embajador de ESTADOS UNIDOS de vacaciones en casa, el DCM estaba llamando a los jefes militares de Perú diciendo que Estados Unidos podría estar «revisando» su ayuda militar a Perú, asegurándose de que esta información se transmitiera a los medios de comunicación.

Alguien estaba lanzando algo marrón y húmedo contra el ventilador, y salpicaba a toda la capital, empezando por los 130 diputados del Congreso, muchos de ellos con antecedentes judiciales por ayudarse a sí mismos con fondos públicos. Si el Congreso se cerraba, perderían su inmunidad. Los diputados podrían acusar al presidente Moldado de «ineptitud moral» y echarlo de su cargo. O el presidente podría adelantarse, enviar las tropas y convocar nuevas elecciones. En el Congreso cundía el pánico. Sus sueldos, sus cuentas de gastos y sus hipotecas se esfumarían entre angustiados gritos sobre la democracia.

A la detención y vergonzosa agresión a Kura Ocllo siguió una improvisada suspensión de las garantías constitucionales, la declaración de la ley marcial, desde el despacho de Zapata. Pero nadie hizo mucho caso. El golpe había terminado. Zapata sería encontrado y detenido unos días después cerca del lago Titicaca con una amiga, cuando intentaba cruzar la frontera con Bolivia.

A su regreso del aeropuerto, los ayudantes informaron de la paliza propinada a Kura y de su secuestro por la policía de Zapata por orden directa suya.

Los helicópteros de la Fuerza Aérea que seguían a la caravana policial no habían visto ninguna parte del convoy desprenderse. Pensaron que el camión en el que llevaban a Kura debía de estar aún dentro del convoy policial.

Media docena de generales que representaban al Alto Mando de la Fuerza Armada se encontraban ya en el Palacio de Gobierno. Cada uno de ellos iba acompañado de su propio Estado Mayor de coroneles, mayores, capitanes y su personal de comunicaciones, lo cual creó un problema de tráfico y aparcamiento en la plaza de Armas y la Catedral y sus alrededores.

Todos sabían que era el Congreso el que iba a hacer o deshacer el golpe. Hoy, estos no estaban muy a favor de Mauricio Moldado, pero la paliza pública propinada a la india por los hombres de Zapata había convertido en pocos momentos al ahora general renegado en un intocable. En cualquier caso, había desaparecido. Su historia, contada tiempo después por él mismo y sus compinches, era que habían esperado que muchos más bravos lupaqa, en su mayoría hombres, acompañaran a la dama inka. Los valientes serían rutinariamente maltratados delante de las cámaras. Los arrojarían a la parte trasera de un par de carros de grano. La mujer Inka sería pateada y golpeada, como «ejemplo público». Fue ella quien «ordenó a su gente atacar a nuestros hombres». Al final, la Inka había permanecido sola, había caído sola.

El golpe había terminado. Los almirantes acérrimos de la Marina, algunos generales del Ejército del Aire y los generales del Ejército en las provincias, al ver las imágenes del ataque de la policía a Kura, se lo pensaron mejor. Eran respetables defensores de la Constitución. Este no era su tipo de golpe.

Capítulo 70



Unos policías enmascarados y con casco arrastraron a la Inka Kura hasta la parte trasera de uno de los camiones de personal, la levantaron y la arrojaron de cabeza, como un saco de papas. Su cráneo chocó contra la pared delantera del vehículo, su cara y su pecho raspados, maltrechos y sangrantes. Su antes pulcro atuendo estaba sucio, rasgado y empapado de sangre. Se había «resistido a la detención», anunció un comunicado del ministerio mientras las protestas inundaban las ondas y los canales de televisión.

La embajadora McLeod observaba entre lágrimas de miedo, rabia y frustración. Apenas se percató de los gritos de protesta que emergían de su garganta, sonidos que no había oído desde sus días de protesta estudiantil. Su encargada, como ella consideraba a Kura, desaparecería. Sabía que Kura seguía esposada. Las barreras policiales ya no retenían a los medios de comunicación y las imágenes eran gráficas, la ropa de la Inka en vergonzosos jirones, una decisión deliberada de alguien.

Afortunadamente para Kusiñawi, Kura lo había despachado desde la pista con los generales y el arzobispo. Si no, habría acabado la tarde en una bolsa para cadáveres.

Se harían comparaciones con el rebelde inca Túpac Amaru y Micaela Bastidas, su esposa torturada dos siglos antes por la jerarquía eclesiástica realista, con sus lenguas rebanadas delante de la multitud y sus cuerpos vivos despedazados públicamente. El arzobispo Humberto Castañeda conocía bien el enérgico papel desempeñado por uno de sus predecesores como arzobispo realista de Cusco contra Tupac y Micaela. Doscientos años antes de Tupac y Micaela, en Ollantaytambo, cerca de Machu Pichu, Hernando Pizarro y sus hermanos conquistadores habían torturado públicamente hasta la muerte a Kura Ocllo I, la joven coya rebelde esposa de Manco. Los periódicos y la televisión limeños, con los empujones de académicos y políticos activistas limeños, se aseguraron de que los lectores y telespectadores de Perú y de todo el mundo entendieran que la apuesta Inka Kura Ocllo II de hoy era heredera directa, como se ve en todas las pantallas de Perú, Sudamérica y el mundo de las conexiones políticas y raciales con estas heroínas americanistas.

Nadie era más consciente de las conexiones históricas revolucionarias que los políticos de Palacio y del Congreso, en el centro de Lima. En una situación similar se encontraban los jefes militares. Si Inka Kura agonizaba o moría, ellos también estarían en problemas.

El DCM de la embajada de Estados Unidos en Lima informó a Washington: «De pronto, la jefa de esta oscura tribu amazónica tiene mucha gente en Lima que le desea lo mejor y quiere que viva, que tenga éxito».

La embajadora McLeod protestó directamente ante el oficial al mando.

—Señora. Plantee sus preguntas al ministro o al presidente. Estoy ocupado.

El chofer de la Sra. McLeod, un *exranger* de la Policía, la contuvo.

—Llevan estos casos a Seguridad del Estado o a alguna oscura comisaría. ¡Vamos!

La situación se estaba saliendo de control. Así las cosas, clips borrosos de la embajadora del Reino Unido aparecieron en las pantallas de televisión esa noche en Londres. Esto no perjudicaría a Daphne McLeod. En el *Daily Telegraph* y *The Times* aparecieron más tarde comentarios titulados «Nuestra mujer en Lima», que auguraban una brillante carrera para ella. La Sra. Thatcher quedó impresionada: según el relato de Dennis Thatcher transmitido a su amigo sir Richard en Nueva York, había dicho: «¡Denles palo!». La Sra. McLeod sería convenientemente recordada en la Lista de Honores de Año Nuevo de la Reina.

El furgón de Kura avanzaba a sacudidas, las sirenas chillaban con las motocicletas, los silbatos, los ladridos electrónicos. La embajadora McLeod observó cómo avanzaba la enloquecida caravana. Un par de helicópteros se unieron al alboroto desde las alturas. Los comentaristas de televisión los identificaron como personal de la Fuerza Aérea. La procesión se abrió paso por entre el tráfico del sábado por la tarde hacia, al parecer, Seguridad del Estado, a unas manzanas de la embajada estadounidense.

Un par de todoterrenos negros se acercaron con luces intermitentes y bocinas a toda potencia. Salieron dos oficiales de los servicios especiales del Ejército peruano y un par de ayudantes. Los comentaristas de televisión dijeron que los oficiales del Ejército podrían ser una señal de que los militares se unían al golpe. O

podría significar lo contrario. El golpe de Estado de Zapata ya estaba siendo calificado de «levantamiento indígena» o «motín de Zapata». Según algunas interpretaciones, el general Zapata estaba utilizando el desastre del Mi-17 para demostrar hasta dónde llegaría para instaurar la ley y el orden en Perú y «defender la soberanía de la Patria».

Parecía que pensaba que golpear públicamente a una líder nativa hasta la muerte demostraría su idoneidad, como Pinochet, o los argentinos. Añádase el desprecio por los entrometidos internacionales. En los próximos días aparecerían columnas editoriales con titulares como «Lecciones de Zapata: Cómo joder un golpe» y «Ni tanques, ni golpe, ni gracias». Este artículo recordaba a los lectores que el Ejército peruano estaba equipado con tanques de combate soviéticos T-74.

* * *

Hoy, la cazadora aprendió lo que se sentía al ser la presa. Kura había crecido acabando con las bestias de la selva de forma rápida, silenciosa y respetuosa. Ella había mirado, un momento profundo, en sus ojos. Lo sabían, un pato, una serpiente, un tapir. Hoy era ella misma, una lupaqa líder que yacía en agonía y derrota. Decenas, millones de indígenas habían pasado por esta humillación temblorosa e impotente, parte del rito de la Conquista, en algún incidente callejero. En sus lúcidos destellos en el fondo de un sacudido agujero negro de castigo, era la palabra «accidente» la que raspaba como una apisonadora la mente de Kura. Algún policía sin

rostro, algún chico que se las apañaba para pasar el día, le atravesaría la cara, el cráneo, la garganta o le aplastaría las vértebras con una bota de acero o la culata de un rifle.

Oyó sollozos, gritos suaves, gemidos. Los sonidos eran mejores que un desmayo que podría significar que ya había muerto, un lamentable accidente. ¿Quién más estaba aquí? Ahí estaba otra vez. Los gritos sollozantes salían de su propia boca aplastada. Estaba boca abajo en este suelo mugriento. De espaldas, se ahogaría con la baba, con la sangre. Escupió. Dos dientes sonaron.

Tenía los dedos aplastados, el codo destrozado, un hombro agonizantemente dislocado cuando los policías le tiraron de los brazos hacia atrás y hacia arriba, una maniobra deliberada, mientras la arrojaban al camión oscuro, frío y húmedo. Los oficiales del Ejército que llegaron en el último momento habían ordenado a los policías que le quitaran las esposas y le arrojaran una manta. Tenía los brazos, las piernas, la espalda y las manos tan desgarradas y retorcidas que no pudo acomodarse la manta para protegerse y calentarse. Quedó tendida donde cayó.

Un breve instante mientras el camión se detenía de golpe. Un mundo de gritos metálicos, frío húmedo, sacudidas sin sentido; sus propios gemidos, sollozos de dolor, de miedo. Kura fue capaz, mientras el camión se desviaba y se sacudía hacia adelante y hacia los lados, de llevarse la manta a la cabeza a modo de almohada. Se desmayó. La policía la llevaría, viva o muerta, a un sórdido patio entre pasillos y celdas que formaban parte de las sucias entrañas de algún establecimiento de Seguridad del Estado, en un extremo sin rasgos del centro de Lima.

—La tirarán al suelo. Sin agua, sin primeros auxilios. Un retrete agujereado si tiene suerte. Degradación tortuosa —relató el DCM al Departamento de Estado la descripción del abogado de derechos humanos sobre el probable destino de Kura.

—Es el procedimiento habitual para los alborotadores nativos. La registrarán desnuda. Le meterán cocaína en el cuerpo. Hemos dispuesto pedir al juez y al fiscal que designen a un médico para que realice un informe oficial sobre el estado de la Inka. —Hizo una pausa—. O una autopsia si no llega al juicio.

Zapata, cuando lo encontraran, sería encarcelado por su intento de golpe de Estado, y luego juzgado y condenado a una pena suspendida por separado por el asesinato con granada de un periodista años antes.

Al principio, las televisoras limeñas pensaban ceñirse a sus películas de los sábados por la noche, a los resúmenes deportivos y a los programas de tertulia y juegos. Los presupuestos eran los presupuestos. Pronto renunciaron a ello. No podían prever la calidad y la cantidad de fotos y videos que les llegaban desde sus propias cámaras del aeropuerto sobre la paliza de Kura, con sus gemidos audibles. Polly, la gente de relaciones públicas de Melanie y el equipo de noticias de Lupaqa se encargaron de completar la información, lo cual dio lugar a un irresistible relato gráfico del derribo, ahogamiento y rescate del helicóptero de las Fuerzas Aéreas y de todo lo que ocurrió después y en medio, incluida la carga de la brigada morochuca y la batalla a orillas del lago entre las mujeres lupaqa con sus perros y los *rangers* cuando se llevaron el cuerpo aún tibio de Miski. El resto de Norteamérica y Sudamérica incluyeron sus propias versiones de la historia en sus programas de fin de semana.

Las portadas europeas y los noticieros dominicales publicaron reportajes completos, fotos y videos. Era una primicia masiva, apenas calentando motores. Tal vez el golpe se consolidara. Quizá cayera el Gobierno de Moldado. Tal vez varios miembros del Congreso serían arrestados como participantes en el zarpazo de Zapata al poder.

Capítulo 71



La intentona golpista de Zapata seguramente habría fracasado incluso sin la reacción horrorizada del pueblo peruano y extranjero. Un helicóptero llevó a Palacio un primer pelotón de paracaidistas, primer indicio de que los militares no se unirían a Zapata. Desde los puentes sobre el río Rímac se fotografió a personal militar de servicios especiales listo para el combate llegando en camiones.

De regreso a Palacio desde la pista del aeropuerto con Melanie, el presidente Moldado se había encontrado con los videos que mostraban la despiadada agresión a la líder tribal, así como con una avalancha de llamadas, mensajes de protesta, consultas y advertencias. Esperaba que Kura siguiera viva. A pesar de todo, lo culparían. Tenía que afrontarlo ahora mismo. Sin paños fríos. Había llamado al Gabinete de emergencia. Primero tendría que encontrar un par de minutos para el arzobispo, el enviado de la Cruz Roja, sus dos generales y el chico indio que venía con ellos.

—Generales, monseñor, *herr* Cruz Roja. —Miró a Kusi, que parecía listo para abalanzarse—. Joven. He enviado tropas especiales para rescatar a su Inka. Sabemos dónde está. Al menos eso creemos. La sacaremos de ahí. Se lo prometo. He enviado ambulancias, médicos, abogados, paracaidistas. Todo. La prioridad

ahora es hacer el papeleo antes de que esto arda en llamas. Necesitamos un acuerdo oficial con los lupaqas. Los jefes del Ejército estarán aquí en un minuto para ayudar. Allí —señaló una habitación al otro lado del pasillo—. Dos páginas. Eso es todo. Tienen una hora. Mi equipo legal está esperando. Váyanse. Ya saben lo que quieren. Ellos saben lo que no queremos. Sin letra pequeña. Fuera antes de la hora del aperitivo. —Y añadió—: Espero no ser yo quien esté fuera para entonces. Sobre tu Kura, serás el primero en saberlo.

Moldado había recorrido un largo camino desde que eludió la existencia de los lupaqas tras el lanzamiento del documental. Kusi encabezó la salida, seguido por el arzobispo y Shaeffer. Moldado se dio vuelta y entró a la reunión de Gabinete. Se plantó ante los micrófonos y las cámaras de la prensa, como un duro político bajo presión.

—El Ejército y mi gobierno están juntos, como siempre. El ex ministro Zapata ha desaparecido, se ha vuelto no habido, un criminal con precio por su cabeza. Lo único bueno de este horrendo incidente es que este psicópata no se postulará a la presidencia del Perú ni de ninguna parte. Jamás. Ha deshonrado a nuestro querido Perú. Cualquiera que lo ayude será castigado. Se jubilará anticipadamente en una prisión de máxima seguridad. El fiscal está presentando graves cargos en su contra y organizando el rescate y la liberación de la líder tribal atacada por la policía esta mañana por orden de Zapata. El arzobispo Castañeda y mis dos generales de Cusco, Uzátegui y Costa, me han puesto al corriente de los detalles de la confusa tragedia del accidente de helicóptero. Puedo decirles lo siguiente: los *rangers* enviados a hacer daño a esta parte progresista de nuestra Amazonía no fueron allí bajo mis órdenes.

* * *

El DCM y la embajadora McLeod estaban viendo las noticias en directo desde la embajada de Estados Unidos. La Sra. McLeod estaba sentada rígida, inmóvil, con una taza de té intacta delante de ella. —No puede tardar mucho —dijo el DCM, mirándola a la cara, sombrío y temeroso. No había nada más que decir. Pasaron dos o tres minutos en silencio. El teléfono sonó en el escritorio. Lo descolgó.

—Sí. Pásemelo. —Una pausa—. Gracias. Manténgame informado. —Colgó y se volvió hacia la embajadora.

—La han encontrado.

La miró un momento.

—No están seguros de que sobreviva.

Una lágrima cayó lentamente por la mejilla de la Sra. McLeod. Alivio, seguro. Rabia, arrepentimiento, probablemente. Se la secó con la servilleta junto a la taza de té. El teléfono volvió a sonar. El DCM cogió el auricular y escuchó. Un momento después, colgó.

—Seguridad del Estado está inundada de personal del Ejército. La están evacuando en helicóptero a la Clínica Angloamericana.

Capítulo 72



—¿Cómo sabes si has ganado? —preguntaban los jóvenes combatientes a Larry.

—En este caso, era sencillo —les decía—. El enemigo sobreviviente o tiene las manos sobre la cabeza o está sentado en el suelo húmedo y pedregoso con la cabeza entre las manos.

A muchos de los jóvenes les preocupaba si vendrían más máquinas peruanas. Larry les dijo la pura verdad: habían obtenido una victoria aplastante, infligido una derrota a una máquina militar organizada y moderna, cuyas armas valían incontables millones, todo gracias a una combinación de ballestas modernas y armas antiguas. Sus boleadoras, sus flechas, sus feroces ataques, su cuidadosa preparación y su paciencia causaron conmoción y admiración en todo el mundo. La fuerza contraria estaba formada por *rangers* de primera línea, la columna vertebral de la Policía, con sus máquinas de fabricación soviética y sus armas de fuego automáticas. El tiempo diría hasta qué punto a los políticos y mandos militares de la capital les interesaba empantanarse en un rincón lejano y desagradable de la patria.

Los aviones de medianoche con destino al sur desde Nueva York, Miami y Los Ángeles iban repletos de equipos de camarógrafos y

«corresponsales propios». El Braniff 0035 y el Faucett 01122 MIA-LIM se convirtieron en rociados reencuentros de compañeros de prensa de Nicaragua, las Malvinas, Panamá, Pinochet, los nazis bolivianos y las campañas de Sendero Luminoso. Este nuevo enfrentamiento en la selva peruana había surgido de la nada, como la nieve en la selva. Un policía de Lima había matado casualmente a tiros a una joven indígena, una de esas atrocidades fortuitas que ponen en evidencia a las fatuas autoridades. Los titulares, las primeras imágenes de perros muertos y jóvenes policías moribundos con lupaqas adolescentes, muchos de ellos mujeres, armados con arcos y flechas, mostraban un Liliput medieval, unido de algún modo nebuloso sudamericano a la Guerra Fría. Las noticias posteriores sobre el derribo del Hip convirtieron el suceso, para los mandarines de la capital, en un bochornoso parpadeo en unas pantallas lejanas.

Para los lupaqas fue, como sucede con todas las historias de primera plana, una catástrofe, con primeros efectos más o menos esquivados por las manos de Sayri en un pensamiento rápido a 8000 kilómetros al norte. Ahora tenían que salvarse de su éxito. Una acción militar decisiva contra un Gobierno estaba a un paso de la rebelión, incluso de la revolución y, lo peor de todo, del terrorismo. Los lupaqas debían encontrar una alfombra respetable bajo la cual ocultarse para salvar la Amazonía.

Capítulo 73



«Moldado contraataca», sugería un modesto postón en lo alto de las pantallas de televisión el sábado por la tarde. Los comentaristas de televisión habían decidido que el «Golpe de Zapata» estaba fracasando. La crueldad rutinaria de la paliza propinada a la líder amerindia no sería santificada como política pública a la Pinochet. El sábado por la tarde, los titulares de los periódicos, la televisión y la radio incluían: «El criminal "general" golpista se da a la fuga» y «Moldado dice al Congreso: "Vuelvan al trabajo"». A última hora de la tarde llegó «Paracaidistas de las Fuerzas Especiales rescatan a una jefa tribal».

Un comentarista de televisión resumió así: «El presidente Mauricio Moldado ha pasado los últimos días sudando en una caldera de agua caliente. Los salvajes del Congreso han estado alimentando las llamas del fuego golpista, saltando, bailando y haciendo sonar sus tambores a favor del golpe. Pero la gallina de los huevos de oro de Mauricio Moldado no está cocida. Está siendo rescatada de un rincón insólito de nuestro país, las invencibles selvas amazónicas. Viva o muerta, la indígena golpeada en público esta mañana se ha convertido en la heroína de nuestra democracia en lucha».

* * *

Melanie esperaba a su marido fuera de la oficina del Gabinete.

—Cariño, estoy muy agotada. Creo que necesito descansar. Voy a tomar el vuelo a Panamá. Puedo arreglar nuestras cuentas mientras estoy allí.

—Buena idea, *ma chèrie*.

Ella no iba a volver. Él estaría mejor sin ella y sus compinches israelíes.

—*Ciao, ciao*, mi amor.

Un beso en la mejilla. Partió.

El despacho del Gabinete estaba lleno. Un par de ministros que estaban en el balcón apagaron sus cigarrillos en las macetas y saludaron al presidente con una sonrisa. Una buena señal. Todos estaban presentes, sin deserciones.

—Ya casi hemos llegado —dijo Moldado, mientras los ministros tomaban asiento. La reunión tenía forma en V, con el presidente y el primer ministro sentados juntos en el vértice.

—Lo de Zapata se ha acabado, aunque habrá mucho que limpiar. Qué vergüenza.

El presidente se fijó en una gran pantalla que parpadeaba en un rincón.

—Súbelo.

—...está siendo trasladada en camilla a un helicóptero de las Fuerzas Especiales — atronó un locutor—. El personal médico de la Clínica Angloamericana está atendiendo las heridas de la mujer descritas por Palacio como graves. Un juez del Tribunal Superior y el jefe de la Fiscalía Penal...

El clip de noticias mostraba una camilla siendo cargada en un Huey.

Moldado cruzó a grandes zancadas la sala del comité, donde estaban sentados los abogados, los mandos del Ejército, la Fuerza Aérea y la Policía, con el arzobispo, la Cruz Roja y Kusiñawi, aparentemente de forma amistosa, avanzando hacia un acuerdo oficial. Ellos también tenían los ojos puestos en un televisor de la esquina. Kusiñawi, al ver a Moldado, se levantó señalando enfadado a la televisión e indicó con las manos que quería salir corriendo para estar con Kura.

—Siéntate, muchacho —le dijo Moldado—. Termina el acuerdo. Es lo que tu Inka necesita para sentirse más segura y mejor. Tú serás quien se lo lleve. La huella de tu índice y tu firma estarán por la propia dama inca junto a la mía, por encima del arzobispo, un rebaño de generales. Lo que ella quiere es verte a ti con el documento. Siéntate, termina el trabajo y te llevaré a la clínica. Te prestaré mi bicicleta de montaña.

El arzobispo tocó el brazo de Kusi, indicándole que volviera a la mesa. El muchacho se sentó.

Capítulo 74



A la capital no le gustaba verse presionada por los problemas de las provincias alejadas. Los jefes militares estaban hasta el cuello con Sendero Luminoso en la Sierra central y en Lima. La nueva tribu, con la Cruz Roja, le ofrecía una salida tranquila al embrollo ajeno. Los Asuntos Indígenas eran un tema civil del que se ocupaban departamentos llamados «Asuntos Indígenas de los que nos ocupamos en Perú y en otros lugares en ministerios adormecidos y olvidados». Kusiñawi era el más joven de la sala y se convirtió en el árbitro. Cuando discutía el acuerdo, punto por punto, decía simplemente: «Aceptarán», o «Dirán "no"». Por ejemplo, las semiautomáticas y los fusiles eran un «no» innegociable. Pero los mandamases de Lima se opusieron a la propuesta de prohibir las armas cortas y los fusiles automáticos tipo AK47. Cada uno tenía una 38 o una 9 mm junto a su cama. Kusi repetía su «no» en voz baja. Una palabra, sin discusión.

—Era como discutir con Trotsky —le dijo el arzobispo a Sayri más tarde.

La gente de la tribu iba en serio. Nadie que fuera a entrar en Lupaqa olvidaría el cortometraje de la sesión informativa técnica en

el que se detallaban los efectos de los venenos que portaban los insectos, serpientes y plantas de la selva.

En la mesa de negociaciones, el jefe de la Policía exigía la devolución inmediata de los Huey incautados. Kusi dijo que los helicópteros se devolverían en cuanto Melanie o Perú hubieran pagado la indemnización a la familia de Miskitani. Castañeda vio que los generales no tenían ni idea de qué hacer con el pago de Melanie. Estaba fuera de sus competencias. Tras un breve aparte con Kusi, el arzobispo dijo:

—La tribu no vinculará una cosa con la otra. Una vez concluidas las investigaciones *in situ*, el último del equipo de inspección podrá regresar con los Huey.

Kusi, el responsable de haber alzado con las máquinas asintió.

—Pueden decir que ya los hemos devuelto y que están estacionados en Lupaqa para uso de su contingente de investigación.

Así, las dos partes habían conseguido volver a convertir un hacha en un helicóptero. Los generales y los lupaqas emitieron un comunicado conjunto, refrendado por la Cruz Roja. La reunión resultó respetuosa e incluso amistosa.

—Fue sencillo —informó Urs Schaeffer—, una vez que los generales descubrieron que no tenían que escuchar a comunistas charlatanes gritándoles. Solo un joven amerindio tranquilo que decía «sí» o «no». Los generales no tenían que hacer nada. Nada de despotricar sobre los derechos humanos.

Para celebrar cómo iban las cosas, el arzobispo hizo un pedido de hamburguesas dobles con queso de McDonald’s e Inca Kola para todos. Un par de botellas de ron de la oficina presidencial y unos

cubos de hielo se sumaron al amistoso ambiente. Independientemente de lo que hicieran los militares esta semana, no invadirían Lupaqa. El comunicado de prensa ocupó las portadas de las principales ediciones de la capital y los noticieros de medianoche en Washington.

«El Gobierno de Perú y la tribu amazónica lupaqa han llegado a un acuerdo».

* * *

Habría sido un buen día de no ser por las heridas de Kura. Su muerte o su incapacidad permanente convertirían la victoria en una crisis. En Washington, el teletipo de Sayri escupió más noticias sobre Kura. Lo hojeó. Se había quedado aterrorizado, literalmente temblando de miedo, cercano al pánico de que Kura estuviera siendo golpeada hasta la muerte cuando no había nada que pudiera hacer al respecto.

Leyó entre líneas. En cuanto al acuerdo, parecía que alguien había estado apretando los botones correctos. Cualquier acuerdo era bueno. Este parecía mejor, con la Cruz Roja sólidamente instalada. El Ejército, la Fuerza Aérea y la Policía limpiarían los restos del Mi-17 y el Beechcraft, estudiarían los accidentes y recibirían apoyo logístico de los lupaqas sin costo. Terminarían en dos meses. No estaba previsto que regresaran al reino tras la investigación. Bien. Esto podría interpretarse como una prohibición de reingreso. Aunque los abogados lo habían redactado como un documento administrativo interno, Sayri lo reconoció como un acuerdo de no invasión

garantizado internacionalmente que se hacía pasar por un informe sobre el accidente.

Sayri se enteró más tarde del punto que había causado más discusiones y retrasos: una cláusula que proclamaba el acuerdo como documento público, lo cual lo convertía en una especie de tratado. El abogado del presidente era el único del bando gubernamental que veía lo que tramaban los lupaqas, utilizando a la Cruz Roja para convertir a la tribu en intocable. Kusi no lo había entendido hasta que el abogado se opuso. Los militares no tenían ninguna opinión al respecto, aunque su preferencia por defecto era el secreto. El abogado dijo que la publicación del documento haría parecer débil al Gobierno. Se hizo un silencio en la sala. No se trataba de un asunto menor, por razonable que pudiera parecer a primera vista. La cláusula permaneció intacta.

El Comercio señaló en un editorial: «El Gobierno está claramente en la línea de que la golpiza a la jefa indígena fue tan inapropiada, tan ilegal, que la tribu lupaqa debe ser incuestionablemente compensada dejándola en paz sin hablar más de represalias. Detrás de los legalismos y los artículos de procedimiento, se trata de un documento histórico. Nuestros vecinos recién descubiertos han librado y ganado una impresionante batalla en la "Guerra de los dos días", la primera vez en los cinco siglos transcurridos desde la Conquista que una Primera Nación amerindia vence a los invasores europeos». *El Comercio* terminaba con: «Este acuerdo equivale a declarar a los lupaqas autónomos *de facto*, si no totalmente independientes; la misma razón por la que salieron de la clandestinidad hace apenas unas semanas».

Gracias a un Kusiñawi curtido en mil batallas y a este suizo soso y avispado, el reino lupaqa había ganado tanto dentro como fuera del campo de batalla, pensó Sayri. Richard, bendito sea, había triunfado. Sayri suponía que habría reacciones. Con suerte, sería contra Moldado. La democracia en acción, haciendo lo correcto por las razones equivocadas. Por otro lado, la asociación del incidente de Lupaqa con el innombrable Zapata podría enviarlo a alguna investigación criminal.

Imposible de enterrar fue la paliza pública a Kura, cada segundo de la cual quedó grabada en una cinta sonora, además de informes médicos y jurídicos incuestionables. Un llamamiento de los lupaqas a la Corte Internacional de Justicia de las Naciones Unidas podría disuadir a los futuros gobiernos de Lima de entrometerse con los lupaqas, una especie de «autonomía de intangibilidad» oficial. Podrían mantenerla viva con vigilias anuales en la Catedral y en el camino pasaron por la residencia arzobispal donde el presidente Moldado dejó dos maletas de cuero pesadas en el fondo de un antiguo armario.

Algunas cosas iban bien. Excepto la única importante. La supervivencia de Kura. Si ella moría, los lupaqas se volverían, bueno, incontrolables, indesafiables. Ya habían demostrado que eran intrépidos y competentes, no el tipo de gente que quieres como vecinos de al lado... Sayri negó con la cabeza. Un desastre.

Lástima lo de Moldado. Obviamente más listo de lo que aparentaba, un talento poco común. Verlo expulsado de la presidencia sería una pérdida para los lupaqas. Sayri imaginó a Kura Ocllo, con la garganta llena de sangre, sin dientes, con el cuerpo envuelto en gritos de dolor y la cabeza sumida en un miedo

palpitante. Él se quedaría en un estado de pánico, un sentimiento inaudito para Sayri. Kura había pensado que había sido ella, una astuta investigadora científica, la que se había abierto paso entre Sayri y la cúpula lupaqa. Quizá ya viera que había sido Sayri quien se había subido a un puesto de mando lejos de la peligrosa línea del frente.

Sayri había estado esperando con impaciencia el *brunch* dominical que había concertado con Richard y Rachel Norfolk-Hayes, camino de Manhattan a Washington D. C. sobre el Amtrak, escapando del mortecino mundo de las Naciones Unidas. La idea había sido una alegre reunión para charlar de los viejos tiempos, hoy con la ventaja de unos éxitos inusitados en lugar de la confusión habitual. Las conversaciones de hoy seguirían siendo serias. El consejo de sir Richard sería inestimable.

Un grupo de congresistas de derecha e izquierda anunció esa noche en una sesión de urgencia que impulsaría una demanda de destitución contra Moldado. Ya no tenían ni de lejos los votos, una confirmación de que Moldado había recuperado el control. Antes de que se cerraran las últimas ediciones, declararían que el proyecto de decreto era «una traidora entrega de territorio sagrado del Perú a intereses extranjeros». Era la pomposidad habitual, la fanfarronería. Hacía tiempo que los jefes militares se habían retirado por la noche a su club social.

Capítulo 77



Al caer la noche, las fotos de Polly, sólidamente reforzadas por las colecciones de videos y fotogramas del equipo de Melanie y los fotógrafos de Lupaqa, se amontonaban sobre las mesas de los editores de imágenes y noticias. Gracias a AP, Reuters, la BBC y la CNN, ya estaban en las últimas ediciones y en las pantallas de televisión de los domingos e informativos europeos. Harían un gran espectáculo, en las Américas. Aún era pronto. Si hubiera sido más tarde, más cerca de la hora de cierre, habrían oído el consabido «¡Paren las rotativas! ¡DETENGAN LA PORTADA!».

Como estaban las cosas, los periódicos de Lima y los canales noticiosos de la televisión tenían una rica colección de imágenes de información animada, triste y desafiante. Todos los periódicos se agotaban, incluidos los extras, las tiradas especiales y los envíos masivos a las provincias lejanas. El resto de América Latina siguió el ejemplo, animados por el desarrollo de la historia del desafío Zapata contra Moldado, con su drama de horror del secuestro de Kura, la glamorosa líder. *Time*, *National Geographic*, *Paris Match*, *Der Spiegel* publicarían en las semanas y meses siguientes portadas de varias páginas. *The Economist*, *Businessweek*, *Newsweek* y *Maclean's*

siguieron el ejemplo. *Life* dedicó una edición especial de verano exclusivamente a la Amazonía y al caso lupaqa.

* * *

Había sido un largo día para el arzobispo Humberto Castañeda. Él había sido zarandeado como un yoyó a través de bruscas presiones atmosféricas, desprendimientos y tormentas, comenzando antes del amanecer a 11 000 pies de altura en el frío y desmoronado Cusco hasta el sofocante Amazonas. Batallando a través de los Andes para sumergirse al nivel del mar de la disonante capital. Todo ello se sumaba a una nueva dimensión de conversaciones con lupaqas de alta frecuencia y bajos decibeles, empezando por la estratosférica conversación con Sayri durante su coñac de fin de jornada de la noche anterior, hacia casi una vida entera.

Un duro ataque al Gobierno lo metería en problemas con sus colegas obispos. Siguiendo las directrices de la infalible Roma, estos creían que la Iglesia debía mantenerse al margen de la política. Él pensaba, por el contrario, que los sacerdotes debían meterse de lleno en los asuntos locales y nacionales. —Somos nosotros los que deberíamos soplarles la caracola a los políticos. Volvamos a la Edad Media, cuando nosotros mandábamos. —Y añadía—: Nuestras misas dominicales son un aburrimiento. Nuestra música es un lamento. Solían ser las mejores del mundo. Hoy es sencillamente espantosa. Deberíamos volver a vender entradas para el cielo.

Como de costumbre cuando estaba en Lima, Humberto pernoctaba en los clausurados, silenciosos y gruesos muros del

convento dominico de Santa Rosa, en la ciudad vieja. Podía sentarse en un patio tranquilo, que le trajeran un *delivery* chino con una cerveza piteada con un trago de aguardiente del sur de Galicia, apaciguado por un cubano. Había empezado a prepararse la primera copa y el puro cuando entró un cura.

—Una llamada, monseñor.

—He dicho a la centralita que no atiendo llamadas.

—Monseñor, es el presidente Moldado. Dice que está caminando desde Palacio. Dice. Vendrá solo.

El arzobispo Castañeda hizo una pausa.

—Tal vez, padre, podría recoger estas cosas, limpiar la mesa. Y de paso, otra silla. Al fin y al cabo, es un presidente en ejercicio —hizo una pausa—. Tal como están las cosas.

Esta modesta puya no caló en el sacerdote, que murmuraba sobre «reglamentos». Esto advirtió al arzobispo, receptivo a la reacción de la audiencia, que estaba con el tanque vacío.

—Oh. Y por favor. Otro vaso.

Capítulo 76



En momentos medio inconscientes, Kura había determinado, entre vómitos de dolor, que el funeral de su querida Miski debía seguir adelante sin ella. Al igual que Miski, ella misma iba camino de convertirse en un agujero más en el agua, una cifra corrompida en un laberinto sin sentido. Estaban en diferentes nubes de las frías nieblas de una muerte insomne. La suya era una celda condenada. Sin últimos visitantes. Solo el verdugo. Sin escapatoria de un caos cuyo objetivo era no tener sentido.

Estaban tan cerca de la victoria. Ahora estaba claro que estaban perdiendo, que lo habían perdido todo. Ella era la única que sabía dónde encontrarlo de nuevo. Habían acertado al elegirla como Inka. Solo ahora, en este torturado lecho de muerte, comprendía por qué. Como una colonia de hormigas, abejas, entendía mejor que la reina. Pero, ¿de qué servía si la sacudían, la aplastaban, la hacían papilla?

La selva tropical había sido, en su apogeo, una galaxia centelleante. Una Vía Láctea. Seguía siendo una realidad donde importaba, en su mente y en la de su pueblo. Esos habían sido los días, los grandes días de mastodontes gigantes, mamuts, perezosos de la selva grandes como elefantes. No los pigmeos de hoy. Hoy los perezosos eran del tamaño de perros. En aquellos tiempos los

sapiens sabían usar sus almas como si fueran mentes. Sus antepasados podían ver el futuro. Comprendían el pasado como parte de una existencia atemporal.

Kura sollozaba, una agonía de dolor y desesperación. No tenía forma de controlar su maltrecho cuerpo que se desintegraba, esta pesadilla, el futuro esperanzador que había terminado. Dolor frenético en los oídos, la nariz, la boca, la espalda, el estómago, magulladuras que acababan con su vida, tremendos dolores en los hombros, los brazos, los dedos, la cabeza. Miski estaba muerta como el hielo. Kura no deseaba unirse a ella. La muerte era vacía, no una bendita ignorancia. No el descanso y la paz eternos. Miski se había ido. Por error. ¿Qué había visto en esos momentos? ¿Sabía que estaba desapareciendo? ¿Le había dado tiempo a desesperarse? Kura tendría que esperar hasta que ella también estuviera muerta, sin mucho más, para averiguarlo durante una conversación interminable.

Un pensamiento sombrío. Lo interminable era insoportable. Ella había ido a la deriva sabiendo; simplemente no estaba dispuesta a enfrentar la realidad de infligir dolor para producir nada. Embutírselo con gritos. Gritos de verdad. Era importante hacerlos gritar. Era bueno que esto le estuviera pasando a ella. Ser Inka era su trabajo. Ella lo había buscado. Una arrogancia. Había sabido del salvajismo de los recién llegados. La escoria de Europa se había convertido en la escoria del Nuevo Mundo virgen.

Hoy ella seguía un guion, una repetición, un *remake*, una reimaginación. Kura Ocllo I, la heroína cuyo nombre heredó con tanto orgullo, fue torturada hasta la muerte en la hoguera por los Pizarro en 1540. A Túpac Amaru y Micaela les cortaron la lengua

antes de despedazarlos en la plaza de Cusco con cuerdas atadas a caballos enloquecidos. El arzobispo de Cusco de entonces había dirigido la operación. Ella hoy se libraba de la versión de supermercado, no de la tortura medieval adulta.

Alguien tenía que pagar. Era ella. Alguien debía tener la culpa de que los *rangers* hubieran sido abatidos por jóvenes con arcos y flechas, por aquellos montañeses morochucos nunca conquistados que creían seguir luchando contra la Corona española. Dios, ¡había valido la pena! Estaba tan orgullosa. Amaru, Q'ori, Miski, Kusi, ese pequeño y rudo Tonyo, ¡Atahualpa! Héroes lupaqa, todos.

La capital se había convertido en un hazmerreír. ¿Cómo evitar que trajeran el mismo hedor a chatarra, sus vertidos de petróleo a las selvas tropicales, a los ríos de su reino? La Kura de hoy había sido tan culpable como Kura Ocllo I, Tupac, Micaela de haber juzgado mal. La habían golpeado hasta casi matarla y se lo merecía. Le habían truncado la nariz por debajo del puente. ¿Se notaría? ¿Verían esta y sus otras heridas en el Mundo de los Muertos?

El espíritu de Miski, su alma, quedaba por atender, por guiar. La memoria era la única realidad. Olvida todo lo demás. Kura sonrió a pesar del dolor. Si podía hacer una broma, quizá no estuviera clavada a una cruz de policía enloquecida por el tráfico. Miski, una fuerza antigua desde dos días atrás, solo existía como migajas en la mente de sus amigos, su orgullosa familia. ¿Estaba pensando esto ahora, o había sido en el grito de dolor de ese camión sacudido? Más allá de la esperanza. Un par de segundos, una hora después, pensó en Sayri, en Sacha y Larry, en Ingrid. En todos. Quería decirles que estaba bien. Se había convencido a sí misma de que

confiaba en el arzobispo. Se había ido al garete. Había sido traicionada por su propia arrogancia.

El arzobispo era simpático, pensó Kura, yendo y viniendo. Solo podías pensar «kaput» si estabas vivo, pensó. Humberto estaba confundido, muy atrasado frente a los acontecimientos y lo sabía. Quería participar. Hacer algo con su vida. Vio que ella y Sayri iban por delante. Él también quería salvar el mundo. ¡Y a Kusi! El imbatible Kusi. Lleno de energía implacable.

Volvía a quedarse dormida, se preguntaba si aquel sería su último sueño. El crepúsculo de bruma marina se estaba convirtiendo en noche cuando el propio Kusi, un D'Artagnan saltando por encima del parapeto, entró imparable en la Unidad de Cuidados Intensivos. No prestó atención a las señales de prohibido el paso ni a las enfermeras que protestaban. Escoltado por un mayor y un teniente paracaidistas, cuya camioneta Bronco de camuflaje pesado lo había traído a toda velocidad, abriéndose paso entre el tráfico desde el palacio, Kusi encontró la cama de Kura. Su rostro se torció de consternación al ver su estado. Al cabo de un momento, Kusiñawi, como era su costumbre, fue directo al grano. Viva o muerta, Kura tenía que ser la primera en saberlo, tenía que ser informada.

—Inka Kura, señora. Tenemos un acuerdo firmado con el Ejército, el Gobierno del Perú. No enviarán tropas. Tal vez para siempre. Trabajaremos junto a ellos para limpiar el desastre.

Kusi se colocó a los pies de su cama. No volvería a dejarla.

Kura apenas podía moverse. Más tarde recordaría la emoción que la había invadido al darse cuenta de que debían haberla sacado de la cárcel. No había formado parte de sus pesadillas. Se hundió en lo profundo para buscar cómo decir, hacer llegar a su cara, a través de

sus labios, una señal a este maravilloso chico lupaqa. ¿Estaba sonriendo? ¿O solo pensaba en sonreír? Jadeó y respiró:

—Bendito seas, Kusi. Vámonos. Ahora mismo. Al aeropuerto. A casa. Ingrid.

Ajustes frágiles, cambios de poder, puntos de vista. La batalla de Guayatacocha había sido prevista, casi planeada. Había sido, al mismo tiempo, completamente inesperada. Las generaciones más antiguas, representadas por el Consejo, sabían que un estallido así provocaría más violencia, incluso la guerra. Kura, como todos, sabía que se había producido un cambio profundo en su reino. La guerra exige cambios. Ella debe moverse visiblemente en el nuevo vacío y hacerse cargo. Ella debe reaparecer en casa. Maltrecha, sí. Una ganadora para siempre. Entendió por Kusi que antes del amanecer estaría en el Hawker Siddeley de vuelta a las benditas manos, la voz tranquila y severa de Ingrid en sus cálidos y aireados jardines de la selva.

En esta capital de ninguna parte, ella era peor que una don nadie. Era una don nadie enemiga. De vuelta a casa, incluso de espaldas, estaría donde su gente esperaba y quería que estuviera. Estaría allí para despedir a Miski, el símbolo moderno de cómo el futuro era necesario para defender el pasado, la única realidad de los lupaqas.

Kura sintió que una sonrisa se dibujaba en sus labios. Había estado entregando heridos y muertos a las familias en un gesto de sagrada tristeza compartida. Una muestra de decencia. No había venido a la capital para mostrar resentimiento, sino compasión por aquellos que sufrían una angustia que nunca acabaría. Los dioses, el Todopoderoso, quienquiera que estuviera a cargo de este vertedero,

la protegerían. Después de todo, podría vivir. El salvajismo de la civilización, mucho más primitivo que el bosque.

¿Había sabido Sayri que esto ocurriría? No quiso preguntar. ¿Podría mirarla a los ojos? Sí, podía y lo haría. Él mismo se había enfrentado a las bandas de Sendero Luminoso, en primera línea, disparando flechas mortíferas a sus gargantas. Volvió a reír, un gorjeo.

La embajadora McLeod estaba junto a Kura entre pitidos y pitidos de los monitores clínicos. El rostro de Kura, tras los vendajes y los tubos, estaba imperturbable. Parecía reír. Kura se sintió salir a la superficie de nuevo, secuestrada y golpeada, una muñeca salvajemente golpeada por niños dementes. Su mente vagaba solitaria entre dolores aplastantes, gemidos envueltos en una niebla desde el traqueteo y el estallido del camión. Oyó una voz amiga que, tras un esfuerzo, recordó que pertenecía a Daphne McLeod. Un santuario.

—Kura, querida. Estás viva.

Había sido evacuada en helicóptero a través de una niebla de analgésicos fuera del calabozo de la Policía. No era un sueño. La voz inglesa le dijo que estaba a salvo. Los tubos brotaban de las fosas nasales, la boca, los brazos, las muñecas, los tobillos. Su mente se entrecortaba, cambiaba. Pesadillas de gritos, sacudidas, sirenas, ladridos. Una refriega mayúscula. Dolor por todas partes. —Por favor, ¿podría volver a casa?— El bosque, las orillas de los ríos, el susurro de los lagos, la vida amistosa, los olores verdes, húmedos, profundos y viejos, la decadencia siempre fresca de la nueva vida que estalla, sonidos suaves y seguros. El parloteo de advertencia de

una madre mono, la tranquila llamada de un paujil. Te decían dónde estabas, con quién estabas, quién no estaba.

¿Cómo volver a casa, a su palacio, con su piedra siempre fresca, al revoltijo de jardines formales, senderos amistosos a lo largo de los arroyos, cascadas y macizos de bosque llenos de vida? A los glaciares, a los chaparrones, al aire lleno de pájaros, de insectos para los que este había sido su hogar desde siempre. Nadie en su reino estaba necesitado. Buenos maestros, excelentes médicos. Tenía su agradable y seguro trabajo de nueve a cinco como Inka de una tribu perdida. Su hogar.

Daphne McLeod, con lágrimas en los ojos, no sabía si Kura podía oírla. Kura se revolvió, abrió el ojo bueno y dijo:

—Hola, querida Excelencia.

Daphne se sentó en una silla cerca de Kura y sus almohadas. Sir Richard le había informado.

—Tú y tu Sayri están dando todo un golpe.

Parecía que Kura estaba consciente.

—Inka, ¿has oído la historia de Kruschev diciéndole a Nixon: «Si la gente cree en un río imaginario, no intentes convencerles de que el río no existe. En lugar de eso, construye un puente imaginario para cruzarlo».

El ojo bueno de Kura sonrió. No la había oído.

—Tú y tu amigo Sayri lo están haciendo mejor —continuó McLeod—. Tu río es real, el más grande del mundo. Tu tribu es el puente tanto hacia un pasado misterioso como hacia un futuro imaginario.

La historia aparecería años después en las memorias de la embajadora. La Sra. McLeod, animada por la sonrisa sobre el puente

imaginario, también contó al por menor la historia que contaba de Kruschev sobre cómo había apelado al espíritu de Iván el Terrible para que volviera a echarle una mano. Iván se había resistido al principio, pero al final había accedido a volver y ayudar, «¡Pero nada más del Don Bondadoso!».

El ojo de Kura había vuelto a sonreír. Las memorias de la Sra. McLeod continuaron con sus comentarios a Kura.

—Encima, has convencido al mundo de que los lupaqas son héroes y heroínas amazónicos que nos rescatan a nosotros, capitalistas descarriados, de nuestros pecados destructivos. Aún no son las nueve de la noche de un sábado mugriento en algún lugar de Sudamérica. Estás tumbada boca arriba y estás derribando al Gobierno. O no, según el caso. Todos se preguntan qué harás para repetir el plato.

Un silencio cómodo. La fácil precisión británica de la Sra. McLeod era la medicina para restaurar a Kura.

—Ven y sé mi ministra de Asuntos Exteriores —susurró la Inka. La embajadora McLeod se rio. Qué alegría. Esta encantadora e inteligente joven de vuelta de la desaparición.

Capítulo 77



La embajadora McLeod y Kusiñawi estaban activando juntos la operación militar prioritaria para sacar a Inka Kura Ocllo II de la capital y llevarla por encima de los Andes a la verde y cálida seguridad del reino de la selva. Paracaidistas e infantes de marina de las fuerzas especiales amigas habían rodeado y penetrado en la elegante clínica urbana a la que la cacique de la selva había sido, con bullicio televisivo, trasladada en helicóptero desde las mazmorras de Seguridad del Estado.

La embajada norteamericana, siguiendo instrucciones del vicepresidente Bush, había pedido al presidente Moldado que evacuara inmediatamente a Kura, como blanco de «viejos prejuicios», de la capital. Bush dijo que estaba enviando un avión-hospital jumbo de la USAF a Lima desde Panamá. Kura, salida de la sedación, se había negado de plano. Haber sido rescatada por los gringos habría sido una mancha nunca olvidada en el libro de los lupaqas. Años más tarde, Kura Ocllo II haría una visita oficial al presidente George H. W. Bush en la Casa Blanca y le entregaría una vara de autoridad en madera negra dorada, plateada y enjoyada, en la que se le declaraba Poderoso Amigo de la Amazonía y Miembro

Honorario de la Nación Lupaqa. En una pequeña ceremonia celebrada en el Jardín de Rosas, declaró:

—Hace unos años, en momentos difíciles, el presidente Bush tomó medidas enérgicas para ayudarnos, a mí y al Perú, a resolver dificultades mutuas.

El informe de la embajadora McLeod a Londres sobre el asunto Lupaqa incluía algunos párrafos que le envío el DCM de la embajada de Estados Unidos sobre las implicaciones más amplias del golpe.

»Los volúmenes de movimiento en los mercados legal y negro de divisas indican que el intento de golpe contó con el amplio apoyo de los cárteles de la droga, de Sendero Luminoso y, más sorprendentemente, del mercado ilegal del oro.

»La legalización de lo que se está empezando a llamar minería 'informal' del oro significa que los cárteles de la cocaína están convirtiéndose en importantes financiadores del creciente negocio de la minería ilegal del oro. La legalización de la comercialización del oro sin la documentación de rigor significa que los cárteles pueden utilizar libremente los bancos, oficiales y en la sombra, para lavar sus ventas de droga.

»De esta manera, los bancos del Perú y sus asociados y corresponsales en Nueva York, Londres y Zúrich se están convirtiendo en depositarios y cámaras de compensación para una economía que se está volviendo cada vez más ilegal y violenta».

Era la oscuridad de las primeras horas de la madrugada. Los médicos lupaqa que la tarde anterior habían atendido a los *rangers* heridos desde la pista de aterrizaje de la selva del río Urubamba estaban haciendo el viaje de vuelta, la extracción de Kura de las instalaciones de la clínica capitalina.

—No estamos en absoluto de acuerdo con que esta paciente se marche en su estado actual —dijo el jefe médico de la clínica a la embajadora McLeod—. Firme aquí.

Eran las 4:00 del domingo. Los paracaidistas patrullaban los pasillos, los vestíbulos de la planta baja, la farmacia, la cafetería y la entrada de la ambulancia de urgencias. La señora McLeod había persuadido al comandante de que no utilizara sirenas, ladridos electrónicos, bocinas, gritos ni silbatos.

—Rápido, silencioso, respetuoso —dijo en un firme español británico. Un par de helicópteros artillados de las Fuerzas Aéreas chisporroteaban, listos para elevarse desde un campo de golf cercano. Cuatro tanques ligeros del Ejército rodeaban la ambulancia medicalizada. Los médicos lupaqa habían contratado enfermeras para llevar las bolsas de suero, atender con calma los indicadores electrónicos y asegurar un movimiento suave, mientras se cargaba a Kura. Los búhos de la mañana asistieron a una misteriosa columna de veloces vehículos armados con luces giratorias, una película de acción de la era muda que Kura, de haber estado consciente, lo habría disfrutado.

El avión de Kura estaba listo para despegar, cargado y con los chequeos previos completos. Entre los pasajeros se encontraban los generales Uzátegui y Costa, ambos igualmente satisfechos de salir de la capital rumbo a la tranquilidad de sus cuarteles generales de Cusco. En la pista, entre la bruma junto a la puerta de equipajes, un montacargas elevaba su camilla hasta la altura del avión. La alta figura en poncho del arzobispo Castañeda esperaba de pie. La ambulancia se detuvo junto al montacargas. Kura, en posición

horizontal, fue deslizada fuera, sedada pero consciente. Le había dicho a la embajadora McLeod:

—Quiero estar despierta, saber con certeza que estoy viva y que me voy de este sitio.

McLeod se inclinó y le dijo:

—Kura querida. Aquí hay gente amiga que te quiere.

El arzobispo Castañeda se inclinó.

—Kura. Esto no es el Purgatorio. Estás viva y te diriges a casa.

Kura sonrió a través de su rostro descompuesto, con un fino movimiento de sus labios.

—Hola, arzo. ¿Tiene listo su sermón? —murmuró.

—Así es, querida. Y tengo aquí a un amigo que necesita un favor.

Una sombra avanzó y se inclinó hacia la camilla de Kura.

—Inka, Su Excelencia. Soy Mauricio Moldado. Vengo a pedirle un favor.

El ojo de Kura hizo un gesto de asentimiento y la comisura de un labio sonrió.

Moldado continuó.

—¿Podrías llevarme a Cusco? Tengo algunos asuntos que tratar.

—Claro, presidente. Gratis para gente de gobierno.

—Ponlo en primera —le susurró a Kusiñawi—. Puede ocupar mi asiento junto al arzo.

Esa misma mañana, en los canales de televisión de Lima y de otras partes del mundo, incluido el Vaticano, los primeros planos en gran angular a color se centraron en el rostro vendado de Kura, un tubo que salía de una fosa nasal y llegaba a una bolsa de suero sostenida por una enfermera desenfocada. Polly trabajando. A un

lado, sobre ella, se veían los rostros del arzobispo Castañeda y del presidente Moldado, hablando con Kura.

Capítulo 78



La embajadora McLeod se inclinó hacia la camilla de Kura.

—Diles que me noqueen —dijo Kura. Su rostro se retorció en un sollozo de dolor. Dos jóvenes médicos lupaqa tomaron el relevo, respaldados por un anestesista de la clínica. El médico añadió una ampolla al goteo de Kura. Sus ojos parpadearon y se relajaron.

—Tenemos que estar en el aire, ahora mismo. Salte a bordo, Excelencia —presionó Kusiñawi. Castañeda sonrió. Aquel joven había levantado en una mañana un par de helicópteros de ataque de la Policía armada. Hoy, aún no había amanecido, y ya le estaba diciendo al presidente de la República que se apurara. El arzobispo y el presidente se apresuraron bajo la cola del avión, escalinata arriba. Las puertas se cerraron. La embajadora McLeod partió sin saludar a nadie en particular y observó el despegue desde su coche.

Los motores turbohélice Rolls-Royce RB.53 Dart temblaron, se engancharon, rugieron. Kusi saltó por la puerta de la cabina de pilotaje mientras se cerraba. Había visto un grupo largo y ancho de bolsas, cajas en lo más profundo de la bodega de carga. Esperaba que incluyeran una lancha neumática y equipo de submarinismo suministrado por los paracaidistas, como había ordenado Larry Shiels.

El capitán Jimbo estaba listo, un Fórmula 1 en el partidor. El Hawker Siddeley 748 había salido de la rampa de carga agitándose como para un ataque aéreo. El piloto se lanzó por una pista de aterrizaje lateral y despegó de la rampa a toda velocidad, como un león hambriento, gruñendo y saltando, con la esperanza de que alguna hiena intentara algo. Por delante y por detrás corrían tanques ligeros de grandes ruedas. En la torre de control, un teniente de paracaidistas bloqueaba los despegues y aterrizajes de la pista principal, garantizando el caos del tráfico durante horas. El Hawker Siddeley tenía autorización previa instantánea. Jimbo giró y aceleró para entrar en la pista principal como en sus tiempos de piloto de caza, pasando por delante de una fila de pacientes aviones de pasajeros.

—Gracias, señoras, señores —sonrió, mientras arrancaba un rugido machacón de las turbinas gemelas. Dos cazas Sukhoi de la Fuerza Aérea del Perú estaban en el aire. Unos instantes después, se acercaron para agitar las alas y que Jimbo les saludara con un pulgar hacia arriba y un toque en el hombro. Otra historia para las barbacoas/comidas/parrilladas de los sábados en casa.

—Tenía estos Sukhois como dos perros guardianes del Kremlin a babor y estribor. Era una cortesía a mi Inka.

Las inexpugnables turbinas del Hawker Siddeley los hicieron rugir a través del manto de neblina marina del aeropuerto hacia el primero de los altos ejes andinos del amanecer del oriente amazónico en ruta directa a Camisea.

El vuelo a través de los Andes pasó por entre los profundos valles y los picos dentados, las cornisas frías, los bosques de altura, los valles arenosos y pastosos de los Andes centrales creados durante

erupciones volcánicas hace eones geológicos, a través de los frescos glaciares de montaña de la mañana. Arriba, atravesando el manto dickensiano de triste bruma invernal de la capital. Arriba, asomándose a los rayos de sol del Atlántico amazónico que atraviesa los picos de la cordillera de la costa. Camisea iba a ser 110 minutos de vuelo sobre un paisaje medieval de granjas en valles profundos. El arzobispo Castañeda, miraba a los valles. Su sermón en unas horas sería sobre cómo la crueldad homérica había estallado en un sangriento intento de golpe de Estado.

El Hawker Siddeley tomó la misma ruta de regreso a través de las cordilleras que había tomado la tarde anterior en una tormenta eléctrica. La estratósfera inferior estaba tranquila esta mañana, a esta hora del día sin viento. La bruma nocturna cubría los valles, como si aún no se hubieran despertado.

Media hora más hacia el este, el capitán Jimbo sonrió al ver el familiar cañón del pongo de Mainique, un profundo y largo desfiladero que marcaba la marcha más oriental de los Andes, a una docena de minutos de vuelo río abajo de Machu Picchu. Aquí, los acantilados y las escarpadas laderas de los Andes se fundían con el amplio y espeso poder de la selva tropical del río Urubamba.

—Es como la última curva antes de divisar la casa —le dijo el capitán Jimbo a su copiloto. Un momento después, una nueva sonrisa—. ¡Ahí está el biplano!

'Biplano' era sinónimo de capitana Chasca Nichols.

—Y ahí está a 35 grados, un punto negro en movimiento. Ese es el marine de Kentucky. Bajaremos un poco antes que él.

El río Urubamba, sus transbordadores, sus canoas, las volutas de niebla que desaparecían vieron rugir el HS 748 sobre la hierba de grava de la pista de Camisea, seguido minutos después por el Águila Dorada de Larry.

Su Gracia, monseñor Castañeda, podría llegar unos minutos tarde a su sermón dominical en la catedral colonial de Cusco. Para sus feligreses, la espera mereció la pena. El presidente Moldado sería fotografiado en una banca delantera cerca del púlpito.

Kura Ocllo había sentido el cálido aire verde matinal del río. No sonrió. Algo en su interior necesitaba un toque sólido antes de comprometerse con la emoción del regreso a casa, que el día anterior había sentido como si se la arrancaran para siempre.

El avión se detuvo. El auxiliar de vuelo abrió la puerta principal de la cabina. Una cálida ráfaga de aire terroso de río entró en la cabina junto con el traqueteo de un helicóptero de aterrizaje cercano. Kura abrió la boca. Permaneció con los ojos cerrados. Nadie tenía prisa por ir a ninguna parte. Habían llegado. Los demás pasajeros se levantaron, se estiraron, entraron y salieron por la puerta para beber la vida del ancho río.

Momentos después, Kura sintió un revuelo. La figura sombría de un armatoste se acercaba, crecía, sin detenerse por el pasillo central. Ingrid había enviado con Larry un jugo de frutas de bienvenida a casa. Kura estaba en un suave sueño despierta, mientras Larry la levantaba en brazos y la llevaba desde el HS hasta el Águila Dorada. La pasarela se despejó ante ellos cuando Larry cruzó la puerta y bajó los escalones fuera, sobre la grava; Chasca

Nichols esperaba, sola, asustada. Nadie le había dicho nada. Se inclinó hacia ella.

—Kura, soy Chasca. Estás a salvo en casa.

Rompió a llorar al mirar el rostro hinchado y roto de Kura. Sus dedos acariciaron sus manos murmurando en machiguenga, llegando hasta la infancia, pasando por alto el mundo exterior. Al cabo de unos instantes, volvió a ponerse sus Maui Jims y se dio vuelta para supervisar la carga de su Antonov. Su primera misión consistiría en transportar la balsa de goma y las bolsas con el equipo de submarinismo a Tastayoc, camino a la orilla del lago. El plan era que Larry utilizara inmediatamente el equipo para extraer el cuerpo de Miski de los restos del helicóptero hundido. No estaría demasiado profundo, a cuatro o cinco metros. El agua del glaciar estaría unos puntos por encima del punto de congelación.

Larry colocó a Kura en una camilla sujeta con abrazaderas a un lado del Águila Dorada. En una hora estaría en una cama sobre una terraza con techo de paja, disfrutando de los olores y sonidos de sus jardines, bosques y selva. Ingrid supervisaría sus cuidados y le hablaría tranquilamente en alemán.

Capítulo 79



Unos ayudantes locales descargaron el Hawker Siddeley, incluida la balsa de goma y el equipo de buceo, y un generador, un paquete completo. Pesaba dos, tal vez incluso tres toneladas, y cada libra valía la pena. Cajas y cajas de medicamentos y material hospitalario completaban la ayuda. Equipos médicos, productos farmacéuticos, pilas de periódicos de Lima, películas y cintas de sonido estaban siendo descargados del casco de carga junto con un montón de bobinas de cable y alambre. De un modo u otro, mañana lunes tendrían el cuerpo de Miski fuera del frío lago.

Junto al presidente Moldado, los generales, ansiosos por volver a sus despachos. El arzobispo, por su parte, se apresuraba a regresar a Cusco para dar su sermón dominical en la catedral. El arzobispo iba camino de convertirse en un principal activo latino de Roma.

Polly se despidió de todos, con un abrazo especial para Tonyo, y se unió a ellos a bordo. El Hawker Siddeley junto a su tripulación abandonarían el chárter de Lupaqa en Cusco. Pasaría por Bogotá de camino a su base en el Caribe.

La Fundación Educativa Lupaqa de Toronto, a través de su cuenta en el Dansk Bank de Copenhague, pagó la enorme factura.

—Valió la pena cada céntimo —dijo Sayri al rubricar su visto bueno, incluida una generosa propina a la tripulación del avión.

Jimbo, el piloto, se llevaría consigo un sueño sonriente a una vida de parrilladas del medio oeste.

El avión había convertido las plegarias en realidad. Los resistentes pistones turboalimentados Rolls Royce habían proporcionado rendimiento y traducido las ideas en acción con estilo. Desde la medianoche bogotana hasta el frío y viejo Cusco, había trasladado a Kura, a altos mandos militares y a dignatarios eclesiásticos en cuestión de horas hasta una pista de aterrizaje junto a un río cálido y ancho, había transportado a heridos de guerra a través de las tormentas eléctricas de los Andes y había suministrado café brasileño las veinticuatro horas del día. El estruendo Rolls Royce de los turbos Dart decía que los lupaqas tenían dinero y estilo. De fantasmas lejanos, se habían transpuesto en limeños. Les gustara o no, se habían convertido en una sólida franja de los poderes atrincherados, no en advenedizos que intentaban abrirse camino por la vía rápida.

Al cabo de una hora, la pista de aterrizaje de Camisea volvía a estar abandonada, el cuidador contento con las propinas y un centenar de trastos que valían la pena. El río Urubamba seguía su curso.

Capítulo 80



Kura ya no tenía dudas sobre el funeral de Miskitani. La detención, el secuestro y la paliza pública a la que la había sometido la policía de Lima hacían que el funeral ya no pareciera una ocasión razonable, si es que alguna vez lo había sido, para celebrar la victoria.

Miski saldría victoriosa. ¡Sí! Mil veces, sí. No había lupaqa, doctor o abuelita pescadora a orillas del lago que no comprendiera que había sido el valiente espíritu de Miski el que, con la gargantuesca mano de los ancestros, había tomado la estruendosa máquina y la había estrellado contra las frías aguas de su Guayatacocha. Generaciones de valientes lupaqa se habían levantado en una eterna fracción de segundo. No había sido venganza. Ni justicia. Simplemente el implacable *sturm und drang* de eras prehumanas.

Los fundadores de Lupaqa habían visto el ultraje a Miski, habían oído el asalto a las damas de Tastayoc, a sus heroicos perros. La roca de los siglos había señalado con el dedo a este insignificante intruso. Durante las próximas semanas y meses en los Andes, el Amazonas, los valles costeros, los océanos al sur, y al norte hasta los casquetes polares, todos sabían que los antepasados de la joven

asesinada habían golpeado contra este nuevo insulto. Fue el espíritu de Miski aún en el lugar, el que lideró la batalla.

El arzobispo de Cusco lo sabía. El papa en Roma, un campesino polaco, lo sabía. En las repúblicas soviéticas, sedientas ellas mismas de independencia, la victoria lupaqa se entendía como la de un culto milenario amazónico. La URSS pronto volvería a pisar las tablas como la madre Rusia. Los voluntariosos agentes de esta fuerza, los arqueros y la caballería de morochucos, las madres Tastayoc serían honradas como se merecían.

Sayri había enviado un mensaje a la condesa Mamaqhawa para que se discutiera en el seno del Consejo Privado. El reconocimiento de los morochucos, los arqueros, los tastayocs y el apoyo médico podría tener lugar mejor en unos meses. Una oportunidad se presentaría con la llegada hacia finales de año de la nueva Defensa Fluvial, una flotilla de patrulleras procedentes de Brasil. Ni Amaru ni Q'orianka necesitaban que les dijeran que había sido el éxito, la competencia de su golpe relámpago lo que había sido el detonante directo del salvajismo policial contra Inka Kura. La defensa tribal, el ataque emboscado, habían golpeado de la única manera que puede hacerlo un animal de la selva, instintivamente, todo a la vez. La tribu había hecho lo mismo un siglo antes contra los asesinos y esclavistas en el *boom* del caucho. Se habían adelantado a sus élites. Se habían erigido en pesos pesados en la sombra que entraban y salían de lo impenetrable.

Inka Kura Ocllo II tal vez debería haberse quedado aquí, en su reducto. En lugar de eso, ella misma había cabalgado a campo abierto, cargando con los muertos y heridos del enemigo en la ofrenda de paz de una vencedora. Había puesto su cabeza sobre un

bloque solitario. Su tribu había sufrido con ella. Había surgido un líder lupaqa ante el que el mundo se inclinaba y bajaba los ojos en señal de respeto.

Más tarde, Kura visitaría los pueblos morochucos y los llevaría a ellos y a sus familias al palacio. La batalla de Guayatacocha culminaría un año después con la incorporación de los morochucos al cuerpo político de un creciente reino lupaqa. Otras tribus y grupos se les unirían. Sayri lo llamaba la Franquicia Real Amazónica Lupaqa, solo en parte en tono irónico.

Uno de los Huey de la Policía transportó por aire los paquetes que componían la gran lancha neumática enviada por los paracaidistas. Venía con una bomba de gasolina que producía aire a presión para llenar las botellas del submarinismo. Shiels probó el sistema junto con el equipo que lo acompañaba.

El más grande de los dos trajes de neopreno que habían enviado era demasiado pequeño para la musculatura y el volumen de Larry, que medía 1.90 m. El joven Takiri cabía fácilmente en uno de ellos. Larry le dio a Takiri una hora de formación de buceo para principiantes. Él mismo tendría que soportar el agua fría. Encontrarían e identificarían el cuerpo por su tamaño, atarían cuerdas alrededor de un tobillo y una muñeca. Un par de potentes linternas submarinas había venido con los paquetes. Unos morochucos serviciales atendían las hogueras de troncos. El ejercicio duró las horas anteriores al mediodía y las primeras de la tarde. Takiri no tuvo dificultad en distinguir un cuerpo delgado y ligero, debía de ser Miski. Le ató cuerdas a los tobillos. Él y Shiels tiraron, aliviaron el cuerpo, que ya flotaba a medias. Sin pensar en el frío, Shiels esperaba no acabar la tarde con hipotermia junto a Yaku. Eso

sería para el libro: congelarse casi hasta la muerte por pescar un cadáver a tres mil metros de altura.

Terminada la extracción, los morochucos los abrazaron, los festejaron con mantas y toallas calentadas al fuego, los calentaron cerca de las fogatas. Larry podía añadir el submarinismo andino a su currículum. Los cuerpos restantes de los *rangers* en el interior del naufragio submarino serían recuperados otro día.

Amaru embolsó a Miski y la dejó en el suelo del bote, amarrado aguas adentro lejos de perros y pumas. Amaru hizo una señal a Zara para que pasara a Ingrid y Kura, y luego a todas las estaciones de la red lupaqa. Tenían lo esencial para un funeral. Un cuerpo. Tenían a Miski.

El lugar tradicional para los funerales de los lupaqas de las tierras bajas era una cocha cercana, a un par de horas en canoa río abajo de la enfermería de la Catedral y un poco más abajo del palacio real. El lago, Lagartacocha, tenía más de 15 kilómetros y casi uno de ancho; era un meandro del río. Era el mayor de los lagos centrales de Lupaqa y había sido un centro cultural durante miles de años. Fue a partir de este lago y otros similares, que el rumoroso y vigoroso valle del río Lupaqa de los Andes se abrió a las tierras bajas con sus anchos y poderosos ríos, de la Amazonía occidental. En cochas como la de Lagartacocha y en los acantilados a lo largo de los ríos, los grupos tribales tradicionales de las tierras bajas asentaron sus aldeas, muchas de las cuales se convirtieron en centros amazónicos de sofisticadas culturas. Desaparecieron con las enfermedades y la esclavitud que siguieron a la Conquista. Lagartacocha fue un hogar bien establecido y el hogar de una fuerte veta de la cultura lupaqa. La familia materna de Sayri era de allí. La

condesa Mamaqhawa dio la orden de que Lagartacocha estuviera lista el martes temprano, antes de lo previsto; pasado mañana.

Takiri fue trasladado con Larry a la enfermería por Hugo en un Huey de la Policía, y ambos pasaron la noche con bolsas de agua caliente y masajes. Takiri entretuvo a Yaku con su relato de la aventura. No había nada más que sus propias penurias para disfrutar. Los dos chicos se habían arriesgado para ayudar a limpiar el desastre.

Kura no aparecía por ninguna parte. Ingrid le dijo a Larry que estaba durmiendo. Los súbditos de Inka Kura Ocllo II habían adquirido un nuevo sentido de lo que significaba ser miembros de una tribu bien unida en un mundo en el que la Conquista se había desmoronado en una caricatura de confusión.

El lunes temprano Zaire había llegado a Cusco procedente de Washington y Lima. Larry lo recogió en el Águila Dorada desde Tres Cruces.

Capítulo 81



El Consejo Privado lupaqa se hizo cargo del funeral de Miski y organizó el transporte para que los representantes de los arqueros, los morochucos y los tastayocs fueran trasladados y alojados durante la noche. Los habitantes de las aldeas situadas junto al lago prepararon sombreados refugios, comida y ropa de cama. Limpiaron la isla con sus balsas adyacentes y sus casas sobre el agua. Prepararon las canoas de guerra conservadas para estas ocasiones. El recinto funerario se activaba, listo para cumplir su función.

Confirmando los pensamientos de la condesa, Ingrid dijo que Kura no estaba preparada para el viaje por las revueltas aguas del río. Alguien sugirió llevarla hasta el lago en el Águila Dorada de Larry.

—Nada de helicópteros —dijo Kura. En su lugar, viajaría con Ingrid y tres enfermeras, en el yate real, utilizado como ambulancia y hospital ambulante. Diseñado y construido en Sao Paulo a escala para la Marina brasileña, era un hidroala Harpoon de 45 pies y doble casco que volaba sobre el agua.

El arzobispo, el único forastero invitado aparte de Larry e Ingrid, residentes en la isla, pasó la tarde del lunes transportado río abajo en una canoa a motor; toda una experiencia el ser deslizado por

este caudaloso afluente andino, el propio país de Dios, un gran río amazónico, pasando por granjas forestales, aldeas de pescadores, bosques nativos de vida primigenia, acompañado en los agitados rápidos por halcones y buitres flotantes en las alturas. Una emoción. A ambos lados del amplio valle se alzaban cadenas montañosas de las que colgaban cascadas, que se precipitaban hacia valles ocultos. No se trataba de la melancólica tierra salvaje acechada por fugitivos que describe Joseph Conrad.

El arzobispo Castañeda, junto con Sayri, había sido recogido el lunes en Cusco por el biplano Antonov de Chasca. En los valles de Lupaqa, Chasca aterrizó el Antonov en la pista de aterrizaje disimulada con vacas y ovejas. Una primera pasada asustó a estas hacia la espesura. La aproximación final fue a lo largo del ancho y rápido río Alto Lupaqa. A partir de allí, fue una hora y un poco de caminata por un camino inca de piedra a través de bosques viejos y altos. Unas cuantas terrazas de maíz y papas conducían a haciendas de piedra tallada y madera, dependencias en laderas empinadas y drenadas, arroyos, estanques, lagos con peces, nutrias, garzas, flamencos y otras aves acuáticas. Detrás se alzaban las laderas boscosas y húmedas con sus osos de anteojos, ciervos, tapires, pumas, monos y la vida de aves, insectos y hongos más rica del mundo. El camino ascendía hasta los acantilados, murallas de los glaciares de la cordillera. El viejo camino de piedra pasaba por el desvío del puente principal hacia el palacio lupaqa, construido siglos antes de la Conquista sobre cimientos que se remontan a un par de milenios.

El Consejo proporcionó otra docena de embarcaciones fluviales para transportar a quienes desearan asistir al funeral. En el lago, los

distintos pueblos hornearon y ahumaron paiches de dos metros de largo. Fue toda una fiesta. Una docena de casas comunales ribereñas sobre pilotes por encima del agua del lago estaban llenas de lugareños y de muchos de los arqueros que habían luchado en Guayatacocha.

Capítulo 82



Siguiendo la costumbre local, el funeral de Miski comenzaría al amanecer. En el extremo inferior del lago, un canal serpenteante y concurrido era uno de los varios conectores con el río principal, una autopista de circunvalación para los habitantes de la superficie y del agua. Cientos de arroyos asociados, pantanos y lagos más pequeños proporcionaban un próspero mundo de vida marina, vegetal, de insectos, aves, reptiles y mamíferos. De estas aguas cálidas había surgido la vida micelial, animal y vegetal del planeta. Cada gran árbol era hoy un reino que contenía más especies que en la mayoría de los países de Europa. La anaconda silenciosa, la elegante nutria gigante y el gran caimán negro se encontraban en el extremo superior de estas prolíficas cadenas. Decenas de manglares, un centenar de especies epífitas de la selva tropical que alcanzaban tres o cuatro docenas de metros hacia la luz solar del trópico.

Miles de hongos, redes de micelio, un millón de insectos arrastrados desde épocas geológicas anteriores, como los caimanes. Fue en este acuario natural dentro del corazón de la vida donde tendría lugar la despedida de Miski.

Los testigos aparecieron desde sus alojamientos nocturnos en sus embarcaciones fluviales. Sayri y su esposa tenían su propio Harpoon rápido, en el que transportaron al arzobispo, a Sacha con Larry y a su hijo, junto con un par de jefes morochucos y la mayor parte del Consejo Privado. La Dra. Taruca, conductora de la ambulancia de Cusco, los lanzadores de huaracas y boleadoras iban en canoas motorizadas con los morochucos, muy juntos, flanqueando una embarcación más grande con la familia de Miski y parientes de su pueblo en el río Pichis, en Vilcabamba.

Desde atrás de una arboleada península, apareció el yate de Kura deslizándose despacio hacia el grupo funerario.

El centro de atención era una balsa solitaria formada por tres viejas piraguas con tablones desechados colocados sobre ellas a modo de tosca plataforma. A un lado se alzaba un triángulo de postes a tres metros sobre el agua. Cerca de la cúspide de este triángulo, sobre una plataforma de madera, yacía un fardo cubierto por una manta vieja y delgada, el sudario. La plataforma se mantenía horizontal desde arriba con una sola cuerda que llegaba hasta el vértice de los tres postes. Aparte del fardo, no había nadie ni nada en la balsa. En lo alto, entre las vaporosas nieblas, revoloteaba una pareja de buitres.

La luz temprana, el coro al amanecer de miles de pájaros procedentes de los bosques de la orilla del lago, el salto de un pez desde la superficie, el hocico de una nutria, proporcionaban el movimiento inicial del día. Desde uno de los palafitos, a orillas del agua, aparecieron dos largas canoas, cada una con una figura de dos metros de altura, en cuyo vértice había una cabeza tallada. Estas se convertían, a medida que se acercaban, en la cabeza de un

jaguar, en un caso, de una gran serpiente, en el otro. Ambas tenían los colmillos bien abiertos, símbolos del inframundo.

En la proa de la embarcación Jaguar yacía Jackson, el pastor alemán de Miski cedido por consentimiento general a Kura. Una docena de hombres y mujeres jóvenes, guerreros guayatacochas, propulsaban las canoas con precisión. Las canoas de guerra habían partido desde kilómetro y medio más arriba del lago, a la luz cálida y mortecina del amanecer. Los testigos vieron cómo se acercaban. Podían ver a los remeros clavando sus anchas y profundas espadas, armas mortales en los combates cuerpo a cuerpo de otros tiempos.

—Las canoas se acercaban sin prisa —recordaría más tarde el arzobispo—. Era sombrío. Pude sentir cómo debe haber sido ver el avance de un enemigo. Sentí que recibía alguna advertencia.

Detrás suyo apareció, silenciosa, una larga canoa tallada con media docena de remeros. En medio, un hombre vestido con una túnica oscura. De su cabeza salía un tocado de largas plumas caídas. Era el curandero mayor. Su canoa se detuvo. Permaneció de pie, relajado, alerta, despreocupado, a unos 20 metros de la plataforma.

—Podía ver las caras de cada uno de aquellos jóvenes con sus remos. Intuía que podía estar pasando algo espantoso para lo que yo no podía estar, no estaba preparado —contó Castañeda días después a sus sacerdotes residentes.

Los remos de las canoas que se acercaban se sumergían a un ritmo estudiado, deslizándose hacia la plataforma, acercándose a ella. A una señal, los remeros arrastraron sus palas, frenando las canoas hasta detenerlas. Permanecieron inmóviles en el agua un momento. En cada canoa, seis jóvenes, hombres y mujeres, vestidos con ligeras *cushma*s, se mantenían de pie en medio del barco,

equilibrándose con facilidad, como habían hecho desde niños, cada uno con un arco ajustado, preparado con un puñado de flechas en la mano de tiro.

—En una despedida familiar —le dijo Sayri en voz baja al arzobispo—, un solo arquero es todo lo que se necesita. Estos están mostrando a Miski que tendrá el amor de ellos, junto con el amor eterno de Kura.

El curandero hizo una pausa, esperó un tranquilo y largo momento.

Los arqueros se detuvieron, se estabilizaron y tensaron sus arcos.

Sayri reconoció a la más alta de las mujeres y dijo en voz baja:

—Una de las arqueras del Jaguar es Q'orianka, junto a Zara.

Castañeda se había fijado en Chasca, la piloto del biplano, en la Serpiente.

—El timonel del Jaguar es Tonyo, el protegido de Miski, que intentó salvarla —susurró Sayri—. La timonel de la Serpiente es Huchu, la chica que le rompió la rodilla al piloto. —Otra pausa. Continuó—: Amaru, jefe de la caballería, es uno de los remeros de la Serpiente. Hugo, nuestro propio piloto de helicóptero, es el remero número tres del frente. Y Kusiñawi, uno de los de atrás en el Jaguar.

El curandero permaneció en silencio. El sonido de los pájaros flotaba en el bosque. El humo salía en finas columnas de las cocinas de las aldeas de la orilla del lago. El curandero se inclinó, levantó con ambas manos del pozo de la canoa una gran caracola blanca como la perla y se la llevó a la boca. Un sonido lúgubre, antiguo y prolongado surcó el amanecer. Un segundo, un tercer sonido rasposo llegó hasta la orilla.

Un silencio.

Tonyo llamó a una luz: —¡Hey, golpear un tambor con fuerza con un palo!

Los arqueros soltaron sus flechas en una andanada sibilante. Las puntas de las flechas atravesaron la cuerda que sostenía la plataforma, la cual se estremeció, y luego se abrió. En un instante, una nueva andanada de flechas golpeó el bulto, mientras caía, sin salpicaduras, al agua. Se hizo un breve silencio.

El lago frente a la plataforma estalló en una vorágine de gruñidos.

Dos, luego tres enormes hocicos antediluvianos forrados de dientes, con ojos que no parpadean, enormes mandíbulas abiertas, grandes y gruesas colas negras agitaban el aire por encima del agua.

El arzobispo quedó boquiabierto.

Era la Muerte. Él lo entendía. Todos lo hicieron. No había que decirle a nadie que se había ido, que había desaparecido para siempre. La conmoción en el agua junto a la balsa se calmó. La superficie continuó en movimiento un momento, luego se calmó. Miski ya no estaba... No quedaba nada. Miski había terminado. Se había unido a los ancestros.

A cien metros de distancia, el yate de Kura ronroneaba y giraba en un lento círculo. Aceleraron, y la proa y el centro del barco se elevaron por encima del lago a medida que se ganaba velocidad. En unos instantes estaba planeando, rozando la velocidad de carrera, lanzando a babor y estribor amplias olas de proa, las alas de un águila al viento que se hacían más pequeñas antes de desaparecer tras el bosque.

FIN

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 59
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 77
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82



NICHOLAS ASHESHOV

Magíster en Antropología Social por el King's College de Cambridge. Después de cinco años viajando a través de los Andes y la Amazonía del Perú y Brasil, así como por el oeste y el sur del África, trabajó como redactor en los diarios de la *Fleet St* de Londres y en el tabloide *Daily Sketch*, el hoy *Daily Mail*. Durante las décadas de 1970 y 1980, fue director del *Andean Air Mail & Peruvian Times* en Lima y de *The South Pacific Mail* de Santiago. En ese tiempo fue también editor para América Latina del Institutional Investor de Nueva York y corresponsal del *New York Times* y el *Financial Times*, cubriendo para este último guerras y finanzas Latinoamericanas. Desde hace treinta años vive en Urubamba y se desempeña como director de compañías ferroviarias y hoteleras.

Encuéntranos en:



1984. Durante miles de años, los Lupaqa han prosperado ocultos en las cabeceras de Madre de Dios y las selvas de Vilcabamba, al este del Cuzco. Invirtiendo en la educación de sus jóvenes las silenciosas fortunas obtenidas del oro ancestral y de las ganancias del *boom* del caucho, han logrado prodigarse una sociedad de bienestar que no les da la espalda a sus tradiciones: son, esencialmente, un pueblo de cazadores de primera y expertos en plantas medicinales, animales, insectos y reptiles de los bosques y ríos de su reino. Su meta es lograr independizarse del Perú para salvar la Amazonía. Sin embargo, la visita de la primera dama del Perú —limeña francófona y socialité con aspiraciones políticas— terminará por ponerlos en el centro de la noticia a nivel mundial. En una confusa escaramuza que ha dejado a una joven ultimada, niños heridos y muchos animales muertos, la primera dama ha sido capturada, pretexto que le servirá al gobierno central para atacar con todas sus fuerzas a los Lupaqa y liquidar, de paso, sus ansias de libertad.

Planeta

www.planetadelibros.com.pe

eBook DISPONIBLE

ISBN: 978-612-332-118-5

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 59
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68

Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 77
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82